



**El Colegio
de la Frontera
Norte**

Vivir y resistir la *noctariedad*. Experiencias de violencia y precariedad de mujeres en contextos de trabajo informal nocturno en Tijuana.

Tesis presentada por

Agnes del Rosario Jiménez Romo

para obtener el grado de

DOCTORA EN ESTUDIOS CULTURALES

Tijuana, B.C., México
2022

CONSTANCIA DE APROBACIÓN

Director de la tesis: _____
Dr. Oscar Misael Hernández Hernández

Aprobada por el Jurado Examinador:

1. Dra. Marlene Celia Solís Pérez, lectora interna
2. Dra. Hiroko Asakura Sato, lectora externa
3. Dr. Juan Antonio del Monte Madrigal, Sinodal
4. Dra. Miriam Bautista Arias, Sinodal

Para Rosa, Berenice, Delia, Gina, Alejandra, Andy, Mery, Vanessa, Alicia, Beileen y Nath,
por las noches en las que fuimos cobijo una de la otra, por su generoso compartir, por
nuestro más grande trabajo, sabernos libres.

AGRADECIMIENTOS

Quiero iniciar agradeciendo al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) por brindarme los recursos económicos que han sido un importante sostén para caminar este sendero de formación y aprendizaje. Al Colegio de la Frontera Norte y a la Coordinación del Doctorado en Estudios Culturales, Dra. Marlene Solís y Dra. Silvia López, que durante sus gestiones se mantuvieron siempre atentas y dispuestas a acompañarnos y apoyarnos. También quiero agradecerle Mariana Ochoa, por tu inmensa paciencia y deseo sincero de ayudarnos a solucionar cualquier contratiempo administrativo.

Dr. Oscar Misael, no tengo palabras para agradecerte el tiempo dedicado a acompañarme en la travesía de esta investigación, por los consejos y lecciones pero sobre todo, por confiar en mi trabajo, por empujarme en todo momento a mejorarlo pero también, por empujarme a soltarlo y descansar. Dra. Marlene Solís y Dra. Hiroko Asakura, mi agradecimiento y admiración por su generosidad en el tiempo dedicado a leer esta investigación y por los valiosos aportes que le hicieron. Dr. Juan Antonio del Monte y Dra. Miriam Bautista, muchas gracias por su lectura cuidadosa y respetuosa del rumbo tomado, por asumir con compromiso el cierre de un proceso que sin duda, contribuyeron muchísimo en su fortalecimiento.

A las compañeras de este camino llamado doctorado, Yhai y Sofi, me quedo con la alegría en el corazón por conocer su persona y su palabra. Marisol y David, indisciplinadas de la vida, qué dicha deshacer el mundo y volverlo a armar juntas, sostenernos, contenernos, reírnos hasta el cansancio, me da esperanza saber que donde sea que se encuentren estarán haciendo lo que corresponde: tirando y hackeando al patriarcado. A la familia hallada en este rincón del mundo: Tino, Juan (ahora así, a secas) y Ximena, por la red de afectos que hemos ido construyendo y todos los momentos compartidos, conocerles me ha hecho sentir que en Tijuana tengo un hogar.

A las amigas de la vida que a la distancia también me acompañaron, presentes en cada extrañamiento, en cada pequeño triunfo y en cada momento de titubeo, a ustedes: Eliud y

Vale. A las amigas que confiaron en que este trabajo valía la pena y pusieron en él su talento y corazón: Dani, Atsi, Lison y Pavel, gracias por acompañarme en este hacer la calle.

Fátima, Luis, Fátima y Luis, madre, padre, hermana y hermano, mis cómplices, mi Norte, gracias infinitas por su amor. Arturo, compañero de vida y Uma y Agrado compañeras no humanas, gracias por existir conmigo en esta vida en la que pareciera que nada hay dejado al azar y aun así nos encontramos por accidente, esta vida que hemos tejido con cuidados y afectos todos los días y todas las noches, esta vida, la mejor que podemos ofrecernos, una vida libre para ustedes y para mí.

Finalmente, mi más grande agradecimiento a las mujeres que acuerparon este trabajo, que al entregar su palabra también entregaron su confianza y abrieron su corazón, que la vida nos haga justicia y podamos sentirnos libres.

RESUMEN

La presente investigación comprende una serie de reflexiones sobre la articulación de violencia y precariedad en la vida de mujeres insertas en trabajos informales que suceden en el espacio público nocturno de la ciudad de Tijuana. A partir de una perspectiva feminista interseccional, que dialoga con un abordaje sociocultural sobre la precariedad y la geografía feminista, se abordan las formas en las que opera el sistema colonial, capitalista y patriarcal a través de una cotidiana degradación de las condiciones materiales y simbólicas de la vida de las mujeres en toda su extensión, generando limitadas posibilidades de acceso a mejores condiciones laborales y una ausencia de derechos e ingresos dignos que remuneren su trabajo productivo. La calle, como el espacio en el que las mujeres trabajan, se configura a partir de una trama de relaciones, interacciones y prácticas entre lo público y lo privativo del género, en ella se condensan sus experiencias espacializadas. La noche, se organiza a partir de un escenario económico precario donde las mujeres experimentan temores, vigilancia y riesgos. Se recurre a una aproximación etnográfica y desde la Cartografía Social para acercarse a las experiencias de violencia y precariedad, así como a sus resistencias o formas de afrontamiento. Los hallazgos revelan que despojo, explotación y opresión hacia las mujeres encuentran un relato de mutua implicación que ha sido causante de profundas carencias y desigualdades para sus vidas. Ante ello, las mujeres resisten de diversas maneras para asegurar su endeble autonomía económica.

Palabras clave: mujeres, precariedad, violencia, trabajo informal, noche.

ABSTRACT

This research contains a set of reflections on the articulation of violence and precariousness in the lives of women inserted in informal jobs that take place in the nighttime public space of the city of Tijuana. From an intersectional feminist perspective that dialogues with a sociocultural approach on precariousness and feminist geography, are addressed the ways in which the colonial, capitalist and patriarchal system operates through a daily degradation of the material and symbolic conditions of women's lives, generating limited possibilities of access to better working conditions and a lack of rights and dignified income that remunerate productive work. The street, as the space in which women work, is configured from a plait of relationships, interactions and practices between the public and the private of gender, where their spatialized experiences are condensed. The night is organized on the basis of a precarious economic scenario where women experience fears, surveillance and risks. An ethnographic approach is used, from the Social Cartography, to access the experiences of violence and precariousness as well as the resistances or ways of facing up. The findings reveal that dispossession, exploitation and oppression of women find a story of mutual implication that have been the cause of profound deficiencies and inequalities in their lives. In the face of this, women resist in a variety of ways to secure their fragile economic autonomy.

Key words: women, precarity, violence, informal work, night.

ÍNDICE GENERAL

Introducción	10
Antecedentes	10
Pregunta y objetivos de investigación	17
Premisa de investigación	17
Justificación	18
Estructura capitular	20
Capítulo I. Noctariedad: un planteamiento teórico-conceptual sobre los vínculos de la violencia ejercida contra las mujeres y la precariedad vivida.....	25
1.1 Violencias contra las mujeres	26
1.1.1 ¿De qué hablamos cuando decimos violencias contra las mujeres?	26
1.1.2 Colonialidad y heteropatriarcado	30
1.1.3 Mujeres y acumulación de capital	34
1.2 Espacio violencias y precariedades: aportes feministas	37
1.2.1 Un espaciotemporal en disputa: la calle y la noche urbana	41
1.3 Precariedad del trabajo y violencia: estableciendo relaciones conceptuales ..	47
1.3.1 La precariedad laboral desde un marco analítico sociocultural ...	48
1.3.2 Noctariedad: propuesta teórica sobre precariedad, trabajo informal y género	52
Capítulo II. Retos de la investigación social con mujeres y para mujeres. Abordaje metodológico	59
2.1 Triada de posicionamientos para descolonizar metodologías	60
2.1.1 Posicionamiento epistemológico	61
2.1.2 Sobre el lugar de la colaboración	64
2.1.3 Posicionamiento ético	68
2.2 Las protagonistas de la investigación	71
2.3 Hacia una etnografía callejera y nocturna	74
2.4 Incursionando en la experiencia geográfica y urbana a través de la Cartografía Social	78
2.4.1 Nuestra experiencia de Cartografía social	80
2.4.2 La caja de herramientas metodológicas	86
2.5 Propuesta de análisis	90
Capítulo III. Violencia contra las mujeres en la ciudad y proceso de precarización vivida. Abordaje contextual	94
3.1 Tijuana, aproximación contextual	96
3.1.1 Zobeida	96
3.1.2 La(s) racha(s) de violencia.	101
3.2 Proceso de precarización e informalidad. Escenarios económicos de una ciudad transfronteriza	106
3.2.1 De anhelos y movilidades	106
3.2.2 Sofronia fija. Turismo y comercio transfronterizo	108
3.2.3 Sofronia móvil. Maquila	113
3.2.4 Eufemia. Economía nocturna e informal	118
3.3 Espacializando la Avenida Revolución	123
3.4 Aproximaciones a los escenarios de violencia contra las mujeres	129
3.4.1 Escenario nacional	130

3.4.2 Escenario local	135
Capítulo IV. “ <i>Aquí pasa de todo y ni cuenta te das</i> ”. Experiencias de violencias y precariedad de vendedoras informales de la Avenida Revolución	141
4.1 Nota metodológica	142
4.2 Berenice. De la violencia doméstica a la <i>violencia colonial</i> de género	143
4.3 Gina. Vigilancia y <i>violencia patriarcal</i>	151
4.4 Alejandra. <i>Violencia capitalista</i> del mercado de trabajo informal	161
4.5 Delia. La <i>violencia patriarcal</i> de las organizaciones criminales	152
4.6 Rosa. Intersecciones entre la <i>violencia capitalista</i> y la <i>violencia colonial</i> ...	177
Capítulo V. 60 segundos de fuego: tempos de la noctariedad, subjetividades en la práctica del espacio público nocturno	187
5.1 Conocer a las <i>fuegueras</i> entre encuentros y serendipias	188
5.2 “Malabarear” con fuego en los semáforos de una ciudad transfronteriza	192
5.3 Cartografías del semáforo	204
5.3.1 Andy. “The high life en Tijuana”	210
5.3.2 Mery. “Mis ulas y yo”	212
5.3.3 Vanessa. “Mi arte callejero”	213
5.3.4 Beileen. “Mi vida en un mapa”	215
5.3.5 Alicia. “El semáforo más peligroso”	217
5.4 <i>Tempos</i> de la noctariedad	219
A manera de cierre. De las contribuciones, oportunidades y posibilidades de esta investigación	242
Bibliografía	258
Anexos	272

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 2.1. Guion temático	89
Figura 3.1. Zonas comerciales, industriales y de comercio informal de la ciudad de Tijuana	117
Figura 3.2. Comercio informal en la Zona Centro de Tijuana	122
Figura 3.3. Delitos cometidos contra mujeres y hombres por tipo de delito	132
Figura 5.1. Comentarios en el espacio público	231

Introducción

Cuando le conté a Gina, vendedora de tamales y una de las protagonistas de esta investigación, que estaba interesada en conocer las vivencias de mujeres que como ella, hacen de las noches y las calles su tiempo y espacio de trabajo en una ciudad como Tijuana, me miró sorprendida, su rostro mostraba un gesto de extrañamiento y casi de manera inmediata comenzamos a hablar de los riesgos y miedos que nos resultaban comunes, puesto que algunos años de mi vida la noche también fue mi espacio y tiempo de trabajo productivo. En cierto punto de la conversación Gina me preguntó ¿sabes llorar? Ante su cuestionamiento, casi automáticamente respondí que sí, por supuesto, llorar es una de tantas respuestas innatas a nuestros estados emocionales. Sin embargo, no era eso a lo que ella se refería, pues para Gina una cosa era llorar como expresión emocional y otra como una forma de resistir a la violencia. Así me lo relató:

“En muchas ocasiones cuando salía a la calle y todavía no era como muy valiente para desfenderme [sic], lloraba, entonces cuando yo lloraba había hombres que me decían: perdón, perdón, no la quisimos ofender, entonces yo me di cuenta que podía hacer eso, llorar para que no me hicieran nada, porque me acordaba que desde mi niñez yo vi que el hombre siempre encima de la mujer queriendo hacer algo ¿verdad? entonces yo me desfendía [sic] así, lloraba. Y mira, gracias a Dios aquí estoy, todo lo que he vivido es supervivencia, más como mujer sola en un Tijuana [sic] donde toda la vida ha habido muchos problemas para las mujeres, ha habido acoso sexual, violaciones, y ahorita como que hay más velocidad de eso, de secuestros, violencias. A mí, que ya no soy una muchachita, me ha pasado que cuando salgo a vender, donde me quedo parada, ahí me han querido agarrar los hombres, o sea, he sobrevivido porque Dios es grande, porque un hombre como quiera ¿verdad? pero a una mujer, se le dejan ir. Muy pocos hombres se te acercan con respeto ¿a poco no? La mayoría te ve y aunque estés trabajando bien, te empiezan a hablar con palabras vulgares, o sea, como si fueras de la calle, ese siempre ha sido un miedo que yo he tenido y más en la noche, siempre hay un hombre abusivo que quiere atreverse, más cuando andan tomados, van a querer andarte tocando, ese ha sido mi mayor miedo y creo que muchas mujeres pasan eso” (Gina, conversación, 2021).

El relato de Gina da cuenta de una serie de complicaciones que ilustran una experiencia compartida en la vida de las mujeres, en relación a una temporalidad tan compleja como la noche. Tan solo en este pequeño pasaje podemos observar una noche urbana plagada de prejuicios que constantemente cuestionan nuestra presencia en ella, bajo la moralidad de un orden social patriarcal y sexista, nuestros cuerpos son percibidos como fuera del lugar que nos corresponde en la vida social, el espacio privado. Pero también, es posible ver la capacidad de acción de las mujeres frente a un contexto nocturno donde las vulnerabilidades se agudizan.

En medio de estas y otras circunstancias, las mujeres que protagonizan esta investigación, de distintas edades, procedencias y trayectorias vitales, caminan cada noche las calles de la Zona Centro de Tijuana para realizar distintas actividades productivas enfocadas en el comercio ambulante y semi-fijo en distintos puntos de la famosa Avenida Revolución y en el entretenimiento callejero, haciendo malabares en distintos cruceros de las calles aledañas a esta avenida. Todas ellas, hacen de las calles su espacio de trabajo asumiendo los múltiples riesgos de un entorno laboral precario y económicamente incierto, en una ciudad transfronteriza cuya planificación no solo se encuentra condicionada por los escenarios económicos que la han visto desarrollarse, sino por las representaciones de la vida nocturna que hacen parte de su leyenda, que inciden en la movilidad y permanencia de los cuerpos femeninos en los espacios públicos de la ciudad.

Situarse en la noche de Tijuana, implica abrirse a la experiencia de una temporalidad que va cambiando a lo largo del año. En términos astronómicos, su localización en el hemisferio norte determina que desde el equinoccio de primavera hasta el solsticio de verano la duración de la noche sea cada vez menor y su sensación térmica resulte más cálida, pues la presencia de horas de luz incrementa (Fierro, 2021). En este periodo la ciudad se oscurece por completo a partir de las 8 de la noche, aproximadamente. De manera contraria, desde el solsticio de verano las horas de luz se van reduciendo hasta que en el solsticio de invierno se alcanzan las horas máximas de oscuridad (ibidem, 2021), de allí que desde el mes de noviembre se perciban noches más frías que se hacen presentes aun siendo las 5 de la tarde.

Definir la temporalidad que convoca a esta investigación a partir de los parámetros mencionados, resulta interesante para comprender los ritmos socioculturales y económicos de una ciudad cuya frontera e industria permanecen activas las 24 horas del día, pero limitado para quienes buscamos indagar en los diversos significados que emergen de su experiencia y de las prácticas que suceden en ella. La noche ha sido un tiempo con múltiples usos sociales, se ha considerado tiempo para el descanso, para el ocio, para la reproducción social, pero esta investigación, se centra en las actividades productivas que suceden en ella, considerando también las intersecciones de sus otros usos. Por tales motivos, para delimitar las fronteras de la noche, considero el inicio de la oscuridad en términos sensoriales y las nociones temporales con las que las protagonistas de este estudio se orientan, pues son ellas y sus prácticas las que marcan el ritmo de un continuo en el que día y noche están articulados.

En ese sentido, nos adentraremos a una noche que considera a *otras* presencias que la habitan, distintas a las que emergen de manera recurrente cuando se habla de esta temporalidad: criminales “anónimos”, paseantes o consumidorxs de lo lúdico, entre otrxs. Me refiero a la presencia de mujeres que sostienen con su trabajo gran parte de la noche dedicada al consumo o que transforman con su arte el paisaje urbano nocturno. La noche configura una serie de desafíos vinculados a las formas en las que incorporan en su cotidianidad las prácticas - productivas, de apropiación o movilidad en el espacio público- que suceden en ella. Para comprenderla, es necesario estudiarla en relación con otras temporalidades -diurna y vespertina-, como parte de la totalidad de un ciclo vital donde es posible pensar y observar el continuo de la vida cotidiana de las mujeres en la ciudad.

Como veremos a lo largo de la investigación, las experiencias de estas mujeres se sitúan en paisajes de violencia entrelazados a las condiciones de precariedad que caracterizan a sus trabajos informales y se extienden a otras dimensiones de sus vidas cotidianas, como la reproductiva y doméstica, donde también se reflejan las complejas formas de vivir la noche urbana, sus controversiales significados, sus estrategias de apropiación y permanencia en el espacio público, sus resistencias y las emociones derivadas de su tránsito por la ciudad.

A fin de establecer los antecedentes en torno a algunas modalidades de violencias ejercidas contra las mujeres, y su vínculo con las precariedades derivadas del trabajo informal, parto de la afirmación de que se instalan como un entramado complejo de desigualdades y opresiones suscritas en pactos sociales y relaciones asimétricas de poder basadas en el género, sistema fundante de la relación jerárquica entre mujeres y hombres, sobre el cual se han definido la construcción de “lo femenino” y “lo masculino”, bajo una lógica hegemónica y binaria (Rubin, 1998 [1975]).

Este sistema constituye una forma de diferenciación social que establece relaciones basadas en el ejercicio del poder heteropatriarcal y del disciplinamiento de los cuerpos y subjetividades femeninas y feminizadas, las cuales también se encuentran articuladas a otros sistemas de dominación -raza, etnia, clase, religión, educación, edad, entre otras- que operan como formas de jerarquización de la vida. Así, con base en lo designado social y culturalmente a través del sistema de género, se instalan normas de feminidad y masculinidad que crean tensiones y desigualdades para las mujeres e influyen en las posibilidades de acceso y apropiación del espacio público urbano (Madriz, 2001, Falú, 2012).

Es en ese sentido que el trabajo productivo de las mujeres, inserto en la triada sistémica colonial, heteropatriarcal y capitalista, se expresa en la configuración de las diversas lógicas neoliberales de la economía remunerada, que a través de mecanismos como la tercerización y la flexibilización laboral organizan la fuerza de trabajo a través de la subordinación como forma de reducir el costo de la misma (Longo, 2009). Así, a la vez que se van precarizando las condiciones del trabajo productivo, se refuerza la brecha de género en el acceso a las oportunidades, la duración de las jornadas o los días trabajados para las mujeres, lo cual, subraya las desventajas sociales y laborales característicos de una estructura laboral discriminatoria.

Una situación que es posible gracias al reparto injusto del trabajo doméstico y de cuidados no remunerado, un conjunto de actividades “femeninas”¹ que, bajo una norma social de

¹ Silvia Federici (2010) explica que con la transición del feudalismo al capitalismo emergen y se cimientan la división sexual del trabajo y las identidades de género. En ambas categorías se distribuye el rol de lo privado y reproductivo a las mujeres y se les asigna como las encargadas naturales de este ámbito y el rol público y productivo para los hombres, quienes con su fuerza de trabajo producen capital y sustento. Con esto se genera un círculo donde el hombre se vuelve dependiente del cuidado de la mujer y la mujer dependiente del salario

género vinculada a la dominación patriarcal, refuerzan la infravaloración del trabajo de las mujeres e incrementan el optar por actividades productivas catalogadas en la informalidad (El Colegio de México, 2018) para generar ingresos que aseguren la subsistencia. De acuerdo con Saskia Sassen (2003) esta situación persiste debido a que los trabajos que atañen al ámbito reproductivo son interpretados como parte de un legado histórico que además está geopolíticamente situado, pues se ha transferido a las mujeres -empobrecidas y racializadas- del Sur global, y que al mismo tiempo determina la posición de las mujeres en el mercado laboral.

Podemos decir entonces que el trabajo de las mujeres, en condiciones de precariedad, flexibilización y desvalorización, deja ver las desigualdades estructurales que sostienen tanto al trabajo productivo remunerado, como al reproductivo no reconocido, y por tanto no pagado, con el que podemos explicar la realidad cotidiana de muchas mujeres en México². Muestra de ello es el 64.3% del tiempo de trabajo total que destinan a las labores domésticas y de cuidados no remuneradas, de acuerdo con la Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo (INEGI, 2019) esto se traduce a 25 horas más de trabajo no remunerado a la semana, respecto a los varones. Datos que, situados en la ciudad de Tijuana, donde una tercera parte de los hogares es liderado por una mujer (Ibidem, 2019), refuerzan la profunda desigualdad y subordinación en que viven.

Si bien esta situación nos ubica en la urgencia con la que debe estudiarse la cuestión laboral para las mujeres, ya sea que pertenezcan al sector informal o a la informalidad laboral,³ aún existen muchos vacíos sobre su contexto. Nos referimos específicamente a las realidades de mujeres que además de realizar trabajos reproductivos sin remuneración, aprovechan las ocupaciones y labores informales que se desarrollan durante la noche como fuente de ingreso, lo que les significa vivir una doble o triple jornada de trabajo precarizada y muchas veces invisibilizada. En la que además deben asumir los riesgos de experimentar violencias en el

del hombre. División sexual que devalúa el potencial productivo femenino, y que ha servido como un instrumento para excluir a las mujeres de la esfera del trabajo público y socialmente reconocido.

² A nivel nacional el valor económico del trabajo reproductivo no remunerado en 2020 alcanzó un nivel equivalente a 6.4 billones de pesos mexicanos, representando el 27.6% del PIB mexicano (INEGI, 2020). Cifra que oficialmente no es contabilizada, pero sí aprovechada para la reproducción del sistema económico capitalista.

³ Cuyo vínculo o dependencia laboral no le da acceso a la seguridad social o no es reconocido por su fuente de trabajo (INEGI, 2020)

espacio público, lo cual incrementa en ellas sensaciones de inseguridad, preocupación y desventaja (Soto, 2012).

En este sentido, algunos estudios que se han preguntado sobre cómo afectan las diversas violencias ejercidas contra las mujeres a sus vidas cotidianas, y con ello cómo determinan su presencia en el espacio público (Madriz, 2001, Falú, 2012, Soto, 2012, 2013, 2014, Zúñiga, 2014, Cufre y Duering, 2015), apuntan a que el incremento de la violencia delincuencia transforma las percepciones de las mujeres en inseguridades, lo cual las lleva a replegarse al espacio privado. Asimismo, muestran que las mujeres experimentan con mayor frecuencia sentimientos de miedo y temor, que de acuerdo con Esther Madriz (2001) son atribuidos “específicamente a la violencia masculina” (p. 31), situación que paradójicamente las lleva a buscar la compañía de varones, como estrategia de cuidado en los momentos percibidos como más peligrosos. Una lógica patriarcal que considero refuerza en el imaginario colectivo el papel subordinado de las mujeres que necesitan ser cuidadas y protegidas.

Otros estudios, como los de Alejandra Massolo (1992, 2004), se han enfocado en las diferencias de género respecto a la movilidad urbana, revelando que las mujeres se imponen limitaciones a sí mismas durante sus tránsitos. Pues a partir del orden masculino imperante que hay en el espacio público, hacen una justificación de su presencia mediante un uso meramente funcional de la ciudad dejando de lado el tránsito por ocio. Paula Soto (2017) ha indagado en el papel que juega la violencia sexual en las experiencias de tránsito de las mujeres por la ciudad, enfocándose en el uso del transporte público. Afirma que esta forma de movilidad significa una situación potencial de riesgo para las mujeres debido al factor de la aglomeración de personas extrañas, lo cual facilita formas de violencia sexual ya que “el cuerpo como un espacio social no es neutro ni está al margen de las tensiones que genera la interacción social” (p. 132).

A partir de estas investigaciones es posible afirmar que los procesos de movilidad en el espacio público son complejos y desiguales para las mujeres, con frecuencia los riesgos a los que nos enfrentamos traen como consecuencia auto-restricciones en nuestros trayectos. Lo que se pone en juego en estas dinámicas sociales mediadas por el género, es un ejercicio de poder machista y patriarcal que, a partir de percibirnos frágiles y dependientes, nos

“recuerda” a las mujeres nuestro lugar social a través de la omnipresencia del control masculino.

Otro estudio relevante, realizado por Mercedes Zúñiga (2014) en los Estados de Baja California, Baja California Sur, Sinaloa y Sonora, asegura que en un contexto cruzado por violencias criminales y de género, las mujeres viven una “libertad condicional” (p. 93). Su presencia en espacios como la calle, bares o centros nocturnos, sigue considerándose ajena, incómoda y usurpadora de espacios masculinos. Hallazgos que ponen en evidencia la constante disputa por la apropiación de estos espacios y las distintas formas de discriminación que limitan nuestro acceso a los mismos.

Sobre Tijuana, destacan estudios (Vargas, 2009, Torres, 2010, Zúñiga, 2016) que han analizado que la aversión al riesgo de experimentar diversos tipos de violencia sexual es condicionante de la movilidad de las mujeres en la ciudad, situación que se agrava en una población con altas concentraciones de mujeres migrantes y habitantes de calle, pues representa un elemento estructural de vulnerabilidad (Maier, 2006, Mummert, 2012). Por su parte, contribuciones como las de Melina Amao (2019) apuntan a las experiencias y trayectos en el espacio urbano, recuperando las formas de habitar la ciudad de mujeres cis y transgénero. A través de la narrativa de sus itinerarios experienciales, las mujeres dan cuenta de las formas en las que han enfrentado violencia sexual, misógina, delictiva y transfóbica por parte de varones.

La relevancia de estas investigaciones radica en que nos acerca a un repertorio de experiencias diferenciadas por discriminaciones de género, sexo, raza, etnia o edad, que a la luz de fenómenos como la indigencia o la migración, inherentes a la realidad de una ciudad transfronteriza como Tijuana, nos permite comprender que las lógicas del orden urbano a través de la organización y reproducción del espacio público, generan segregaciones poblacionales que potencian la violación de los derechos de las mujeres que, como ya vimos, se encuentran inmersas en un estado permanente de vulnerabilidad.

A la luz de este conjunto de investigaciones, es posible agrupar tres ejes de análisis que considero pertinentes para esta investigación. El primero corresponde a la necesidad de comprender a profundidad las dificultades que enfrentan las mujeres en su ocupación y

tránsito por la ciudad, a través de ordenadores sociales como el género, la raza, la clase social o la edad, que imprimen diferencias significativas en sus experiencias. El segundo se refiere a la importancia de incluir la perspectiva de aquellas otras mujeres que, a pesar de las restricciones simbólicas que viven en las calles, no pueden dejar de realizar sus actividades laborales en ellas debido a las condiciones económicas en las que están inmersas. Por último, el tercero en torno al estudio de la noche, como temporalidad empleada para ocupar y transitar la ciudad relacionada a la generación de ingresos económicos, así como las percepciones y representaciones que se despliegan de la experiencia particular de lo nocturno.

Por lo tanto, asumiendo que las estructuras asimétricas de poder que suscitan las violencias ejercidas contra las mujeres son múltiples y simultáneas, vemos relevante analizarlas desde las particularidades de los contextos en las que se expresan, desde la experiencia y subjetividad de quienes las viven, en la calle durante la noche. A partir de lo cual nos preguntamos: **¿Cómo se articulan la violencia y la precariedad en la experiencia de trabajo informal de las mujeres que toman como escenario productivo el espacio público nocturno?**

En ese sentido, para responder y profundizar esta interrogante, hemos establecido como **objetivo general** comprender la articulación de la violencia y la precariedad en la vida de las mujeres cuyos trabajos informales toman como escenario el espacio público nocturno de la Zona Centro en la ciudad de Tijuana.

A partir de lo cual definimos los siguientes **objetivos particulares**:

1. Identificar la dimensión subjetiva y estructural del trabajo informal y cómo incide en las experiencias de violencia y precariedad que tienen lugar en el espacio-tiempo de trabajo.
2. Explicar la relación que guardan las formas de ocupación y apropiación de la calle y de la noche, con las experiencias de violencia y precariedad de las mujeres a partir de la espacialidad de sus trabajos.
3. Analizar los discursos y representaciones con los matices de género, raza, clase social y edad, mediante los cuales las mujeres narran las violencias experimentadas en el espacio público en el contexto de sus trabajos productivos.

Estudiar las experiencias articuladas de violencia y precariedad, a través de las formas en las que significan, ocupan y transitan el espacio público nocturno las trabajadoras informales, es necesario para observar a profundidad su entorno habitado y comprender la dimensión socioespacial de sus vidas cotidianas, en aras de visibilizar sus voces ausentes en la planeación urbana, sus reflexiones, necesidades, deseos y formas de *ser-en* y *hacer-la* ciudad. En ese sentido, conocer cómo significan, nombran, valorizan y categorizan sus experiencias en la noche urbana, se presenta como fundamental para iluminar la presencia de las mujeres en la organización del espacio social, al tiempo que constituye una contranarrativa sobre la supuesta neutralidad en la vivencia de la ciudad en la que subyace una hegemonía de la presencia masculina.

Apuntar a las experiencias y representaciones de las mujeres en la ciudad a través de su estudio, adquiere importancia al presentarse como un lienzo en el cual los hilos de sus realidades –históricas y espacialmente situadas- pueden retejerse y revelarse como un tejido otro, que reconozca nuestro papel activo como constructoras de la ciudad muy a pesar de las desigualdades y vulnerabilidades que vivimos en ella, disputamos nuestro lugar de acción y representación “fuera del orden simbólico en el que las mujeres hemos sido socializadas, fuera del orden patriarcal” (Rivera en Muxí, 2018, p. 63).

Por ello, las **contribuciones** de esta investigación apuntan a profundizar en los significados que se expresan en las diversas formas de ocupar el espacio público, implicada la apropiación de la calle y la noche como espacio y tiempo en donde las mujeres hemos sido silenciadas, invisibilizadas, violentadas⁴ y normadas bajo un sistema -de poder- sexogenérico que jerarquiza las relaciones entre mujeres y hombres y una racionalidad capitalista y moderno-colonial (Quijano, 2000) cuya reproducción ha implicado que las mujeres en condiciones de mayor vulnerabilidad -indígenas, campesinas, obreras, migrantes- se encuentren en un continuo sistemático de desigualdades sociales.

Esta investigación, planteada desde los Estudios Culturales y desde una perspectiva feminista, opta por entretejidos disciplinares a fin de ampliar las posibilidades teóricas y

⁴ Situación que como veremos a lo largo de la investigación, se ha recrudecido con la presencia de la pandemia provocada por el virus Sars-CoV2 (COVID-19) porque devela el sistema de privilegios de clase que obliga a muchas mujeres a seguir trabajando en las calles, a pesar de una crisis sanitaria de esta magnitud.

metodológicas del estudio de los fenómenos heterogéneos de la vida social, cuestionando las explicaciones neutrales que desdibujan las disputas de las identidades -femeninas y feminizadas- que no responden a la lógica patriarcal donde pondera la productividad y racionalidad como formas universales y legítimas de experimentar y concebir la ciudad, y que mucho menos denuncian el silenciamiento hacia nuestras necesidades. Así, situados en un paradigma interpretativo, los Estudios culturales reconocen el lugar de enunciación de lxs actores sociales posibilitando el cuestionamiento a las estructuras culturales dominantes (Bonnell y Hunt, 1999), como los discursos sobre los roles de género y el lugar social de las mujeres.

Este paradigma interpretativo al que recorro tiene matices constructivista y dialógicos pues incorpora las voces, percepciones e interpretaciones de las mujeres, descentrando la lógica explicativa enfocada en la persona que investiga. Los Estudios Culturales abogan por la presencia y reconocimiento de la subjetividad como parte integral de una forma de construir conocimiento. Por ello, los registros empíricos integrados en esta investigación recuperan una mirada amplia de las mujeres sobre sus experiencias compartidas, pero no buscan ser una totalidad, pues el conocimiento producido se mantiene en constante reinterpretación y en ello el énfasis en la capacidad crítica de lxs actorxs sociales, protagonistas de sus realidades.

El desplazamiento del sentido y el posicionamiento político es un esfuerzo en esta investigación, impulsado por el paradigma de los Estudios Culturales en articulación con una perspectiva feminista que mira en el conocimiento situado una forma de enunciación que se aleja del *pensamiento con garantías* (Hall, 1997), es decir, el conocimiento abstracto y explicativo a razón de toda lógica que comprueba casi de forma aséptica que lo que se teoriza es una completa correspondencia con el mundo empírico. En esta investigación no se evaden las contradicciones ni los disensos, también se construye a partir de ellos, pues son parte de las vivencias que dan luz a lo que la palabra abstracta ha reducido a través de conceptos sobre la compleja trama de realidades del mundo social en el que vivimos.

Estructura capitular

La presente tesis busca ser congruente con la propuesta -que es también reto- de construir significados transdisciplinarios. En el Capítulo I nos valemos de una mirada hacia las violencias contra las mujeres articulada desde los estudios críticos feministas descoloniales (Curiel, 2007, 2018, Lugones, 2008, 2011, 2018, Espinosa, 2013, Segato 2014, Anzaldúa, 2015), como un marco interpretativo desde la triada colonialidad-patriarcado-capitalismo para cuestionar la interpretación fragmentada de las opresiones sistémicas que violentan a las mujeres. Para nutrir este marco incorporamos los aportes teóricos del llamado *giro descolonial* (Quijano, 2000, Dussel, 2004, Escobar, 2007, Maldonado-Torres, 2007, Mignolo, 2010), basados en la discusión sobre las relaciones de poder instauradas a partir de la modernidad.

Este diálogo teórico nos permite ubicar, en el auge del sistema colonial, el hito que detona la violencia contra las mujeres desde el momento en que no somos reconocidas a partir de una categoría social como el género, sino únicamente desde la sexualidad y desde el control de los cuerpos que son explotados para reproducir el trabajo esclavista. Asimismo, podemos identificar que las prácticas violentas del sistema colonial, capitalista y patriarcal, manifestadas a través de la colonialidad del género, perpetúan la subordinación de las mujeres mediante prácticas y discursos que trasgreden sus cuerpos y, a consecuencia de ello, precarizan sus vidas.

Asimismo, recurrimos a algunas reflexiones de la geografía feminista (McDowell, 2000, Massey, 1994, Soto, 2014) para argumentar que el peso de los roles socialmente impuestos a mujeres y a varones, continúan complejizando las maneras de estar situadxs en el espacio público, y los estudios sociológicos (Castel, 2006, 2010; De la O y Medina, 2008, Mora, 2010, Standing, 2011) y socioculturales del trabajo (Lindón, 2003, Solís, 2014) para profundizar en los mecanismos que degradan el trabajo productivo de las mujeres y las formas en las que se resiste a la vulnerabilidad (Han, 2018).

Este andamiaje teórico-conceptual tiene como eje transversal la premisa de que las experiencias de las violencias contra las mujeres y las precariedades vividas, así como las formas particulares de experimentarlas, se expresan a través de la articulación de discursos y subjetividades que conforman y dan sentido a los significados, y que están configuradas por las desigualdades y las opresiones de género, de raza, de estrato social y de edad presentes en los contextos de vida de las mujeres que trabajan en la calle y en la noche de la Zona Centro de Tijuana. Asimismo, afirma que las mujeres desde sus contextos de trabajo precarizados e informales, dotan de sentido y significado tanto al espacio público que transitan y ocupan, como a las relaciones que establecen en él.

El diseño metodológico de la investigación al cual evocamos y proponemos en el Capítulo II, nos acerca a las experiencias de las mujeres desde dos aproximaciones. La primera de ellas, etnográfica, se lleva a cabo a partir de una serie de observaciones profundas de los acontecimientos, las acciones, las experiencias, que hacen referencia a las violencias que pueden ser ejercidas sobre las mujeres desde sus propias perspectivas. La segunda, desde la Cartografía Social, utiliza las representaciones espaciales vinculadas a la experiencia e interpretación para comprender los fenómenos heterogéneos de la vida social.

Así, las cartografías producidas se abordan a partir un modelo de análisis basado en la interpretación que, desde una perspectiva interseccional, evidencia que tanto la raza como el género y otros ordenadores sociales (raza, sexo, clase, edad), operan como una *consustancialidad de opresiones* (Lugones, 2008, 2011). Estas necesitan ser comprendidas a profundidad para saber cómo se produjeron y qué las mantiene vigentes en los cuerpos de las mujeres, en sus subjetividades y en sus prácticas, a través de vulnerabilidades, exclusiones y miedos que además son consecuencia de la normalización de un estado de precariedad en sus vidas. Aunado a ello analizamos los tiempos y *tempos* en los que sucede el trabajo productivo y que producen significados y sentidos espaciales para sus cotidianidades.

El contexto de violencia contra las mujeres en la ciudad de Tijuana, en el Capítulo III, es abordado a partir de la premisa de que para poder comprender a profundidad las precariedades vividas por las mujeres protagonistas de esta investigación, éstas han de ser

historizadas como parte de un continuo de riesgos e incertidumbres entretejidos por violencias de un sistema colonial, patriarcal y capitalista. Para tal abordaje, se tejen de manera relacional los escenarios de violencia contra las mujeres, los económico-productivos, y los de las características de una ciudad transfronteriza como Tijuana, tres ejes claves que se revelan como un entramado cotidiano donde violencias y precariedad tienen lugar.

Asimismo, ofrecemos una aproximación contextual de la ciudad de Tijuana, narrada desde la experiencia de quienes la transitan. Pues nos parece importante reconocer la subjetividad que se enuncia al describir la ciudad como parte nodal del repertorio de registros empíricos, históricos, estadísticos y socioculturales que conviven en el entramado de significados sobre ella. Esto abre paso a los escenarios económicos de una ciudad transfronteriza donde, tanto el turismo y el comercio como la industria de la maquila, han marcado ritmo y estructura a la economía nocturna e informal. Finalmente nos situamos, desde una mirada etnográfica, en la Avenida Revolución para caracterizar y delinear sus diversos tramos, historias y observaciones, pues es el lugar donde viven y conviven las mujeres protagonistas de esta investigación.

Es así que se llega, en el Capítulo IV, a los relatos de Berenice, Gina, Alejandra, Delia y Rosa, trabajadoras del sector del comercio informal, de los cuales emanan experiencias donde es posible observar diversas violencias y precariedades generadas por la triada sistémica colonialidad-capitalismo-patriarcado, las cuales se traslapan de tal manera que conforman un entramado de incertidumbres y vulnerabilidades en distintos ámbitos de sus vidas. Consideramos para su abordaje una reflexión sobre las formas en las que esta triada, en tanto relaciones de dominio y explotación, opera tanto en la dimensión laboral, como en otras dimensiones que garantizan la reproducción de sus vidas.

En el Capítulo V, a través de las experiencias de Andy, Mery, Vanessa, Beileen y Alicia, un grupo de jóvenes colaboradoras de esta investigación que noche a noche llevan el arte del malabar callejero a los semáforos de la Zona Centro de Tijuana, se visibilizan los diversos significados que adquiere la vivencia de un trabajo heterogéneo y multifacético. A través del ejercicio de creación de cartografías, en el cual han podido nombrar las precariedades y

violencias que viven en su espacio y tiempo de trabajo, se profundiza en las diversas expresiones de subjetividades y en las dimensiones temporales, en tanto configurantes subjetivos del trabajo, que experimentan en lo que llamo *tempos* de la *noctariedad*.

Notas sobre cómo leer esta tesis.

Escribir una tesis en lenguaje incluyente, no discriminatorio, es un doble reto que revela cambios que, para la lingüista Yásnaya Aguilar (2020), son gramaticalmente pequeños, pero ideológicamente radicales. Pues apuntan a una lucha antipatriarcal viva y en constante replanteamiento que busca visibilizar la co-presencia femenina y masculina y de mujeres y hombres, al tiempo que generar cuestionamientos y convocarnos, desde el oficio de la investigación, a posicionarnos políticamente en torno a los movimientos sociales que, como los diversos feminismos, están empujando esfuerzos por reivindicar los derechos de las mujeres, las niñas o las llamadas minorías identitarias, esfuerzo que debe estar implicado en la elaboración de una tesis.

Empleo la “x” como forma de nominación neutra, porque me parece necesario aportar en la discusión sobre la igualdad de representación del género. Es aquí que se presenta el doble reto, pues para quien lee un texto de esta naturaleza se verá impelidx en el ejercicio de transformar el lenguaje. En otros casos, donde incluyo sustantivos divididos en categorías de género, me permito precisar qué identidades colectivas estoy nombrando -lxs vendedorxs, vendedoras- pequeños pero necesarios posicionamientos frente a una disputa por la igualdad.

Sobre la voz de este texto, decidí combinar una redacción en primera persona del plural y del singular, la presencia de ambas voces ayuda a reconocer que todo texto es un tejido que se construye con ideas en común en el que confluyen distintas perspectivas. Evitando la despersonalización que puede generarse desde el discurso científico-académico opto, por el uso de la primera persona del plural para enunciar el diálogo colectivo de las voces implicadas en la reflexión propuesta en esta tesis y en los posicionamientos teóricos que de igual forma aquí se proponen, y en primera persona del singular para evidenciar la presencia

situada, mas no protagonista, de la investigadora, una presencia comprometida con lo que integra esta investigación.

En aras de descentrar la palabra escrita como el universal lenguaje académico, y visibilizando otros lenguajes que también han sido importantes para la construcción de esta investigación, el texto se acompaña de registros audiovisuales a manera de fotografías, videos, paisajes sonoros y cartografías indicados en notas al pie. La decisión de no incluir dichos registros dentro del texto mismo radica en un posicionamiento sobre la importancia de que la lectura del documento sea móvil, un desplazamiento textual entre palabra escrita y narrativa audiovisual, cada una desde un espacio distinto pero incluyente, pensado, creado y adecuado para que la visualización e interpretación también sea parte de su experiencia.

Para ello, he creado un archivo transmedia que da cuenta de fragmentos del proceso de la investigación, al que he llamado Nocturnario Fronterizo⁵, como forma de sumarme a las discusiones (Burke, 2005, Mitchell, 2005, Berger y Mohr, 2007, Rose, 2012) que han revelado la importancia de la presencia discursiva en una mayor amplitud y representaciones. Un medio para acercarse a esta investigación que también sea asequible a quienes le han dado cuerpo. A partir del diario de campo como herramienta metodológica, el archivo transmedia se convierte en un espacio co-relacionado al texto que, si bien está condicionado por la conectividad al internet para poder visualizarlo, lo considero un esfuerzo para ampliar el diálogo y la reflexión que busca, desde lo colectivo, otras formas de representación de la realidad.

⁵ www.nocturnariofronterizo.mx

Capítulo I

NOCTARIEDAD: UN PLANTEAMIENTO TEÓRICO-CONCEPTUAL SOBRE LOS VÍNCULOS DE LA VIOLENCIA EJERCIDA CONTRA LAS MUJERES Y LA PRECARIEDAD VIVIDA.

Introducción

A lo largo de este capítulo, exponemos los principales conceptos que apoyan el planteamiento teórico para el estudio de las experiencias de violencias que se presentan en el espacio-tiempo de trabajo de mujeres que forman parte del sector informal nocturno de la ciudad de Tijuana, específicamente quienes llevan a cabo sus ocupaciones en el espacio público de esta ciudad. En ese sentido, retomamos la perspectiva de los feminismos descoloniales (Curiel, 2007, 2018, Lugones, 2008, 2011, 2018, Espinosa, 2013, Segato, 2014, Anzaldúa, 2015) para cuestionar las formas en las que la colonialidad, como un fenómeno de dominación e imposición -política, económica, cultural, filosófica, corpo-territorial-, de asimetrías estructurales e injusticias sociales, persiste como paradigma del Norte hegemónico que detenta el poderío y riqueza global y encuentra en el ejercicio de la violencia una forma impulsora de toda explotación hacia la vida de mujeres en condiciones de menores privilegios.

Asimismo, proponemos un marco interpretativo desde la triada colonialidad-patriarcado-capitalismo, de las opresiones y violencias vividas por mujeres cuyas actividades productivas ubicadas en el sector de la economía informal, generan diversas precariedades que se extienden a diversos aspectos de sus vidas. Incorporamos aportaciones teóricas del llamado giro descolonial (Quijano, 2000, Dussel, 2004, Maldonado-Torres, 2007, Mignolo, 2010, Grosfoguel, 2018) con el objetivo de realizar un entrecruce argumentativo y dialógico y con ello, articular una discusión sobre las relaciones de poder que han legitimado al actual -asimétrico y hegemónico- orden estructural desde el cual se ejercen de manera sistemática las opresiones hacia las mujeres subalternizadas.

Recurrimos a los aportes de la geografía feminista para argumentar que el peso de los roles socialmente impuestos a mujeres y a varones, continúan complejizando las maneras de estar situadxs en el espacio público, el cual se encuentra en tensión permanente (McDowell, 2000, Massey, 1994, Soto, 2014). Así, planteamos nuestra comprensión sobre la calle y la noche como espacialidad y temporalidad delimitada que crea microgeografías en la vida urbana, lo cual se traduce en que para unxs sean tiempo-espacio del consumo, del ocio o de lo lúdico, mientras que para otrxs sean parte de la cotidiana precariedad de vida.

Para finalizar, abordamos una reflexión sobre la precariedad del trabajo desde una perspectiva sociológica (Castel, 2006, 2010, Standing, 2011, 2014), sociocultural (Solís, 2014) y experiencial (Lindón, 2003), para profundizar nuestra comprensión sobre los mecanismos que lo degradan desde la perspectiva de quien lo vive y desde como lo resiste. Esto como antesala de la formación de nuestra propuesta teórica que busca profundizar en las precariedades y violencias vividas por mujeres a partir del despliegue de sus actividades productivas en una demarcación espaciotemporal particular, la calle y la noche. Específicamente consideraremos las prácticas del comercio informal y ambulante, para lo cual empleamos la categoría *noctariedad* como una posibilidad de nombrar las condiciones concretas de precariedad que viven las mujeres en contextos de trabajos informales nocturnos.

1.1 Violencias contras las mujeres.

1.1.1 *¿De qué hablamos cuando decimos violencias contra las mujeres?*

La reflexiones teóricas y empíricas sobre las violencias que son ejercidas contra las mujeres se nutren de los cuestionamientos y críticas a las asimetrías del orden social, cultural, económico y político que han perpetuado el uso de la violencia para subsumirlas en relaciones de dominación. Estas reflexiones, y su tono crítico, han provenido de distintos frentes (mujeres organizadas de manera autónoma, movimientos sociales, los feminismos⁶ o

⁶ Nombramos los feminismos en plural para reconocer la existencia de posturas diversas y de formas plurales de hacer y vivir el feminismo, pronunciadas desde también una diversidad de actorxs que viven situaciones condicionadas por el género.

la academia) para abogar por la necesidad de construir categorías, no solo conceptuales sino también políticas, que den cuenta de la vivencia de las violencias sobre ese conglomerado heterogéneo llamado “mujeres” a fin de encontrar en ellas, formas cada vez más contundentes para denunciarla y erradicarla.

Congruentes con esta heterogeneidad, queremos referirnos particularmente a mujeres cuyo lugar histórico, geopolítico y social ha estado configurado y determinado por un orden hegemónico establecido por el poder colonial. Mujeres que por su condición de género, raza, clase, sexualidad, edad o educación han sido doble o triplemente oprimidas, y ello las ha llevado a experimentar situaciones particulares de vulnerabilidad. Mujeres trabajadoras de un sector informal situado en la periferia de la estructura social y económica, que no gozan de derechos laborales ni seguridad social y, por lo tanto, que viven en condiciones que sostienen, muchas veces solas y con escasos recursos. Mujeres, madres, abuelas, migrantes en muchos de los casos, que como analizaremos a lo largo de esta investigación, viven y sobreviven en este lado de la frontera norte, en Tijuana.

Para iniciar nuestra reflexión sobre las implicancias de un fenómeno social tan complejo como el de las violencias ejercidas sobre las mujeres, como expresión de las estructuras sistémicas -machistas- que legitiman las desigualdades sociales a razón de género y donde además encuentra cabida la precariedad en un amplio sentido, es importante enunciar la interrelación que reconocemos entre el sistema de dominación patriarcal y el entramado colonial del cual proviene. Es por ello que recurrimos a los posicionamientos de los estudios feministas y descoloniales, críticos de la modernidad, para abordar desde el correlato colonial un marco analítico sobre los sentidos que emergen de las violencias que experimentan *las Otras* (Monárrez, 2013), las no privilegiadas, las subalternizadas (Spivak, [1983] 2003). Lo que nos ha de llevar no sólo a la pregunta sobre su posibilidad de hablar, tal como lo propuso la filósofa Gayatri Spivak, sino a la posibilidad de ser escuchadas, aquellas cuyas experiencias no son reconocidas porque no son enunciadas desde un lugar hegemónico y, por lo tanto, son urgentes de ser visibilizadas y denunciadas.

Desde el relato histórico del llamado “encubrimiento”, que no descubrimiento, de América (Dussel, 1994), es posible ubicar la experiencia cotidiana de la violencia no reconocida, u por la que han estado atravesadas las mujeres que habitan los territorios colonizados. Para Francesca Gargallo⁷ (2014) esta experiencia de violencia puede explicarse a través de su tránsito por dos escenarios paradigmáticos. El primero, territorializó la naturalización de la inferioridad de los pueblos colonizados, a través de procesos de racialización y de imposición del modelo civilizatorio del colonialismo. El segundo, enraizó el lugar subordinado de las mujeres a través de la lógica de un modelo binario, eurocéntrico, heteropatriarcal y sexista extendido a otros sistemas de opresión que regularon y disciplinaron sus cuerpos por medio de la violencia.

Ambos escenarios nos permiten reconocer las opresiones que en términos de raza, género, clase y sexualidad, han normalizado diversos tipos de violencia contra las mujeres. Algunos de ellos sociales, expresados a través de exclusiones o segregaciones causadas por estereotipos sobre las mujeres racializadas; económicas, a través de su designación a trabajos mal remunerados; culturales, a través de la imposición de prácticas, modelos ideológicos hegemónicos y la invalidación de sus creencias y valores; y jurídicas, a través de las imposibilidades para acceder a los marcos institucionales de justicia y políticas, al no ser reconocidas como sujetas de derecho.

Es por ello que para Gargallo (2014) la violencia contra las mujeres posee una profundidad “política, social, económica, espiritual, física, sexual, psicológica y epistémica que de acuerdo a sus múltiples dimensiones; interpersonal, estructural, pública, privada, estatal, no estatal debe implicar un análisis que abarque todos estos modos de percibirla” (Gargallo, 2014, p. 380). De allí la importancia de escapar del pensamiento reduccionista y naturalizante que ve en la violencia una única forma de expresión, para transitar hacia las múltiples violencias y su vinculación entre sí.

⁷ Escritora, académica y activista feminista impulsora del pensamiento feminista latinoamericano fallecida en marzo de 2022. Conocerla personalmente en el Primer Encuentro de Mujeres que Luchan, transformó mi manera de comprender la lucha feminista a partir de su concepción de las relaciones afectivas entre mujeres, como una política colectiva, encarnada, creativa, “comunizada” como ella misma dijera. Retomar su palabra es una manera de mantener viva su memoria.

Esta naturalización es una realidad que hemos atestiguado durante las últimas dos décadas en México (Berlanga, 2018), y a partir de la cual los feminismos han reconocido la importancia de elaborar un pensamiento teórico y crítico sobre las violencias contra las mujeres que recupere y reivindique sus experiencias. Algunas investigadoras y activistas feministas como Ochy Curiel (2007), abogan por que los conceptos elaborados en este pensamiento teórico y crítico impliquen tanto la dominación colonial, por un lado, como el lugar que históricamente han ocupado las mujeres a partir de la colonización, por el otro lado.

Esta pertinente puntualización que propone Curiel (2007), pone el énfasis en la comprensión de las desigualdades estructurales que reafirman las opresiones de las mujeres, y al mismo tiempo reconoce que las estructuras de dominación hacia ellas son múltiples y simultáneas. Sus cuerpos han sido instrumentalizados para perpetuar las desigualdades a través de las múltiples formas de explotación que las esclavizaron y con las cuales fueron vistas únicamente como fuerza de trabajo y como cuerpos desechables utilizados en toda la extensión material de la palabra para satisfacer los deseos sexuales⁸ de los colonizadores. Con ello nos recuerda que la colonización, como hecho histórico que conlleva una condición de asimetría y hegemonía (Quijano, 2000), pudo ser posible a través de los territorios conquistados, donde el cuerpo y la sexualidad de las mujeres son sus representaciones.

Por lo tanto, la propuesta de Curiel considera que tanto la discriminación como la subordinación de género no deben posicionarse como las principales o únicas categorías de opresión sobre las mujeres, pues significa una particular mirada de denuncia que se ha centrado en los problemas, experiencias y necesidades de las mujeres blancas de clase media y alta del Norte Global (Espinosa, 2018), lo cual resulta a-histórico y anti-histórico (Segato, 2014). Es por ello que las reflexiones de esta y otras autoras (Gargallo, 2014, Espinosa, 2018) apuntan a considerar las opresiones de género siempre en intersección con otras formas de categorización social relacionadas con la identidad (raza, etnia, clase, educación, edad,

⁸ Rita Segato (2014) asegura que el uso sistemático de violaciones y otras violencias contra las mujeres perpetradas por los hombres blancos a las mujeres indígenas y negras convirtieron los cuerpos femeninos en territorios arrasados a fin de propagar el terror, en estos hechos se encuentra su idea sobre el patriarcado de alta intensidad representado con la imagen del colonizador como un ser violento y viril.

religión, entre otras), las cuales producen experiencias sustantivamente diferentes en la vivencia de la violencia.

Tanto Curiel (2007) como Espinosa (2018) nos brindan pistas para traer a la discusión elementos teóricos, pero también empíricos, fragmentos históricos y contextuales para nombrar un cúmulo de experiencias cuando nombramos las violencias contra las mujeres. Nos referimos a desigualdades estructurales que tienen como correlato la perpetuidad de la misión civilizadora-colonial-modernizadora, que oculta el punto de vista de aquellas mujeres no blancas. Con ello se reafirma que “la violencia contra las mujeres en América Latina está estrechamente ligada al menosprecio por la raza” (Berlangua, 2018, p.138). Así, las violencias afectan a todas las mujeres, pero no por igual, pues la jerarquización de las vidas persiste y justifica las relaciones de dominación.

La pertinencia de un marco analítico feminista y descolonial para estudiar las experiencias de violencia que ocurren en el espacio-tiempo de trabajo de las mujeres que llevan a cabo sus ocupaciones en el espacio público nocturno, permite visibilizar las matrices de opresión que reproducen prácticas de subordinación, explotación y silenciamiento que inciden en sus subjetividades, en medio de tensiones y contradicciones que se entretajan en su vida cotidiana. Así, las experiencias de las mujeres que se encuentran fuera de las jerarquías dominantes se encuentran permeadas por un sistema colonial-patriarcal-capitalista que reproduce y recrudece violencias.

1.1.2 Colonialidad y heteropatriarcado

Ahora bien, para profundizar en la comprensión de las prácticas y relaciones de subordinación y explotación que inciden de manera particular en los cuerpos y subjetividades de las mujeres en menor posición de privilegio, es necesario evidenciar el nexo entre colonialidad y heteropatriarcado, sistemas de opresión interdependientes que representan la expoliación de recursos tangibles -cuerpo, prácticas, trabajo, espacios- e intangibles -conocimientos, modos de vida, subjetividades-. Al respecto, Aura Cumes (2012), feminista comunitaria e investigadora Maya-Kaqchikel, explica que la realidad histórica de las mujeres

situadas en un contexto de colonialidad ha sido definida desde un lugar material e intelectual subalterno, que no las considera “sujetas pensantes sino hacedoras por naturaleza del trabajo manual no calificado” (p. 2). Trabajo clave para la reproducción social (Federici, 2010) pero que, al quedar oculto bajo el velo del espacio doméstico, queda subordinado al trabajo asalariado (Cavallero y Gago, 2019).

Asimismo, advierte, apoyada en el pensamiento de María Lugones (2008), que lo colonial no debe reducirse a una dominación racial o étnica, pues otros ordenadores sociales como el género o la clase social, intervienen en su fortalecimiento. En la experiencia de dominación de las mujeres indígenas guatemaltecas, se expresa la interdependencia sistémica que anteriormente habíamos mencionado, pues en ella se concatenan racismo, exclusión por condición de empobrecimiento y sexismo. Las cuales hay que mirar desde su interacción para poder comprender su actuación, pues como afirma Cumes:

“Tanto el colonialismo como el patriarcado han sido capaces de afectar el sentido de la vida en el orden social en que vivimos porque interviene en las relaciones de poder y nos da forma de acuerdo a nuestra posición en el sistema de jerarquías y privilegios. Nos reorganiza desde adentro” (Cumes, 2012, p.12).

La colonialidad como proceso de dominación, se ha reformulado (Tuhiwai, 1999). Se trata de un mecanismo de control corpo-epistémico-territorial que toma como momento histórico los 500 años de Conquista pero cuya realidad de dominación y dependencia ha sobrepasado el periodo colonial, transformándose con la conformación de los Estados-Nación (Mignolo, 2010), e intensificándose a través de un modelo de modernización dominante de larga duración basado en la concentración de la riqueza a través del despojo de conocimientos, el control de los cuerpos como fuerza de trabajo y el dominio territorial, presentes en el actual orden económico y político neoliberal (Cavallero y Gago, 2019), llamado capitalismo.

Los intereses de este modelo se extendieron a través de mecanismos de producción de conocimientos, prácticas y relaciones sociales, que podemos llamar colonialidad del *poder-*

*ser-saber*⁹ (Maldonado-Torres, 2007). Esto es, instrumentos que silenciaron e invisibilizaron las formas de vida no hegemónicas configuradas desde la subalternidad -a decir, pueblos indígenas y particularmente, las mujeres no blancas-, cuyos efectos han profundizado -de manera diferenciada- desigualdades estructurales: sistemas de dominación de género, raza, etnia o clase social (Trevilla y Peña, 2019). Dicho así, la lógica del proceso de transformación al que se refiere Mignolo (2010) amplía su vigencia y particulariza el carácter autoritario y violento de dicho modelo que, en la vida y los cuerpos de las mujeres, se ha traducido en constantes y renovadas formas de control.

Es en este sentido que la epistemología feminista ha hecho importantes esfuerzos por visibilizar -para efectos de denuncia- las diversas violencias experimentadas por las “mujeres de color”¹⁰. Ejemplo de ello, es la crítica que hace María Lugones (2008, 2018) hacia las formas en las que la colonialidad fortaleció la racialización y deshumanización de las mujeres a través del Sistema Moderno/Colonial del Género¹¹. Dicha crítica toma los aportes del marco analítico introducido por Aníbal Quijano (2000) correspondiente a la *colonialidad del poder*¹², pero va más allá de éste, señalando que la raza, como un ordenador social, no es el único factor que sostiene y reproduce la dominación de los pueblos, y que la categoría de género como una construcción colonial organizada a través de términos raciales, hace visible

⁹ A partir de la discusión propuesta por Quijano (2000), sobre la colonialidad del poder como estructura que permite reproducir sistemáticamente la diferencia colonial, mecanismo de clasificación social con fines de dominación y explotación y la colonialidad del ser propuesta por Walter Mignolo (2003) con la que hace referencia a la experiencia vivida de la colonización; Nelson Maldonado Torres (2007) desarrolla la idea de la colonialidad del saber para referirse a una dimensión epistémica, es decir, a las formas también sistemáticas en las que fueron silenciados los conocimientos que no fueron ni gestados ni reconocidos por la matriz moderna colonial eurocéntrica. Con ello el autor se remite al carácter relacional entre las experiencias y construcción de subjetividad que se crean en el encuentro entre colonizadores y colonizados.

¹⁰ Mujeres del Sur Global, negras, indígenas, empobrecidas, con prácticas sexuales disidentes, migrantes, racializadas, campesinas y obreras (Curiel, 2007). Este término es una reivindicación política puesto que afirma la resistencia a la deshumanización que fue impuesta con la raza y produce nuevas prácticas y saberes que no están constituidos desde el género y su lógica de dominación (Lugones, 2018).

¹¹ Con esta noción se señala al diformismo biológico, a la heteronorma y al patriarcado como las aristas visibles de la organización colonial moderna de género, esto implicó que tanto las mujeres como los varones racializados no fueran considerados humanos y por lo tanto, no estaban dotados de género solo de sexo (Lugones, 2018, p. 31). Con esta diferencia basada en la idea de inferioridad, se construye un sistema de relaciones jerárquicas entre lo que es considerado humano y lo no humano, es así que las mujeres europeas adquieren la categoría de blancas a costa de las mujeres colonizadas, expropiadas de sus territorios, de sus cuerpos y de sus saberes para ser sometidas al trabajo esclavista y el encuentro sexual forzado.

¹² Un sistema de relaciones hegemónicas instaurado a partir de la modernidad, que opera a través de la naturalización de las jerarquías raciales, el cual hace posible que se reproduzcan relaciones de dominación y explotación.

la instrumentalidad de la violencia y el sometimiento de las mujeres en todos los ámbitos de su existencia.

Así, orientadas por estos planteamientos sobre las manifestaciones de la colonialidad y sus formas de dominación nombramos como *violencia colonial de género* a los recursos materiales y simbólicos que han favorecido a la deshumanización de las mujeres (Lugones, 2008) el despojo de sus tiempos y medios para su subsistencia y la consecuente infravaloración social de sus capacidades, como formas en las que las estructuras de dominación, múltiples y simultáneas, actúan sobre sus vidas (Curiel, 2007) generando empobrecimiento, dependencia económicas pero sobre todo su silenciamiento.

Tanto la raza como el género, conforman historias que son leídas en el cuerpo (Segato, 2014) como el lugar donde se inscribe el carácter simbólico de la dominación. Los cuerpos de las mujeres al ser leídos como dominados, volviendo a las ideas de Lugones, son impregnados de la “no blancura” que hace persistentes a los esquemas de diferenciación y jerarquización social. Por lo tanto, las relaciones de género como característica de la construcción colonial/moderna, hicieron de la heterosexualidad un régimen y sistema de privilegios que acentúa la distribución patriarcal del poder, una realidad construida a partir de relaciones permeadas por violencias.

De este modo, el heteropatriarcado (como un sistema ideológico de símbolos, prácticas y relaciones que anteponen el predominio masculino y dicha heterosexualidad), define a los varones como superiores por naturaleza y con esto, reproduce el ejercicio de la autoridad sobre las mujeres de manera sistemática, donde “el uso de la violencia constituye una de las formas más predominantes y generalizadas que ayudan al ejercicio de esa autoridad” (Sagot, 2006, p.73).

La ideología heteropatriarcal, al valorar lo femenino y a todas las identidades que no se ajustan a los valores de la heteronorma (Gargallo, 2014) como secundarias, no solo consolida, como ya habíamos mencionado, un orden social jerarquizado que perpetúa dualismos opresivos (Trevilla y Peña, 2019), sino que también posibilita la instrumentalización de las

relaciones de dominación a través de “los modelos de lo femenino que quería [ha querido] el patriarcado que fuéramos [seamos]” (Anzaldúa, 2015, p. 36). De esta manera, vuelve a ser pertinente traer la reflexión de Cumes (2012), pues ni las opresiones ni las múltiples e imbricadas violencias que son ejercidas sobre las mujeres de los territorios latinoamericanos pueden comprenderse sin el entrecruce de la colonización y la opresión heteropatriarcal, pues no hacerlo, priorizando solo un aspecto de las relaciones de poder, desdibujaría la complejidad y gravedad de sus experiencias.

Reconocemos esta sistemática desvalorización de la vida de las mujeres expresada en todas las formas de opresión que se ejercen para su subordinación al dominio masculino como *violencia patriarcal* devenida de un proceso de colonización y reforzada por el capitalismo contemporáneo (Gutiérrez, Noel y Reyes, 2018). Esta forma de violencia instrumentaliza el control de los cuerpos y subjetividades de las mujeres buscando la anulación de su fuerza y toda forma de impronta a través una sumisión total “crecida en los mandatos sociales femeninos de realización a través de lxs otrxs en términos de sujeción inhibidas de la capacidad de disponer de nosotras mismas” (Ibidem, p. 6)

A partir de estas reflexiones no se puede afirmar que antes de la imposición de la colonialidad no existiera heteropatriarcado, ni violencias contra las mujeres, pues ello significaría esencializar a las culturas colonizadas. Más bien se trata de apuntar a la existencia de otra forma de heteropatriarcado, uno revitalizado y recrudescido por el modelo de modernidad dominante, un patriarcado de alta intensidad como lo ha nombrado Segato (2014), que comienza en el cuerpo, se extiende al territorio y a la sociedad en su conjunto (Trevilla y Peña, 2019). Por ello, dar cuenta de las realidades vividas por las mujeres al interior de un sistema de valor social desigual, es una tarea de denuncia que resulta imperativa.

1.1.3 Mujeres y acumulación de capital

Como hemos planteado hasta este momento, el vínculo entre heteropatriarcado y colonialidad, desde sus distintas veredas y manifestaciones, devela la permanencia de un sistema de estructuras que oprimen los cuerpos de las mujeres subordinadas y explotadas

desde la Colonia hasta nuestros días. Ante ello emerge la necesidad de profundizar en la comprensión del proceso de acumulación de capital derivado de la mercantilización de sus vidas que, situado en esta investigación, consideramos nos dota de un sostén conceptual para abordar y analizar las experiencias de las mujeres trabajadoras en condiciones precarias derivadas de la informalidad.

A partir de la expansión territorial y colonial de Europa, emerge una nueva configuración en la acumulación incesante de capital que se hizo posible gracias a la explotación de los pueblos colonizados, como parte de la dinámica civilizatoria de la modernidad, la cual, estructuró y constituyó el capitalismo histórico. Con esta idea Ramón Grosfoguel (2018) dota de sentido concreto a su afirmación sobre la no existencia de “el” capitalismo, sino que lo que existe es “el capitalismo realmente existente, el sistema económico de la modernidad” (Ibidem, 2018, p. 37). Lo que el autor plantea es la proyección histórica del capitalismo, el cual no hubiera sido posible sin la expansión colonial. La organización desde las lógicas civilizatorias de la modernidad, a través de relaciones intersubjetivas de dominación, hacen de esta expansión “genocida, epistemicida, ecologicida, racista, cristianocéntrica, eurocéntrica, sexista, destructiva de las comunidades, del mundo agrario, del campesinado” (Grosfoguel, 2018, p. 38).

El patrón de dominación eurocentrado y global sobre el que Quijano (2000) elaboró la idea de la colonialidad del poder, hace referencia a “la articulación estructural de todas las formas históricamente conocidas de control de trabajo o explotación, la esclavitud, la servidumbre, la pequeña producción mercantil, el trabajo asalariado y la reciprocidad, bajo la hegemonía de la relación capital-salario” (2000, p. 349). Con lo cual se devela que la división del trabajo se configuró completamente sobre la racialización, reservando el trabajo asalariado casi exclusivamente para los europeos blancos. En ello radica la relación capital-trabajo a la que se refiere el autor, y que impulsó al capitalismo a través de la colonización.

Siguiendo la perspectiva de Quijano, el trabajo asalariado en tanto fuerza de trabajo individual convertido en mercancía, al fusionarse con un esquema de jerarquización racial garantiza la dominación -física e ideológica- en función de un régimen económico que tiene como base el despojo y la explotación. Lugones (2014) comprende la idea que Quijano

desarrolla como una expresión instrumental de la racionalidad, paradigma emblemático de la modernidad. A partir de ello, enuncia que el trabajo como categoría social colonial-moderna, tuvo por objetivo legitimar una manera específica de producir riqueza, que logró constituir y reproducir un patrón capitalista mundial de poder.

En este sentido, tanto Quijano como Lugones apuntan hacia el eurocentrismo como patrón de dominación cognitivo donde el trabajo asalariado se vuelve paradigma de “la hegemonía del capitalismo mundial. El eurocentrismo naturaliza la experiencia de la gente dentro de este patrón de poder” (Quijano, 2000, p. 343). Lugones toma esta idea para ampliar nuevamente la reflexión, añadiendo que la estructura de este sistema capitalista necesitó del patriarcado para someter a las mujeres y a sus cuerpos. Con ello se logró el control territorial y la división internacional del trabajo, en un sistema-mundo organizado en centros hegemónicos (Europa y el eurocentrismo), periferias y semiperiferias articuladas entre sí para la acumulación global del capital (Quijano, 2000).

Al respecto, Silvia Federici (2010) sostiene que el control de los cuerpos de las mujeres y el despojo de sus conocimientos con la finalidad de usarlos para su propia explotación, significó un disciplinamiento que posibilitó el funcionamiento del sistema económico capitalista y aseguró su reproducción. Para ello, fue necesario trasladar la noción de cuerpo hacia una noción casi “maquinica” destinada a la reproducción y al trabajo. Así, la violencia y la exclusión de las mujeres del trabajo asalariado fueron mecanismos mediante los cuales se impuso su domesticación. En ese sentido, la conversión de la maternidad en trabajo forzado y la reducción del trabajo reproductivo a “no trabajo”, son ejemplo de ello, una naturalización vigente hasta la actualidad que devalúa la gestión de todo el trabajo que sostiene la vida.

María Luisa Femenías y Paula Soza (2009), por su parte, retoman estas ideas de Federici, y afirman que en el relato histórico de la colonialidad-modernidad los cuerpos de las mujeres han representado un valor simbólico adicional, territorios conquistados donde los despojos instrumentalizan la lógica del dominio. Afirman que los cuerpos de las mujeres han sido fragmentados para fines de su explotación y recurren a la metáfora de las “cuerpos maquila” (p. 55), para explicar el carácter de producción sub-asalariado al que se destina el trabajo

productivo de las mujeres. Allí, el trabajo realizado fuera de casa a destajo, sin horario, sin descanso, sin leyes laborales que las protejan o por lo menos que las reconozcan, muestra la efectividad de la lógica de feminización del capitalismo global.

En este sentido, se hace necesario comprender las lógicas civilizatorias de la modernidad que han mercantilizado las vidas de las mujeres, sometiendo sus cuerpos desde una lógica extractivista, de violencia y de exclusión social que favorece la acumulación de capital. Una forma de *violencia capitalista*, que reconocemos a través de la explotación de sus vidas, cuerpos y fuerza de trabajo sin reconocimiento económico ni social.

Sin duda, las violencias contra las mujeres en las sociedades latinoamericanas son el fruto de un continuo de dominación colonial, patriarcal y capitalista, que hace parte de una matriz moderna de colonialidades de diversas índoles, del poder, del ser, del saber, del género y del trabajo, que opera tanto en las identidades de las mujeres como en las formas en las que vivimos, definimos, comprendemos y afrontamos las violencias. Pues como afirmó Gloria Anzaldúa (2015), “solo desde ese mundo torcido se puede pensar y reconfigurar otros mundos posibles en los cuales construir con nuestras propias maderas, argamasas y ladrillos feministas, universos distintos, comunidades, relaciones y afectos diversos” (p. 78).

1.2 Espacio, violencias y precariedades: aportes feministas.

El espacio público, donde coinciden y se visibilizan experiencias, intercambios, percepciones e interacciones sociales, es historia, es un relato -diferenciado- colectivo y común, “una especie de palimpsesto” (Santos, 2000, p. 92) donde permanecen las múltiples huellas de la sociabilidad humana. Esta idea, que es más un ideal, es problematizada por Manuel Delgado (2011) al afirmar que representa el “mito de la igualdad y la democracia”, donde la noción de “lo público” adquiere un carácter universal en el que subyace el relato de las jerarquías que lo regulan, ordenan a sus habitantes y configuran su participación.

Esta idea de Delgado, planteada por el pensamiento feminista con cerca de dos décadas de anterioridad y abordada por Doreen Massey (1994) en su texto “Space, Place and Gender”,

afirma que el carácter político -de la manifestación de la diferencia, de la toma de decisiones y acciones- y estratégico -de la participación y organización colectiva- del espacio público lo vuelve un lugar en disputa. Es por ello que, la autora subraya, se hace necesario entender esta noción en términos de relaciones sociales y también de género, lo cual permite revelar las ideas universalmente establecidas sobre los atributos de lo femenino y lo masculino y su correlato con la conformación del espacio público y privado, y con ello, la posibilidad de que sean comprendidas más allá del binarismo que las ha definido.

Así abordado, entendemos el espacio público como escenario que alberga la vida colectiva, que trasciende su función utilitaria, como espacio de tránsito o de consumo, y que adquiere significados definidos tanto por sus usos y apropiaciones, como por los encuentros y desencuentros que lxs actorxs sociales despliegan en él. Con esto nos referimos a relaciones y prácticas que visibilizan las posiciones sociales, de conflicto y poder, que lo alejan de ser neutro, formas de convivencia configuradas por los roles de género o jerarquías de raza, clase social o edad, que generan múltiples exclusiones en este espacio. Es por ello que la idea de que el espacio público sea un lugar al que todxs pueden acceder se torna problemática (Zúñiga, 2014).

Para el caso de las mujeres, el periodo colonial representa una raíz clave desde donde surgen estas múltiples exclusiones del espacio público. Para los pueblos originarios la idea de relación dual y dialógica como “hombre y mujer ontológica y políticamente completos” (Segato, 2014, p. 78), permitía circular entre lo público y lo doméstico como esferas complementarias. De acuerdo con Segato (2014), la Colonia relegó esta idea de complementariedad, para transformarla en una lectura binaria y jerárquica del mundo. Se modificó por completo la concepción de espacio público y, por imposición, la totalizó y jerarquizó. El sujeto de la Modernidad, hombre-racional-blanco-occidental-heterosexual reorganizó el espacio a través de un orden que privatizó la esfera doméstica. Así, hombres y mujeres fueron diferenciadxs por esta distribución espacial construida a través de atributos binarios de género.

Este y otros aportes feministas posteriores, han ido develando y denunciando el carácter patriarcal de la separación de los espacios privado y público (Pateman, 1996), y en ese sentido, han dado cuenta de su configuración. El espacio privado se asocia a la reproducción, la domesticidad y la familia, como el espacio que les “corresponde” a las mujeres, y el público se asocia a la producción, la política y el ámbito de las decisiones, como espacio que le “corresponde” al varón (Arendt, 2001), creando así una estructura social dicotómica, que ha afianzado un régimen de relaciones desiguales por razón de género (Massey, 1994, Valcárcel, 1997, Lagarde, 1997). Esto nos permite comprender las formas en que el espacio público ha relegado a las mujeres a un papel subordinado, valiéndose de instituciones patriarcales como la familia para mantener esta forma de organizar el espacio.

A partir de la década de los años setenta, la entrada masiva de las mujeres en el mercado de trabajo alteró esta división del espacio en función del género (McDowell, 2000), las mujeres, como colectivo, dejaron de estar necesariamente relegadas a la esfera doméstica y empezaron a ocupar poco a poco los espacios públicos. Sin embargo, a pesar de que esto significó que los usos femeninos y masculinos del espacio público se hayan acercado, las desigualdades sociales y de género aún persistieron. El peso de los roles socialmente impuestos a mujeres y a varones, continúan complejizando las maneras de situarnos en el espacio público y por lo tanto, manteniendo una tensión permanente (McDowell, 2000, Massey, 1994, Soto, 2014).

Las desigualdades de género respecto al espacio, según Linda McDowell (2000), son una dimensión oculta del mismo y se pueden explicar a través de las diferenciadas prácticas espaciales y apropiaciones de las mujeres y los varones. Para las mujeres, el rol que históricamente han desempeñado como encargadas de la reproducción y el cuidado familiar (Massey, 1994), las ha condicionado a un uso del espacio público mayoritariamente funcional y no lúdico o de ocio. Esta dimensión, además limita sus experiencias cotidianas, así como sus formas de ocupación y movilidad, lo cual, situado en un contexto social actual marcado por el conflicto y las distintas expresiones de violencias contra las mujeres por el hecho de ser mujeres, pone en evidencia el dominio patriarcal al que se refiere Pateman (1996) cuando afirma que éste continúa imperando en el espacio público.

Ahora bien, siendo el espacio público, tal como lo hemos abordado en las líneas precedentes, uno de los escenarios de la vida social donde las mujeres podemos experimentar distintos tipos de violencias, por nuestra condición de género, sexo, raza o clase social, solo algunas son contempladas en las legislaciones federales y estatales vigentes en México. La Ley General de Acceso a las Mujeres a una Vida Libre de Violencia (LGAMVLV), cataloga en la modalidad de *violencia en la comunidad* algunas de las expresiones de la violencia que las mujeres experimentamos en el espacio público, es decir, en las calles, barrios, parques, transporte público o espacios de tránsito y en este sentido, son consideradas como delitos la violencia física, algunas expresiones de violencia sexual como la violación y por supuesto violencias letales como el feminicidio.

A pesar de que estas herramientas jurídicas han sentado precedentes en el ámbito de la erradicación de las violencias contra las mujeres, consideramos que aún cuentan con limitaciones. La definición de la ley es muy general y, a partir de su interpretación concreta, en la práctica se puede ver que excluye expresiones de acoso físico, verbal y sexual, tocamientos y atentados a la integridad de las mujeres. Esto nos lleva a pensar en la aún vigente percepción de que la violencia que vivimos las mujeres en el espacio público por el hecho de ser mujeres es un tema que atañe por completo a nuestra responsabilidad y no un problema que compete a las autoridades y sociedad en general atender, discutir, desnaturalizar y prevenir (Zúñiga, 2014).

Para Esther Madriz (2001) la violencia contra las mujeres en el espacio público contribuye a la producción de la identidad de género y evidencia que la vulnerabilidad de las mujeres en este espacio ha movilizadado un doble discurso en el imaginario colectivo, en el cual el espacio público puede ser peligroso para las mujeres, y al mismo tiempo, es un lugar donde las mujeres somos vulnerables a la violencia. Estos discursos albergan la vieja idea patriarcal y discriminatoria de que las mujeres somos naturalmente más frágiles.

Para las mujeres, siguiendo a Madriz (2001), el miedo que genera la violencia en los espacios públicos, tiene la capacidad de generar una visión unificada de los roles de género. Esto determina las prácticas que pueden ser peligrosas para ellas y entra en conflicto con sus

necesidades de autonomía, lo cual las conduce a un sentimiento de vergüenza ante el miedo en los espacios públicos. Una dinámica que reproduce la jerarquía de género y crea tensiones para las mujeres, pues tienen que cuidarse y tratar de protegerse de las formas de violencia que pueden tener lugar allí. El espacio público es en el imaginario colectivo un lugar inseguro para las mujeres, sobre todo por la noche, una temporalidad percibida como peligrosa (Madriz, 2001) cuya apropiación está vinculada a lo masculino (Macías, 2020).

1.2.1 Un espaciotemporal en disputa: la calle y la noche urbana

Ahora bien, la calle, como metonimia del espacio público, “se transforma por la intervención de los caminantes” (De Certeau, 1997, p. 129), es un espacio de encuentro, de acceso primario y común. La noche, como temporalidad delimitada nos solo por su uso sino por los significados que despliega para la cotidianidad, crea microgeografías en la vida social y particularmente en la vida urbana, lo cual se traduce en que para unxs sea el tiempo del descanso, del ocio o de lo lúdico, mientras que para otrxs, y especialmente para algunas mujeres, sea el tiempo de lo productivo y de la cotidiana precariedad vivida. Abordemos ambas nociones con detenimiento.

Los llamados *Street Studies* se han posicionado como un eje temático de las Ciencias Sociales que intersecta las maneras diversas de vivir la calle y sus trayectorias vitales (Cnossen, de Vaujany y Haefliger, 2020). Esta intersección nos interesa para captar las múltiples aristas y matices que configuran el trabajo informal, precarizado, callejero y nocturno en la ciudad de Tijuana. Es por ello que retomamos algunos estudios sociológicos, que a pesar de no todos ser realizados en dicha ciudad, nos permiten, a manera de precedente, pensar en las múltiples y heterogéneas formas de organización del trabajo que toman la calle como una parte integral de su actividad económica.

Dichos estudios resaltan las cualidades específicas que la calle puede ofrecer en torno a la realización de actividades productivas, que además de permitir la generación de ingresos, funcionan como el vínculo donde la socialización y la supervivencia se urden. Este entramado de cualidades va desde la creación de redes de organización de y en la calle, que permiten asegurar los espacios de trabajo (López, 1998, Ariza y Oliveira, 2002, Vega y

Bermúdez, 2019, Vega, Del Valle y Saltzmann, 2019, Saraví, 2020), estrategias para el control de la visibilidad de lxs actorxs en los espacios públicos urbanos para poder llevar a cabo actividades de comercio informal lícito e ilícito (Wacquant, 2002, Burgois, 2009, Perelman, 2014, Cosacov y Perelman, 2015), hasta la generación de valores personales socialmente contruïdos como el de la capacidad de inventar o improvisar, debido a la posibilidad de autoemplearse en distintas y simultáneas actividades o de generar trabajo a partir de lo que otras personas desechan (Patrón, 2020, Lebeer y Martínez, 2012).

La calle entonces, para esta investigación, se presenta como un dispositivo espacial que delimita la vida pública de la privada, que se configura a partir de una trama de relaciones, intercambio de códigos, significados y significantes, que muchas veces entran en disputa, así como interacciones y prácticas entre lo público, lo privado y lo privativo del género. Su estudio cobra importancia para comprender las experiencias espacializadas de las mujeres que trabajan en ella. La importancia de sus narrativas, desde una perspectiva socioespacial, permite visibilizar las interacciones -deseadas y no deseadas- que se presentan en ella, así como la precarización de los trabajos ligados al comercio del sector informal y al entretenimiento callejero en las ciudades y de las vidas de las mujeres que los llevan a cabo.

Nuestra comprensión sobre esta particular representación del espacio público, se basa en este amplio conjunto de relaciones y significados ya abordados, pero también en “la serendipia de la vida cotidiana en la calle¹³” (Bourgois, 2009, p. 92) que se presenta en el descubrimiento, en lo impredecible, en lo inesperado, en las motivaciones, los pedimentos, los impedimentos, exclusiones y apropiaciones que enfrentan las mujeres de manera cotidiana. Una comprensión de la calle que, en suma, se refiere a una forma y un tiempo particular de hacer vida en ella, marcados por el género, la precariedad vivida y la exposición cotidiana a situaciones de violencia.

Los estudios sobre la noche, como un campo de investigación interdisciplinario, han visto por lo menos en los últimos quince años la emergencia de un incipiente interés por extender e inclusive traspasar las fronteras de su abordaje y comprensión (Straw, Gwiazdzinski y

¹³ “The serendipity of daily life on the Street”. Traducción propia.

Maggioli, 2020)¹⁴. La “lenta conquista de la noche” (Gwiazdzinski, 2005, p. 78) ha transcurrido entre estudios sociológicos y urbanísticos sobre las implicaciones de la llegada de la luz artificial y el alumbrado público como parte de un proceso de modernización de las ciudades (Briseño, 2008, Koslofsky, 2011, Bolaños y Ariza, 2017).

De igual manera, resaltan estudios sobre los impactos socio-económicos del surgimiento de las ciudades 24 horas, cuyo tiempo de productividad se ha extendido y con ello reconfigurado la temporalidad del intercambio capitalista (Bianchini, 1995, Talbot, 2007, Rowe y Bavinton, 2011, Shaw, 2016, Bolaños y Ariza, 2017, Mercado-Celis, 2018). También perspectivas que posicionan a la noche como configuradora de relaciones y dinámicas socioculturales en torno al mundo del trabajo (Sosteric, 1996, Ortiz, 2017, Giordano, 2020).

Por su parte estudios socio-culturales que han mirado en la noche una disposición extendida de las prácticas de lo lúdico y sus consumos (Margulis, 1994, Ochoa, 2009, Gallo, 2014, Nofre, 2021), la visibilidad de las identidades sexodiversas (Boivin, 2011, Laguarda, 2012, Osorno, 2014) que en palabras de la activista transexual Luana Muniz “la noche nos ha visto nacer”. Trabajos literarios que refieren a la noche en la ciudad como un espaciotemporal cuya liminalidad genera encuentros en las identidades sexodiversas cargados de desinhibiciones, deseos y fantasías que permanecen ocultos durante el día (Novo, 1980, Monsiváis, 1998, Osorno, 2014) pues “en la noche sin rumbo [...] descubriré que el amor es mejor cuando todo está oscuro¹⁵”

Este conjunto de diversos estudios evidencia el proceso de nocturnización de la vida social (Koslofsky en Straw, 2015) representado a través de los múltiples y complejos usos, prácticas, significados y simbolismos alrededor de la noche. Pero resulta importante destacar que, al menos en este conglomerado de abordajes, dicho proceso resalta el carácter lúdico de esta temporalidad empujado desde el consumo capitalista y las dinámicas de la economía del

¹⁴ Para un acercamiento al heterogéneo espectro de reflexiones y trabajos publicados en torno a la noche se puede revisar el recuento de conferencias, seminarios, proyectos de investigación, números temáticos de periódicos y revistas, tesis y filmografía, recuperado por Straw (2002, 2015), Moore (2016) y Straw, Gwiazdzinski y Maggioli, (2020).

¹⁵ Fragmento de la canción “Mi gran noche”, escrita por Salvatore Adamo (1967) e interpretada por el cantante español Raphael.

tiempo nocturno¹⁶. Esto devela el interés -de la academia del Norte global y su producción de estudios- por profundizar el análisis de la lógica capitalista en torno a la regulación de la noche y al desarrollo acelerado de los grandes centros urbanos. Pero pensar y estudiar esta temporalidad privilegiando el ocio urbano y sus dinámicas, invisibiliza realidades del Sur global, y sus conflictos urbanos y segregaciones sociales derivadas de los procesos de gentrificación o de migraciones forzadas por la presencia de violencias criminales, con matices raciales, étnicos y sus múltiples intersecciones.

Por ello, es necesario abordar la noche ampliando la presencia de actorxs que hacen parte de su proceso de significación social, cultural, temporal y espacial. Esto es lo que hace Julio Becerra (2018) al abordar lo que llama *nocturnidad*. Se refiere a un espacio socialmente construido a partir de la demanda de las prácticas lúdicas nocturnas que dan cuenta de la producción de sentido que se genera a través del uso, apropiaciones, socializaciones, sensorialidades y consumos en contextos urbanos. Su espacialidad, no se extiende a toda la ciudad sino a puntos específicos que actúan como espacios liminales de las interacciones sociales y el encuentro de las subjetividades.

Con esta noción, el autor analiza las prácticas laborales de quienes fungen como *productorxs de nocturnidad* (Ibidem, 2018), actorxs sociales -meseras y meseros específicamente- cuyos trabajos productivos en “bares” o “antros”, están determinados por el ocio, lo lúdico y la dispersión como generadores de ingresos. La nocturnidad articula la subjetividad generada entre *clientes-capital-trabajo* (p. 139), una serie de interacciones que detonan conflictos y negociaciones posicionadas desde la norma social marcada por discriminaciones sociales y de género.

Asimismo, el abordaje de Becerra (2018) problematiza la lógica comercial de consumo recreativo nocturno asociado al alcohol, la sexualidad y la permisividad y subraya el carácter

¹⁶ De acuerdo con Julio Becerra (2018) la economía del tiempo nocturno o Night Time Economy es una fuente de empleo que diversifica la oferta de actividades sociales y económicas para las ciudades. También es una oportunidad para regenerar y revitalizar áreas urbanas que caen en desuso a una hora determinada, pero también puede ser un mecanismo de control y segregación social derivado de estereotipos de género, por mencionar un ejemplo.

“restrictivo, excluyente y normativo” (p. 144) que circunda la lógica del capitalismo en el desarrollo del ocio urbano nocturno. Con ello advierte que la *nocturnidad* no puede ser una categoría universalmente transgresora o sinónimo de libertades asociadas únicamente a las juventudes y pone de manifiesto la necesidad de que su comprensión visibilice la multiplicidad de experiencias de quienes participan en ella en el contexto una economía de tiempo nocturno cuyas dinámicas inician, terminan o atraviesan la noche (Ibidem, 2018).

La noción de *nocturnidad* amplía las posibilidades para comprender la diversidad de identidades y prácticas que se circunscriben en las dinámicas de la vida nocturna en la ciudad, crucial para vislumbrar su expansión socioeconómica. Es por ello que significa una puerta de entrada para comprender una parte de la configuración urbana en términos temporales y nos pone a la tarea de pensar en cómo nombrar las condiciones específicas de precariedad de muchas mujeres que están situadas en los márgenes de la nocturnidad, pues no solo dependen de los consumos lúdicos tanto como de la movilidad nocturna o de la presencia de lxs actorxs que sostienen con su trabajo a la economía de tiempo nocturno. En ese sentido, nuestra búsqueda reflexiva se interesa por explicar las violencias y precariedades vividas por la disputa del espacio público o por las desigualdades de género que las llevan a optar por la noche como un tiempo único y posible para generar ingresos económicos.

Ahora bien, para nutrir nuestro abordaje sobre las violencias y precariedades vividas por mujeres cuyos trabajos se sitúan en escenarios nocturnos del espacio público, nos interesa rescatar algunos estudios que giran en torno al carácter regulador de la noche a través del imaginario social que la concibe como un tiempo de miedos y peligros que suceden en la experiencia sensorial de la oscuridad. La concreción de su intersección con el performance del género, en el que la noche representa un tiempo particularmente estigmatizante e inseguro para las mujeres en la ciudad (Madriz, 2001, Soto, 2013, Hernández y Guérin, 2016, Ortiz, 2017, Comelli, 2018, Nicholls, 2021), hace referencia a entornos a menudo determinados por la presencia de un orden patriarcal (Soto, 2013). Esto pone de manifiesto la demanda del derecho de las mujeres a ocupar el espacio público nocturno y reconocernos en él de forma segura.

Asimismo, la noche ha sido abordada desde las complejidades de la movilidad nocturna asociada al trabajo (Gwiazdzinsky, Straw y Maggioli, 2018), que particularmente para las mujeres resulta problemática cuando intersecta con los trabajos domésticos y de cuidado a los cuales se les liga connaturalmente (Vega, Del Valle y Saltzmann, 2019). Es por ello que, muchas de estas mujeres, acompañadas de sus hijxs u otros familiares, realizan trabajo productivo y reproductivo en el mismo lugar de sus actividades laborales, situación que además de complejizar la movilidad por la ciudad, exacerba una carga de actividades de cuidado, de por sí desvalorada.

A partir de la revisión de los estudios mencionados y mirando la realidad particular que nos convoca, proponemos una comprensión de la noche como un *tempo*¹⁷ del que emergen una progresiva diversidad de prácticas que configuran los espacios urbanos, por un lado, pero también sentidos y subjetividades, como una construcción social “determinada por procesos históricos y culturales” (Margulis, 1994, p. 15), por el otro lado. En términos empíricos, nos interesa estudiar la noche más allá de su concepción como tiempo natural que permite la extensión de las actividades productivas de las mujeres para mirarla como *tempo* productor de significados y sentidos espaciales para sus cotidianidades. Un *tempo* que discurre en un paisaje urbano con diversos ritmos, el de las mujeres y sus trabajos, el de lxs transeúntes y sus consumos cuya espacialidad no se extiende a toda la ciudad, sino a puntos específicos que actúan como lugares productores de vida nocturna.

En Tijuana, la narrativa de la noche urbana ha ido acompañada por la emergencia de los imaginarios del miedo, de la incertidumbre y de la vulnerabilidad causadas por el recrudecimiento de las violencias territorializadas (Valenzuela, 2012a, 2012b, Ramírez, 2013, Hernández y Guérin, 2016, Yeh, 2017), es decir, determinadas por el espacio en donde ocurren. Es el caso de la presencia del narcotráfico, pero también el de la “cultura de la ilegalidad que encuentra su mayor expresión en la impunidad y corrupción que caracterizan a los funcionarios del sistema de justicia” (López, 2013, p.38). Otra narrativa de la noche en esta ciudad es la del turismo sexual (Hernández, 2003, Castillo, 2006, Bringas y Glaxiola,

¹⁷ Retomamos el concepto de *tempo* de los debates antropológicos (Mauss, 1979, Carbonell, 2004) que entienden el tiempo como una construcción cultural y social cuya vivencia es subjetiva, es a la vez un doble indicador, de las transformaciones y ritmos de nuestro entorno y de cómo los percibimos.

2012), envuelto de tensiones entre las violencias a las que son sometidas mujeres y varones que llevan a cabo servicio sexual remunerado y la gestión del deseo y las prácticas de sexualidad que lxs lleva a enfrentar estigmatizaciones cotidianas.

Los diversos estudios y abordajes plasmados en este apartado, nos ayudan a delinear el interés sobre las necesidades y emergencias a la realidad de muchas mujeres que salen a la calle durante la noche motivadas por la necesidad de generar ingresos económicos. Particularmente las que forman parte de un sector informal y precarizado, condición que incide en la producción de los significados que atribuyen al trabajo y a las formas de ocupar el espacio público¹⁸.

Por lo tanto, nos resulta importante resaltar el papel del espacio-tiempo de trabajo de las mujeres en esta investigación, y con ello, comprender las distintas percepciones sobre las violencias experimentadas en él, así como las relaciones, prácticas, emociones y significaciones que surgen de habitar y ocupar¹⁹ las calles y la noche. Indagar en estos significados posibilita comprender la manera en que se generan modos de vida a través del trabajo en condiciones hiper-precariadas, que se entretajan en función de los roles de género, lo cual naturaliza formas de experimentar violencias sin considerar condiciones como la edad, la situación migratoria o incluso la zona de la ciudad en donde se trabaja, que inciden en el tipo de violencia y la forma en que se vive.

1.3 Precariedad vivida y violencia: estableciendo relaciones conceptuales.

Plantearemos entonces algunas reflexiones sobre la precariedad vivida en espacios del trabajo y fuera de él, como realidad consolidada para un amplio sector de mujeres y como

¹⁸ El ambulante, en un sentido lato, no es deseable ni permisible para la norma urbanística. Es una condición a evadir y erradicar que rompe con la “formalidad” de la organización del espacio público. Esta idea surge a consecuencia de las políticas de higienización social y urbana que estigmatizaron e incluso criminalizaron el trabajo realizado en el espacio público. En México, fueron instauradas durante el Porfiriato como un parte de un proyecto nacional de modernidad que buscó materializar la imagen del progreso en las principales ciudades de nuestro país (Barbosa, 2008).

¹⁹ Entendemos el concepto de habitar desde la perspectiva de la Geografía de la vida cotidiana, Alicia Lindón (2006) nos dice al respecto que en el habitar se expresa la relacionalidad existente entre espacios y actorxs sociales en un contexto intersubjetivo y cotidiano donde se crean procesos de significación y sentido. Con ocupación aludimos al uso de la calle, a la ocupación física-espacial.

generadora de desigualdades y violencias particulares para sus vidas cotidianas. Esto a fin de comprender cómo la vigente división sexual del trabajo, la dependencia económica, la persistencia de brechas salariales y la infravaloración social de las capacidades femeninas, son algunos factores que la determinan y al mismo tiempo se articulan como “mecanismos de colonización tanto del trabajo como de la vida de las mujeres” (Cavallero y Gago, 2019, p. 17).

1.3.1 De la precariedad laboral a la precariedad vivida: un marco analítico sociocultural

En términos generales, reflexionar sobre la precariedad laboral implica evocar una multiplicidad de escenarios de la vida social que se ven atravesados por esta condición. Más allá de su ensamblaje conceptual, que como veremos a continuación, está compuesto de un traslape de inseguridades, vulnerabilidades, incertidumbres y riesgos, vislumbramos un planteamiento relacional de las condiciones que entretejen la degradación y la regulación del trabajo, y con ello el de la vida, que impactan directamente en las decisiones cotidianas de las personas y en sus subjetividades.

Una primera reflexión, que nos permite profundizar en el estudio de la precariedad laboral, es la propuesta por Guy Standing (2011, 2014). Él la entiende como un proceso en el que las personas son sometidas y conducidas, bajo presiones, “a vivir una existencia frágil en el presente, sometido a incertidumbres acerca del futuro, con una identidad insegura y carente de un sentido de desarrollo posible por medio del trabajo” (Standing, 2011, p. 16-18). La perspectiva del autor se acerca a la precariedad laboral a través de la forma que va adquiriendo el trabajo y de su propia degradación causada por la implementación de políticas neoliberales de flexibilización, informalización y tercerización, orientadas a maximizar ganancias, en detrimento de los salarios y de las condiciones de trabajo. Al no poder acceder a las protecciones y beneficios del sistema de seguridad social, los actorxs sociales, con sus propios y limitados medios, hacen frente a la incertidumbre ligada a una condición precaria de trabajo y de vida.

Otros estudios sobre la precariedad laboral (Castel, 2006, 2010; De la O y Medina, 2008, Mora, 2010) coinciden con la propuesta de Standing en el sentido de que ésta no podría ser entendida sin la intersección de elementos como la vulnerabilidad y la incertidumbre respecto al futuro. Estos estudios dan cuenta de las dimensiones estructurales y simbólicas con las que es posible problematizar este fenómeno. Además, subrayan la reducción o completa ausencia de beneficios otorgados por las políticas sociales de bienestar impulsadas por el Estado benefactor a través de los modelos económicos fordista y keynesiano que de acuerdo con Castel (2006), promovieron la especialización del trabajo e incrementaron la flexibilización del mismo. La producción masiva y estandarizada, remunerada con bajos salarios, se convirtió en la norma del progreso técnico regulado por el Estado (Ibidem, 2006).

Este conjunto de perspectivas ilustra la parte instrumental de la condición de la precariedad laboral, en el marco de los procesos de ajustes estructurales que se han presentado desde la época del Estado de Bienestar²⁰. Pero aún es necesario hacer un abordaje de este fenómeno a la luz de una dimensión subjetiva, con la que sea posible comprender los efectos de la precariedad desde el punto de vista de lxs actorxs sociales. Pues es en sus vivencias, donde se pueden encontrar las significaciones que constriñen su actuar frente a un constante estado de incertidumbre y vulnerabilidad en sus vidas.

Es por ello que retomamos la perspectiva sociocultural de la precariedad laboral que Marlene Solís (2014) ofrece. En ella identifica que los elementos instrumentales con los que se ha concebido este fenómeno no solo implican el deterioro del trabajo o sus restringidas posibilidades de acceso, sino que además limita las posibilidades de que lxs actorxs sociales puedan acceder a otros derechos sociales como la salud, la vivienda, la educación, a lo que se suma desde nuestra perspectiva, la alimentación de calidad, el tiempo de ocio pero sobre todo, el tiempo de descanso.

²⁰ En el contexto de la globalización, los sistemas de bienestar de América Latina continúan configurados por los dolores más grandes a los que nos enfrentamos como sociedad, nos referimos al empobrecimiento, las desigualdades sociales, el desempleo, la exclusión en sus múltiples formas; que siguen sin poder enfrentarse debido a las limitadas capacidades institucionales para su superación.

Profundizando en esta misma perspectiva, la precariedad como característica de algunos empleos, tiene una dimensión objetiva y una subjetiva. La primera se refiere a los indicadores que hemos venido mencionando (inestabilidad, ausencia de contratos, de prestaciones y seguridad social, salarios bajos, jornadas irregulares, por mencionar algunos), y que dan forma estructural a la precariedad, y que la piensan en términos exclusivamente laborales y salariales. La segunda, se refiere a las normas, los valores y las creencias interiorizadas en los individuos, como mediaciones de la precariedad en la experiencia vivida. Con ello, la percepción de la precariedad va a ser punta de lanza que amplíe la forma de comprenderla y la sitúe como “construcción cultural que depende de las formas de identificación en el trabajo, así como de la trayectoria laboral y de la vida de los individuos” (Solís, 2014, p. 87).

Las ideas planteadas por Solís (2014) nos permiten vislumbrar las otras dimensiones de la vida de las personas a las que la precariedad alcanza, y con ello, reconocer y dar visibilidad a las interconexiones entre el mundo de lo social y de lo económico. Pues al incorporar la experiencia vivida de las personas, reconoce las capacidades que adquieren para negociar las condicionantes sociales que regulan el trabajo. Una especie de resistencia o de ejercicio de agenciamiento (Solís, 2014) que permite actuar frente a las condiciones que la reproducen. Alicia Lindón (2003) reconoce la dimensión subjetiva a la que se refiere Solís (2014) como la experiencia de la precariedad laboral desde el punto de vista de quien trabaja. Se trata de una visión que recrea el ámbito subjetivo e intersubjetivo del trabajo, y que incorpora los significados que lxs actorxs le otorgan. Estos no son unívocos, sino que van cambiando y transformándose a lo largo de la trayectoria de vida o del cambio de actividades.

Esta perspectiva de la experiencia, de Lindón (2003) y de Solís (2014), subraya la importancia de la dimensión socio-simbólica para identificar cuando lxs actorxs sociales conciben al trabajo como una forma de superación personal, de vivir una independencia económica, de desarrollo de sus habilidades y el reconocimiento de nuevas capacidades, del impulso creativo que les hace sortear las dificultades de sus prácticas y vidas cotidianas, de socialización o de muchas otras formas que trascienden o que se ponen en el mismo plano de importancia que la remuneración económica o el acceso permanente a los recursos para subsistir económicamente. Asimismo, es a partir de esta perspectiva que, aunque en términos

inmediatos y prácticos, los trabajos por los que las personas optan puedan estar impulsados por la necesidad urgente de generar ingresos más que por un deseo o decisión plena. Con la experiencia vivida y sensible podemos dar cuenta de los porqués continúan con esas formas de trabajo, de sus procesos de revaloración y resignificación.

Por lo tanto, para transitar de la precariedad laboral a la precariedad vivida, consideramos necesario comprenderla como una experiencia que forma parte de la vida cotidiana, es decir, del conjunto de prácticas que se desarrollan día tras día y de los esquemas de sentido con los cuales entienden ese mundo cotidiano. Esto resulta pertinente para la realidad y contextos a los que esta investigación se acerca, pues al tratarse de vendedoras que viven la experiencia de la informalidad de manera diferenciada y trabajadoras cuyas actividades no son socialmente reconocidas como trabajo, como es el caso de las malabaristas, emergen significados particulares sobre la experiencia del propio trabajo. Maneras en las que se vive la precariedad y las relaciones que la generan, estructuran, constituyen y reproducen, social, económica y simbólicamente, que pueden ser abordadas desde la perspectiva de la experiencia.

Para poder fortalecer la perspectiva sobre la precariedad vivida es necesario considerar que el estado permanente de incertidumbre y vulnerabilidad existencial generado por formas intermitentes de trabajo capitalista y la ausencia de una vida con protecciones sociales como las promovidas por un ahora ausente Estado de Bienestar (Han, 2018) impacta no solo en estas condiciones materiales sino en las condiciones que posibilitan la continuidad de la vida a través de relaciones que apuestan por la colectividad y el reconocimiento de nuestra interdependencia con el entorno en donde hacemos la vida, en donde cuidamos y somos cuidadxs, efectamos y somos afectadxs.

Desde esta perspectiva se posiciona la afirmación que Isabell Lorey (2016) hace sobre que lo precario también está en la vida, y con ello se refiere a una condición que no debe verse de manera individual “es algo en todo momento relacional y por lo tanto compartido por otras vidas precarias” (p. 27). De este fundamento de lo social para acompañar la explicación de un estado de contingencia vital que dificulta caminar sobre terreno firme surgen las

capacidades inventivas de nuevas formas para enfrentar la vida que no nieguen dicha vulnerabilidad y contingencia “sino que se abran camino a través de las dinámicas de dominación subvirtiendo las fantasías concomitantes de invulnerabilidad y superioridad” (ídem, p. 115).

Este reconocimiento a las capacidades de actuación, de resistencia o de afrontamiento de la precariedad es un componente nodal para fortalecer nuestra perspectiva, pues pone la atención en las acciones y no solo en las formas en las que las estructuras colonizan la vida de las personas en un sentido amplio. Esto permite comprender la riqueza de las experiencias y percepciones de las personas acerca de las vulnerabilidades y los obstáculos por las que atraviesan de manera cotidiana, dentro y fuera de los espacios de trabajo, pero también hace justicia a las oportunidades y posibilidades de gestionar sus vidas y aprovechar las oportunidades que se les presentan (della Porta, Hänninen, Siisiäinen y Silvasti, 2015). En estas formas de afrontamiento están las pistas para profundizar en las formas diferenciadas en que actúa la precariedad y permite problematizar el propio alcance de las acciones de afrontamiento, lo que está al alcance de las posibilidades de lxs actorxs sin tratarse de una ausencia de voluntades.

1.3.2 Noctariedad: propuesta teórica sobre precariedad, trabajo informal y género

Estas reflexiones en torno a la precariedad laboral nos permiten profundizar en los mecanismos que la producen y la sostienen, así como en las subjetividades que derivan de este complejo fenómeno y sus repercusiones. Lo cual se complejiza si consideramos en este proceso, la condición de género. En el caso de las mujeres, esto ha implicado el abaratamiento de su fuerza de trabajo, como parte de una tendencia del mercado laboral (Solís, 2014) que tensiona las relaciones de producción y reproducción, perpetuando una dependencia al salario fundada desde la división sexual del trabajo capitalista (Federici, 2010, 2018, Vega, 2019).

Esto nos permite entender por qué la incorporación de las mujeres al trabajo remunerado sigue siendo asimétrica en términos de oportunidades, beneficios y salarios respecto a los varones. Lo cual hace evidente la permanencia del sistema patriarcal, que incorpora a las

mujeres de manera limitada a la fuerza de trabajo o inclusive, impide su acceso al mercado laboral. Se destina así, para algunas mujeres, trabajos informales o empleos de baja cualificación con salarios igualmente bajos que generan y perpetúan desigualdades económicas, pues “las mujeres son oprimidas por ser mujeres y solo algunas explotadas por su posición de clase” (Lagarde, 1993, p. 127).

Y en este sentido, como ya hemos planteado, confirmamos que capitalismo y patriarcado constituyen parte del engranaje de un sistema opresivo que genera formas de explotación articuladas a diversas violencias machistas (Lugones, 2008, 2011, Vega, 2019, Vega y Bermúdez, 2019) que por un lado, han invisibilizado el trabajo femenino orientado a la reproducción (Federici, 2010), dimensión esencial para el bienestar social, y por el otro, han reproducido y perpetuado la subordinación de las mujeres a través de la colonización, dominio y explotación de sus cuerpos al servicio de las necesidades del entorno familiar. Así lo afirma Federici:

“la ideología que contrapone la familia a la fábrica, lo privado a lo público, el trabajo productivo al reproductivo, está profundamente enraizada en la división capitalista del trabajo que encuentra una de sus expresiones más claras en la organización de la familia nuclear” (Federici, 2018, p.30).

Sin más, esto es una clave feminista que amplía la comprensión sobre las formas en que las actividades “femeninas” están relacionadas con condiciones de precariedad que no se limitan al ámbito del trabajo, sino que se extienden a otros ámbitos como el familiar o el doméstico, en ellos se imbrican complejos sistemas de opresión como la raza, el género, el sexo, la clase social, la etnicidad y la edad que han servido para generar desigualdades estructurales que sostienen a un orden hegemónico colonial-patriarcal-capitalista que jerarquiza la vida. La presencia de estos sistemas de opresión evidencia la necesidad de que sean incluidos en el análisis sobre la precariedad, para comprender sus efectos diferenciados.

La ruta reflexiva ofrecida en los párrafos anteriores, nos ofrece elementos de profundización para ubicar la urgencia con la que debe estudiarse la situación de las mujeres en el mundo

del trabajo. Pues consideramos que aún existen muchos vacíos, específicamente sobre el contexto de los trabajos informales. Por lo tanto, y dada la falta de categorías analíticas que permitan nombrar las especificidades y complejidades con las que se manifiesta y actúa la precariedad y las dimensiones temporales que la exacerban, proponemos la categoría de *noctariedad* para teorizar las condiciones concretas en las que este fenómeno se presenta en trabajos informales que toman presencia en espaciotemporales específicos como el espacio público nocturno, así como las resistencias o estrategias de afrontamiento que despliega esta serie de condiciones, que al igual que la noctariedad misma, se presentan de maneras diferenciadas y dan cuenta de los recursos materiales y simbólicos que disputan las mujeres.

La *noctariedad* es un estado permanente de condiciones estructurales, materiales y simbólicas que incrementan las incertidumbres sobre la búsqueda de los medios de subsistencia económica, y con ello, la fragilidad de la vida misma, pues está determinada por el ritmo de la economía nocturna urbana, desde un lugar marginal e incierto (Talbot, 2007, Mercado, 2020). Se inserta en las dinámicas de la vida cotidiana, las trayectorias vitales y la sociabilidad familiar (Paugam, 2007) que, para el caso de las mujeres, también están determinadas por opresiones de género que históricamente las han situado en posiciones de dominación. Es la realidad de mujeres que, además de realizar trabajo reproductivo no remunerado, aprovechan las ocupaciones y labores que se desarrollan por la noche como fuente de ingreso y que, por tanto, viven una doble o triple jornada de trabajo precarizada e invisibilizada, lo que nos orienta en esta reflexión teórica.

Mujeres que son vistas como “fuera de lugar” en muchos contextos sociales porque trasgreden la dicotomía opresora público-privado que perpetúa nociones patriarcales que determinan el lugar que les corresponde a las mujeres en la vida social (Ortiz, 2017) y por ello, están forzadas a asumir los riesgos de experimentar violencias, especialmente las que atacan a sus cuerpos como la violencia sexual y sus distintas modalidades o violencias letales como el feminicidio (Ortiz, 2017, Soto, 2012, Berlanga, 2018, Monárrez, 2019). Dicha realidad se manifiesta en sensaciones de temor, preocupaciones, miedo, desventaja y vulnerabilidad (Soto, 2012).

Por ello, ante la incursión de políticas neoliberales y de libre mercado que han aumentado significativamente el desempleo o que lo han inestabilizado y precarizado (Cavallero y Gago, 2019), identificamos en el trabajo informal (Portes, 1995) un escenario productivo donde la *noctariedad* especialmente se puede observar. Al tratarse de actividades que generan ingresos no provenientes de los empleos contractuales regulados (Portes, 1995) representa una opción viable para subsistir y resistir estas condiciones económicas, políticas y sociales.

Al no cubrir ninguna garantía de seguridad social este tipo de trabajo se define a partir de características opuestas al trabajo formal, como la operación a pequeña escala, el uso intensivo de la fuerza de trabajo y las empresas callejeras de propiedad familiar (Ibidem, 1995). Contempla una diversidad de actorxs con trabajo independiente, conformados por trabajadorxs familiares no remunerados, trabajadorxs del servicio doméstico y trabajadorxs por cuenta propia, lo que hace que el trabajo informal no deba inscribirse en marcos teóricos que lo analicen como un fenómeno universal (Portes y Haller, 2004).

Retomar la noción del trabajo informal nos resulta pertinente para analizarlo desde su correlación a la precariedad. Para comprender las realidades de mujeres que buscan un complemento al ingreso familiar a partir de trabajos informales y nocturnos con bajas remuneraciones, que no ofrecen ningún tipo de protección social. Un modo de desempeñar actividades que les permiten generar ingresos, aunque ello les implique “estirar” las horas del día para poder cumplir con el trabajo reproductivo de sus hogares, posicionándose como una opción laboral subalterna para amplios sectores de mujeres (Vega y Bermúdez, 2019), y que significa un medio indispensable para operar en contextos urbanos.

Un segmento o clase social particular que no solo encarna los regímenes laborales capitalistas, sino que los vive en condiciones “hiperdegradadas” marcadas por una existencia determinada por y para el capital (Harvey, 2014), a través de formas, niveles y costos de vida precarios. Para profundizar en ello, resulta imprescindible tomar en cuenta, además, la variación de la estructura social con la división por raza, género, sexo y clase en contextos rurales y urbanos como diferenciadores sociales que se enlazan a un trasfondo histórico

específico, caracterizado por formas de opresión, explotación y exclusión colonial (Cielo y Vega, 2015).

Estas perspectivas nos brindan elementos particulares para comprender la experiencia de la precariedad laboral de las mujeres en una temporalidad socialmente construida (Becerra, 2018) como es la noche y sus múltiples significados, y nos dan la posibilidad de mirar con mayor especificidad la noción de *noctariedad* en contextos de trabajo informal nocturno. Consideramos que su abordaje implica un análisis relacional entre las experiencias de las mujeres que llevan a cabo estos trabajos y los contextos en los que se fortalece y reproduce un continuo de precariedades en las condiciones de vida.

Esta reflexión nos convoca a repensar las formas actuales de producción y organización capitalista que revisten el deterioro del trabajo y la protección social, en un contexto permeado por limitadas posibilidades de acceso a mejores condiciones laborales y la ausencia de derechos e ingresos dignos que remuneren el trabajo productivo de las mujeres. Como veremos en el capítulo contextual de esta tesis, pertenecer a la clase trabajadora en una ciudad fronteriza como Tijuana tiene significados particulares que se vinculan a circunstancias materiales muy concretas: el empobrecimiento, la explotación y la violencia por condición de género, raza, clase social, sexualidad sobre cuerpos cuyo valor está asociado al trabajo físico.

Es por ello que podemos identificar y confirmar una dependencia entre colonialidad, capitalismo y patriarcado pues es en esta triada sistémica que se administra la fuerza de trabajo y se benefician de las vulnerabilidades y desigualdades económicas y sociales de las mujeres, es decir, se nutren a través de su opresión y explotación. Esto significa un impedimento sin adjetivos, para asegurar su autonomía económica dentro de la vivencia de distintas formas de subordinación expresadas en un continuo de violencias.

A manera de recapitulación.

A lo largo de este capítulo expusimos, a través del marco teórico-conceptual de esta investigación que la triada sistémica colonialidad-patriarcado-capitalismo propicia un

engranaje de desigualdades estructurales que se recrudecen en las mujeres subalternizadas, empobrecidas y en situación de menor privilegio. Éstas son matrices de opresión que reproducen prácticas de subordinación, explotación y silenciamiento que inciden en sus subjetividades.

En el primer apartado, dedicado a profundizar nuestro entendimiento sobre las violencias contra las mujeres, establecimos que el vínculo entre heteropatriarcado y colonialidad, desde sus distintas veredas y manifestaciones, devela la permanencia de un sistema de estructuras que oprimen los cuerpos de las mujeres subordinadas y explotadas desde la Colonia hasta nuestros días. Afirmamos la presencia de un heteropatriarcado revitalizado y recrudecido por el modelo de modernidad dominante, que comienza en el cuerpo, se extiende al territorio y a la sociedad en su conjunto (Trevilla y Peña, 2019).

Por otro lado, mujeres y acumulación de capital se encuentran íntimamente ligados, pues el sistema capitalista se ha beneficiado de los cuerpos de las mujeres para fines de la explotación de su fuerza de trabajo y del trabajo reproductivo no remunerado que ha sido históricamente asignado a ellas. Es este conjunto de violencias estructurales que retomamos como *violencia colonial de género, violencia patriarcal y violencia capitalista*.

Los aportes feministas en torno a la profundización de espacio, violencia y precariedad, son abordados en el segundo apartado, y en términos generales develan y denuncian el carácter patriarcal de la separación de los espacios privado y público (Pateman, 1996). Así, se entiende el espacio público como el escenario que alberga la vida colectiva, que trasciende su función utilitaria, como espacio de tránsito o de consumo, y que adquiere significados definidos tanto por sus usos y apropiaciones, como por los encuentros y desencuentros que lxs actorxs sociales despliegan en él. Es allí, donde las mujeres podemos experimentar distintos tipos de violencias, por nuestra condición de género, sexo, raza o clase social. Una dinámica que, como se vio, reproduce jerarquías y desigualdades.

Así, la calle y la noche urbana son un espaciotemporal en disputa. Mientras la calle se entiende como una forma y un tiempo particular de hacer vida en ella, marcados por el

género, la precariedad vivida y la exposición cotidiana a situaciones de violencia, la noche como un *tempo* del que emergen una progresiva diversidad de prácticas que configuran los espacios urbanos, por un lado, pero también sentidos y subjetividades, como una construcción social, por el otro lado.

Asimismo, se detalló un proceso de nocturnización de la vida social que devela la lógica capitalista en torno a la regulación de la noche, lo cual puso de manifiesto la necesidad de que su comprensión visibilice la multiplicidad de experiencias de quienes participan en ella para explicar las violencias y precariedades vividas en sus prácticas de trabajo informal por la disputa del espacio público o por las desigualdades de género que lleva a las mujeres a optar por la noche como un tiempo único y posible para generar ingresos económicos.

Por último, el tercer apartado, dedicado a la precariedad del trabajo y violencia a partir de sus relaciones conceptuales, abordó planteamientos que proponen reflexiones sobre la precariedad laboral como realidad consolidada para un amplio sector de mujeres y como generadora de desigualdades y violencias particulares para sus vidas cotidianas. Por ello fue necesario comprender la precariedad laboral como una experiencia que forma parte de la vida cotidiana, es decir, del conjunto de prácticas que desarrollan día tras día y de los esquemas de sentido con los cuales entienden ese mundo.

Así, finalmente se profundizó en los mecanismos que producen y sostienen la precariedad, así como en las subjetividades que derivan de este complejo fenómeno y sus repercusiones. Lo cual se complejiza si consideramos en este proceso, la condición de género, lo que nos llevó a la propuesta de la categoría de *noctariedad* para teorizar las condiciones concretas en las que este fenómeno se presenta en trabajos informales que toman presencia en espaciotemporales específicos como el espacio público nocturno.

CAPÍTULO II. RETOS DE LA INVESTIGACIÓN SOCIAL CON MUJERES Y PARA MUJERES. ABORDAJE METODOLÓGICO.

Acaso el ejercicio de contar nuestra historia puede ser que se trate de una narración de todo aquello que, dejando alguna marca importante, ha sido un aprendizaje. ¿De qué se trata el aprendizaje sino de la huella que te deja el paso por la vida y con ello te transforma?
Yuderkys Espinosa, 2021.

El mapamundi que nos enseñaron otorga dos tercios al norte y un tercio al sur. Europa es, en el mapa, más extensa que América Latina, aunque en realidad América Latina duplica la superficie de Europa [...]. El mapa miente. La geografía tradicional roba el espacio, como la economía imperial roba la riqueza, la historia oficial roba la memoria y la cultura formal roba la palabra.
Eduardo Galeano, 1998.

Introducción

A lo largo de este capítulo expongo las premisas que me permiten describir y explicar la metodología que ha guiado a la presente investigación, la cual se encuentra enmarcada en una perspectiva fenomenológica que busca interpretar eventos particulares del entramado social desde el punto de vista de quien lo vive, con el apoyo de planteamientos epistemológicos feministas para comprender el papel activo de las mujeres como constructoras de realidades y conocimientos que evidencian las relaciones de poder y de género, transversales a los fenómenos de la vida social. Para ello, recurro a un ensamble de herramientas metodológicas creativas que encuentran su potencia transformadora en la imaginación y en la reflexión colectiva que recoge las voces tanto de las mujeres que han hecho posible este estudio, como de aquellxs que me han acompañado en la reflexión, acuerpando desde el diálogo, la escucha atenta, la crítica constructiva y el intercambio de *sentipensares*, para desafiar al canon de conocimiento hegemónico, jerárquico, formal y racional.

Para ello, este capítulo se encuentra organizado en cuatro apartados que explicitan los caminos andados para alcanzar los objetivos de la investigación. El primer apartado, se presenta como una triada de posicionamientos: epistemológicos, colaborativos y éticos que

son la brújula que orienta el proceder de este estudio. En el segundo apartado, expongo la propuesta de aproximación etnográfica apoyada en la Cartografía Social que, a partir de una serie de nociones teóricas y empíricas concibo como una vía posible para acceder a las experiencias y representaciones de violencia y precariedad en su dimensión socioespacial donde se implican identidades, prácticas, itinerarios y formas de ser y estar en la ciudad de las mujeres.

En el tercer apartado, describo las herramientas que a manera de técnicas de investigación me permitieron acercarme a los acontecimientos y condiciones que desde la perspectiva de las mujeres, materializan las violencias y precariedades experimentadas en el espacio público nocturno, como tiempo y espacio de trabajo. En el cuarto y último apartado presento una propuesta de análisis que recupera la co-producción de información desde una lógica entrelazada de experiencias, observaciones, encuentros, cartografías y diálogos con las participantes bajo consideraciones de una perspectiva interseccional que implica el entrecruce de categorías como el género, el sexo, la clase, el nivel educativo y la edad, para dilucidar opresiones múltiples que pueden presentarse en las experiencias de vida de las mujeres, y al mismo tiempo articular su comprensión.

2.1 Triada de posicionamientos para descolonizar metodologías.

Planteo tres posicionamientos que son la brújula que orienta la investigación, los cuales considero relevantes y necesarios de cara a ensayar otros modos de producción de conocimientos. En el primer posicionamiento, epistemológico, reflexiono sobre cómo trazar horizontes de sentido colectivos, afectivos, encarnados, autocríticos y situados desde los procesos de investigación. En el segundo posicionamiento, refiero algunas ideas sobre la potencia y los límites de la colaboración en dichos procesos, a través del involucramiento por parte de quien investiga con quienes investiga, esto implica una convergencia de puntos de vista donde el consenso y el disenso posibilitan la negociación sobre las formas, los tiempos y espacios que abren paso a las reflexiones en torno a las realidades que nos convocan. En el tercer posicionamiento, ético, comparto algunas reflexiones surgidas sobre la investigación en el contexto de la pandemia causada por el virus Sars-Cov2 (Covid-19), las cuales me

lanzan una pregunta constante sobre cómo tender nuevos puentes hacia la construcción de encuentros reflexivos desde el *mutuo-cuidado*, desde el reconocimiento de las necesidades de las personas con las que investigamos y desde el ejercicio de construcción de relaciones tendencialmente empáticas y horizontales.

2.1.1 Posicionamiento epistemológico

Sin lugar a duda, abordar el estudio de las realidades de las mujeres que, al enfrentar trabajos informales y altamente precarios, viven violencias particulares, me lleva a tomar como punto de referencia su conocimiento experiencial. Ese que se construye desde la vida cotidiana y que es acumulativo en el sentido de que se va concatenando con otros conocimientos, de tal manera que coexisten en relacionalidad. Esta decisión tiene que ver con un esfuerzo por contrarrestar la imposición moderna/colonial de un pensamiento único, legítimo y racional que ha sido causante de una profunda *violencia epistémica* (Spivak, 2009) con matices de género, que paralelo al ejercicio sistemático de deslegitimación de formas *otras* de conocer y comprender el mundo, sitúa a las mujeres en posiciones de inferioridad.

El paradigma hegemónico de conocimiento al que aludo, busca legitimar verdades universales acerca del mundo social y los complejos pero sobre todo heterogéneos y bifurcados fenómenos que le conforman, verdades perfectamente aplicables que no consideran contextos diferentes más que el lugar privilegiado desde donde se enuncian. Este paradigma ha servido no solo para demarcar sino para engrosar la brecha de un *pensamiento abismal* como epítome epistemológica de un mundo que se explica dicotómicamente, entre los que están de un lado de la línea, los que poseen el punto de vista dominante -modernos, civilizados, objetivos, universales- y quienes se encuentran del otro lado -atrasados y bárbaros-.

Dicho paradigma promueve una forma lineal y jerárquica de transmisión de conocimiento y asume que el conocimiento científico es más valioso que el producido por los actores sociales. Ante ello, la preocupación por el conocimiento localizado, situado y encarnado, que transite de ida y vuelta por los cuestionamientos particulares y las acciones colectivas, como

resistencia a estas lógicas nombradas. De igual manera, la producción de formaciones epistémicas que no buscan comprobar ni demostrar sino comprender la realidad social en términos dinámicos, continuos y procesuales (Emirbayer, 2009) y con ello contribuir a una reflexión crítica y ética sobre nuestras realidades.

En este sentido la pertinencia de una perspectiva, interpretativa, dialógica y constructivista como la planteada por esta investigación radica en que entiende la cultura como un texto mediado por relaciones de poder que se expresan en las posicionalidades “legítimas” y a su vez en los espacios de exclusión desde donde se hace necesario observar con cautela, los discursos de acuerdo a su contexto y de forma historizada. De ello emana el compromiso por los posicionamientos situado e implicado (Harding, 1996) desde los que me puedo enunciar como mujer, mestiza, heterosexual, investigadora formada en la academia y re-formada en el trabajo de base con mujeres indígenas y mestizas, activistas, feministas, campesinas, alfareras y tejedoras que viven en las montañas de los Altos de Chiapas.

Conocer la realidad indígena y sus dolores, crecer entretejida a ella, me ha lanzado cuestionamientos sobre mis privilegios de raza y clase social, me ha hecho reconocer los límites y las posibilidades que surgen del encuentro con la otredad, las fronteras culturales e ideológicas que nos trastocan y con las que también he podido atestiguar la emergencia de sensibilidades *otras*, formas de comunicación *otras*, cuando las lenguas son distintas y hay que poner de frente otros sistemas de signos -el cuerpo, el tejido o la milpa- y otros valores simbólicos, la compartición de la comida, la expresión de las emociones, las risas o los silencios, para comunicarnos.

El esfuerzo de este trabajo estriba en la narrativa de la experiencia, porque desde allí es posible elaborar un pensamiento reflexivo que se abre a espacios sociales de acción que no imaginan a partir de “una sola realidad” o una sola forma de ver “la realidad”, sino de realidades que coexisten en un espacio-tiempo que no es lineal ni unidireccional, en el que nos implicamos, desde el cuerpo, desde nuestros sentires, nuestros saberes, nuestras historias, nuestras memorias, nuestras contradicciones. Así, en el encuentro de otredades que dan cuerpo a esta investigación, resuena una voz colectiva de mujeres que desde las violencias y

opresiones vividas construyen resistencias y relaciones solidarias, en gran parte movilizadas por la supervivencia.

Con y desde esta voz colectiva hacemos un esfuerzo por continuar develando las maneras en las que la colonización opera desde los distintos tipos y modalidades de violencias ejercidas contra las mujeres por razón de género, de raza, de etnia o de clase social. Esto es, desde un sistema colonial, patriarcal y capitalista que ha mantenido vigente la jerarquización de la vida a través de mecanismos de explotación, entre ellos el trabajo en condiciones precarias e inseguras, de corta duración, contratado en serie, mal pagado, no reconocido o no remunerado.

Con los argumentos anteriores es posible ilustrar a la perspectiva epistemológica en la que se sitúa esta investigación, anteriormente nombrada, que busca un análisis relacional para transitar entre las estructuras sociales, sus redes simbólicas e históricas (Emirbayer, 2009) donde los actorxs sociales no están separados de la relacionalidad analítica. Las consideraciones históricas, situacionales, espaciales, temporales y procesuales son tomadas para esta investigación como condiciones de posibilidad para la comprensión de la realidad social. Esto se entiende bajo la importancia de las interacciones entre los actores sociales pero más allá de eso como un proceso de construcción de relaciones que permiten la configuración de objetos de estudio y por lo tanto, de conocimiento.

Las reflexiones tejidas a lo largo de esta investigación también apuestan por los aprendizajes de vida, personales y colectivos, que nos son útiles para mirar en donde estamos paradas, para reconocernos en las experiencias de las otras, aprendizajes que surgen del encuentro como punto de partida y no de llegada, como *formas de ser y hacer* desde la pluralidad, que buscan en la imaginación y la creatividad política subalterna una práctica de autonomía (Mohanty, 2008 [1986]), desde lo que se comparte, desde lo que se escucha y desde lo que se siente y que potencializan las transformaciones necesarias para repensar nuestra existencia.

2.1.2 Sobre el lugar de la colaboración.

Nuestra historia, la de los pueblos colonizados de América Latina, ha sido contada infinidad de veces desde el lugar de los “sujetos estudiados” y desde la voz de quienes detentan poseer los “saberes legítimos”: gobiernos, instituciones asistencialistas o comunidades científicas del Norte Global, entre otros. Frente a esto, desde hace más de cinco décadas²¹ ha surgido la necesidad de construir planteamientos metodológica y epistemológicamente comprometidos con la producción de conocimientos desde la experiencia, experticia y cosmovisión de estos pueblos. Estos son procesos colectivos y colaborativos que caminan hacia una práctica conjunta y desjerarquizada de transferencia, transformación y construcción de conocimientos (Gargallo, 2008). Allí es donde consideramos que se encuentra el sentido profundo de la colaboración como impronta individual adherida a acciones colectivas que apuntan, desde la comprensión del mundo social y sus realidades, a ser un componente inherente a los procesos de cambio social.

Nos referimos a un largo y comprometido proceso que ha ido articulando discursos movilizadores abanderados por el deseo de romper con las relaciones en torno a la *colonialidad del saber* que se instala sobre la base del silenciamiento, la negación, la explotación, la opresión y la subordinación, individual y colectiva (Fals Borda, 1987) ejercida sobre las personas más desfavorecidas y vulnerables²². Un proceso que implica reconocer en los quehaceres cotidianos, en el diálogo y en las reflexiones sobre las experiencias o las prácticas sociales, un potencial político emancipatorio (Freire, en Leyva y Speed, 2008) capaz de contrarrestar los también diversos impactos de las desigualdades que emanan del paradigma moderno capitalista.

²¹ Los trabajos desde la Educación Popular (Freire, 1970), la Investigación Acción Participativa (Fals Borda, Bonilla y Castillo, 1972), la Antropología Militante (Scheper-Huges, 1995), la Metodología Campesino a Campesino (Rosset, 2011) y la Investigación de co-labor (Leyva y Speed, 2008) son muestra de procesos colectivos y colaborativos de generación de conocimientos vinculados a movimientos sociales y resistencias al “fardo neocolonial en las ciencias sociales y de la naturaleza neocolonial de la investigación científica” (Leyva y Speed, 2008, p. 38).

²² Mujeres, varones, niñxs, campesinxs, obrerxs y migrantes, racializadxs y empobrecidxs que al nombrarles no pretendo enlistarles en su condición, sino hacerles presentes, visibilizarles.

Al respecto Xóchitl Leyva y Shannon Speed (2008), desde su experiencia de trabajo con comunidades indígenas mayas de la región Sur-Sureste de México, hacen una crítica aguda a lo que llaman el “capitalismo académico” (p. 37), que para asegurar su propia reproducción concibe al conocimiento como una mercancía que se produce, se distribuye y se consume para el beneficio de las comunidades científicas hegemónicas. Frente a ello, posicionan el *trabajo de co-labor* como una práctica académica políticamente comprometida y de desaprendizaje colectivo y recíproco. El reconocimiento y valoración desjerarquizada de los conocimientos de lxs actorxs involucrados, así como la construcción de una agenda compartida que beneficie a las partes involucradas (2008, p. 40), son componentes esenciales de estos procesos de investigación.

Dichos componentes no deben entenderse como ideales que no pueden ser problematizados, pues parte de los retos que epistemológicamente se detonan al situarse en un proceso colectivo de construcción de conocimiento son el reconocimiento a la comprensión diferenciada, incluso contradictoria, donde los contextos en los que se suscitan estos procesos son determinantes de la forma que estos mismos vayan tomando, forma que no se crea sola, que se va construyendo y negociando de acuerdo a los intereses y necesidades de quienes co-laboran, pues muchas veces las vicisitudes de la vida misma interponen las barreras para colaborar independientemente del deseo que se tenga de hacerlo.

En ese sentido, definir lo que interesa estudiar y sus objetivos y las formas en las que puede hacerse y sus beneficios para ambas partes, son premisas que idealmente deben discutirse en conjunto. Para que esta forma de investigación pueda llevarse a cabo en un entorno académico institucionalizado, supone retos y tensiones principalmente porque los tiempos en las que se realizan las investigaciones no caminan al mismo ritmo que los procesos de construcción colectiva de acuerdos. Esto más que ser una camisa de fuerza, significó la oportunidad de adaptar las premisas de Leyva y Speed (2008) a las condiciones particulares en las que se suscitó este proyecto de investigación, que reconoce los límites de la colaboración, la negociación implicada en la puesta en marcha de la metodología y el reconocimiento de las perspicacias que permitieron, en la medida de lo posible, lograr un trabajo colaborativo que construyó conocimiento colectivamente reflexionado.

Ahora bien, es importante evidenciar que quien investiga es un actorx social situado en cuanto a su género, su historia sociocultural y su horizonte político (Hale en Leyva y Speed, 2008), pero no solo eso, sino que cuando quien investiga se muestra abiertamente consciente de los cuestionamientos, dinámicas y procesos que induce para detonar el diálogo y la reflexión, entonces el proceso de investigación se aleja de la unidireccionalidad, ya que quien pregunta también responde y quien responde también puede preguntar, afirmar y refutar. El dinamismo de esta posicionalidad se presenta como un camino por el cual se ha de transitar hacia un paradigma analítico-interpretativo inclusivo, que reconoce que los procesos de reflexión son una tarea inacabada y que se pregunta por los recursos materiales y simbólicos necesarios para transgredir las normas hegemónicas de producción de conocimiento.

Es importante no esencializar esta posición dinámica y activa, pues lejos de “salvarnos” de reproducir ejercicios de poder que puedan suscitarse en los procesos de investigación, supone un traslape de necesidades, expectativas y compromisos, que de acuerdo con Leyva y Speed (2008) son recíprocos puesto que:

“El [la] académico[a] asume una responsabilidad diferente frente a quien colabora pues no es lo mismo hablar sólo entre colegas y recibir sus críticas, que saber que la contraparte, es decir los miembros del grupo organizado discutirá con él [ella] los resultados” (Leyva y Speed, 2008, p. 40).

Planteada así la colaboración, como parte de una metodología que desarrollaré en los siguientes apartados, implicó en distintos momentos y a distintos niveles, el involucramiento de las mujeres tanto en la producción de datos como en la sistematización y análisis de los mismos, lo cual me puso frente a dos grandes retos. Por un lado, el de recuperar la experiencia socioespacial a través de las construcciones de sentido y prácticas vividas desde posiciones particulares y, por otro lado, el de sistematizarlas y reflexionarlas a la luz de un proceso mayor, es decir, como forma de construcción de alternativas de re-existencia a un sistema colonial, patriarcal y capitalista que opera a través del ejercicio sistemático de la violencia contra las mujeres en todos los ámbitos de nuestras vidas.

Para transitar estos retos, busqué en la colaboración la ruta que contribuyera a descentrar del *locus* privilegiado de enunciación a quien investiga, y con ello, hacer emerger una reflexividad bilateral cuyas afectaciones se extendieran entre quienes participan en un proceso de investigación (Rappaport y Ramos, 2005). Asimismo, reconociendo que una práctica asimétrica reforzada por los procesos de investigación es que “creemos que el problema de investigación puede ser definido independientemente de los intereses y problematizaciones de nuestros interlocutores” (Briones, 2020, p. 71), en todo momento se quedó abierta la posibilidad de que los abordajes fueran discutidos con las colaboradoras para integrar y articular sus intereses particulares al respecto de las preguntas que ésta investigación pretende responder y de los procedimientos en lo que pretende hacerlo²³.

A partir de lo anterior, la modalidad de la colaboración que se logró en esta investigación tuvo las siguientes características:

1. La forma que tomó, emanó de la situación y decisión de cada una de las colaboradoras. Esto implicó una negociación para encontrar el equilibrio entre sus circunstancias de tiempo, la forma, la implicación con el tema y las necesidades sentidas.
2. Fue propiciada a través de un diálogo en el que las voces de las protagonistas pudieron expresarse desde su propia posición. Dado que el encuentro también es un choque de intersubjetividades y de ejercicios de poder, esto implicó afrontar, y posteriormente narrar de manera clara, honesta y empática, las tensiones y dificultades que se imprimieron en la búsqueda de la co-creación de conocimientos. Asumir que varias de las protagonistas no quisieran que nuestras conversaciones quedaran grabadas en audio y/o que no quisieran ser nombradas por sus nombres verdaderos, son ejemplo de ello.
3. Buscó propiciar lazos de confianza y solidarios no asistencialistas ni extractivistas a partir de relaciones que no estuvieran mediadas únicamente por los intereses de la investigación, sino por lo que ellas mismas quisieran decir o hacer en nuestros encuentros. Esto implicó, poner a disposición recursos materiales, intelectuales y

²³ Desarrollo esta reflexión en la narrativa procesual de la construcción de los capítulos IV y V de esta tesis.

afectivos que, las veces que fueron posibles, permitieron surcar las complejidades de la vida cotidiana que hicieron posible que los encuentros y reflexiones sucedieran.

4. Fue asumida como un encuentro colectivo alejado de la neutralidad discursiva. Esto es, a partir de un discurso implicado y honesto que evidencia en la construcción colectiva de reflexiones los disensos, las fracturas de relaciones, los procesos inconclusos y abrió posibilidades que quedaron como tareas pendientes de redacción en coautoría.

En suma, con estas características referidas a la colaboración, confirmo que más allá de ser una condición que celebra los procesos de investigación que buscan construirse desde la colectividad como el espacio para la enunciación, es un reto múltiple y prolongado que en la búsqueda por integrar la mirada y la palabra de las mujeres a las que el ejercicio del poder patriarcal ha silenciado, debe reconocer la existencia de otras necesidades e intereses sentidos e inmediatos desde los que también se puede colaborar. Es por ello que el compartir una comida, el escuchar de otros temas y el reconocer nuestra vidas y nuestros intereses, importan, son elementos que permiten sobrellevar las intermitencias cotidianas de la vida y que muchas veces no se consideran en los objetivos de las investigaciones.

2.1.3 Posicionamiento ético.

Contar las historias sobre las desigualdades que históricamente han configurado el trabajo productivo de las mujeres nunca ha sido tarea fácil, mucho menos en medio de un contexto de pandemia como el que detonó la presencia del Covid-19 a nivel global, tan devastador como la desigualdad misma. En este sentido, ser una investigadora en formación me ha implicado afrontar este y otros obstáculos para comprender las formas en las que este contexto ha afectado de manera singular e intensa a unas mujeres más que a otras. Me refiero a las protagonistas de esta investigación que conforman un sector estructuralmente precarizado, que además no pudo parar.

La pandemia por Covid-19 llegó a México causando una situación de sorpresa y emergencia que orilló al gobierno de nuestro país a emprender un plan de acción que incluyó una serie

de medidas sanitarias para afrontar esta crisis. Así, se instauraron el confinamiento y el distanciamiento social como las principales estrategias para mitigar el virus con mayor efectividad, pero que de manera paralela, nos pusieron de frente a muchas vulnerabilidades sociales.

Las narrativas que fueron dando cuenta de la Covid-19 no se hicieron esperar y así emergió el “quédate en casa” y la “sana distancia” como parte de una “nueva normalidad”. Estas narrativas, eufemismos de la vigilancia sanitaria, han ido dando forma y estructura a las relaciones sociales a través de discursos en los que subyacen profundas desigualdades, los cuales se encuentran en las historias de quienes han vivido las desprotecciones y precarizaciones más agudas de nuestras sociedades. Mujeres en situación de calle, migrantes en tránsito, obreras, campesinas, trabajadoras por cuenta propia, vidas marginalizadas por un sistema que no les permite gozar de servicios de salud pública.

Ninguna de las narrativas anteriores fueron una vía común, ya que a pesar de que hubo un cese masivo de actividades productivas, comercios y servicios, muchas mujeres siguieron saliendo a las calles para buscar el sustento económico en medio de una desolación social y, tal como lo describe el filósofo Giorgio Agamben, un completo estado de excepción y de emergencia basado en la distancia como un dispositivo esencialmente político. En suma, una situación que tocó las fibras más sensibles de la vulnerabilidad, y que instauró lo que a mi parecer es la *nueva normalidad de la vieja desigualdad*.

Con el distanciamiento social se implementó la suspensión del modo presencial de actividades que no fueran esenciales, y la educación fue una de ellas. En consecuencia, los espacios de formación académica, se trasladaron a la virtualidad, así como muchas de las actividades de investigación que estas formaciones exigen. En ese contexto, como investigadora social me encontré en la disyuntiva de seguir los protocolos establecidos en esta situación, y al mismo tiempo asumir la responsabilidad de incidencia propia de nuestro oficio. Pero, ¿cómo hacerlo? ¿desde qué frentes? preguntas que han sido fundamentales en estos tiempos para dar cuenta de un ejercicio necesario de autocrítica, y que me llevaron a observar con detenimiento y extrañamiento este tiempo de crisis. Esto devino en reflexiones

sobre el autocuidado y el mutuo-cuidado, sobre nuestra salud, nuestras relaciones afectivas y cotidianas con otras mujeres y con el mundo que habitamos. Reflexiones que abren posibilidades para tocar fondo en afectos que me interpelan y que hacen parte de este posicionamiento ético.

Por ello, antes de proponerme, como una exigencia práctica, virar la estrategia metodológica que había considerado para la investigación a una versión virtualizada o mediada por las llamadas nuevas tecnologías de comunicación, consideré importante reflexionar sobre las formas éticas que me permitirían lograr que estos cambios fueran congruentes con los contextos y necesidades de las mujeres con quienes me interesaba dialogar y conocer sus experiencias de vida desde su propia voz. Pues creo que definitivamente la responsabilidad académica investigativa está allí, donde hay más necesidad y donde puede aportar, donde podemos desmadejar las pistas para entender el impacto que ha tenido esta pandemia para el trabajo y la vida de las mujeres.

El descontrol generado por el traslado de las actividades productivas al ámbito doméstico, complejizó la distribución y gestión de los espacios de trabajo, de descanso y de ocio. Para el caso específico de las mujeres, ello significó un aumento de trabajo reproductivo y de cuidados, una sobreexplotación. Aunado a esto, el incremento del teletrabajo, que si bien, sirvió para reducir los desplazamientos de las personas en el espacio público como medida de seguridad, también volvió indispensable contar con los recursos económicos y materiales para acceder a una conectividad permanente, generando exclusiones entre quienes pueden y no pueden acceder a ella.

Y aún más, la ausencia de seguridad social y médica para muchos sectores de trabajadoras, sobre todo aquellas cuyas formas de subsistencia están marcadas por actividades que tienen que llevarse a cabo de manera presencial obligatoriamente, debido a que sus posibilidades económicas no les permiten costear un confinamiento voluntario. Situaciones que empezaron a ser evidentes desde que se estableció el aislamiento social preventivo, y que me impulsaron a analizar las tensiones que emergen en estos sectores de la sociedad para conciliar, la vida familiar, la vida laboral, los cuidados y por supuesto, la salud.

Hacer investigación social en tiempos de pandemia, significó mirar de manera crítica los procesos de reconstrucción social en los que subyacen pactos de clase que explotan y precarizan a las mujeres cuyo trabajo, remunerado o no remunerado, sostiene al mundo. Es por eso que como investigadorxs sociales estamos llamadx a reflexionar desde el cuidado mutuo y colectivo, como actitud fundamental de compromiso con los otrxs y el entorno, como “espacio privilegiado de producción del nosotrxs” (Ospina, 2012, p. 26). Esto significa poner la vida al centro y sostenerla, es decir, entender que somos seres ecodependientes, sujetos a los límites físicos del entorno natural e interdependientes, necesitadx de cuidados.

Sostener la vida es un reto que conlleva posicionarnos y accionar en torno a la justicia social y económica, lo que en palabras de Cristina Vega, Raquel Martínez y Myriam Paredes (2018) es “una condición previa, primera, y esencial que es la que nos impulsa a organizar la vida con los demás” (p. 24) para hacer frente a las prácticas de dominación que ponen el foco en la dependencia del capital, que nos excluye cuando nuestras vidas no le son rentables.

En suma, el ejercicio mismo de profundizar en este posicionamiento ético, me lanza una pregunta constante sobre cómo tender nuevos puentes hacia la re-construcción de encuentros que reconozcan las necesidades y afectos de las otras, que dialoguen y que empaticen con sus formas y sus experiencias de vida, para crear estrategias y accionar. Solo así, en el encuentro con las Otras en toda la extensión de su fenomenología, emergerán nuevas pistas que ayuden a fortalecer el sedimento con el que hemos de reparar las grietas de una sociedad fragmentada.

2.2 Las protagonistas de la investigación.

Tijuana presenta realidades heterogéneas para el mundo del trabajo debido a una compleja mezcla de factores sociales, culturales, económicos y políticos íntimamente ligados a su realidad transfronteriza²⁴. En ese sentido, se vuelve necesario reconocer la también amplia

²⁴ Dicha condición ha de revelarse no solo en la proximidad geográfica con San Diego en Estados Unidos a través de una lógica cotidiana en donde convergen-divergen dos entornos sociales, culturales y económicos interconectados a través de la frontera como dispositivo de delimitación territorial, sino en la idea del encuentro

gama de actividades productivas informales protagonizadas por mujeres cuya materialidad establece vínculos con la calle y la noche en esta urbe. Ello me llevó a la pregunta por esas otras prácticas e historias de trabajos precarizados que no han sido estudiados a profundidad, pues los abordajes de la investigación social han privilegiado el estudio del trabajo sexual dejando de lado otras actividades productivas a las que acceden las mujeres en la ciudad.

Es el caso de mujeres insertas en el sector informal que específicamente realizan actividades de comercio y entretenimiento callejero y nocturno. Vendedoras ambulantes y malabaristas conocidas popularmente como *fuegueras*, término que ellas mismas emplean para nombrarse, cuyas experiencias son consideradas en esta investigación porque resultan iluminadoras para ampliar la comprensión sobre cómo se reproduce la lógica de la violencia de género contra las mujeres y la precariedad desde el trabajo productivo, en la vida de las mujeres cuya presencia transforma y resignifica el espacio público y la noche de una ciudad como Tijuana.

El espacio en donde realizan sus actividades productivas es la Zona Centro de la ciudad de Tijuana, que no recibe su nombre a partir de su ubicación geográfica, sino que lo adquiere por la importancia de las actividades del sector terciario enfocado en el turismo, así como las de la economía nocturna y el comercio transfronterizo, que se han establecido en el oeste de la ciudad (Robledo, 2017). Es allí donde radica la elección de esta zona para realizar el trabajo de campo de la investigación, un centro nodal que hace referencia a los espacios estratégicos, cercanos a una de las dos garitas internacionales, que fungen como enlaces, puntos de partida y llegada, para conectar a otras partes de la ciudad.

Las mujeres con actividades de comercio informal las realizan en la modalidad ambulante y con puestos semi-fijos, es decir, estructuras móviles que son montadas y desmontadas a diario al inicio y término de la jornada de trabajo además de que funcionan como medio de transporte de sus mercancías. Se ubican a lo largo de la Avenida Revolución y son vendedoras de dulces, cigarros, periódicos y alimentos preparados cuyo rango de edad oscila entre los 25 a 63 años. Esto revela dos variables demográficas que fueron importantes para

entre personas y culturas cuyo dinamismo y complejidad se evidencia en el traspase de linderos identitarios e ideológicos establecidos.

esta investigación, pues en primera instancia, la edad funge como un elemento que determina el acceso a oportunidades laborales, dejando así para las mujeres de edad avanzada y con escasos recursos económicos, trabajos informales y precarios. Y en segunda instancia, que la experiencia de la precariedad del trabajo no se presenta de manera universal, por lo tanto, es necesario profundizar en cómo intersectan otros dispositivos de opresión como la edad para con ello reconocer sus particularidades.

Otras variables sociodemográficas fueron, estado civil, número de hijxs, nivel educativo, antigüedad del trabajo y si tenían permiso para trabajar en la vía pública, tal como se presenta en el *Cuadro 2.1* ubicado en el Anexo 1. En las primeras inmersiones al trabajo de campo, en diciembre de 2019 ubiqué a aproximadamente 19 vendedoras a lo largo de la Avenida Revolución, pero después de unos meses, en marzo de 2020 al iniciar la pandemia por Covid-19 el escenario urbano cambió, el flujo del tránsito por el espacio público se limitó y con ello la presencia de las vendedoras ambulantes. A partir del mes de octubre de 2020 cuando fue retomado el trabajo de campo solo fue posible contactar de manera presencial a ocho vendedoras con quienes realicé acompañamientos, observación en sus espacios de trabajo y entrevistas etnográficas en otros espacios de vida cotidiana como sus casas.

Un criterio importante que influyó en la propuesta de colaboración para las mujeres fue considerar la presencia de otrxs actorxs como sus acompañantes durante el tiempo de trabajo productivo, en las primeras inmersiones al campo pude notar que a muchas mujeres las acompañaban varones o niñxs, en dos ocasiones al tratar de iniciar un contacto con una mujer que se hacía acompañar por su nieto y otra que se hacía acompañar por su hermano y su sobrino, se mostraron renuentes a entablar una conversación. La primera mencionaba que le era muy complicado por las tareas de cuidado que tenía que realizar al mismo tiempo que las tareas productivas y tampoco quiso conversar en un horario fuera de esas actividades, y la segunda, en un dejo de timidez y subordinación frente a la presencia de su hermano, dejaba que él fuera quien platicara conmigo así fueran temas relacionados con la vida de ella. Ante estas circunstancias y al notar una mayor receptividad a la conversación con las mujeres que se mantienen solas en sus puestos de trabajo consideré solo acercarme a esas experiencias.

Las mujeres con actividades de entretenimiento callejero y nocturno se ubican en esquinas con alto tráfico vehicular en la Zona Centro. Pude establecer contacto con cinco mujeres, de entre 21 y 28 años, jóvenes de distintos lugares de origen que llegaron a Tijuana específicamente a trabajar en los semáforos, pues de acuerdo con ellas es sabido entre el sector de artistas callejeros que es una ciudad donde se puede vivir del malabar. Cuatro de ellas viven en la misma vecindad, la cual también es conocida en el mismo sector como un espacio de vivienda y encuentro idóneo para quienes se establecen en la ciudad solo por temporadas. Son solteras en su mayoría y tres de ellas tienen hijxs. Es importante mencionar que, al inicio de esta investigación, estas experiencias de trabajo no estaban consideradas, pero el trabajo de campo me llevó a conocerlas, además de que hubo de su parte una aceptación casi inmediata a participar en la investigación, se mostraron abiertas y receptivas en todo momento, su experiencia me permitió ampliar la mirada al objeto de investigación más allá de cómo se manifiesta en una actividad productiva en concreto.

El uso de la técnica de “bola de nieve”, para contactar a posibles participantes no fue posible para el caso de las mujeres vendedoras puesto que algunas se mostraban dudosas y renuentes de presentarme a otras mujeres, sobre todo las que no tienen permiso para vender en la vía pública, las que sí tienen permiso argumentaban que no se llevaban tanto con otras mujeres o que no querían hablar conmigo, por lo que opté por contactar una a una a partir de las observaciones del trabajo de campo. Con las malabaristas sí fue posible emplear esta técnica, la cual sucedió de forma connatural a mi acompañamiento en los semáforos y a las visitas en la vecindad donde vivían Mery, Andy y Vanessa, tres de las cinco colaboradoras, donde fue posible conocer y conversar con otras malabaristas.

2.3 Hacia una etnografía callejera y nocturna.

Opté por una aproximación etnográfica como una primera posibilidad de inmersión al campo. El diseño metodológico que elaboré incluyó una serie de prácticas que me permitieron observar lo que ocurría en campo y escuchar atentamente lo que era compartido por las mujeres y por otrxs actorxs sociales, presencias que me ayudaron a describir, caracterizar y analizar el objeto de estudio. A partir de lo que para Rosana Guber (2001) es una dialéctica

entre los ámbitos de producción abstracta y producción concreta, considero que el trabajo de campo fue un espacio para palpar los matices de los enfoques teóricos en convergencia con el terreno práctico, pues hacer campo desde la ausencia de parámetros interpretativos podría resultar caminar sobre la arena movediza. Es por ello, y a partir de las ideas de la autora, que entiendo la práctica etnográfica como un encuentro de herramientas constructoras de sentidos que brinda posibilidades de emergencia de conocimientos a través de procesos dialógicos entre nociones pluriversales, esto es, entre formas de ser, estar, ver y verse en el mundo que no tienen posiciones fijas sino más bien relacionales.

Esto lo entiendo como un oleaje donde el ir y venir de la complicidad y la colaboración es también una forma de producir conocimiento, negociado entre quien investiga y su *socio epistémico* (Marcus, 2001). Captar los matices de este carácter relacional, debe ser una práctica recuperada de manera sistemática en los trabajos de investigación, que ha de mirarse como un horizonte de trabajo más que como un logro definitivo, que apuesta a evidenciar y ser crítica de las relaciones de poder en la construcción del conocimiento. En ello encuentro una tensión relacionada con la posibilidad de construir intereses e imaginarios comunes, para no neutralizar las voces las interlocutoras en distintos planos de interacción y al mismo tiempo, para prevenirme de las miradas “inocentes” hacia los procesos de construcción de saberes colectivos, pues igual están mediados por las necesidades, actitudes, disposiciones y percepciones de quienes participan en el proceso de investigación.

Vista como un ensayo de re-posición epistemológica y política (Skewes, 2004), la etnografía me llevó a un compromiso con lo incierto, con el descubrimiento de los complejos y diversos significados de la violencia desde la enunciación, desde las experiencias y desde las prácticas de las mujeres, cuyas vidas y cuerpos encarnan exclusiones sistémicas que necesitamos escuchar y comprender si queremos entendernos como sociedad. A partir de sus trayectorias en la ciudad relacionadas con el trabajo productivo y configuradas por las necesidades de la vida cotidiana, fue posible visibilizar la presencia del poder patriarcal que organiza y legitima la administración del control sobre las mujeres al tiempo que limita nuestras posibilidades de acceder, intervenir y transformar el espacio público.

Como parte de las reflexiones sobre el fondo y la forma de esta aproximación etnográfica resulta importante enunciar que, como investigadorxs, nuestra presencia en el terreno del objeto de investigación nos puede llevar a estar en situaciones que pueden vulnerarnos o vulnerar a las personas con las que estamos investigando. Esta reflexión se conecta al contexto de pandemia, el cual me lanzó preguntas constantes sobre la seguridad, salud, integridad física y emocional como colaboradoras en un sentido amplio. Esto significó detener mis inmersiones a campo los poco más de 8 meses que duró la fase de máximo riesgo de contagio en Tijuana y al retomarlas, consideré el protocolo de salud que recomendaba el uso de cubrebocas y el encuentro en espacios abiertos, situaciones que no fueron complicadas de llevar a cabo debido al contexto callejero en el que se desarrollan las actividades de las colaboradoras.

El priorizar el encuentro en modalidad presencial física tiene que ver con los contextos cotidianos de las colaboradoras quienes expresaban sentirse cómodas con la conversación y con mi compañía en sus espacios de trabajo, aunque con el paso del tiempo y de la confianza, pude percatarme que mi acompañamiento también generaba una visibilidad innecesaria que podía ponerlas en riesgo, sobre todo para algunas vendedoras que no tienen permiso para trabajar en el espacio público, condición que resulta paradójica pues dicha visibilidad es fundamental para poder vender sus productos. Considerar este aspecto me llevó a crear estrategias para optimizar los tiempos y espacios del trabajo de campo de tal manera que fueran benéficos para todas.

Con las vendedoras esto incluyó encontramos al principio y/o más cerca al final de sus jornadas de trabajo, pocas veces en el medio, pues les significaba mayor visibilidad o distracción. Con las *fuegueras*, implicó acompañarnos en las trayectorias hacia al trabajo o hacia sus casas al ritmo de sus pasos, siguiendo las rutas y formas que ellas consideraban más seguras, en otras dinámicas que se encuentran relatadas en los capítulos IV y V de esta tesis. En suma, estas estrategias implicaron mirar las posibilidades del trabajo de campo

priorizando la pertinencia y dimensión ética del mismo, en este caso desde las nociones del mutuo-cuidado²⁵.

Siguiendo la reflexión sobre las situaciones de vulnerabilidad que pueden suceder durante los procesos de investigación, retomo lo que Oscar Hernández (2020) llama *riesgos etnográficos* a partir de la diferencia entre “estar en riesgo” y “ponerse en riesgo” (p. 50) lo cual subraya una sutil frontera que puede ser muy difusa, pero que mira a dos aspectos. El primero hace referencia a la realización de etnografías en regiones que concentran múltiples y complejas violencias cotidianas -como las ciudades o comunidades donde hay una fuerte presencia de narcoviolencias-, el segundo apunta a las motivaciones que llevan a lxs investigadorxs a obtener información de primera mano y sus implicancias. Ambos aspectos fueron puntos de inflexión claves para repensar el trabajo de campo en condiciones de movilidad limitada por el contexto de pandemia y, por supuesto, determinadas por la temporalidad nocturna.

Este aspecto, en primera instancia, fungió como un recordatorio de que no investigamos solas -ni en soledad- y ante circunstancias como las mías, no conocer Tijuana y no contar con una red de posibles colaboradoras para la investigación, reforzó la importancia de crear relaciones empáticas y honestas con cada mujer que fui conociendo, pues de ello también dependió la posibilidad de sortear y evitar riesgos importantes durante el trabajo de campo. Este argumento se refuerza con una idea que desde una perspectiva feminista ha sido crítica de las atribuciones generalizadas al trabajo de campo etnográfico, históricamente a la presencia masculina se le ha otorgado un sentido heroico en términos del acceso y la permanencia en los espacios donde se llevan a cabo sus inmersiones, sobre todo si son espacios que conllevan un cierto riesgo. Esta situación es distinta en las investigadoras mujeres y como tal, nuestra impronta nos demanda evidenciar esas dificultades que por razones de género transforman por completo nuestra experiencia en campo.

²⁵ Agradezco a la Dra. Hiroko Asakura, quien en su papel activo de lectora de este texto, puso sobre la mesa la necesidad de discutir sobre los riesgos que conllevan las investigaciones para las personas que colaboran en ellas, y con ello, también evidenciar cuáles son las necesidades sentidas de quienes participan y la negociación que se construye para hacer posible su participación, como parte de la ética en la práctica investigativa.

Por lo tanto, considero relevante evidenciar que particularmente como investigadoras, en contextos de una fuerte presencia de violencias machistas, es necesario construir una red de cuidados y solidaridades recíprocas, donde podamos acompañar y ser acompañadas. Espacios seguros y de intercambio de conocimientos, de intuiciones, de pericias y perspicacias sobre la base de la cercanía y la horizontalidad con lxs protagonistas de la investigación, con lxs directorxs de tesis, asesorxs, académicxs y compañerxs de formación, que sean una vía otra de aprendizajes para construir alternativas para nuestros procesos de trabajo²⁶.

2.4 Incursionando en la experiencia geográfica y urbana a través de la Cartografía Social.

Para adentrarnos en el análisis de las violencias que se presentan en el espacio-tiempo de trabajo de las mujeres que desarrollan su ocupación en el espacio público nocturno, la experiencia como fuente de conocimiento y método de análisis resulta una categoría central, pues nos permite reflexionar sobre las dimensiones interpretativas que configuran significados sobre los distintos acontecimientos de la vida cotidiana. Una de las teóricas feministas que contribuyó a la profundización de dicha categoría fue la historiadora Joan Scott (2001), su perspectiva parte de la premisa de que el acceso a la realidad que percibimos, observamos o pretendemos conocer, nunca es directa, sino que se realiza a través de un conjunto de supuestos previos sobre su funcionamiento. La experiencia, por lo tanto, no es el origen de la explicación, ni la evidencia definitiva, sino más bien aquello que se pretende explicar.

Siguiendo a Scott (2001) la experiencia se torna el punto originario de la construcción de sentido y la interpretación, una forma de conceptualizarla que permite recuperar las prácticas y vivencias de lxs actorxs en los procesos históricos y las relaciones e interacciones sociales

²⁶ La socialización de experiencias en el trabajo de campo, de estrategias de cuidado y de impresiones personales sobre Tijuana y sus acontecimientos cotidianos, especialmente con mis compañeras del doctorado Marisol Anzo y David Román así como con mi compañero Arturo Estrada, me ayudaron significativamente a comprenderla. Este trabajo de intercambios y cuidados colectivos fue fundamental para nutrir mi experiencia, para localizar espacios seguros durante el tránsito nocturno o espacios estratégicos para ampliar la zona del trabajo de campo, pero sobre todo para construir una amistad solidaria y recíproca, necesaria para sostenernos en las frustraciones, incertidumbres y temores que se suscitan durante los procesos formativos, de investigación y en la vida misma. Esto sin duda, me hizo sentir acompañada en cada salida a campo.

que en ellos son articuladas. Sin embargo, el concepto no posee una única y cerrada acepción, sino que permite una multiplicidad de abordajes y definiciones, que es donde radica precisamente su complejidad y riqueza. Discutir y repensar la noción de experiencia resulta imprescindible para reflexionar sobre los problemas sociales y políticos actuales, para ello es necesario extender su comprensión a las formas en las que las vivencias particulares de violencia se vinculan a los modos en los cuales las mujeres viven y significan sus trabajos productivos y cómo habitan, ocupan y transitan el espacio público nocturno.

Este interés nos lleva a una mirada experiencial del espacio que es trabajada por la Geografía Humana y que posibilita su comprensión considerando las prácticas que tienen lugar en él. Así, para Paula Soto (2012) la *experiencia geográfica* es una descripción profunda de las dimensiones subjetivas que configuran el espacio, las cuales brindan la posibilidad de que este sea significado por lxs actorxs sociales. Su perspectiva es retomada de Graham Rowles (en Soto, 2012), cuyos aportes se centran en el despliegue de las relaciones interpersonales en el espacio que renuevan las formas de concebir la realidad social y la espacialidad donde lxs actorxs sociales a través de la experiencia cotidiana, configuran sus espacios de vida.

Por otra parte, el situarnos particularmente en la experiencia de la ciudad, nos implica entenderla como un espacio interconstruido (Lindón, 2009), es decir, configurado por materialidades particulares que le dan forma y constituyen el paisaje urbano, pero también por las experiencias y subjetividades de quienes la habitan y significan. Una compleja y dinámica trama de interacciones que es entendida por Alicia Lindón (2013) como *experiencia urbana*, la cual incluye las circunstancias que tejen la vida cotidiana como base empírica para la concepción del espacio, con las diversas posibilidades de relación entre lxs sujetos y la variedad de usos y significados que le otorgan.

Ahora bien, situarnos en Tijuana, con las particularidades y configuraciones propias de una ciudad transfronteriza y desde un plano experiencial como se ha planteado en las perspectivas ya mencionadas, nos hace pensar inmediatamente en el acontecer cotidiano de la vida de las muchas mujeres que habitamos esta ciudad, que recorreremos su accidentada topografía, pero sobre todo que experimentamos en nuestros cuerpos sus diversas violencias en las calles. Por

lo tanto, percibimos una ciudad que urge la presencia de más mujeres ocupando sus espacios, que reconozca nuestras necesidades, apropiaciones e itinerarios personales y colectivos, como una disputa al orden patriarcal que “demarca y a la vez espacializa a los sujetos, norma comportamientos e instaure ritmos condicionando así la existencia de las mujeres” (Soto, 2014, p. 210).

2.4.1 Nuestra experiencia de Cartografía social

La Cartografía Social (en adelante CS) en diálogo con la etnografía, fue el medio que me permitió acceder a la *experiencia geográfica y urbana*, ambos métodos poseen un carácter interpretativo de la realidad e intereses por una comprensión y explicación profunda de los procesos socioculturales, los cuales no pierden de vista la multiplicidad de matices que han de emerger al aproximarnos a las experiencias a través de representaciones sociales y espaciales. No se trata pues de una simple y llana elaboración de mapas, sino de pensar qué se representa en ellos y cuáles son las referencias signílicas y simbólicas a las que se recurre para dar forma a las problemáticas de la vida social.

La práctica de la CS nos permite elaborar representaciones espaciales que contribuyen a reconocernos como actorxs sociales insertos en realidades particulares, capaces de actuar sobre ellas. Reconoce las formas en las que las personas narramos y representamos los espacios vividos, donde también es posible visibilizar las relaciones de poder y los roles en la producción y reproducción material y simbólica de estos mismos (Martínez y López, 2018). Además, nos permite integrar el conocimiento que tenemos sobre el espacio a partir del uso de instrumentos técnicos y vivenciales fundamentados en la participación²⁷ activa de

²⁷ Los alcances y límites de la participación en la puesta en marcha de la CS, es un tema que ha sido ampliamente abordado en diversas sistematizaciones de experiencias de colectivos y organizaciones de la sociedad civil que trabajan fuertemente desde esta metodología. Dichas agrupaciones, coinciden en que la participación en los procesos de creación cartográfica debe entenderse como una permanente construcción social alrededor de los conocimientos, las experiencias y propuestas de transformación de las vidas, los espacios y los territorios que son habitados y significados. Por lo anterior, la participación apunta a una presencia de actorxs que sea activa, organizada, crítica y propositiva; pero también empática sobre los ritmos individuales de participación e involucramiento en los procesos colectivos y reflexiva sobre las asimetrías y relaciones de poder que pueden detonarse. Para conocer experiencias particulares de CS revisar el trabajo de Iconoclastas en Argentina, Las Flaneadoras, La Reconquista Peatonal y Ciudad Feminista en Chile, Geobrujas, Colectivo Miradas Críticas al Territorio, Caminantxs, Colectivo de Geografía Crítica y MACIA Estudio en México, Colectivo Orangotango en Francia y Col.lectiu Punt 6 en Barcelona.

quienes los habitamos (Vélez, Rativa y Varela, 2012).

Vista como un proceso creativo-reflexivo, la CS busca un diálogo horizontal y participativo en torno a las representaciones subjetivas, el conocimiento y las particularidades que constituyen la producción de nuevos sentidos espaciales (Chanampa & Diez, 2016). Es por ello que la producción cartográfica, desde la CS, está mediada por la experiencia individual y colectiva de lxs actorxs en el espacio, en ella se genera un proceso de práctica y reflexión crítica, que crea narrativas de realidades en diferentes escalas espaciales (Ibidem, 2016). En ese sentido, el interés por desarrollar una lectura interescalar del espacio me llevó a considerar, de manera entrelazada, la ciudad (lo macro), la calle (lo meso) y el cuerpo (lo micro) como niveles de indagación y analíticos relacionales.

Un reto importante que nos plantea la CS es el de repensar el espacio y apropiarnos de la enunciación de nuestra experiencia de él y en él, como una oportunidad que se presenta a partir del intercambio de ideas e intereses en torno a la producción de conocimientos y nuevos sentidos espaciales. La experiencia, da cuenta de una forma de habitar individual y colectiva en la que se genera un proceso de reflexión, de práctica y análisis crítico. La cartografía creada a partir de este proceso “vuelve a presentar” (a través de imágenes y valoraciones espaciales, experienciales, emocionales y afectivas) un espacio dotado de historia, memoria viva y temporalidad.

El ejercicio de elaboración de cartografías propuesto para esta investigación, partió de recorridos exploratorios del espacio de trabajo de las vendedoras y las *fuegueras*, como forma de reconocimiento espacial *in situ* que posibilita identificar la materialidad y las dinámicas socioespaciales del paisaje urbano. Para el caso de las *fuegueras*, estos recorridos fueron incorporando otros desplazamientos, como el de la casa al trabajo y viceversa gracias a que tres de las cinco colaboradoras vivían, durante el trabajo de campo, en la misma vecindad. Esto propició que ese espacio se convirtiera en un punto de encuentros, de salidas y llegadas, que redujeron significativamente la incertidumbre sobre dónde encontrar a las colaboradoras una vez iniciada su jornada de trabajo, puesto que una de ellas no contaba con teléfono celular o algunas veces la falta de crédito telefónico imposibilitaba nuestra comunicación.

Los recorridos exploratorios nos permitieron generar confianza, abrieron conversaciones sobre nuestras vidas entrelazadas a las impresiones sobre la ciudad, sobre lo que veíamos en ella, sobre los espacios que nos parecían seguros e inseguros y cómo incidían en nuestras experiencias. Esta forma acompañada de estar y recorrer la ciudad nos permitió –a las vendedoras, a las *fuegueras* y a mí–, repensar las violencias que nos han sucedido en ella, como el acoso callejero, la discriminación por la forma y dimensión de nuestro cuerpo o por nuestra forma de vestir o por cómo es percibida nuestra presencia en las calles. Lo cual reveló la necesidad de incorporar al análisis la presencia de ordenadores sociales como el género, el sexo, la raza, la clase social o la edad para comprender que el colectivo mujeres no experimentamos la violencia de la misma manera.

Otra parte importante de estos recorridos, en el caso específico de las *fuegueras*, fue que posibilitaron las experiencias en común necesarias para su transformación en mapas²⁸. Compartir anécdotas nos permitió crear un lenguaje en compartido que ayudó a transitar las calles del centro de Tijuana desde lo que evocan los sentidos, la imaginación y las emociones, las cuales se volcaron en los mapas a partir de un proceso de acción y reflexión (Vélez, Rativa y Varela, 2012). Aunado a la relación de amistad que existía entre ellas, la cual fue ampliando la red de colaboradoras que invitaban ellas mismas, y que me permitió, las veces que nos reuníamos para elaborar los mapas y discutirlos, compartir los trabajos domésticos y de cuidados que realizaban en ese tiempo para que nuestros encuentros fueran posibles, un factor fundamental para que la realización de cartografías fuera posible, radicó en la creación de lazos de confianza derivados de una convivencia cotidiana y prolongada.

En el caso de las vendedoras esta parte de la colaboración no pudo realizarse porque nuestras convivencias estaban limitadas al tiempo y espacio de trabajo, además de la fuerte carga de trabajo doméstico y de cuidados que recae sobre ellas hacía que su tiempo fuera de las actividades productivas estuviera saturado por este tiempo de trabajos. Lo que pone en evidencia las desigualdades sobre las mujeres de edad avanzada para quienes contar un

²⁸ El proceso particular de elaboración de mapas está relatado en el Capítulo V. Las fotografías sobre la realización de este ejercicio se encuentran en el siguiente enlace <https://nocturnariofronterizo.mx/taller/>

tiempo libre es prácticamente imposible, pero también traza un límite sobre estas metodologías, los procesos de reflexión no son universalmente apropiados y necesitan ser adaptados a las necesidades particulares de las poblaciones donde se busca implementarlos.

En ese sentido y a partir de lo planteado en este diseño metodológico, resulta importante resaltar que tanto la aproximación etnográfica como la de la CS, si bien permiten acercarnos a mundos subjetivos pues sus alcances epistemológicos nos invitan a reflexionar sobre nuestras propias experiencias y en las formas en las que éstas producen un conocimiento que no es total, las posibilidades de estas aproximaciones y los contextos y vidas con las que dialogan toman caminos que resultan convenientes para destacar las vetas que conforman el entramado de situaciones, condiciones y subjetividades que dan forma a esta investigación.

Así, la etnografía permitió explorar condiciones de violencia y precariedad entrelazadas por el miedo, como una dimensión emocional imprescindible para conocer los efectos de la *noctariedad*. Mientras que la aproximación cartográfica permite capturar realidades desde perspectivas particulares como forma de distanciamiento del conocimiento abstracto y objetivo de la cartografía tradicional y por ello, busca en la dimensión emocional disolver fronteras epistemológicas y presentar un conocimiento emocionalmente situado, esto permite explorar el amplio espectro de emociones, percepciones del tiempo y del espacio que confluyen en la *noctariedad*.

En lo que confluyen ambas aproximaciones a pesar de explorar contextos generacionales y de vida en amplitud tan diversos (entre las vendedoras y las *fuegueras*) es que con ambas fue posible rescatar y visibilizar las capacidades de acción y afrontamiento sobre sus contextos de vida. Cada una desde su particular posición, despliega resistencias que se construyen a partir del conocimiento generado por la experiencia y que les permite asegurar en gran medida su subsistencia. Dichas resistencias van más allá de lo que se hace en el espacio de trabajo, sino que además conforma subjetividades y modos de proceder en la realidad que todo el tiempo está resolviendo la realidad misma.

Para nutrir nuestra experiencia recorriendo la ciudad y posteriormente elaborando los mapas, realizamos registros sonoros y visuales, a través de notas de audio y fotografías que, más allá de permitirnos capturar partes de la trayectoria, situaciones o cosas que llamaran nuestra atención, nos permitieron crear representaciones desde nuestra propia experiencia. Con las vendedoras eran registros realizados por mí estando con ellas y con las *fuegueras*, registros realizados por ellas y por mí. La presencia de estos registros abrió posibilidades creativas y reflexivas para esta investigación, con las vendedoras, una serie de registros en video desde sus espacios de trabajo o en sus trayectorias de venta, se transformaron en una cartografía audiovisual que da cuenta del espacio y tiempo vivido²⁹.

Con las *fuegueras*, la herramienta del video sirvió para registrar algunas de nuestras caminatas y mi acompañamiento en el semáforo. En ambos casos, los escenarios y momentos fueron elegidos en conjunto con ellas. La posibilidad del registro simultáneo de imagen y sonido permitió incorporar otras sensibilidades y formas de representar e interpretar la realidad vivida cotidianamente³⁰. Es importante aclarar que para fines de esta tesis, no ha sido posible realizar un análisis de las piezas audiovisuales ni fotográficas producidas, únicamente son presentadas como narrativas que pretenden comunicar una cotidianidad, provocar interpretaciones y hacer circular los significados que emanan de un encuentro entre mujeres y de cómo contamos las historias de nuestras vidas.

Así, tanto el uso de la fotografía como del video no se limitaron a ser medios para registrar datos, sino vías posibles para extender la reflexión sobre su papel como constructoras sociales de la ciudad, espacios de representación de sus identidades y textos sensibles que comunican una cotidianidad conectada a otros medios de producción de sentido. Formas de exploración crítica donde se observan y comparten preocupaciones y necesidades frente al ejercicio de apropiación de la ciudad y cuyo registro, abre las posibilidades de actuar sobre ellas (Glynn, 2019).

²⁹ Las cartografías audiovisuales pueden revisarse en este enlace <https://nocturnariofronterizo.mx/vendedoras/>

³⁰ Esta pieza audiovisual fue realizada gracias a la generosa colaboración del cineasta Daniel Hernández Delgadillo, amigo y aliado de esta investigación, quien me impulsó a explorar el formato de la imagen en movimiento para registrar la cotidianidad de las *fuegueras* y con ello, extender nuestras reflexiones a través de las posibilidades de la representación. La pieza puede revisarse en este enlace <https://nocturnariofronterizo.mx/protagonistas/>

En estos registros son evidentes las dificultades técnicas derivadas de las condiciones nocturnas, esto es porque su importancia para esta investigación no recae en su potencial estético, sino en lo que el registro mismo busca mostrar. Así, la intención sobre su creación, la pregunta por quién lo realiza y las condiciones en la que ese registro fue realizado, le da valor a su existencia, pues lo valioso radica en contar con registros que son realizados por las protagonistas de esas realidades que se muestran. De allí la importancia de que puedan existir en otra plataforma, de que puedan ser accesibles a otras miradas que vayan más allá de la academia y que atestigüen una *existencia otra* de las mujeres en la ciudad y de la noche de Tijuana.

Estos registros también evidencian la posicionalidad de quien investiga (Glynn, 2019) y en ese sentido, abren paso a la reflexividad (Pink, 2006), que en mi caso ha girado en torno a una búsqueda por la presencia de las mujeres en las calles y en la noche que me permitió apropiarme de una ciudad tan distinta a otras en las que he vivido. Me llevó a construir mis propios referentes sobre ella, guiada por la certeza de que su existencia puede nombrarse de otras maneras, que trasciendan lo despectivo y en ello reparar la memoria colectiva que la recrea. Pues la Tijuana que he ido descubriendo, llena de contradicciones, de encuentros, de solidaridades, de violencias, de oportunidades, de afectos, de dolores, de luchas, de resistencia y de futuros posibles, trasciende a aquella leyenda que le impuso el apelativo de “la horrible”.

Tomando como referencia que los mapas “no se reducen a una representación sino que funcionan como un texto que familiariza al sujeto con su entorno” (Diez y Escudero, 2012, p. 14), recurrí a la elaboración de cartografías para crear representaciones espaciales. Fue gracias a los recorridos exploratorios anteriormente descritos y a mi estancia en sus espacios de trabajo y de vida cotidiana, que emergieron cartografías que enuncian emociones, sensaciones y significaciones sobre sus formas de ocupación y movilidad cotidiana, identificando puntos específicos relacionados con violencias experimentadas o con los imaginarios de esas violencias.

2.4.2 La caja de herramientas metodológicas.

Para poder lograr lo planteado en este diseño metodológico empleé una serie de técnicas investigativas en cuyo diseño se priorizó la atención a la construcción de relaciones horizontales. Esto significó evidenciar mi rol como investigadora, pero no limitarme a él, pues en la búsqueda por la horizontalidad no debe desdibujar quiénes somos sino desdibujar las relaciones de poder a partir del reconocimiento de nuestras diferencias y de nuestro lugar de enunciación, del aprendizaje mutuo y de la empatía, pues por más prolongado que fuera el tiempo que yo pasara con las colaboradoras eso no me hacía “nativa”. Así como mi comprensión sobre las violencias y precariedades que han experimentado siempre será parcial, puesto que son vivencias que están en estrecha relación con otras dimensiones de su historia y relaciones interpersonales a las que no tuve acceso.

A partir de lo anterior, las siguientes técnicas, asumen la producción de información como un proceso de relaciones basadas en observaciones, encuentros y diálogos. Además, permitieron recoger datos centrados en la comprensión de los significados que las mujeres atribuyen a su experiencia.

De la observación participante a la *observación caminante*.

Aproximarse a los fenómenos sociales a partir de sus condiciones cotidianas y de la interacción de quien investiga con quienes investiga, es uno de los fundamentos de la observación participante e implica un proceso profundamente subjetivo que requiere una autorreflexión sistemática (Bourgois, 2009). Esta técnica me acercó al espacio y tiempo de trabajo de las mujeres, me permitió experimentarlo de manera intersubjetiva, así como conocer el uso social de dichos espacios, su conformación material y simbólica, las formas en las que las mujeres lo experimentan y lo ocupan, para con ello, comprender las violencias y precariedades que viven. La posibilidad analítica que brinda esta herramienta fue aprovechada para obtener información diferente y complementaria sobre el objeto de estudio (Guber, 2001).

Ahora bien, al tratarse de mujeres cuya movilidad es una condición fundamental en sus actividades productivas implicó que esta observación fuera igualmente móvil, puesto que en algunos casos era en el encuentro en distintos lugares y en otros tiempos, fuera del tiempo nocturno o en el desplazamiento a otros espacios, donde podíamos compartir y conversar, fue en el caminar mismo donde pude conocer a otras mujeres, así como fue en mi propio caminar como pude experimentar la ciudad. Así surge lo que llamo una *observación caminante* que buscó aproximarse a las mujeres y sus experiencias desde el desplazamiento físico, temporal y espacial.

Michel De Certeau (1997) propone comprender el caminar como una acción que provoca reflexión, pues el caminar es un acto que acompaña el cuerpo a nuestras capacidades cognitivas, como la imaginación y a nuestras sensibilidades y sentidos. Caminar sola y con las mujeres en las calles y las noches de Tijuana fue una herramienta para movilizar la presencia y la voz femenina que se enuncia en el espacio público. Una experiencia sensorial e intersubjetiva para conocer el espacio desde las percepciones y saberes de otras, un acto en el que nuestras emociones pueden descansar gracias al acompañamiento, pues los temores que surgen al conectar las condiciones materiales del paisaje urbano con violencias que podemos experimentar en ellos se comparten, y en ese sentido, su peso se diluye.

Caminar acompañadas, desafía la imagen del *flâneur* que Walter Benjamin (2007) describiera como una figura -masculina- urbana que al caminar -en su individualidad- la ciudad sin rumbo fijo, la descubre mirándola con detenimiento y sin preocupaciones. Un paseante que puede perderse entre la multitud y al mismo tiempo mirar con cierta distancia los pasajes y senderos que configuran la ciudad, como un laberinto al que se arroja en la libertad del anonimato. La actualidad de vida para las mujeres en una ciudad como Tijuana, en medio de una crisis de violencia generalizada y escalada a todos los ámbitos de nuestras vidas, nos exige otras formas de vivirla, y hacerlo en compañía de otras mujeres crea una contranarrativa al discurso androcéntrico sobre la experiencia urbana e individualista. Nuestras formas de caminar combinan acciones múltiples, caminamos y nos cuidamos, cuidamos a otrxs, educamos, tomamos decisiones, realizamos tareas domésticas,

permanecemos alertas, experimentamos libertades y restricciones de manera simultánea, en espacios y tiempos en los que se inscriben las relaciones de género.

Esta observación caminante como una “manera de hacer” en clave de De Certeau fue una intervención, una observación que en el andar conocía y acompañaba, que se unía a las trayectorias productivas y que también se convertía en derivas que desafiaban las rutinas productivas y sus tiempos marcados. Hacer de estos encuentros una situación para analizar el paisaje urbano, el lugar de trabajo y otros espacios de vida cotidiana, conformó una red entretrejida de espacialidades y temporalidades que dotaron de sentido al ejercicio de observación el cual quedó registrado en un diario de campo que evidenció que lo que describimos no es lo único que ocurre pues fue posible conectarlo con un sistema más amplio de relaciones materiales y simbólicas.

Entrevista y conversación etnográfica.

Consideré la *entrevista etnográfica* (Guber, 2001) pues me permitió acceder a los sucesos que han configurado las experiencias de violencia y precariedad de las mujeres y su ingreso a trabajos informales, nocturnos y callejeros, a la luz de contextos más amplios como el familiar, cultural y socioeconómico, puesto que la vida social y su significación se expresa a través de discursos que emergen en la cotidianidad por medio de conversaciones e intercambios de maneras de ver el mundo. La intención por crear una diferenciación entre entrevista y conversación tiene que ver con una cuestión subjetiva y con un posicionamiento ético, pues tres de las cinco vendedoras cuyos relatos están contenidos en esta tesis, no se sentían cómodas con la idea de ser entrevistadas, pero sí con la idea de que conversáramos. Para ser consecuente con la forma en la que ellas accedieron a compartir sus experiencias, en el capítulo IV de esta tesis se encuentran diferenciadas las entrevistas y las conversaciones.

Realicé trabajo de acompañamiento y observación con 13 mujeres, el desarrollo de las entrevistas y las conversaciones en los espacios de trabajo, se daba a través de encuentros que en un principio intenté que fueran planeados y por supuesto, consentidos. Las múltiples ocasiones que llegaba a los espacios acordados y las mujeres no estaban, me hizo reflexionar

sobre la condición de movilidad implícita en sus trabajos productivos, que las hace cambiar de lugar dependiendo del ritmo de la venta o del flujo vehicular. Entonces, cuando eso sucedía, caminaba las calles por donde solían transitar para vender sus productos, y aunque muchas de las veces no logramos coincidir, en cambio encontraba a otras mujeres y eso permitió que la red de colaboradoras fuera creciendo.

Diseñé un guion temático (Tabla 2.1) que se fue alimentando con cada conversación, lejos de ser un medio para controlarla fue una guía para visibilizar otros temas que resultaban importantes para las mujeres y tomaban un lugar protagónico en la entrevista, como la vivencia de la pandemia por Covid-19, tema que abría casi de manera automática la conversación. La escucha atenta como un ejercicio pedagógico fue fundamental para captar los matices de los acontecimientos y las subjetividades, pues no solo involucra el acto de verbalizar, sino también sensibilidades para identificar los entredichos y los silencios, puesto que aquello que pertenece al orden afectivo dota de profundidad y significación a lo narrado (Guber, 2001). La escucha satisface las necesidades de compartir la experiencia individual pero sobre todo, escuchar nuestra voz y las voces de otrxs, nos permite recrear y caer en cuenta de aquello que se narra.

Figura 2.1. Guion temático

Tema	Aspecto
Trayectoria laboral	Trabajos previos
Trabajo actual	Motivaciones para tomar ese trabajo, condiciones del trabajo, actividades que lo conforman, actorxs que inciden en su trabajo, satisfacciones y complicaciones
Articulación de la vida personal y el trabajo	Composición del entorno familiar, espacios y tiempos del trabajo doméstico, formas de conciliar el trabajo doméstico y el trabajo productivo.
Riesgos del trabajo	Experiencias de situaciones de riesgo y violencia, actores que inciden en esas experiencias, emociones sobre esas experiencias
Espacio y el tiempo de trabajo	Significaciones sobre la noche, percepciones sobre su presencia en la calle y en la noche, percepción sobre los espacios de trabajo, emociones experimentadas en los espacios de trabajo, movilidad hacia y desde el espacio de trabajo.
La vivencia del Covid-19 y su trabajo	Continuidad de su trabajo. Restricciones experimentadas, condición de salud y emociones experimentadas. Cambios en el ritmo de la ciudad.

Fuente: elaboración propia.

2.5 Propuesta de análisis.

Para profundizar en la comprensión sobre las experiencias de violencia de las mujeres propusimos volver al ensamblaje teórico para dialogar y orientar la sistematización y análisis de lo cartografiado, de lo dicho, de lo sentido y de lo observado, de una manera integral y relacional. Con las vendedoras ambulantes la construcción de categorías solamente pudo ser discutida en conversaciones donde retomé fragmentos de las experiencias que me compartieron para detonar la interpretación. Con las *fuegueras* el proceso analítico fue en su mayor parte colectivo, a partir de los mapas elaborados y de una lectura profunda a las transcripciones de nuestras conversaciones y entrevistas elaboramos un esquema de interpretación que se encuentra en el Anexo 3 de este documento, el cual posteriormente permitió construir las categorías de análisis. Otro proceso en el que la colaboración de tres de las cinco *fuegueras* estuvo presente fue en la revisión de la escritura del capítulo V.

Para la propuesta de análisis retomamos una perspectiva interseccional³¹ para dilucidar opresiones múltiples que pueden presentarse en las experiencias de vida de las mujeres, y al mismo tiempo que articulan su comprensión. Con este abordaje nos quisimos acercar a una comprensión encarnada (Lugones, 2008), la cual buscó mirar de manera profunda, y en primera persona, cómo se inscriben las opresiones y las violencias vividas en los cuerpos de las mujeres, en sus subjetividades y en sus prácticas, a fin de descubrir las vulnerabilidades, exclusiones y miedos inherentes a la normalización de un estado de precariedad en sus vidas.

³¹ Kimberlé Crenshaw (1995), acuña la noción de interseccionalidad para evidenciar la necesidad de un análisis pragmático de las múltiples opresiones experimentadas por mujeres trabajadoras negras en Estados Unidos. Al posicionar una mirada crítica a las condiciones de la vida, y particularmente del trabajo que les era negado a dichas mujeres, Crenshaw logró exponer y denunciar las violencias y discriminaciones producidas por las relaciones de género, raza y clase. Posteriormente, Patricia Hill Collins (2000), tomando como base la perspectiva de Crenshaw, da un giro al análisis y problematiza el concepto advirtiendo que este mismo presenta dificultades en la descripción de cada una de las relaciones de poder que se gestan entre los sistemas de género, de raza y de clase, pues se hallan superpuestas y en codependencia para su funcionamiento. Con este argumento se propone otra forma de entender la intersección, que amplía el marco de referencia en el que los sistemas de dominación actúan, para entenderlos entonces como ejes de opresión diversos y simultáneos que comparten la violencia como su centro, es decir, como catalizador de los sistemas de dominación.

El análisis interseccional recurre a marcos analíticos que contrarrestan la mirada que asume como universales las opresiones por género, por raza, por clase, por sexo, entre otras, para así abogar por una narrativa distinta de las opresiones, que las reconozca múltiples y simultáneas. Develar, a la luz de un análisis interseccional, esta multiplicidad de experiencias de violencia vividas por mujeres en contextos de precariedad y ejercidas sobre ellas, presupone no encasillar sus identidades en categorías monolíticas y universales, y con ello ofrecer nuevas perspectivas para comprender dichas categorías como inseparables y como componentes constitutivos de opresiones históricas.

Esto nos permite comprender las maneras en las que se cruzan las relaciones de poder, y cómo contribuyen a experiencias de opresión y privilegio, a fin de avanzar en la comprensión del papel que juegan los diversos actores, estructuras y matrices normativas en la organización del orden social actual, para profundizar y reflexionar sobre situaciones de desigualdad particular. Como propuesta de análisis, la interseccionalidad es pertinente para la presente investigación, pues ello significó una reflexión clave para reconocer que ni las mujeres ni sus experiencias deben ser tratadas de manera homogénea, limitándonos a la mera descripción de sus desigualdades. Más bien, ha de ser desde la enunciación e interpretación de sus realidades como se pueden comprender las formas de actuar de las opresiones en los distintos aspectos de sus vidas y cómo se materializan las condiciones estructurales de opresión múltiple.

Como complemento a esta propuesta de análisis desde la interseccionalidad, planteamos para esta investigación una triada analítica y empírica que nos ayudó a estudiar la noche de las mujeres como un *tempo* productor de significados y sentidos espaciales para sus cotidianidades. Recuperamos esta noción de los debates antropológicos que han estudiado el tiempo vivido, así como las formas en las que experimentamos esta cualidad procesual en distintos contextos socioculturales (Leach, 1963, Mauss, 1979, Harvey, 2020, Geertz, [1973]1995, Durkheim, [1912]1995, Carbonell, 2004). Coincidimos con estos debates en que la vivencia del tiempo es subjetiva e indicadora de la sucesión de situaciones que dan forma a los ciclos vitales y sociales y sus ritmos, simultaneidades, transitoriedades y cómo los percibimos.

Por lo tanto, nos interesamos por hacer un entrecruce entre el tiempo que es cuantificado y que es un indicador de cómo transcurre la noche con el *tempo* que es vivido y que configura prácticas como el trabajo y determina la organización de la vida cotidiana de las mujeres. Los *tempos* que consideramos para este análisis fueron:

- A) *Tempo de cotidianidad*. Que hace referencia a las prácticas cotidianas que otorgan significado al trabajo productivo de las mujeres lo conectan a otras especialidades donde también el trabajo reproductivo y la vida cotidiana, así como a sus procesos de apropiación y pertenencia del espacio público nocturno.
- B) *Tempo de violencias y moralidades*. Que hace referencia a las vulnerabilidades que enfrentan las *fuegueras* al desafiar, con su presencia en el espacio público nocturno, al orden social patriarcal y su sentido moral. Este tempo sucede con el paso de la noche, del miedo y otras emociones asociadas a la experiencia de violencias en un entorno de ocupación y tránsito por espacios callejeros.
- C) *Tempo de estigmas y criminalización*. Que hace referencia a las lógicas de exclusión y discriminaciones de diverso orden que hacen parte de las dinámicas urbanas de una ciudad transfronteriza como Tijuana.

A modo de recapitulación.

A lo largo de este capítulo se abordaron los elementos necesarios que definieron la estrategia metodológica para llevar a cabo esta investigación. En el primer apartado, a partir una triada de posicionamientos epistemológicos, participativos y éticos, se propuso una descolonización de metodologías a fin de ensayar otros modos de construcción de conocimientos. Lo cual apuntó hacia los encuentros reflexivos desde el *mutuo-cuidado*, desde el reconocimiento de las necesidades de las personas con las que investigamos y desde el ejercicio de construcción de relaciones tendencialmente empáticas y horizontales.

Las reflexiones tejidas a lo largo de esta investigación apuestan por los aprendizajes de vida, personales y colectivos, que nos son útiles para mirar en donde estamos paradas, para

reconocernos en las experiencias de las otras, aprendizajes que surgen del encuentro como punto de partida y no de llegada. Así, en el segundo apartado planteamos las características de la modalidad de colaboración que se logró en esta investigación. Ésta reveló el reto múltiple y prolongado que, en la búsqueda por integrar la mirada y la palabra de las mujeres a las que el ejercicio del poder patriarcal ha silenciado, debe reconocer la existencia de otras necesidades e intereses sentidos e inmediatos desde los que también se puede colaborar

La caracterización de las mujeres con las que se realizó la investigación resaltó la importancia de estudiar sus experiencias, pues resultan iluminadoras para ampliar la comprensión sobre cómo se reproduce la lógica de la violencia de género contra las mujeres y la precariedad desde el trabajo productivo. Lo cual nos llevó a prefigurar, en el tercer apartado, una etnografía callejera y nocturna que pusiera de frente la vida de las mujeres, cuya presencia transforma y resignifica el espacio público y la noche de una ciudad como Tijuana.

En el cuarto apartado, se esbozaron las características del método etnográfico, como una primera posibilidad de inmersión al campo y la Cartografía Social en diálogo con la etnografía. Sin más, éste fue el medio que me permitió acceder a la *experiencia geográfica y urbana*. Allí se presentaron una serie de técnicas investigativas, en cuyo diseño se priorizó la atención a la construcción de relaciones horizontales para desdibujar las relaciones de poder a partir del reconocimiento de nuestras diferencias y de nuestro lugar de enunciación, del aprendizaje y mutuo reconocimiento.

Finalmente, en el quinto apartado se aborda la propuesta de análisis y las perspectivas que permitieron saber cómo se inscriben las opresiones y las violencias vividas en los cuerpos de las mujeres, en sus subjetividades y en sus prácticas de trabajo productivo. Esto con el fin de dialogar y orientar la sistematización y análisis de lo cartografiado, de lo dicho, de lo sentido y de lo observado, de una manera integral y relacional.

CAPÍTULO III. VIOLENCIA CONTRA LAS MUJERES EN LA CIUDAD Y PROCESO DE PRECARIZACIÓN VIVIDA. ABORDAJE CONTEXTUAL.

¿Cuál es la identidad de esta ciudad?, lo que es innecesario e imposible de responder si no, ¿qué identidad dice esta ciudad que es la suya para convencer a otros y convencerse a sí misma?
Beatriz Sarlo, 2009.

Somos las que no deberían estar ahí. Y ahí estamos. Insistiendo.
Lia García, 2021

Consideramos para este marco contextual que las precariedades vividas por las mujeres protagonistas de esta investigación, han de ser historizadas a fin de comprenderlas como parte de un continuo de riesgos e incertidumbres entretejidos por violencias de un sistema colonial, patriarcal y capitalista. Es por ello que, a lo largo de los cuatro apartados de este capítulo, se abordarán de manera relacional tres ejes claves, a decir, los de las características de una ciudad transfronteriza como Tijuana, los económico-productivos y los escenarios de violencia contra las mujeres, como un entramado cotidiano donde violencias y precariedad tienen lugar.

El primer eje descubre a una ciudad que ha sido testigo de una explosión inmigrante con promesas y deseos que buscan materializarse, muy a pesar de las condiciones de precariedad, marginalidad y empobrecimiento que se ofrecen. Es la lógica misma de la expansión del capital a ultranza, sobre la cual Tijuana se convirtió en un importante centro urbano nacional y fronterizo, generando así economías subalternas, economías marginales con esquemas de trabajo precarizados, especialmente para las mujeres y con mayor crudeza para aquellas con menos recursos.

El segundo eje, en torno a los escenarios económico-productivos de una *transfrontera* (Valenzuela, 2014) como Tijuana, apunta a identificar las actividades informales como sectores de la economía de la ciudad donde se hacen visibles diversas violencias y precariedades derivadas de la crisis del mundo del trabajo bajo un sistema de acumulación de capital. Pues no se trata de cualquier ciudad, sino la del turismo, el comercio y la maquila,

la de la permisividad y la oportunidad de negocio, en la que la producción se encuentra intrínsecamente ligada al despojo y explotación de los recursos naturales y humanos.

El tercer y último eje, versa en torno a las violencias sociales y criminales extremas que convergen de manera simultánea. Es a través de los relatos de las mujeres, de sus vivencias que las lleva a diversas formas de habitar la ciudad, que se descubren violencias no reconocidas, que quedan impunes ante la mirada de un sistema de justicia estatal anquilosado ante el machismo. Nos referimos a las raíces mismas de la sujeción que de manera diferenciada vivimos las mujeres, las cuales se encuentran cimentadas en estructuras heteropatriarcales que legitiman relaciones asimétricas que marcan nuestra cotidianidad, y nos exigen construir una subjetividad basada en fragilidades, obediencias y temores.

En el primer apartado, dedicado a una aproximación contextual de la ciudad de Tijuana, planteamos su descubrimiento desde la experiencia de quienes la caminan y transitan. Sus formas de hablar sobre ella, es decir, de organizarla discursivamente para poder comprenderla, visibilizan violencias y precariedades que la constituyen y la atraviesan, y en ese sentido, nos lanzan preguntas por la experiencia de las mujeres que trabajan en las calles y las noches, en condiciones precarias en su mayoría. Para lograr esto, nos parece importante reconocer la subjetividad de quienes se enuncian al describir la ciudad, como parte nodal del repertorio de registros, empíricos, históricos, estadísticos y socioculturales que conviven en el entramado de significados sobre ella.

El segundo apartado, en torno a los escenarios económicos de una ciudad transfronteriza, profundiza en el proceso de precarización e informalidad que se ha vivido en la ciudad a partir de sus diversas realidades. Donde tanto el turismo y el comercio transfronterizo, como la realidad casi omnipresente de la maquila han marcado ritmo y estructura, pues es en torno a estos escenarios que la economía nocturna e informal se ha configurado.

El tercer apartado, que a su vez prepara el abordaje del fenómeno social de la violencia contra las mujeres que tocaremos en el cuarto apartado, sitúa a la Avenida Revolución, que alberga la mayor parte de las actividades de comercio informal nocturno, desde una mirada

etnográfica. Es a través de la caracterización de sus diversos tramos, historias y observaciones, que delinearemos el lugar donde se mueven, viven y conviven las mujeres protagonistas de esta investigación.

3.1 Tijuana, aproximación contextual

José Manuel Valenzuela (2012), a manera de representación mito-poética, nos invita en las *Tijuanas invisibles*, una relectura de las ciudades narradas por Italo Calvino en *Ciudades Invisibles*³² (2007), a reimaginar y descifrar esta ciudad a través de cómo la habitamos y cómo nos habita. En cierto sentido, se podría decir que nos lleva a descubrir la identidad de la ciudad, sus imaginarios y sus modos de convencerse a sí misma de lo que es. Tijuana es un plural que trasciende en los contactos de quienes la transitan, entre nativxs, migrantes o turistas que la experimentan de diferentes formas. Las numerosas contradicciones que la habitan nos confrontan, la ciudad donde las libertades se capitalizan, se vuelven el espectáculo que moviliza los esfuerzos de quienes llegan a ella y marcan sus calles con infinidad de pasos e historias, necesidades y deseos que se viven a flor de piel.

3.1.1 Zobeida

Zobeida es esa Tijuana que conjuga sueños y violencias, que traslapa imaginarios con fatalidades, es “la ciudad que mata” (Yépez, 2006, p. 13), “la madre de todos los vicios” (Vizcaíno, 1964, p. 31) “la irregularidad impuesta, una ciudad malsana” (Berumen, 2019, p. 22). El presente tiene un carácter histórico, para comprenderlo hay que mirar al pasado, y para poder dar cuenta de lo que hoy es Tijuana hay que incorporar la memoria para

³² Obra literaria integrada por una serie de relatos interpretativos de las distintas ciudades recorridas por Marco Polo y Kublai Khan, que evidencian al viaje como una posibilidad de conocer y recorrer el mundo. Las metáforas sobre la complejidad de la ciudad y la sociedad moderna, relatos de ciudades con nombres propios femeninos, se construyen a partir de la experiencia de quienes la recorren: descripciones, percepciones, reflexiones y emociones. Calvino categoriza las ciudades de acuerdo con sus formas, composiciones y posibilidades, su propuesta va más allá del relato de la ciudad a través de su compleja materialidad o multifuncionalidad, pues plantea pensarla a través de un complejo entramado de relaciones entre espacio y tiempo que privilegia el intercambio sociocultural. Los grandes viajes emprendidos, por varones, invita a lxs lectorxs a que no basta con conocer la materialidad de la ciudad para comprenderla, sino que hay que conocer también a quienes hacen ciudad, a quienes viven en ella, a sus prácticas, a sus formas de vivirla y a los significados que le otorgan a partir de sus experiencias.

actualizarla, hay que refractarla, mirar sus partes para comprender el todo, como la multiplicación simétrica de los objetos de colores y formas diferentes de un caleidoscopio. Como reflexiona Valenzuela:

“Tijuana se convirtió en ciudad blanca, pero su blancura daña, produce miedos, violencia, imaginarios terribles. [...] Es la marca de Zobeida, donde los recién llegados no entendían qué era lo que atraía a esa gente... a esa ciudad fea, a esa trampa. No se sabe por qué la gente es atraída por esa ilusión que deviene pesadilla, pero el sueño blanco sigue arrastrando a las trampas donde crece la violencia y con ella perdemos nuestras ciudades, nos perdemos a nosotros mismos.” (Valenzuela, 2012, p.42-44).

En las narrativas vigentes sobre la violencia que ocurre en las ciudades de México, Tijuana tiene un lugar especial. Al interpretar esta ciudad la construimos y reconstruimos, sus representaciones culturales enuncian lo que sucede en ella, sus límites y sus márgenes, la brújula que marca al norte la llegada y el destino, porque aquí comienza y termina la patria. Es así que la narrativa se reproduce en el imaginario social de lo que emerge en una ciudad que se vive y se sobrevive, que al engrandecerse se degrada, que se construye entretejiendo orden y desorden, que no puede entenderse sin sus contrastes.

Es por ello que “Tijuana no es premoderna ni posmoderna, ni antigua ni moderna, ni cosmopolita ni provinciana” (Berumen, 2021, p.10), sino que es todo al mismo tiempo, es *desmotheridad*. Berumen retoma este neologismo del antropólogo Robert Bartra para nombrar desde y sobre Tijuana, a los múltiples estadios y temporalidades en los que disciernen los sentidos sobre ella, una ciudad cuya heterogeneidad contradictoria (ídem, 2021) se expresa en un todo ambivalente, reflejando una postal que difícilmente podrá ser una sola. La idea de *desmotheridad* subraya los contrastes de una ciudad como Tijuana, nos invita a pensar una ciudad que emerge ante el encuentro y la entremezcla de culturas y se convierte en un *desmadre*.

De acuerdo con Guido Gómez (2001) en su Diccionario breve de mexicanismos, antes de que la palabra *desmadre* se popularizara en el léxico mexicano, era común escucharla para dar aviso de que un río se había desbordado de su caudal -o madre-, causando un desorden, es decir, se había “desmadrado”. Tomando en cuenta esta referencia, la idea de

desmotherhood, empleada por Bartra y Berumen para referirse a Tijuana, además de hacer referencia a aquello que se ha salido de control, indica el encuentro lingüístico entre el español y el inglés, el *espanglish*, que a este territorio le ha dado una identidad. Pero no solo eso, sino que alude también al lio cultural, social, económico y espacial de una ciudad que se sostiene entre el deseo de quienes buscan otras oportunidades y los límites y limitantes de los espacios propicios para ello, entre el anhelo del bienestar y la complejidad de las condiciones que vulneran la existencia, donde también se abren alternativas, reexistencias y respuestas creativas para y por la vida.

Tijuana es una ciudad que desafía la imaginación de la modernidad, pues la expansión vertical, como representación del desarrollo urbano, no es dictado por la altura de sus edificios, sino por la de sus cerros hiperpoblados que año con año se desmoronan con lo que podría parecer apenas mínimas lluvias para una nativa del sureste mexicano acostumbrada a ver el desplome del agua sobre la tierra. Cerros que se reconstruyen, una casa sobre otra, algunas apenas sostenidas por montículos de viejos neumáticos para frenar una nueva tragedia, para mostrar la resiliencia que hay en quienes la habitan, que hacen vigente el porvenir que habita en cada uno de los que llegamos a ella.

Ahora bien, la condición fronteriza del norte de México no solo se entiende desde su ubicación geográfica o a través de un dispositivo de demarcación territorial como el muro que comparte con Estados Unidos, sino también desde sus procesos socioculturales, y los fenómenos que de ellos emanan. La frontera es una zona de enunciación que se encarna, pues suceden encuentros de identidades y prácticas en donde transita la diferencia; y de ello resultan posibilidades de reconocimiento de la alteridad.

En ese sentido, el término de *transfrontera* que retomamos de Valenzuela (2014), nos permite de manera más profunda reflexionar sobre las particularidades de Tijuana, pues a partir del prefijo *trans* la define como un espacio transitorio, dotado de “transbordes, transportes, traspasos, transas y transacciones” (2014, p. 9). El prefijo latino *trans* es parte inherente a las fronteras, las acota, convoca al otro lado y lo incorpora denotando cambios y mudanzas. *Trans* refiere a la condición de ubicarse *a través de*, una mirada que trata de entretener los

fragmentos que conforman la ciudad para darle sentido, un sentido donde no caben las totalizaciones.

Desde el norte geográfico, pero también simbólico, donde se encuentra la ciudad de Tijuana, desde los años setenta ha sido vista como un lugar nodal para el desarrollo de la economía laboral que fue impulsado por el “boom” de las maquiladoras en el que muchas personas, pero no cualquiera, sino las que han dado cuerpo a la llamada mano de obra barata mexicana, llegaron en busca de una mejor calidad de vida (Solís, 2009). Se generó así en Tijuana una explosión inmigrante revestida de sueños que se materializan, que “provocó una expansión urbana caótica, producto de una modernidad sectorizada, inconexa y periférica, un híbrido entre el sueño de un orden imaginado [...] y la prisa salvaje de ocupar cualquier espacio disponible” (Berumen, 2003, p. 21). Hoy día, es el municipio más poblado de México (INEGI, 2020).

Vista así, Tijuana ha sido un espacio donde es posible realizar sueños, donde “ir hacia el Norte”, hacia arriba, ha representado simbólicamente una trayectoria de ascenso social, económico y personal. Pero al mismo tiempo, ha funcionado históricamente como un lugar de paso a Estados Unidos y como el lugar donde esperan y desesperan aquellxs que quieren cruzar o que regresan deportados del gigante vecino con su serpenteante muro de metal. Tijuana representa pues un contraste de realidades en continua movilidad.

La consolidación histórica de la ciudad, su producción estética-cultural y su leyenda, construyen las postales que a manera de vistas paisajísticas la han identificado a través de los años, caracterizando sus dinámicas, delimitando sus escenarios y orientado a quien la explora y la consume. Al ser fundada a la par de San Diego, California, su ciudad reflejo (asimétrico), su existencia material ha dependido de ella, sobre todo en cuanto a las relaciones económicas, turísticas y comerciales que establece con Estados Unidos (Zamudio, 2020). La particularidad de su atracción era la posibilidad -en su más amplia y turbia expresión- de acceder a prácticas sociales y culturales moralizadas durante el periodo de prohibición de

producción, comercialización y consumo de alcohol en el país vecino a principios del siglo XX³³.

Dichas prácticas ofertaban todo lo que en el país vecino estaba prohibido: peleas de box, de gallos, juegos de azar, venta de alcohol y espectáculos taurinos (Padilla en Zúñiga, 2016 p. 87). En términos de la identidad cultural de la ciudad este hito marcó el inicio un proceso de nocturnización estigmatizada que se consolidó con la “leyenda negra” que:

“funda el arquetipo de Tijuana como ciudad del vicio por antonomasia, que es inequívoca: decenas de cantinas dispuestas a saciar la sed de los prófugos de la ley seca, caravanas de automóviles que cruzan diariamente la frontera para perderse en la complicidad de la noche” (Berumen en Yépez, 2006, p. 25).

Con el paso del tiempo esta imagen se arraigó en distintos mitos, entre los que aparecieron el de “ciudad maldita” (Moncada [1956] en Berumen, 2020) o “ciudad abominable” de vicio, desorden y frenesí (Revueltas [1943], en Berumen, 2020), la guarida de los delincuentes, el paraíso de las actividades ilícitas norteamericanas y mexicanas también. Metáforas históricas como espacios de memoria y significado que se enfrentan ahora a sus caracterizaciones más recientes como región de contrastes, “zona de contacto” (Pratt en Valenzuela, 2014) donde se concentran ansiedades en torno a la mirada extranjera que descubre el desorden de una modernidad contradictoria (Yeh, 2015, p. 412), ciudad de violencia, comercio sexual y narcotráfico.

Puesto que no hay neutralidad en el acto de mirar, sino extravíos de la mirada que detectan historias en la aparente “nada” de la ciudad y a las cuales podemos acceder a través de sus narrativas, la mirada -masculina- de José Manuel Valenzuela, Heriberto Yépez, Rubén Vizcaíno y Humberto Berumen que nos ha guiado a para encontrarnos con esta cara de la ciudad de Tijuana, se organiza en un relato que incorpora subjetividad y experiencia, pero

³³ Este periodo de prohibición, que inicia en Estados Unidos en 1920 con la puesta en marcha de la Ley Volstead, tuvo repercusiones importantes para la dinámica social y cultural de Tijuana, ya que detonó una notable afluencia de turistas estadounidenses y militares de la zona naval de San Diego atraídos por el consumo de bebidas alcohólicas, los juegos de azar y las apuestas como formas de entretenimiento. Es en 1935, con la proscripción de los juegos de azar decretada por el Presidente Lázaro Cárdenas, que estas actividades turísticas se ven notablemente transformadas incorporándose la demanda de servicios sexuales.

también, y hay que decirlo, incorpora la posición social y de género de quien enuncia. Así, la posición de las miradas -y otros sentidos- de estos autores, develan la relación entre lo que miran y lo que es mirado, lo que se mira de Tijuana y lo que se quiere mirar de Tijuana.

Por lo tanto, abordar a Zobeida como metáfora sobre la ciudad de Tijuana, nombrada así, en femenino y asociada a rasgos negativos, nos hace pensar en la lógica patriarcal sobre la que se ha configurado su relato cultural hegemónico y particularmente, el de la vida en la frontera. Relatos que son develadores de experiencias que no son neutrales al género, personajes masculinos que hablan de ella desde lo vivido pero que no enuncian que esos vicios y esos placeres se encarnan en los cuerpos de las mujeres que sobreviven al espectáculo ligado a la explotación. Así, la leyenda de Tijuana da cuenta de sentidos que entretejen cultura, imaginarios de la ciudad y formas de habitarla que hoy también están siendo disputadas por las mujeres³⁴.

Es así que resulta necesario enunciar los límites de nuestros acercamientos a la ciudad, y con ello buscar la consistencia analítica que nos permita explicar, relacionar y asociar las transformaciones y puntos de quiebre que se sucedieron en diferentes tiempos y espacios, haciendo emerger sus representaciones. Uno de ellos, sobre el cual abordaremos a continuación, corresponde a un tramo violento muy presente en la memoria colectiva de quienes viven y sobreviven Tijuana, se trata del suceso conocido mediática, social y localmente como “la racha de violencia”.

3.1.2 La(s) racha(s) de violencia.

El significado de la palabra “racha” alude a un cambio del curso normal de las cosas que puede ser favorable o desfavorable, en términos navales también se puede leer como un golpe intenso de viento, una sacudida incontrolable. Ambas descripciones son ilustradoras de un retrato de violencia generalizada en Tijuana, donde los choques entre violencias sociales,

³⁴ A partir de un conjunto de fotografías tomadas durante el trabajo de campo, busco representaciones que mantienen vigente la lógica patriarcal impregnada en la llamada “leyenda negra de Tijuana” y su contraparte, pintas feministas instaladas en la ciudad, discursos políticos y visuales de la disputa por nuestra presencia en la ciudad. Las fotografías se encuentran en este enlace <https://nocturnariofronterizo.mx/bitacoras01/>

criminales, de Estado y de género, han alcanzado niveles sin precedentes causando impactos que permean en las vidas de las personas y comunidades a través de la experiencia de la cotidianidad como un escenario de extrema vulnerabilidad.

“La racha de violencia” es una narrativa sobre la crisis social y de seguridad que se circunscribe en el marco de la llamada “guerra contra el narcotráfico” (Yeh, 2017), una estrategia de Estado para combatir al crimen organizado a través de la militarización y el despliegue en conjunto de fuerzas de seguridad a nivel federal, estatal y municipal principalmente en estados del Norte del país³⁵. Dicha estrategia, inició 10 días después de que Felipe Calderón tomara posesión del cargo de presidente de la República, el 11 de diciembre de 2006, y con ello se inauguró una sacudida incontrolable de violencia sistémica que no disminuyó hasta el 2012.

De acuerdo con el recuento, histórico, político y principalmente social, que hace Miriam Bautista (2016) sobre este suceso, con el anuncio del combate frontal al narcotráfico y bajo el argumento de resguardar la seguridad nacional, Calderón puso al Ejército Mexicano, la Fuerza Aérea Mexicana (FAM) y la Infantería de Marina (IM) en las calles para contener las movilizaciones sociales en su contra causadas por el descontento social que generó su triunfo en las elecciones presidenciales, con apenas medio punto de diferencia respecto a Andrés Manuel López Obrador.

Dicha estrategia, por un lado, le consiguió ganar el respaldo estadounidense³⁶ durante el inicio de su cuestionada administración, gracias a la participación de autoridades mexicanas

³⁵ La guerra contra el narcotráfico se lanzó con el Operativo Michoacán (OM), de acuerdo con el Programa Nacional de Seguridad Pública 2008-2012. Las entidades que se cubrieron siguiendo la línea del OM fueron: Baja California, Chihuahua, Durango, Sinaloa, Nuevo León y Tamaulipas. Así, el conjunto de actividades militarizadas y canalizadas a la lucha contra el narcotráfico, se extendieron con la intención de restituir el mando de la autoridad gubernamental en dichos territorios, con una articulación que fue orientada desde el Ejecutivo Federal a través de la Secretaría de Gobernación, Secretaría de la Defensa Nacional, Secretaría de Marina, Secretaría de Seguridad Pública Federal y la Procuraduría General de la República (Bautista, 2016).

³⁶ Fabián Medina (2020) en una investigación realizada por el semanario Proceso, estima que la operación “Rápido y Furioso” amplió el cruce fronterizo ilícito de por lo menos 2,500 armas de fuego en el noreste del país, de las cuales no hay ningún registro sobre cuántas quedaron en manos de los cárteles de droga de nuestro país. A pesar de que el objetivo de esta iniciativa era el de identificar a los actores implicados en el tráfico ilícito de armas, los equipos de inspección de la ATF en coordinación con agentes de la PGR solo lograron detener a traficantes menores.

en operativos de la Oficina de Alcohol, Tabaco, Armas de Fuego y Explosivos (ATF, por sus siglas en inglés) de trasiego vigilado de armas desde Estados Unidos, que aumentó la capacidad de fuego de los cárteles y la violencia en el país, generando miles de muertes (Medina, 2020). Pero, por otro lado, le permitió la militarización de zonas consideradas como focos rojos para la seguridad nacional y con ello el control de los gobiernos estatales de oposición, esto último con miras a afianzarse en el poder a partir de garantizar el triunfo del Partido Acción Nacional.

El móvil de Calderón para justificar la estrategia, estribaba en una guerra contra el narcotráfico que no se reducía a poner fin a la producción y comercialización de drogas en y desde nuestro país, sino a la imposición del poder -masculino y criminal- que había convertido a los criminales en una autoridad paralela. Si bien era cierto que el narcotráfico, como fuerza territorial y en ese sentido controladora de estructuras económicas, sociales y culturales, poseía -y posee- recursos instrumentales y simbólicos para ejercer su poder, también es cierto que la afirmación “por decreto presidencial” de la autoridad mexicana como la única válida³⁷ se presentaba, por un lado, como una respuesta simple a un problema histórico-estructural complejo y, por otro lado, como una imposición del Estado que permitía acallar todo tipo de disidencia bajo el cobijo de la lucha contra el narcotráfico.

Esto, consideramos significa una representación de la puesta en escena del poder masculino entre el Estado y el crimen organizado que revela un estatus patriarcal que ha depositado en la violencia el medio para alcanzar y detentar el poder. El lugar de enunciación del poder entre varones y de varones hacia mujeres como una expresión de la desigualdad de género que condicionan un contexto de violencia hacia ellas, como lo veremos en la ciudad de Tijuana y como sucede en otras ciudades del país. Como afirma Segato (2014), una guerra donde participan corporaciones masculinas armadas, estatales y no estatales que configuran

³⁷ “...lo que hay que hacer ahora que ellos están asumiendo que son una autoridad distinta, porque cobran impuestos, ponen sus leyes, tienen fuerza pública y esas son, por cierto, las definiciones del Estado, el monopolio de la autoridad, el monopolio de la ley, el monopolio de la fuerza pública y el monopolio de la recaudación. Ese desafío al Estado tiene que ser combatido con toda la fuerza del Estado. Y por esa razón hay que combatir a los criminales, porque aquí el único dueño de la ciudad o el único dueño del pueblo o el único dueño de este estado es el Estado mexicano y las únicas leyes que valen son las leyes mexicanas y la única autoridad es la autoridad mexicana, ninguna más” (Calderón, 2010, Milenio TV, <https://www.youtube.com/watch?v=7ayD2w3uYPI>).

un universo paraestatal de control que captura progresivamente la vida social, “un orden basado en la dominación arbitraria y soberana sobre la vida de las personas [las mujeres] y sus territorios” (2014, p. 368).

De acuerdo con Vicente Sánchez (2009), luego de la llegada de la guerra contra el narcotráfico, la violencia social creció exponencialmente en Tijuana a raíz de la reestructuración de los cárteles de la región (Cártel Arellano Félix y el Cártel de Tijuana). Situación que, según el autor, se enlazó a condicionantes históricos como el control del flujo migratorio derivado de políticas estadounidenses de cero tolerancia, que han provocado deportaciones masivas y colocado a poblaciones en estado de indefensión y vulnerabilidad en la ciudad³⁸, la securitización de la frontera debido al atentado terrorista que derribó las Torres Gemelas y las distintas crisis económicas que ha disparado el desempleo en el país, los cuales dan cuenta de una violencia preexistente. Los costos de estos eventos aún siguen estando presentes en las dinámicas cotidianas de la ciudad, y se expresan en necesidades económicas extremas como las que viven el gran número de gente en situación de calle.

Así, la racha de violencia situó a Tijuana como una de las 10 ciudades del país con el mayor número de homicidios por año³⁹. De 2007 a 2012 la media de mujeres víctimas de lesiones dolosas escaló a 711 en comparación con las 488 registradas en el 2006, para el año 2019, la cifra oscila en 388 víctimas contra las 1,448 que se tienen registradas a nivel estatal (Guardia Estatal de Seguridad e Investigación, 2021), lo que representa que en una sola ciudad sucede la cuarta parte de una violencia intrínsecamente vinculada al género, con proporciones cada vez más elevadas, pero sobre todo, cuya gravedad a pesar de ser inadmisible es profundamente velada debido a las omisiones en la prevención e impartición de la justicia de las que el Estado mexicano es responsable.

³⁸ En su investigación sobre la experiencia cotidiana de la indigencia en Tijuana, Juan Antonio Del Monte (2018) explora el fenómeno de la deportación y el devenir de la vida en situación de calle. Su trabajo, identifica de manera puntual los distintos episodios de deportaciones masivas de mexicanos -varones en su mayoría- hacia ciudades fronterizas como Tijuana. Pero sobre todo es importante para ubicar cómo en las administraciones de William Clinton (1993-2001), George W. Bush (2001-2009) y Barak Obama (2009-2012) persiste la implementación de políticas que han criminalizado la migración indocumentada y con ello, legitimado el uso excesivo de violencia para reprimirla y enjuiciarla.

³⁹ De acuerdo con datos de la Secretaría de Seguridad Pública de Baja California pasaron de 310 en el 2007 a 688 en 2010 (Guardia Estatal de Seguridad e Investigación, 2021).

Las cifras presentadas por el Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública en 2007 indican que antes de ese año, el feminicidio ocurría principalmente dentro de los hogares, después de ese año los asesinatos de mujeres se cometen con mayor frecuencia en la vía pública, además de que se incrementó el número de desapariciones de mujeres y homicidios femeninos con armas de fuego que encontraron en jóvenes de entre 20 y 29 años, el principal blanco de esta violencia. Ante estas cifras desoladoras, y volviendo al análisis de Bautista (2016), es posible identificar cambios importantes que se asocian con la expresión de la violencia sistemática generada por la lucha contra el narcotráfico que se confirma en una dimensión discursiva.

La aparición pública de los cuerpos de las mujeres, violentados y ultimados, imponen un discurso que carece de las palabras apropiadas, y en ese sentido del registro y tono a partir del cual hablar de esa experiencia de violencia (Das, 2016). Un discurso que, por un lado, da cuenta del poderío que las organizaciones criminales construyen y administran en el que la figura del Estado permanece indolente o peor aún, ausente en el freno y en la impartición de justicia y opera con impunidad y en beneficio de estas corporaciones criminales que únicamente abonan al crecimiento de la violencia. Y que, por otro lado, es enviado a la comunidad, particularmente a las otras mujeres que pueden ser las siguientes si no acatan las normas patriarcales.

Por lo tanto, como anteriormente habíamos mencionado, no nos encontramos frente a la manifestación de una “racha de violencia” aislada, sino a rachas que vienen sucediendo desde hace más de una década y que se activan gracias a un orden de Estado. Ante ello, la perspectiva de Bautista (2016) nos ayuda a ir más profundo, es decir, a pensar la concatenación de la violencia criminal y la de género contra las mujeres en una ciudad con las características particulares de Tijuana.

3.2 Proceso de precarización e informalidad. Escenarios económicos de una ciudad transfronteriza

3.2.1 De anhelos y movilidades.

A pesar de que Tijuana *“podrá ser fea, sus calles feas, los cerros, el monte, hasta el clima es feo, lo que tiene es que da oportunidades para todos, aquí sobra el trabajo, aquí el que no sobresale es porque no quiere”* afirma Delia, mientras señala con el dedo hacia arriba en dirección a la rampa que sube al cerro que se alcanza a ver desde la calle donde se ubica su puesto de venta de juguetes usados. Ella es una mujer inmigrante, oriunda del estado de Puebla, que llegó a Tijuana hace 36 años. Su historia, como la de muchas otras mujeres que nacieron y crecieron en los pueblos agrícolas del Centro y Sur del país, la hizo situar como su horizonte el Norte, y aunque nunca ha cruzado a Estados Unidos, vivir en Tijuana es su Norte más al norte y ello representa su búsqueda de otras oportunidades, de una lucha por la subsistencia. Esto le implicó mirar y caminar cuesta arriba, como lo hace a diario para volver a casa caminando sobre la rampa de los casi 200 metros que señala al hablar.

La historia de Delia, sobre la cual profundizaremos en el siguiente capítulo, corresponde a la de muchas otras mujeres que han llegado a Tijuana, una ciudad en cuya leyenda se escribe y reescribe un entramado de anhelos y movilidades de quienes la habitan. Es gracias al flujo constante de “ires y venires” de personas, múltiples “empezar de cero” como salida a los problemas económicos, diversidad de historias sobre esfuerzos y sobre desplazamientos generadores de resistencias y solidaridades, que se crean en aras de la prosperidad, que Tijuana ha visto nacer a una clase trabajadora que sostiene -en condiciones de precariedad, marginalidad y empobrecimiento- a los grandes capitales globales.

Aspectos como la búsqueda de medios de subsistencia a través del trabajo, los flujos de migración, las rachas de violencia del narcotráfico, el imaginario del ascenso social traducido en una mejor vida, apuntalaron la carga histórica y simbólica que ha ido configurando la cotidianidad de esta ciudad (Veloz, 2019). Estos aspectos, que sin más significan el motor de la precariedad, forman parte del correlato que convirtió a Tijuana en un punto de llegada, muy a pesar de ser llamada como “la horrible” por su “leyenda negra” (Berumen, 2003)

asociada al vicio, al desorden, la inmoralidad (sexualidad) y la permisividad (corrupción y narcotráfico) que fincaron el paradigma de la vida transfronteriza y el sello característico de la ciudad (Veloz, 2019, p. 50).

Para profundizar en los aspectos anteriores, y en ese sentido continuar organizando este marco contextual, es necesario describir los escenarios económico-productivos de esta ciudad, los cuales la han dotado de forma e identidad. Se trata del turismo, el comercio transfronterizo y la industria maquiladora, escenarios que precisan ser abordados para vislumbrar el contexto económico de una ciudad frontera como Tijuana y que nos ayudarán, en última instancia, a delinear las formas en las que se configuran actividades socioeconómicas -diversas y adversas- del sector informal, el cual representa un nicho económico en el que subsisten mujeres para quienes, como se ha venido analizando desde finales del siglo pasado, puede ser sustituto del trabajo asalariado o complemento de este (Castells y Portes, 1989).

Con el objetivo de describir ambos escenarios económico-productivos, traemos nuevamente a las Tijuanas invisibles que crea Valenzuela (2012) retomando los relatos de Calvino. Particularmente la imagen de Sofronia, una ciudad que está conformada por dos medias ciudades, nos parece adecuada para tal objetivo. Dos mitades de una misma ciudad, dos realidades íntimamente ligadas que coexisten y se desarrollaron a partir del ensamblaje económico que ha ido dando forma y significado a las espacialidades de Tijuana. Sofronia fija, una mitad de la que ya hemos hablado, ciudad lúdica que ha ido expandiéndose rodeada de estigmas y de mitos, “una Disneylandia disponible para ricos” (2012, p. 64) y Sofronia móvil, la otra mitad, es una ciudad de trabajo, de sacrificios y penurias, que hace referencia a la maquila desmontable.

Consideramos que ambas ciudades, de una sola, apuntan a actividades precarizadas que son parte de un sector subalternizado de la economía de la ciudad, y que representan alternativas para generar medios económicos, estrategias de supervivencia llevadas a cabo por trabajadorxs excluidos del sistema laboral formal. Estos encuentran en sus necesidades y en las oportunidades que ofrece una ciudad como Tijuana, las posibilidades para generar nichos

laborales propios. Es decir, actividades que se entrelazan a las dos mitades de Sofronia, y que se posicionan como un escenario subalterno como consecuencia de la formación y del desarrollo de estos escenarios económicos.

3.2.2 Sofronia fija. Turismo y comercio transfronterizo.

El desarrollo económico de Tijuana, así como el de otras ciudades fronterizas del norte de México, se ha caracterizado por mantener una estrecha relación económica con Estados Unidos, la cual ha girado en torno a procesos transfronterizos como el turismo binacional, el comercio de subsistencia que posibilita a lxs habitantes que cuentan con los documentos requeridos, cruzar la frontera de ambos países para consumir bienes y servicios de diversa índole (Alegría, 1992, Hernández, 2004) o las actividades de la industria maquiladora que forman parte de la lógica política y económica de la región. En este sentido, como ya habíamos mencionado, para Arely Veloz (2019) y otrxs autorxs (Bringas, 1991, Velasco, 1996, Zenteno, 1995, Hernández, 2004, Solís, 2009) la década de 1920 representó un hito para el fortalecimiento económico en Tijuana; la llamada “época dorada” que vio la explosión del sector turístico a través de una particular oferta de servicios de hospedaje, recreación y juegos de azar dispuestos para la población estadounidense.

Así, irrumpieron en el escenario tijuanense los casinos, centros nocturnos, hoteles, restaurantes y licorerías que captaban la atención -y el dinero- de lxs turistas que se establecieron a lo largo de la avenida principal en la Zona Centro de la ciudad, conocida en ese tiempo como Avenida A⁴⁰. De este hito dan cuenta algunas construcciones como el Casino e Hipódromo de Agua Caliente, el Tijuana Fair, el Foreign Club, que contribuyeron a la transformación del paisaje de la ciudad, dotándola de un rostro moderno y que representaba el aumento de la riqueza y confirmaba la idea del progreso local (Veloz, 2019).

El estilo “escenográfico-espectacular” (Padilla en Zúñiga, 2016, p. 87) de dichas construcciones proyectaron una ciudad paradigmática de un ocio moralizado que desde

⁴⁰ La hoy llamada Avenida Revolución, antes conocida como Olvera y posteriormente Libertad, tomó su actual nombre el 20 de noviembre de 1932 (Zúñiga, 2016).

entonces tomó por escenario la noche de Tijuana. Una temporalidad que fungió como condición de posibilidad de la vida social que al mismo tiempo revitalizó económicamente a la Zona Centro de Tijuana. Las prácticas de esta forma particular de ocio y sus formas de representación -desenfreno, aventuras, goce-, contribuyeron a la construcción del imaginario sobre la noche que activó e hizo visible lo que no tiene cabida en otras esferas de la vida pública, como la de la productividad hegemónica o la familiar como una forma de organización social dominante.

De esta manera, las posibilidades de socialización en torno a la vida nocturna en Tijuana permitieron caracterizarla desde lo que es visible en ella (Berumen, 2003, Yépez, 2006, Saavedra, 2012, Zúñiga, 2016), lo cual ha marcado una asociación simbólica a la permisión que ha perdurado a lo largo de la historia de la ciudad. A consecuencia de esto, desde entonces ha quedado relegado del imaginario de la noche en Tijuana lo que no es visible, los trabajos, las identidades o las prácticas sobre las que se sostiene ese ocio, en muchos de los casos en condiciones de clandestinidad, desigualdad o explotación. Estas formas visibles e invisibles, más allá de su propia dicotomía, nos invitan a pensar la noche en torno a un continuo temporal donde se refuerzan barreras sociales e identitarias.

Aunado a ello, el auge que vivía Tijuana en aquellos años se cruzó con el fenómeno político más amplio que lo determinó, nos referimos a la ya mencionada Ley Volstead que simple y llanamente prohibió la fabricación, importación y venta de bebidas alcohólicas en EEUU. En términos político-económicos y de acuerdo con Veloz (2019), este hecho respondía a la oportunidad que empresarios estadounidenses vieron para instaurar proyectos económicos y turísticos que les beneficiaban de manera casi exclusiva, pues tenían en su control los grandes casinos de la época operados por una fuerza de trabajo también estadounidense que volvía a su país al terminar su jornada laboral.

Esta dinámica generaba altos ingresos en Tijuana, pero al mismo tiempo la situaba como parte de una “geopolítica de la diferencia que demarcaba y legitimaba la desigualdad social” (Veloz, 2019, p. 15), pues los “gringos” solo venían a Tijuana a hacerse ricos y luego se iban. Una dinámica que fortalecía el discurso moralizante sobre la frontera entre Estados Unidos

y México como un espacio de permisión y descontrol, misma que fue emulada por la industria maquilera, como veremos más adelante, y que prevalece hasta la actualidad.

Esto significó que la bonanza económica de este -nuestro- lado de la frontera estaba determinada por la Sofronía fija, disponible para quien pudiera pagar. El espacio del enriquecimiento del extranjero capitalista -los pocos-, a costa de la explotación de quienes se quedaban en Tijuana -los muchos- en sus distintas y más crueles modalidades -laboral, corporal o sexual- para las necesidades de expansión del capital, tal como el sistema capitalista demanda para su reproducción. Estos elementos ya evidenciaban y perfilaban la precariedad vivida desde entonces en los sectores de población con mayores necesidades económicas, a la par de una dependencia de las actividades económicas que giraban alrededor de Estados Unidos. Desde su “época dorada”, los servicios y consumos ofrecidos por la ciudad estaban a disposición de las necesidades de quien tenía el dinero verde, los dólares.

Aunado a estos sucesos, la consolidación del perímetro o zona libre⁴¹ supuso otro hito histórico para Tijuana, estableciendo un régimen fiscal que estuvo vigente hasta la década de 1990 y que tuvo la función de “otorgar mejores condiciones de competencia y rentabilidad, sobre todo para el capital comercial local frente a sus competidores extranjeros localizados al otro lado de la frontera” (Hernández, 2004, p.111). Con la derogación de la Ley Volstead en 1933, esta política se diseñó para desarrollar actividades económicas que reemplazaran las que habían proliferado durante el periodo de la prohibición. Esto implicó la importación de mercancías sin pago de impuestos como maquinarias, insumos y otros bienes cuya demanda no podía ser satisfecha con los productos del interior del país (Bringas, 1991, Hernández, 2004), lo cual generó, por un lado, prácticas de contrabando debido a la carencia de estos productos y, por otro lado, el abastecimiento comercial de la región en condiciones de mayor ventaja respecto al resto del país (Hernández, 2004).

⁴¹ Esta política se instaura durante el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas, con ella se impulsó un sector importante de mercado transfronterizo que derivó en la emergencia de una cultura de consumo de mercancías usadas o “de segunda” provenientes de Estados Unidos (Alegría, 1992). Esto subsanó la fractura y transformación de las relaciones económicas y sociales que se dieron entre el estado de Baja California y Estados Unidos a causa del decreto de abolición de los juegos de azar propuesto en 1935 por el mismo mandatario.

Así, tanto las actividades turísticas y comerciales contribuyeron a la generación de capitales en la ciudad e incrementaron su demografía⁴², lo que permitió que se constituyera como un importante centro urbano nacional y fronterizo (Hernández, 2004, Veloz, 2019). Consideramos que la consolidación de Tijuana como una localidad urbana, tiene su génesis en dos eventos claves. Por un lado, el establecimiento del puerto de San Diego como principal zona de operaciones para la participación de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, lo cual significó el incremento del turismo estadounidense, particularmente el de soldados que cruzaban en busca de diversión (Veloz, 2019). Por otro lado, el establecimiento del Programa Bracero en 1942, que buscaba sostener la productividad económica de los Estados Unidos permitiendo el cruce legal y temporal de trabajadores mexicanos.

Desde la década de 1950 hasta mediados de 1960 el sector terciario era representado por más del 50% de la población económicamente activa (Verduzco, Bringas y Valenzuela en Zamudio, 2020), dicho sector incluye actividades turísticas y comerciales que desde entonces encauzaron su relevante papel para la economía de la ciudad. El florecimiento de dicho sector permitió el surgimiento de organizaciones de comerciantes y empresarios mexicanos, (Bringas, 1991, Velasco, 1995). Así, los grandes comercios como los casinos, casas de juego e hipódromos, entre otros, se mantuvieron en manos de empresarios estadounidenses y el pequeño comercio al mayoreo y menudeo quedó en manos de empresarios mexicanos (Veloz, 2019). De esta manera, la demanda de servicios turísticos, así como los incentivos derivados de la zona libre para el desarrollo del comercio, fueron ampliando a su vez el mercado local y regional (Hernández, 2004).

Ahora bien, el establecimiento de actividades turísticas y comerciales en consonancia con los constantes flujos migratorios en Tijuana también generó economías subalternas, esto es, medios efectivos de subsistencia para quienes esperaban oportunidades de trabajo del lado estadounidense. Esto se expresó en la dinámica del comercio de reúso o del llamado *desecho norteamericano* (Hernández, 2004), básicamente ropa, artículos del hogar, maderería,

⁴² Es relevante subrayar la magnitud del crecimiento demográfico de la ciudad de Tijuana, pues de tener 165,690 habitantes en 1960 pasó a 1,922,523 en 2020. Lo cual corresponde a un crecimiento de 1,160% (INEGI, 1960, 2020).

chatarra de automóviles, para ser vendidas o revendidas en la vía pública de las zonas con mayor afluencia de personas, como la Zona Centro de la ciudad.

Este intercambio de mercancías se daba (y se sigue dando) como parte de los procesos transfronterizos que revitalizan las relaciones binacionales y que son “expresión y consecuencia de la continuidad espacial de las diferencias estructurales socioeconómicas de cada país, que permite, por complementariedad funcional, la solución de necesidades que cada una presenta” (Alegría, 1992, p. 65). Desde entonces, dichas prácticas de comercio se expresan a través del cruce fronterizo a Estados Unidos por habitantes de Tijuana para comprar distintos productos con fines de reventa para las clases populares que no pueden cruzar al país vecino. Incluso estos productos pueden ser desechos y basura de los suburbios cercanos a la frontera, (Alegría, 1992, Velasco 1996), dinámica que ha generado el surgimiento y persistencia de economías marginales, modos de vida y esquemas de trabajo precarizados.

Hoy en día, Tijuana mantiene el sector turístico -nacional o extranjero- y comercial que desde su surgimiento se presentó polarizado y espacialmente localizado (Bringas, 1991). Para los turistas que permanecen en la ciudad por estancias cortas, los servicios, consumos y equipamiento urbano, como hospitales, áreas destinadas a la recreación y centros comerciales se encuentran organizados en la Zona Centro y Oeste de la ciudad (Bringas, 1991, Robledo, 2017). Allí, el comercio informal se ubica a las afueras de los negocios establecidos de manera formal y en los cruceros vehiculares, donde se ofertan alimentos, productos de diversa índole para consumo personal y servicios igualmente diversos como el de limpieza de parabrisas o los espectáculos artísticos callejeros. Turismo y comercio transfronterizo, siguen siendo elementos protagónicos para el desarrollo de las actividades económicas en la ciudad, ambos sectores, junto al de las maquiladoras, como veremos a continuación, promueven las capacidades productivas de la ciudad⁴³.

⁴³ El 2018 registró una de las cifras más altas de derrama económica del turismo para la década, con un monto de 116,000 millones de pesos. A pesar de que el 2020 trajo una fuerte crisis para este sector, en lo que va del 2021 se ha presentado una recuperación económica de entre el 8 y 10% (Secretaría de Economía, 2021, <https://datamexico.org/es/profile/geo/tijuana>).

La Zona Norte de esta ciudad (contigua a la Zona Centro), percibida como el Norte de muchxs migrantes por su colindancia a la línea fronteriza, se caracteriza también por ofrecer servicios turísticos y comerciales y es un claro ejemplo de polarización. Pues las actividades que ahí se despliegan atienden a la población migrante que busca un refugio para su estancia temporal en Tijuana, a la vez que ofrece entretenimiento a la población local y a los turistas nacionales y extranjeros que han mantenido y revitalizado aquella “leyenda negra” de la Tijuana sórdida. Así, los hoteles de paso, cuartos, fondas, cantinas y lugares de trata de personas y explotación sexual, mejor conocidos como prostíbulos, protagonizan un paisaje urbano marginal y precarizado que atrae diariamente a un flujo constante de personas.

Las actividades de la zona permiten el establecimiento del comercio informal dedicado a la elaboración de alimentos y diversos productos de consumo personal (dulces, cigarros, flores, etc.), pero también las actividades propias del narcomenudeo proliferan a través de la venta de drogas como marihuana, cocaína y metanfetamina (Iñiguez, 2020). En esta zona de “tolerancia”, como en muchas otras del país, existe el sello característico del disimulo oficial, es decir, la existencia de un espacio liminal entre la permisividad, el refugio y la explotación. Una zona surreal donde un templo cristiano comparte paredes con dos grandes *strip clubs*, que revisten sus fachadas repletas de luces e imágenes de mujeres semidesnudas que se entremezclan con los destellos azules y rojos de las patrullas de policías que circulan constantemente por la zona⁴⁴.

3.2.3 Sofronia móvil. Maquila.

En la década de 1960 la ciudad de Tijuana se encontraba en una fuerte crisis económica derivada de la finalización del Programa Bracero. El sector turístico que se conformó por el establecimiento de tropas en la base naval de San Diego presentaba una tendencia a la baja, lo cual repercutió directamente en la economía de la ciudad. Es a mediados de esta década que en el panorama económico de las ciudades fronterizas del Norte de México en general, y de Tijuana en particular, comienza otro proceso de transformación derivado de la

⁴⁴ Un registro fotográfico de la Zona Norte realizado para esta investigación puede revisarse en este enlace <https://nocturnariofronterizo.mx/bitacoras03/>

instauración de un modelo de desarrollo industrial que permitiría contrarrestar el desempleo en la zona fronteriza con Estados Unidos (Solís, 2009, 2011, Veloz, 2019). Nos referimos al Programa de Industrialización Fronteriza que permitió que las plantas ensambladoras extranjeras, mejor conocidas como maquilas, se establecieran bajo un esquema que les permitía reducir costos laborales mediante el pago de salarios bajos (Solís, 2009) respecto a los pagados en Estados Unidos.

Este es el retrato de la Sofonia móvil, la otra mitad de la ciudad, la que entrelaza trabajo, sacrificios y penurias con los capitales financieros extranjeros que la montan y desmontan a su voluntad (Valenzuela, 2012, p. 64). Con esta imagen de Tijuana, Valenzuela alude a una ciudad en la que igual se establece y se va dejando nada, mismo esquema de la década de 1920, la ciudad de las maquilas en la que se acumula capital a base del despojo de recursos naturales y recursos humanos que con su fuerza de trabajo las sostienen. Una *ciudad de paso*, como la nombra Solís (2009, 2011), con plantas industriales que se pueden quitar sin grandes pérdidas en el momento en el que ya no hay nada más que pueda aprovechar. Esto no es más que la instrumentalización del neoliberalismo, expresado en un modelo de desarrollo económico con una base extractivista y explotadora que se inserta en los circuitos mundiales del trabajo (Sassen, 2003).

Este crecimiento económico tuvo repercusiones ideológicas importantes que transformaron la narrativa sobre Tijuana. La llegada de las maquilas hizo emerger las “bondades” de la ciudad fronteriza, a través de la idea de que estas mismas conformarían economías sanas e incrementarían la capacidad adquisitiva y darían trabajo a la población (Veloz, 2019). Sobre Tijuana recaía entonces una narrativa dicotomizada a partir de valoraciones morales, por un lado, la economía del turismo interpretada como lo enviciado, lo sucio, lo negativo para la ciudad y por el otro, la economía industrial como lo sano y lo próspero. Ideales que instrumentalizaron la lógica económica neoliberal como una solución a una economía que se consideraba nociva para la ciudad.

Para algunxs autorxs (Zenteno, 1995, De la O, 2006, Solís, 2009, 2011, Veloz, 2019) la llegada de las maquilas a las ciudades más importantes de la frontera norte de México⁴⁵, subrayaba la idea de estabilidad y dinamismo económico a través de la introducción de nuevos métodos de manufactura que hicieran uso de materia prima mexicana, así como oportunidades de trabajo que incrementarían los niveles de vida. Lo cual fue atrayendo a una población con un rostro concreto, inmigrantes que llegaban a la ciudad, mujeres y varones en situaciones de empobrecimiento y precariedad con necesidades urgentes de oportunidades para generar ingresos y establecerse en la ciudad temporal o definitivamente, aspecto que se reflejó en la pronta ocupación que obtuvieron en la industria maquiladora, la cual resultó una opción deseable.

Lo cierto es que la industria maquiladora se ha caracterizado por ser análoga a la precariedad y la explotación, pues de acuerdo con Solís (2009) y Veloz (2019) su establecimiento fue posible por una serie de condiciones atractivas para este modelo de desarrollo, a decir, infraestructura barata, beneficios fiscales, abaratamiento del costo de la mano de obra debido a la paridad cambiaria del peso, una moneda en constante devaluación frente al dólar pero sobre todo, una abundante fuerza de trabajo altamente productiva, empobrecida y con fuertes necesidades como parte integral de la producción en la fábrica y esencial para establecer y legitimar el modelo de jerarquización que ha caracterizado al mercado global de cadena de producción.

La Zona Centro y Oeste de Tijuana fueron los espacios donde se situó la evolución de los servicios turísticos y el comercio regional transfronterizo (Bringas, 1991, Robledo, 2017), mientras que el Este de la ciudad desde 1972⁴⁶ situó en pleno la industria maquiladora. A través de una política de integración económica de la región a la economía nacional se desarrollaron parques y ciudades industriales. Bajo esa lógica nació la Mesa de Otay, una

⁴⁵ Las primeras maquiladoras en México se establecieron en una *frontera histórica* conformada por ciudades como Tijuana, Ciudad Juárez, Matamoros, Mexicali y Nogales. Lugares que se regían a través de sistemas arancelarios y fiscales que eliminaron las restricciones a la inversión extranjera para incrementar las exportaciones manufactureras en el país (De la O, 2006, p. 49).

⁴⁶ Año en que el gobierno federal, con Luis Echeverría como presidente, en aras de generar una integración económica para las ciudades fronterizas del norte de México, impulsó en Tijuana el proyecto de una ciudad industrial conocida como “Nueva Tijuana” que inauguró una lógica económica basada en la inserción de capitales internacionales.

zona que desde su inicio incluyó espacios para el establecimiento de fábricas, vivienda, comercios y espacios recreativos que incrementaron la demanda de servicios públicos y reconfiguraron el funcionamiento de la ciudad (Encinas, 2018).

Así, a los alrededores de los parques industriales se formaron las periferias de la ciudad, colonias populares como el Tecolote, el Florido, la Mariano Matamoros o Camino Verde⁴⁷, que se caracterizan por su alta densidad de población y por la escasez de servicios públicos básicos, como pavimentado de calles, alumbrado o el abastecimiento de agua potable. La fuerte interacción de estas colonias con las maquilas ha posibilitado que el comercio informal que se genera allí responda a lo que Saskia Sassen (2003) llama *subeconomía de barrio*, actividades destinadas a satisfacer demandas específicas de consumo, por un lado, y al mismo tiempo ser una vía alterna de capitalización para lxs habitantes, por el otro lado.

Es en este contexto de instauración de un modelo industrial con una base extractivista y explotadora, que no resulta extraña la presencia de mujeres en las maquilas, pues como ha afirmado María Eugenia de la O (2006), un rasgo característico de estas fábricas es que guardan un fuerte vínculo entre la feminización de la fuerza de trabajo y los procesos de transnacionalización del capital. Para la autora, los cambios más desfavorables que la maquila había experimentado desde su instauración hasta la mitad de la década de los 2000, los han experimentado las mujeres gracias a una persistente desvalorización de su trabajo a través de la ocupación de puestos con las más bajas remuneraciones:

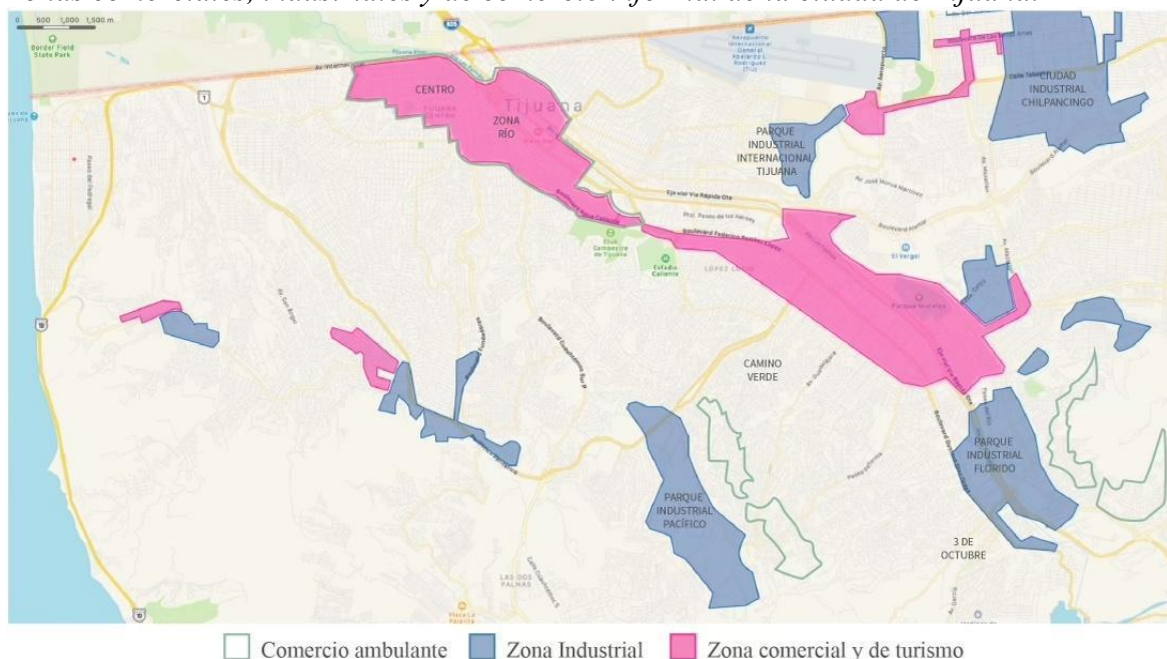
“Concretamente, cuando las ensambladoras iniciaron actividades en la frontera norte del país, las mujeres constituyeron la fuerza de trabajo requerida por los empleadores, lo que contribuyó a la formación de un mercado de trabajo feminizado. Con el paso del tiempo se observó una mayor especialización productiva en las empresas en contextos de crisis económica, lo que abrió el mercado de trabajo de las maquilas a los varones, afectando la ocupación de las mujeres, al reorientarse hacia los segmentos laborales de menor remuneración” (De la O, 2006, p. 105).

⁴⁷ Como parte de las respuestas institucionales, en enero de 1984 el Gobernador del estado de Baja California Xicoténcatl Leyva Mortera creó el Programa de Fraccionamientos Populares que tenía como uno de sus objetivos asegurar la tenencia de la tierra como derecho social. Este programa consistía en dotar de lotes a familias que percibían de 0.5 a 2.5 salarios mínimos. El programa se limitaba a la entrega de los terrenos y a asegurar que los colonos -pequeños comerciantes, obreros, trabajadoras domésticas- iniciaran la construcción de su vivienda. Entregaban los lotes sin servicio alguno, aunque participaba en la instalación de luz, agua y drenaje (Encinas, 2018).

Esta afirmación nos indica una ruta importante hacia la explicación estructural de la inserción de las mujeres al sector de economía informal, que desde sus orígenes y hasta el día de hoy, como lo podremos confirmar en capítulos posteriores desde la voz de mujeres que viven ese contexto de vulnerabilidad y violencia, ha servido como sustituto del trabajo formal o para hacer frente a su pérdida. Pero al mismo tiempo, nos ayuda a comprender que la transformación y expansión urbana generada debido al crecimiento industrial, muestra una estrecha relación entre el sector económico industrial y el informal. Así lo podemos apreciar en la figura 3.1, zonas industriales en las que coexisten economías subalternas que tienen un correlato comercial, en su mayoría informal, sobre las cuales en cierto sentido se sostiene la viabilidad de la maquila y de la ciudad misma.

Figura 3.1

Zonas comerciales, industriales y de comercio informal de la ciudad de Tijuana.



Fuente: Elaboración propia basada en la Carta Urbana del Programa de Desarrollo Urbano del Centro de Población de Tijuana 2010-2030 (2014).

De lo anterior puede dar cuenta la experiencia de muchas mujeres, que con sus relatos compartidos durante el trabajo de campo de esta investigación, nos han permitido ahondar en la comprensión de esta particular forma estructuración económica urbana. Mujeres sobre las que recae todo el peso del trabajo doméstico y de cuidados que al no ser reconocido ni

mucho menos remunerado la lleva a buscar trabajos por cuenta propia, y a aprovechar las necesidades de consumo de lxs trabajadorxs de las maquilas establecidas en las colonias anteriormente mencionadas. Esta dinámica ilustra la forma en la que la economía del sector informal se establece alrededor de una economía hegemónica como la maquila, una oportunidad de generar ingresos para mujeres que viven con mayor crudeza la ausencia de políticas integrales de cuidado que no les permiten tener un trabajo que les implique estar fuera de casa hasta 10 o 12 horas.

Esto significa, sin más, la articulación de actividades de producción y reproducción de trabajadoras informales que hacen de sus hogares su centro de operaciones. En este sentido, a pesar de que el comercio informal se coloca en una posición marginal y subalterna respecto a las actividades productivas formales, éste sostiene a la fuerza de trabajo de la economía industrializada. Como profundizaremos en los siguientes capítulos, se trata del trabajo de mujeres cuya diversidad de actividades incluye en muchos casos asumir tareas reproductivas no remuneradas como el cuidado de lxs hijxs de las obreras, o cuyas actividades productivas hacen posible que otrxs puedan alcanzar los medios esenciales de reproducción de la vida como la alimentación.

Concretamente, son mujeres que no pueden acceder a los empleos ofertados por las fábricas, porque no cuentan con la escolaridad mínima solicitada o porque su condición de jefa de familia les hace asumir el trabajo productivo y reproductivo en su totalidad; situación que se complejiza cuando no cuentan con una red de apoyo necesaria para el cuidado de lxs hijxs. Pero no solo eso, sino que algunas otras prefieren el trabajo por cuenta propia a la explotación de la fábrica y encuentran en el comercio informal no solamente beneficios económicos, sino medios efectivos para generar autonomía y agencia.

3.2.4 Eufemia. Economía nocturna e informal.

En Tijuana-Eufemia, nos dice Valenzuela (2012), “se reúnen mercaderes y fayuqueros que dan vida a tianguis, sobre ruedas, centros comerciales y ventas de garage” (p.66). Se trata de la ciudad para la cual el histórico intercambio de productos, a través del comercio de manera

general y del comercio informal de manera particular, ha devenido en un sello característico y bastión económico. No por nada la Secretaría de Economía (2021) a través de la plataforma Data México⁴⁸ indica que el comercio al por menor en el municipio de Tijuana se ubicó en el tercer lugar a nivel nacional y primero en la frontera norte en el 2020.

Este planteamiento se corresponde con el que han venido haciendo por lo menos en las últimas tres décadas autoras como Velasco (1995), Mungaray y Rabelo (2004) y López (2013), apuntando que el comercio informal contribuye a minimizar los efectos del desempleo y hacer frente a las crisis económicas que en nuestro país siguen afectando a grandes sectores de la población. Datos publicados por la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) en 2020 -año marcado por el Covid-19 y las diferentes crisis derivadas del mismo-, revelan que la fuerza laboral total de comerciantes informales en la ciudad de Tijuana fue de 14.4 mil personas. Acercándonos a los detalles de la misma encuesta, podemos ver que el año inició con 8.56 mil mujeres y finalizó con 9.54 mil (INEGI, 2020).

En la Zona Centro de Tijuana, elegida para observar las dinámicas del trabajo informal nocturno, podemos ver que la Secretaría de Desarrollo Económico de Tijuana en su último censo sobre comercio informal realizado en 2018, registró cerca de mil 300 mujeres comerciantes informales con permisos activos en dicha zona. Esto nos muestra que la presencia del comercio informal sigue siendo una actividad económica importante para las mujeres debido a los históricos servicios turísticos que alberga. A pesar de lo que las cifras reflejan, todavía pueden ser consideradas una subestimación, puesto que muchas vendedoras no informan de sus actividades por temor a las repercusiones que puedan surgir si sus lugares de trabajo son identificados, o tampoco tramitan permisos para vender o trabajar en el espacio público puesto que sus actividades ni siquiera están reconocidas como actividades productivas. Es el caso de las malabaristas, sobre las cuales profundizaremos en el capítulo V de esta tesis.

⁴⁸ <https://datamexico.org/es/profile/geo/tijuana>

Ahora bien, en términos de organización urbanística, la Zona Centro rompe con el diseño colonial que a partir del siglo XIX (Zúñiga, 2016) fue replicado en las principales ciudades del país, el cual consistió en ubicar en torno a una plaza central, tanto los poderes públicos como el religioso, una forma de representación de los poderes que rigen la organización social. Pues de acuerdo con Zúñiga (2016), su estructura representó parte de las ideologías políticas que imperaban al momento de su diseño: un modelo libertario proclamado por los jacobinos en Estados Unidos aunado a un modelo positivista fundamentado en el orden y el progreso empujado por el gobierno de Porfirio Díaz en 1889 (ibidem).

Así, la representación urbanística de estas ideologías se materializó y adquirió un conjunto de características que apuntaba a proyectar la conectividad con una zona nodal de la evolución económica de la ciudad. El historiador Antonio Padilla (2006) las identifica de la siguiente manera:

“a) La preeminencia visual de la plaza Zaragoza, b) las cuatro plazas menores, c) las diagonales que dominan fuertemente el conjunto, d) la línea divisoria entre México y Estados Unidos, e) el río Tijuana, f) la avenida Internacional, en la esquina superior derecha (esta última se sobrepuso al antiguo camino que comunicaba a la vecina población de San Diego, California, con el sur de la península y viene a constituir el único elemento asimétrico en el plano que coincide con el eje de la avenida Internacional), g) la vía del Ferrocarril Peninsular y h) la estación de pasajeros del mismo un poco al sur” (p. 192).

Para Zúñiga (2016) una vez así establecida la Zona Centro, su definición en términos urbanísticos y de usos se fue dando a lo largo de tres grandes periodos. El primero va de la década de los años 30 a los 60, donde la zona principalmente fungió como articulador de las diferentes colonias de la ciudad con la frontera. El segundo periodo, de finales de la década de los años 60 a los 90, va de la mano al surgimiento paulatino de La Zona Río, La Mesa de Otay y Playas de Tijuana, espacios que contribuyeron a desplazar a la zona de su idea de centralidad urbana. Finalmente en el tercer periodo, que abarca las primeras dos décadas del S. XXI, se caracteriza por una expansión de la ciudad más allá de sus límites, lo cual la constituyó en una zona metropolitana.

A lo largo de estos tres periodos, los cambios paulatinos en torno al crecimiento urbano fueron gestando lo que para el autor es una “ciudad policéntrica” (Zúñiga, 2016, p. 94), idea que persiste en el actual orden, estructura y dinámica del comercio, el trabajo, la industria, el transporte y la vivienda en la ciudad. Se trata pues de una re-organización que responde a dicho crecimiento urbano en la que “la distancia entre distintos sectores de la ciudad o la diversificación económica de estos vuelve costoso e innecesario acceder a dichos centros” (p. 94) salvo para actividades particulares como las comerciales y turísticas.

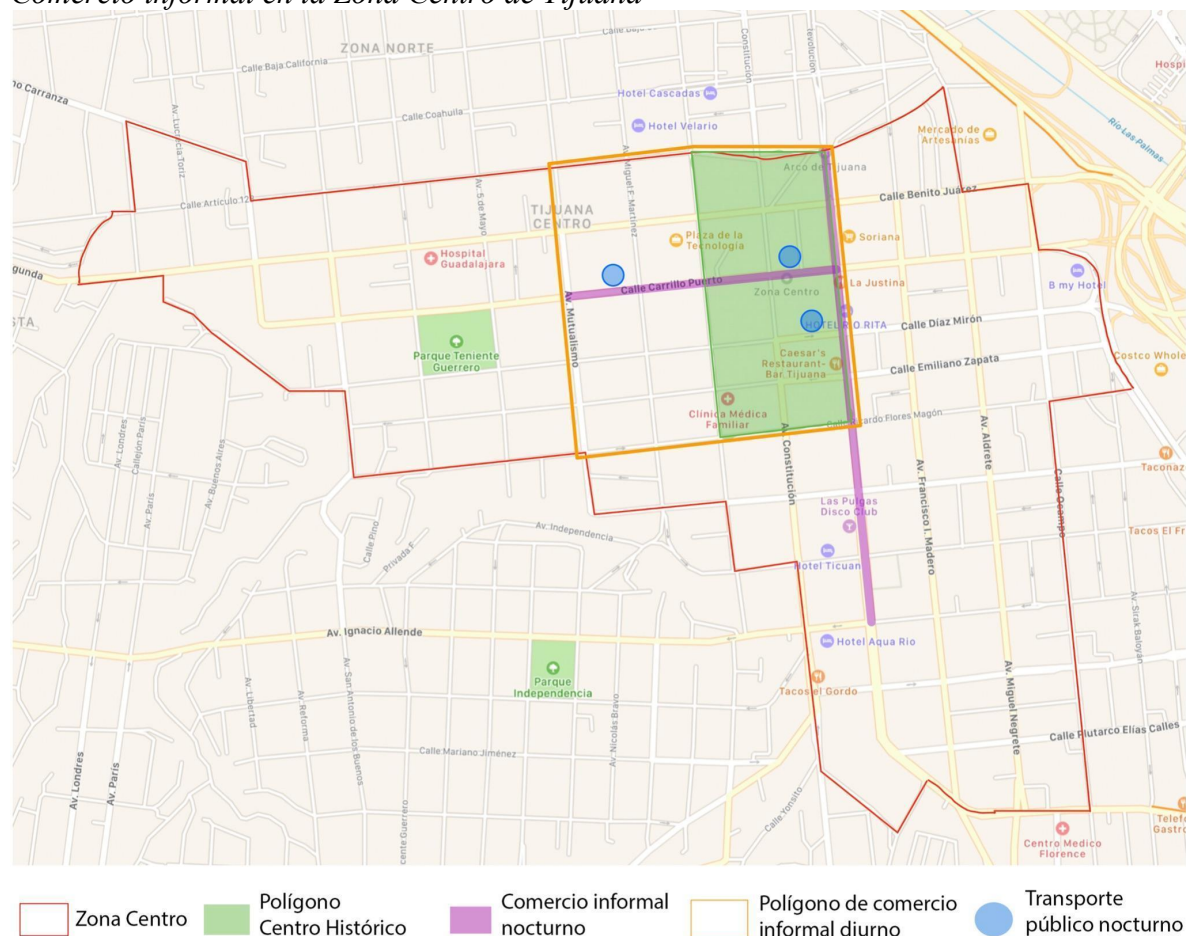
Esta característica policéntrica de la ciudad de Tijuana, se corresponde con su crecimiento industrial que provocó desarrollo urbano hacia la Zona Este. Ello implicó la creación de nuevas vías de comunicación, la ubicación de actividades comerciales, la vivienda, el transporte público y la dotación de servicios (Zúñiga, 2016). Una expansión de la estructura urbana que significó la creación de otras centralidades donde, desde entonces, se satisfacen las necesidades de abasto de nuevas zonas de vivienda. Esto explica la dinámica del transporte público nocturno de taxis en la Zona Centro que, como puede observarse en la figura 3.2, durante la noche cubre rutas que van hacia Otay, el Cañón del Pato, las colonias Obrera (calle Carrillo Puerto), Pino, Presa Murua y Chilpancingo (calle Díaz Mirón) y Playas de Tijuana (calle Carrillo Puerto).

En estas rutas de transporte público podemos observar una clara sectorización del público al que atiende. Mientras el transporte nocturno que recorre la ruta a Playas de Tijuana, una zona de clase media, que atiende principalmente la vida nocturna capitalista y sectorizada de consumidores de la noche, las demás rutas que van hacia el Este de la ciudad, atienden a la clase trabajadora de la Zona Centro de la ciudad.

“Lo más bonito del centro es cuando ya te vas” comenta entre risas Alejandra, una mujer que los últimos tres años viaja diariamente al centro para atender el puesto de *hot dogs* en el que trabaja. Así como ella, otras mujeres y hombres que trabajan en el sector informal de la Zona Centro (como se puede ver en la figura 3.2) dan cuerpo a una estructura económica subalterna

que prácticamente se mantiene activa las 24 horas del día⁴⁹, en medio de los estragos del deterioro ocasionado por el incremento de eventos vandálicos y criminales así como la falta de mantenimiento y preservación (Zamudio, 2020) que la zona enfrenta desde hace una década.

Figura 3.2
Comercio informal en la Zona Centro de Tijuana



Fuente: elaboración propia con datos de trabajo de campo.

⁴⁹ Una crítica importante a los trabajos estadísticos institucionales e investigaciones sociodemográficas sobre el trabajo informal es la ausencia de datos diferenciados por jornada diurna y nocturna. Esto permitiría apuntalar una agenda integral de derechos sobre el uso del espacio público que garantice servicios urbanos como el transporte público nocturno para las personas que sostienen con su trabajo las noches de la ciudad.

El comercio que se despliega durante lo diurno tiene mayor presencia y protagonismo a diferencia del comercio nocturno⁵⁰, el cual se mantiene mayoritariamente sobre la Avenida Revolución y las calles donde hay presencia de servicios de transporte público como la Carrillo Puerto y la Díaz Mirón, debido al flujo de personas que transita en esas áreas, clientes potenciales para este comercio. La vivencia de la noche en esta zona de la ciudad es histórica, pues como ya lo vimos, la economía nocturna ha estado presente como un generador de dinamismo que ha atravesado por altibajos determinados por eventos políticos y socioculturales⁵¹ que repercuten en las actividades comerciales.

Aunque esta investigación se circunscribe en el polígono de la Figura 3.2 marcado como Zona Centro la demarcación del espacio para el trabajo de campo incorporó la Avenida Revolución desde la calle Coahuila hasta la Calle Octava para observar las dinámicas del comercio informal nocturno y algunas intersecciones de calles aledañas que funcionan como principales vías de acceso a la Zona Centro para observar las dinámicas del malabar callejero.

3.3 Espacializando la Avenida Revolución

“No es lo mismo vivir de noche que vivir la noche”, afirma el escritor Rafael Saavedra (2012) para subrayar una diferenciación gramatical que apunta a los usos de una temporalidad que es un constructo social. Las mujeres que protagonizan esta investigación lo viven en toda su expresión, pues transitan entre el *vivir de* las actividades productivas con las que generan gran parte de su sustento económico, al *vivir la* noche desde un sentido libertario que va más allá del goce que produce el ocio. Esto contrapone y, al mismo tiempo, hace que conviva un uso meramente estratégico y práctico de subsistencia, con otro uso que, aunque no se sea expresado conscientemente por todas las protagonistas, posee un sentido transgresor en el

⁵⁰ En el año 2010, el Ayuntamiento de la ciudad de Tijuana declaró Patrimonio Histórico de los tijuaneños el polígono que comprende las calles Primera a la Sexta, y de la Avenida Revolución a la Niños Héroes. Dicha declaratoria prohíbe la presencia del comercio ambulante, a pesar de ello, es una de las zonas que presenta mayor presencia de esta actividad (Zúñiga, 2016).

⁵¹ Como veremos en los siguientes capítulos, las mujeres que acompañan este trabajo etnográfico identifican algunos eventos importantes, hitos de crisis económica y social que han significado un cambio en su vivencia: el periodo de racha de violencia generado por la guerra contra el narcotráfico, el atentado terrorista al World Trade Center en la ciudad de Nueva York y la pandemia por causada por el Covid-19.

que *vivir la* noche también significa, entre muchas otras cosas, desafiar el orden patriarcal habitando otras espacialidades, negadas y alejadas del entorno doméstico donde hemos sido hegemónicamente representadas.

Esta diferenciación nos pone de cara a la violencia y la precariedad vivida en el espacio y tiempo de trabajo de las mujeres trabajadoras informales que, como he venido planteando a lo largo de esta investigación, se integran de múltiples situaciones de su cotidiano laboral. Para lo cual resulta imperante y necesario considerar que cada una de estas situaciones tiene su propia espacialidad y es construida desde la propia experiencia.

Para ello he decidido situarme en la Avenida Revolución, como el espacio que alberga la mayor parte de actividades del comercio informal nocturno, que además y como veremos en los siguientes capítulos, ha sido testigo -importante más no exclusivo- de muchos de los encuentros con las mujeres, en algunos casos punto de partida para transitar otras trayectorias fuera de los escenarios del trabajo productivo para conocer otras espacialidades igual de vitales como sus hogares, otros espacios de trabajo, donde también las mujeres tejen su existencia y su sobrevivencia.

Así pues, caminar sobre la Avenida Revolución teniendo como guía la ruta del comercio informal, implica trazar una trayectoria que en términos de localización urbanística comprende la calle Coahuila hasta la Miguel Hidalgo (o Calle Octava) donde se despliegan una amplia variedad de actividades comerciales y de servicios. A decir, bares, moteles, cantinas, *sex shops*, *strip clubs*, farmacias, tiendas de abarrotes y las famosas “curios”, tiendas de artesanías provenientes de distintas partes del país, que desde la década de 1940 han fungido como patrimonios familiares, escenarios de un comercio de nostalgia tanto para los inmigrantes en busca del recuerdo de sus raíces, como para los consumos turísticos. Esta pequeña trayectoria expresa muy bien la *heterogeneidad contradictoria* de la que nos hablaba anteriormente Berumen, y para poder comprenderla me es preciso dividirla en dos tramos⁵².

⁵² Recupero la noción de trayectoria de Michele De Certeau (1997) entendida como los desplazamientos y movimientos productores de sentido en el encuentro de la ciudad y lxs actorxs sociales y la noción de tramo que desde el urbanismo se entiende como el espacio físico comprendido entre dos puntos de un área urbana.

El primero⁵³, inicia en la calle Coahuila hasta la Carrillo Puerto (o Calle Tercera). 450 metros según la aplicación de mapas de *Google*, de asfalto y edificios de mediados de la década de los años 40, como el Hotel Nelson en cuya entrada se puede leer “el primer hotel de 5 pisos y con elevador en todo el noroeste del país”. Una construcción que bien puede funcionar como una brújula para caminar la Avenida Revolución, pues en la noche sus paredes de color *beige* se pintan de rojo cada vez que el famoso Arco de Tijuana, ubicado al frente, marca la hora con sus luces que se reflejan alrededor.

Como he mencionado anteriormente, los servicios turísticos y las actividades de la vida nocturna del centro de Tijuana han sido históricamente de gran importancia, pues no solo han dado sustento económico a la población, sino que han dotado de una identidad cultural a la ciudad desde la llamada “época de oro”. De acuerdo con la Secretaría de Economía Sustentable y Turismo de Baja California, cerca de 7 mil 500 empleos directos dependen de la actual vida nocturna en la ciudad, cuyos ingresos se deben a los bares, restaurantes, hoteles y centros nocturnos de la Zona Centro, Norte y Río, que suman más de 700 establecimientos (La Jornada, 2020). Datos que subrayan la importancia de estudiar las formas en las que se despliega el comercio informal en ese espaciotemporal.

La pasarela de comercios de distintos giros que se extiende a lo largo de este tramo, la sonorizan el ruido de los distintos vehículos que transitan, la música de los bares, el ritmo del mariachi y del norteño, así como los distintos acentos del español, inglés, y creole. Asimismo, la aromatizan los olores que emanan de los carritos de *hot dogs* ubicados en las esquinas, salchichas y hamburguesas combinadas con smog y en ciertos puntos con el olor a orín, impregnando en el ambiente, o el de las bolsas de basura que los negocios apilan en las esquinas. También se pueden encontrar teléfonos públicos inservibles que, a saber de los locales, funcionan como “cajas de seguridad” donde consumidores de drogas guardan su “material” cuando hay redadas policiacas.

⁵³ El registro fotográfico de este tramo puede consultarse en este enlace: <https://nocturnariofronterizo.mx/bitacoras02/>

Una serie de recomendaciones surgen al caminar por este tramo, sea de día o de noche, activa mi sensor de alerta creado por recomendaciones de otras personas y que he incorporado como una segunda conciencia en mi andar por la ciudad: evita sacar el celular, camina rápido, voltea constantemente para mirar si alguien viene detrás de ti, que no parezca que vas sola, que no parezca que estás paseando, que no parezca que no conoces, que no parezcas turista, la clave es, “no parecer”. A estas recomendaciones se le suman dos que he incorporado desde mi propia experiencia peatonal y que surgieron a partir de esta investigación: usa zapatos con los que puedas correr con facilidad e ingerir alimentos y bebidas con por lo menos 4 horas de anticipación a la salida a campo.

Tanto este tramo descrito en particular, como la Zona Centro en general, donde hay comercios, restaurantes, bares, hoteles y demás establecimientos que responden a la economía nocturna de la zona, se caracterizan por concentrar los servicios de alumbrado público y equipamiento urbano. Las avenidas que se encuentran fuera, se vuelven “boca de lobo”, un paisaje solitario que además genera obstáculos que dificultan el tránsito, como la aglomeración de la basura que generan los comercios y que dejan en las esquinas. Asimismo, la ausencia de baños, muy a pesar de ser zonas turísticas es evidente pero, aunque los hubiera, las mujeres sabemos que en estos espacios los riesgos de vivir alguna agresión física y sexual son altos.

Por las noches este tramo se reviste del viejo prestigio del peligro que guarda la “leyenda negra” de Tijuana. Sobre los 450 metros de asfalto es posible visibilizar cuerpos que circulan por el espacio público para entrar, salir o agruparse fuera de los bares y cantinas cuyas fachadas son adornadas por luces de colores o las banderas que representan a la comunidad LGBTTIQ+. Se trata de cuerpos de varones en su mayoría, jóvenes, adultos y vejece -lxs menos- que adquieren una visibilidad protagónica en el espacio, desde el gozo, el ocio y el consumo nocturno.

Las mujeres por su parte, no se les ve caminando solas, lo hacen en grupos que conforman con otras mujeres o acompañadas de varones, y la gran mayoría de los cuerpos femeninos visibles, a diferencia de los cuerpos masculinos, se encuentran fijos en el espacio, erguidas

sobre altos tacones y a la espera de los clientes. Las mujeres -pocas- que trabajan en el exterior atienden puestos de comida, las que venden dulces y otros productos como flores globos y cubre bocas, circulan en el exterior únicamente para conectar un espacio con otro, pues es en el interior de los bares y cantinas que sucede su actividad económica.

A partir de los elementos que conforman este tramo, nos es posible afirmar una noche que a primera vista muestra una fachada simple, pero que en sus entrañas está compuesta por diversas capas en las que el ocio se encuentra montado en una noche que supone una libertad condicionada, pues no es para todxs. La noche está revestida de explotación y desigualdades, encarna un actuar criminal en medio de la producción de ocio y espacios lúdicos y violencias graves que no solo son disputas, pues se construyen a partir de las privaciones de la libertad. Es decir, una noche que esconde la esclavitud contemporánea sustentada por un poder criminal y auspiciada por el estado, que es discontinua, es desigual y es capitalista. Una noche que funciona por poderes criminales al servicio de un ocio explotador y violentador.

El segundo tramo⁵⁴ va desde la calle Tercera a la Octava, 650 metros de la “leyenda blanca” de la ciudad, el relato de la modernidad gentrificada, colonizadora del espacio. Cervecerías artesanales, restaurantes con cocina de autor, bares *hip* (término anglosajón con el que se nombra a los lugares de moda), galerías de arte y por supuesto, los complejos de vivienda vertical que están en construcción. De estos últimos, la mayoría se encuentran anunciados en las cercas de los terrenos con la promesa de ser viviendas de moda, y con ello, escondiendo que su construcción encarecerá la vida en la zona y generará el desplazamiento de miles de personas que habitan el centro. En este tramo aún quedan algunas *tiendas curios y liquor stores*, un recuerdo que se resiste a desaparecer a pesar del proceso de modernización.

La disposición espacial, y todo lo que hay en este tramo, hace parte de la transformación urbana en la Zona Centro que inició en el 2010 (Zamudio, 2020) caracterizada por el ingreso de capitales inmobiliarios que han desplazado, por exclusión, a la población habitante con menor nivel socioeconómico, para dar paso a proyectos inmobiliarios bajo el discurso de

⁵⁴ El registro fotográfico de este tramo puede consultarse en este enlace <https://nocturnariofronterizo.mx/bitacoras02/>

remodernización. Así, se han establecido los espacios comerciales con giros culturales que he mencionado para crear una zona heterogénea de establecimientos comerciales y de servicios que se entremezclan en el acontecer cotidiano de quienes la habitan, una zona atractiva para la actividad de vendedoras con puestos semi-fijos y ambulantes⁵⁵.

Si del primer tramo se puede decir que alberga la contrasexualidad, este alberga a la heteronorma. Las marcas de género que emergen en el espacio te lo indican, como los anuncios luminosos de “La Pulgas”, el salón de baile “La Estrella” o el “Chim Pum Callao” que muestran las siluetas de parejas bailando, una femenina con una masculina. Estos dos últimos lugares están ubicados sobre la famosa Calle Sexta, cuyas dos cuadras que intersectan con la Avenida Revolución concentran alrededor de 21 bares, un espacio idóneo para el comercio informal. La visibilidad de los grupos o parejas, mujeres y varones jóvenes, y sus prácticas de consumo de ocio son mucho más pronunciadas, la gran mayoría de los espacios dispuestos al consumo de productos y servicios son abiertos y muy iluminados, esperan a las afueras de los bares y discotecas, haciendo filas para entrar, en algunos casos caminando al ritmo de la música, una especie de caleidoscopio sonoro que va cambiando conforme el cuerpo se mueve.

Aquí, abundan las terrazas y las mesas al exterior, una modalidad de uso del espacio público que se incrementó con la pandemia por Covid-19 cuando en septiembre de 2020, en un intento de reactivación del sector comercial y de servicios, el Ayuntamiento de Tijuana lanzó la iniciativa “Tijuana al Fresco⁵⁶”, la cual se encuentra actualmente vigente. Esta consiste en el bloqueo automovilístico de la Avenida Revolución (entre la Calle Cuarta y Octava) los fines de semana, para dar paso a la ocupación de la acera pública con mesas, de los restaurantes y bares, para recibir a sus clientes en un ambiente ventilado y con “sana

⁵⁵ De acuerdo con el Reglamento para regular las actividades de comerciantes informales para el municipio de Tijuana, el vendedor ambulante transita por las calles y banquetas transportando la mercancía sobre su propio cuerpo para ofrecerla al público o bien implementos que le permiten brindar un servicio. El vendedor con puesto semi-fijo ejerce su actividad sobre un vehículo de motor, remolque, lonchera rodante o cualquier otra estructura que permanezca fija en la vía pública durante el periodo de la jornada autorizada, retirándola al concluir sus labores del día (o de la noche) (Ayuntamiento de Tijuana, 2017, p. 3).

⁵⁶ Pero no todo lo percibido era diversión, pues el espacio público cooptado por el capitalismo y sus intereses redujo significativamente los espacios donde lxs vendedorxs ambulantes antes se paraban a vender.

distancia”, de acuerdo con el protocolo establecido a nivel nacional por la Secretaría de Salud.

De este modo, la Avenida Revolución se transforma en un andador peatonal que también recibe a familias y niños que se les puede ver jugando o corriendo. El flujo de personas es constante y predomina la presencia de patrullas policiacas o de la guardia nacional, que vigilan constantemente a lo largo de la noche. Así, este tramo concentra el capital que genera el entretenimiento gentrificado y enuncia el discurso de la “modernización” de la ciudad que prioriza las necesidades de clases más privilegiadas y donde “saltan” a la vista las risas altas que son sonorizadas por la música que suena en las calles, los rostros felices de la gente que busca un momento de ocio y los espacios de consumo.

3.4 Aproximaciones a los escenarios de violencias contra las mujeres.

Si bien, la violencia sistémica ha estado muy presente en la construcción histórica de las sociedades, en las últimas décadas diversos acontecimientos han ilustrado la urgencia con la que debe comprenderse la atomización a escala mundial de inseguridades sociales, crimen organizado y los actos extremos de violencia en todas sus variantes. Pues como bien nos ha advertido Zizek (2009), en la política contemporánea, el espectáculo triunfa sobre el juicio informado, fragmenta sociedades y conduce a la creencia de que somos individualmente responsables de la violencia que experimentamos.

De acuerdo con datos del Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública (2021), cerca de 600 mujeres, niñas y adolescentes han sido asesinadas en lo que va de 2021, de las cuales 59 han ocurrido en la ciudad de Tijuana. Esto muestra la insuficiencia de las políticas aplicadas para erradicar las violencias que son ejercidas contra las mujeres, en el marco de una ola incesante de agresiones, que tiene como paralelo la crisis de inseguridad y el surgimiento de una violencia generalizada. Elementos que apenas representan “la punta del iceberg” que nos ayudan a comprender el escenario nacional y local de este complejo fenómeno social.

Es por ello que, en las siguientes líneas que abordan el escenario nacional y local de violencia contra las mujeres, se propone, a partir de un tejido textual que cruza distintos registros, históricos cuantitativos, metafóricos e imaginarios sobre la ciudad de Tijuana, introducimos en el proceso particular de violencia social y criminal que se ha concatenado a la violencia contra las mujeres, acelerándola significativamente.

3.4.1 Escenario nacional

En México, las violencias contra las mujeres no se presentan aisladas, son sistemáticas, heterogéneas, presentan motivaciones y características particulares que varían entre temporalidades y regiones y al mismo tiempo identifican a diversos actores. Carolina Agoff, Irene Casique y Roberto Castro (2013) las llaman *violencias en serie*, extremas violencias sociales, criminales y de género que convergen de manera simultánea, a pesar de su tendencia a ser estudiadas parcialmente de acuerdo con sus tipos, modalidades, ámbitos o víctimas. Estas violencias responden tanto a patrones socioculturales en nuestro país, como al incremento de distintos tipos de delincuencia, por lo cual es necesario mirarlas de manera relacional, explorando sus vínculos, sus manifestaciones y de manera fundamental, los factores que les subyacen.

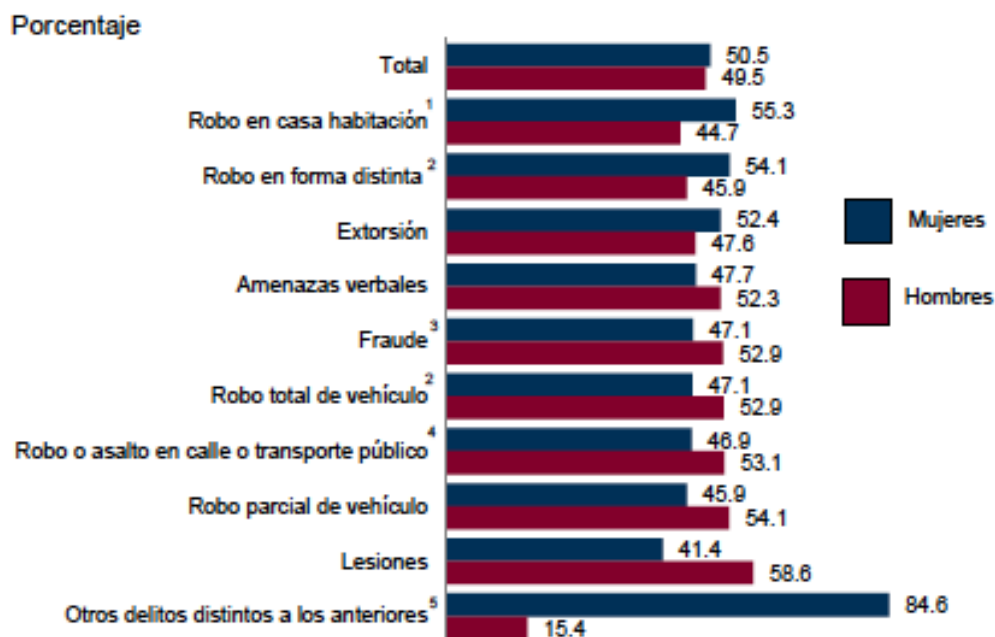
Si analizamos lo anterior, mirando el entorno actual de violencias sociales y criminales y los conflictos que desencadenan, se crea un contexto favorecedor de múltiples situaciones de violencia contra las mujeres. Ejemplo de ello es la violencia criminal provocada por el narcotráfico, al que se le han atribuido la trata de mujeres y niñas con fines del comercio sexual o el tráfico de drogas, múltiples secuestros y feminicidios (Berlanga, 2018, Monárrez, 2019) como formas de control, opresión y sometimiento de las mujeres. Dicha violencia responde a un *performance de género* que perpetúa un modelo de masculinidad hegemónico (Valencia, 2015), revestido de machismos, que es administrado por varones a través de una “obediencia acrítica [...] la cual tiene en sus postulados más arraigados: la rentabilidad económica, la indiferencia ante al peligro, el menosprecio de las virtudes femeninas y la afirmación de la autoridad en cualquier nivel” (Valencia, 2015, párrafo 2).

La presencia y actuar del narcotráfico caracteriza el entorno social de muchas ciudades y comunidades rurales de nuestro país a tal grado que la violencia que emana de sus prácticas se percibe naturalizada (Zúñiga, 2014). En ese sentido, la ciudad no es un territorio de y para las mujeres, y lo sabemos desde que éramos niñas cuando se nos enseñó que salir de casa, nuestro lugar patriarcalmente asignado, significaba una transgresión. Muestra de ello son las trayectorias y temporalidades por las que optamos para transitar el espacio público, en las que experimentamos sensaciones de peligro constante que marca la velocidad de nuestros pasos, y que por lo tanto, no nos permiten circular con libertad, un continuo idear estrategias para evitar ser violentadas.

Ahora bien, la experiencia fenomenológica de la ciudad también está mediada por la clase socioeconómica y el género. Como muestra de ello, los datos de la Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública (ENVIPE) (INEGI, 2019) han revelado que a nivel nacional las mujeres sufren el 91.8% del hostigamiento sexual (manoseo, exhibicionismo e intento de violación) y 82.5% del delito de violación y ambas formas de violencia ocurren principalmente en la calle (42.7%) y a usuarias de transporte público (32.2%). Esto evidencia que la calle, además de representar uno de los lugares donde las mujeres se sienten más inseguras, su movilidad en ella exige de estrategias que implican asumir los costos de transportes privados, lo que le suma una desigualdad económica.

Figura 3.3

Delitos cometidos contra mujeres y hombres por tipo de delito⁵⁷.



Fuente: INEGI. Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública, 2019.

Como podemos ver en la figura 3.3, en los delitos cometidos contra mujeres, según la ENVIPE (INEGI, 2019), el rubro de “otros delitos distintos a los anteriores” ocupa mayor porcentaje de ocurrencia. Significa el 84.6% de los delitos, que incluyen secuestro, delitos sexuales, hostigamiento, manoseo, exhibicionismo, intento de violación y violación sexual. Que todos estos delitos se contengan en un solo rubro y que además se nombren de manera ambigua y neutral, es consecuencia de acciones, programas y políticas públicas ineficaces para prevenirlos, así como la falta de promoción de una cultura que evite y sancione estas conductas. Pero más aún, esos “otros delitos” se traducen en violencias no reconocidas, cuya representación cuantificada invisibiliza realidades que deben ser interpretadas de manera crítica sobre los diversos y contradictorios significados que emanan de prácticas violentas, en sus sentidos existencial, cultural o político (Scheper-Hughes, 1992)

⁵⁷ Nota que aparece al calce de la figura y que enlista los delitos que se incluyen en el rubro de “otros”. Incluye secuestro o secuestro exprés, delitos sexuales tales como hostigamiento, manoseo, exhibicionismo, intento de violación y violación sexual.

Aunado a ello, la infraestructura urbana deviene en un contenedor de *violencias espaciales* (Soto, 2014, Gray, 2020) que de manera cotidiana enfrentamos las mujeres en las calles y demás espacios públicos. Las ciudades están llenas de barreras y fronteras que determinan quienes pueden circular hacia algunos lugares y quienes no. Calles con inclinación pronunciada, donde no pueden acceder vehículos, que no están pavimentadas ni iluminadas o que no cuentan con banquetas para poder caminar con seguridad. Todo ello impacta directamente en cómo utilizamos el espacio, inhibe nuestra presencia en la calle y nuestra capacidad para disfrutarla o para transitar por razones de ocio, restringiendo nuestras actividades e incluso delimitando las temporalidades para estar en ella.

Datos de la misma encuesta revelaron que dentro de las actividades que las mujeres de 18 y más años han dejado de hacer por temor a ser víctimas de algún delito en el espacio público, se encuentran salir de noche con el 53.1% o salir a caminar con el 43.4%. Cifras que muestran que el grupo de edad en etapa productiva y reproductiva es el principal blanco de esta violencia, lo cual, cruzado con variables raciales, étnicas o de nivel socioeconómico amplían la explicación sobre quiénes son las mujeres más vulnerables frente a esta problemática social, mujeres empobrecidas y racializadas en muchos de los casos (Berlanga, 2018).

En México, las raíces de la sujeción vivida por las mujeres se encuentran cimentadas en estructuras heteropatriarcales que legitiman relaciones desiguales y asimétricas, así como en las normas culturales que justifican las violencias contra las mujeres para perpetuar la dominación masculina (Berlanga, 2018). La calle y el orden impuesto en ella es un ejemplo de esto, el visible predominio masculino determina la presencia de las mujeres produciendo sensaciones de extrañamiento al transitar por algunas calles o en ciertos horarios como la noche (Madriz, 2001, Ortiz, 2017, Hernández, 2020). Así, sabemos que tanto la ciudad como el modo de percibirla no son neutras, las violencias a las que estamos expuestas y cómo repercuten en sensaciones de inseguridad, son diferentes para las mujeres, pero también entre las mujeres.

En las calles y en el uso de los servicios públicos urbanos, la percepción de inseguridad es mayor para las mujeres. Así lo revela un estudio realizado por Paula Soto (2017) que analiza

la brecha de género en el uso del transporte público y afirma que son en estos espacios donde se reducen las garantías para que las mujeres podamos movernos sin miedo a sufrir delitos sexuales. En el caso de la caminata nocturna la brecha de género es casi del 20%, y está relacionada con la mercantilización del espacio público y la falta de sitios seguros a los cuales recurrir en caso de necesitar ayuda. Especialmente, el caso de la espera del transporte público durante la noche genera mayor inseguridad para las mujeres, pues implica la imposibilidad de pedir ayuda en caso de sufrir un ataque a causa de la ausencia de personas en las calles.

En el mismo estudio, se afirma que los centros de las ciudades o los polígonos de sectores industriales constituidos por cuadras solitarias, falta de iluminación, muros ciegos o poca presencia de personas en las calles en determinadas temporalidades como la noche, son factores que incrementan las posibilidades de que las mujeres sean víctimas de violencia física y sexual en el espacio público, componentes del paisaje urbano que, en cierto sentido, incentivan la clandestinidad (Soto, 2017). Podríamos decir entonces que cuando la vida comunitaria se aleja de las calles, fruto de un tejido social roto e indiferente, éstas se vuelven más inseguras para las personas, con una especial intensidad para las mujeres.

La construcción de viviendas sociales en las periferias y la consecuente expulsión de la población menos privilegiada a zonas irregulares, sin servicios públicos ni urbanos, es otro ejemplo que nos permite afirmar que la configuración de la ciudad bajo un paradigma neoliberal, economicista y heteropatriarcal no solo genera desarrollo urbano desigual, sino inequidad y exclusión social. En ese sentido, el espacio destinado a la espera de transporte público de noche es el lugar que genera mayor inseguridad para las mujeres, pues además de poseer una brecha de género más amplia respecto a otros espacios nocturnos, implica la imposibilidad de pedir ayuda en caso de sufrir un ataque a causa de la ausencia de personas en las calles (Soto, 2017).

Otra situación que tensiona la relación de las mujeres con la ciudad, y que se deriva de la injusta designación de ser las universales encargadas de la vida doméstica, es que se ven forzadas a trasladar sus tareas a las calles de la ciudad, donde además de realizar actividades productivas, también cuidan, comen, limpian, entablan relaciones afectivas, es decir,

reproducen la vida. Actividades de cuidado que se sostienen en la calle, y se realizan de manera improvisada, con desconfianza y miedo (Macías, 2020).

Es por ello que la violencia también da forma a la subjetividad femenina, la disciplina bajo mandatos sobre cómo “ser mujer” y para este caso cómo ser mujer y cómo habitar una espacialidad particular, es decir, la ciudad que, además, como hemos venido afirmando, genera progresivas vulnerabilidades para las mujeres. Al respecto, Veena Das (2016) se pregunta sobre el impacto de las violencias inscritas en los cuerpos femeninos y el modo en el que se filtran en la cotidianidad generando “una especie de atmósfera que no puede expulsarse hacia un afuera” (2008, p. 222), la violencia estructura esa cotidianidad y exige a las mujeres constituir una subjetividad basada en fragilidades, obediencias y temores.

Como muestra de lo anterior, el estudio *Her City* de la Organización de las Naciones Unidas (2020) recogió el punto de vista de madres, mujeres de la tercera edad, trabajadoras, adolescentes y niñas mexicanas que de manera cotidiana caminan las calles de la Ciudad de México. Éste reveló que la desconfianza, la incomodidad, el peligro latente y el miedo son las principales emociones que las mujeres experimentan en su tránsito por la ciudad, las cuales provocan un constante replanteamiento sobre su movilidad cotidiana, aunque muchas veces ello implique trazar trayectorias más largas y el uso de distintas modalidades de transporte público. Esta desconfianza se traslada también a las autoridades y provoca que las mujeres no denuncien los delitos que ocurren en el espacio público o simplemente porque mencionan que se trata de algo sin importancia (ENDIREH, 2016).

3.4.2 Escenario local.

Sabiendo que un panorama más complejo sobre esta ciudad se dispone a nuestra comprensión, puesto que “ninguna ciudad puede ser apresada para comprenderla ni es reductible a metáforas o alegorías, pues ninguna cabe en definiciones construidas de una vez y para siempre” (Valenzuela, 2012, p. 34), a continuación, presentamos un marco de referencia para situarnos en Tijuana. Su objetivo responde a la necesidad de delinear y entender la situación de violencia que sufren las mujeres en las calles y la noche de esta

ciudad. Para ello, recurrimos a la descripción de tres elementos que se entrelazan: la violencia sistemática, la situación laboral y la “racha de violencia”.

En Tijuana persiste un contexto de violencia letal sistemática contra las mujeres, que encuentra su corolario en la violencia feminicida. Datos del Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública revelan que en 2020 Tijuana ocupó el segundo lugar a nivel nacional con mayor número de feminicidios registrados, para 2021 ocupó el lugar número 10 con nueve feminicidios registrados entre enero y noviembre y un total de 281 mujeres presuntas víctimas de homicidio doloso.

Muy a pesar de lo alarmante que resultan las cifras, igual de alarmante y paradójico resulta el que diversas colectivas de activistas feministas, académicas y organizaciones de la sociedad civil del estado de Baja California hayan tenido que insistir y exigir la creación de políticas públicas y declaratorias de mecanismos de emergencia que protejan los derechos humanos de las mujeres y garanticen su integridad. Tal es el caso la Alerta de Violencia de Género contra las Mujeres, solicitada en 2015 y por segunda ocasión en 2020, que deriva de la Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia para hacer frente a los obstáculos que persisten en el acceso a la justicia.

Un segundo elemento que abona a la situación de violencia que viven las mujeres, se refiere a su situación laboral. Siguiendo la ENOE, a la cual ya recurrimos anteriormente, hasta el último trimestre de 2020 el salario promedio de las mujeres comerciantes informales en Tijuana fue de aproximadamente \$4,000 pesos mensuales para un promedio de 33.1 horas semanales trabajadas y el tramo etario promedio de 45 a 54 años. Sobre estos datos, llama la atención que el salario promedio más bajo, de \$1,100 pesos, es percibido por mujeres de 15 a 24 años, frente al salario promedio más bajo, de \$2,300 pesos, percibido por varones de 75 años o más.

Por un lado, esta comparación revela y confirma la ya evidente y mencionada brecha salarial por género persistente en todos los sectores laborales, la cual condiciona el acceso a las mujeres a los recursos económicos y que, a su vez, se traduce en la búsqueda de empleos más

flexibles para poder atender la carga de trabajo doméstico y de cuidados no remunerado. Pero por otro lado, si profundizamos en los mismos datos y hacemos un cruce entre la variable salarial y la del tramo etario, la desigualdad incrementa, pues de acuerdo con los datos de la encuesta, son las mujeres en edad reproductiva las que reciben menor salario frente a los varones en edades avanzadas.

Consecuente a este análisis de datos y atendiendo al planteamiento que Solís (2009, 2011, 2020) desarrolla en sus múltiples estudios en torno a la temprana edad en la que muchas mujeres ya son proveedoras del hogar, y en ocasiones el único sostén económico, y sabiendo que a nivel nacional la fuerza laboral de trabajo informal esté en un 56.7% conformada por mujeres (INEGI, 2020), entonces se logra develar la profundidad de la problemática: la fuerza de trabajo informal con rostro femenino en situación de desventaja y explotación.

A pesar de lo iluminador que resultan los números para ilustrar la situación de violencia laboral que viven las mujeres, vale la pena traer a la discusión lo que Nancy Scheper-Hughes (2000) ya ha venido advirtiendo desde hace más de dos décadas en torno a la investigación demográfica convencional, la cual insiste en dejar escapar interpretaciones críticas y culturalmente sensibles que problematicen los dolores más profundos de la humanidad.

En uno de sus estudios critica el papel de la demografía en el abordaje de la muerte prematura de bebés y niñas, argumentando que este tipo de investigación cuantitativa se ha centrado en contabilizar las muertes, pero no en discutir las causas. Un reclamo por una *demografía sin números*, es decir, sensible y crítica de la posición dominante de la ciencia objetivista. Para ello resulta fundamental una inmersión comprometida que camine a la búsqueda de las particularidades de quienes viven las problemáticas estudiadas, no para llenar los vacíos de las miradas “legítimas”, sino para profundizar en sus significados.

A partir de lo cual podemos argüir que los estudios demográficos sobre el trabajo informal nocturno desempeñado por mujeres nos muestra la forma, pero no el fondo. Es decir, nos presenta cifras sobre el tiempo destinado al trabajo productivo sin considerar que en estas jornadas también implican -en muchos de los casos- actividades de trabajo reproductivo que

no es remunerado, como el trabajo doméstico y de cuidados. Tampoco problematiza este tiempo de trabajo con una variable de clase social que dé cuenta del desgaste corporal como consecuencia de la duración de la jornada de trabajo.

La demografía no cruza sus datos con la calidad, tiempo de sueño o trastornos como el insomnio provocado por la actividad física, ni el cansancio generado por el desvelo o los padecimientos físicos que pueden presentarse por pasar largos periodos sin acceso al baño. Temas de salud pública que no son considerados en el cruce de variables empleado para medir las actividades económicas, y que hacerlo, darían cuenta de la precariedad vivida en pleno y de la profunda desigualdad que emana de estas formas de subsistencia.

Ahora bien, un tercer elemento constitutivo de la violencia que viven las mujeres, sobre el cual ya hablamos, es el periodo de “racha de violencia”. Un periodo que consideramos da cuenta de la complejidad de las violencias territorializadas que desde entonces han impactado en las relaciones sociales, en las formas de vivir la ciudad y en la memoria colectiva, condicionando y alterando así su ritmo de vida cotidiano.

En un contexto de violencia extrema y de estado de excepción, como lo fue esta “racha de violencia”, las repercusiones para las mujeres se reflejan en diversos aspectos de sus vidas. En el ámbito de lo cotidiano, por ejemplo, se pueden llegar a restringir actividades importantes como el trabajo, debido a la relación con el espacio público que implica para quienes realizan estas prácticas fuera del entorno doméstico y en contextos con condiciones de riesgo.

Esto no solo tiene repercusiones económicas, sino también emocionales y afectivas que se reflejan en miedos y ansiedades (Soto, 2017) derivadas de enfrentar una cotidianidad violentada (Das, 2008). En este sentido, la experiencia de la violencia trasciende la inmediatez del acontecimiento que la suscita y configura la relación entre las mujeres y sus entornos, en donde para el caso concreto del espacio público nocturno, la configuración espacial y la dinámica social se ven implicadas en los usos que se le dan a este espaciotemporal.

A nuestro ver, la violencia sistemática, la situación laboral y la “racha de violencia” corresponden a tres elementos que se superponen y agudizan la violencia laboral de las mujeres. Su entrelazamiento nos permite ver la complejidad en la que se expresa el fenómeno de la violencia y la forma en que abarca distintas dimensiones. Por ello, a pesar de que nos referimos a elementos estructurales, éstos repercuten en la forma en que gestionan su vida privada y cotidiana, pues en un contexto de violencias letales –vitales, laborales y estatales– determinan el modo en cómo, las mujeres que optan por este trabajo de calle y de noche, se insertan en los espacios laborales. En suma, son tres formas distintas en que la violencia se presenta, dentro de un fenómeno que no puede verse fragmentado y que exige dilucidar cómo se van concatenando y entrelazando entre sí para dimensionar sus implicancias.

A manera de recapitulación

Desde mediados de 2020 las calles de la ciudad tomaron un ritmo distinto, un paisaje solitario que se reflejaba en la abundancia de avisos de “se renta” sobre la Avenida Revolución, el corazón de la zona centro, sobre la ausencia de los burros disfrazados de cebras en las calles y también de turistas que buscan ser retratados con aquella figura arquetípica que les representa “lo chusco”, “lo que parece, pero no es”.

Para quienes no vivimos en carne propia aquellos años de “la racha de violencia” este paisaje podría ayudarnos a imaginarlo, se trata de una “nueva racha” de excepcionalidad, precarización y vulnerabilidad que bajo el nombre de Covid-19 ha recrudecido las violencias que trajo el confinamiento voluntario⁵⁸ y se apropió de las calles tijuanenses y de aquel viejo mito asociado con el desorden, el vicio y el frenesí. Sin embargo, y tenemos que reconocerlo, ésta tampoco será la única postal de la ciudad, puesto que a pesar de la desolación aún en su

⁵⁸ De acuerdo con Céline González (2020) académica del Centro de Investigación y Docencia Económicas, tanto el confinamiento en recintos domésticos como la paralización de los servicios públicos repercutieron negativamente sobre las condiciones de vida y subsistencia de las mujeres y las expuso a un riesgo elevado de violencia de género. En la medida en la que aumentó el tiempo de convivencia en los hogares también se incrementaron y prolongaron las violencias domésticas y familiares, de ello da cuenta el aumento de llamadas recibidas a razón de hechos de violencia de género en la Línea Mujeres que tan solo en marzo de 2020, recibió un 303% más de llamadas que en marzo del 2018 y un 191% más que en marzo del 2019.

multiplicidad de espacios, existen muchxs que siguen saliendo a sus calles a buscarse la vida en el escenario que en distintos momentos le ha quitado la vida a otrxs, una cruel ironía.

Una vez planteado este contexto, toca colocar la mirada analítica (y los sentidos) en las realidades de las mujeres que protagonizan esta investigación. Nos adentraremos a conocerlas desde su propia narrativa, pasajes de lo que han vivido en las calles, así como la forma en la que van dejando huella en los espacios vividos y significados por donde transitan no solo sus actividades productivas, sino sus vidas. En cierto sentido nos adentraremos en “lo que la calle te hace ser”, tal como lo afirma Berenice, vendedora de periódicos en cuyos pasos hay una cartografía del centro de la ciudad que se ha trazado a lo largo de los 19 años.

En ese sentido, las reflexiones que abordaremos en el siguiente capítulo nos ayudarán a dilucidar las relaciones socioespaciales de las mujeres en el comercio informal, como pistas para comprender las violencias vividas y precariedades que acompañan sus trayectorias vitales. Violencias que como veremos, cruzan con interacciones fundadas en desigualdades y abuso de poder por parte de la autoridad y sus cuerpos de seguridad, así como las propias dinámicas de la “ley del más fuerte” que se viven en los ámbitos laborales y de tránsito en la vía pública.

Asimismo, dedicaremos especial atención a la noche de las mujeres. Un espaciotemporal de importantes interacciones sociales para ellas, una noche economizada, ritualizada a través del género, de sus vivencias y presencias. Una noche que no solo representa un espacio de trabajo extendido, sino también, y como veremos en las narrativas de las mujeres, de miedos e incertidumbres, de libertades y autonomías, así de diverso y a veces contradictorio, como las palabras de Rosa, “no me canso de la noche, por más que el frío y a veces me duele todo... pero es que yo en el día ya no me hallo”.

CAPÍTULO IV. “*AQUÍ PASA DE TODO Y NI CUENTA TE DAS*”. EXPERIENCIAS DE VIOLENCIA Y PRECARIEDAD DE VENDEDORAS INFORMALES DE LA AVENIDA REVOLUCIÓN.

“Contar la propia historia es hacernos cargo de la sangre que nos habita”.
Silvia Rivera Cusicanqui, 2018.

A lo largo de este capítulo desarrollo una reflexión sobre las formas en las que la triada sistémica colonialidad-capitalismo-patriarcado, en tanto relaciones de dominio y explotación, opera en la vida de las mujeres protagonistas de esta investigación y se expresa a través de una serie de violencias y precariedades desplegadas en distintos momentos de sus vidas, y de manera particular en el actual tiempo y espacio de trabajo. Así, es posible observar que sus experiencias están socialmente configuradas y articuladas por desigualdades que operan tanto en la dimensión laboral, como en otras dimensiones que garantizan la reproducción de sus vidas, como la dimensión doméstica y familiar.

En función de profundizar en la explicación sobre dichas violencias y precariedades, parto de situar etnográficamente las condiciones de desigualdad que hacen parte de sus trayectorias vitales. Para ello, incluir la situación de emergencia pandémica causada por el virus Sars-Cov2 (Covid-19), representa un punto de inflexión ineludible que, según lo indagado, recrudeció lo que ya formaba parte de su realidad cotidiana. Dicha situación también fue la puerta de entrada a nuestra convivencia, al tratarse de una experiencia común que además determinó el contexto en el que se llevó a cabo el trabajo de campo, detonó reflexiones que se evocaron de manera recurrente.

Así, se abre paso a los relatos de Berenice, Gina, Alejandra, Delia y Rosa, mujeres de distintas edades y orígenes, insertas en actividades del comercio informal. Estos se hacen presentes al interior del texto, en primera persona y evocan los distintos encuentros, situaciones y conversaciones mediados por el diálogo, la escucha atenta e intercambio de experiencias. La importancia de sus relatos radica en que de ellos emanan experiencias donde es posible observar diversas violencias y precariedades generadas por la triada anteriormente mencionada, las cuales se traslapan de tal manera que conforman un entramado de incertidumbres y vulnerabilidades en distintos ámbitos de sus vidas.

Bajo un nombre propio ficticio para cada mujer, en algunos casos elegido por ellas mismas, es posible identificar en sus relatos una trayectoria de trabajos productivos en condiciones precarias, en tres de los casos, derivados de un proceso migratorio hacia Tijuana. Los significados que otorgan a dichas actividades resultan imprescindibles para comprender la narrativa sobre las oportunidades de vida que brinda esta ciudad, las cuales situamos en el capítulo anterior, así como sus contextos de vida, en donde también suceden otras violencias que son resistidas a través del trabajo productivo.

En consonancia con el marco teórico y metodológico y conociendo quiénes son ellas desde la remembranza de vivencias cotidianas que se entrecruzan con reflexiones propias en torno a sus vulnerabilidades, necesidades y luchas diarias, el foco de atención del análisis de los relatos se coloca en las violencias y precariedades vividas. Es al interior de ellos que se incluye un análisis interseccional que considera matrices de género, clase y edad que acentúan las formas diferenciadas y complejas en las que las violencias y precariedades son vividas por cada una de las protagonistas, es decir, que acentúan el modo en cómo están presentes de manera concatenada y configuran su propia existencia. A esto se añade, para quienes son foráneas, una variable temporal que considera el tiempo de residencia en Tijuana y el de su actividad productiva.

4.1 Nota metodológica

Más allá del conjunto de herramientas que se emplearon durante el trabajo de campo, particularmente la entrevista etnográfica y la conversación, como instrumentos de recolección de información detrás de los relatos de las protagonistas, significan una distinción emergente que cumple un propósito ético, pues responde a respetar la decisión de participación de cada una de ellas. Es el caso de Berenice, Gina y Rosa, que se mostraron incómodas con la idea de ser entrevistadas, pero cómodas con la idea de la conversación, que no accedieron a que sus relatos fueran grabados en audio, pero sí a que fueran presentados como parte de la investigación.

Asumir este propósito ético, arrojó retos y reflexiones importantes en torno a la demanda de inmersión profunda en el momento de la conversación. Es por ello que, la escucha atenta y los sentidos despiertos y dispuestos a lo que estaba sucediendo, inexorablemente me llevaron a reconocer que el ejercicio de interpretación estaría supeditado a mi memoria y traducción de las experiencias que me eran compartidas. Algunas veces justo después de terminar las conversaciones lograba rescatar, con ejercicios de mnemotecnica, frases textuales que quedaron vertidas en el diario de campo y que son parte de los relatos aquí presentados.

Esto es considerado como formas de improvisación que surgen cuando no hay registro material, pero que al mismo tiempo responden a la construcción del *rappport* y que significan una actitud metodológica que busca construir empatía en la intersubjetividad del encuentro. Por ello, resulta imperante subrayar que esta investigación se fincó desde el reconocimiento y respeto, recíproco, de las necesidades y decisiones de quienes han participado en este trabajo etnográfico.

Este proceso de conversación, sin la mediación de una grabadora de voz o de una “libreta de campo” que me situara en un espacio llamado “entrevista”, me llevó a reconocer los relatos como un todo. Siguiendo a Rossana Guber (2004), podría decir que se trata de un proceso de generación de conocimiento, donde las preguntas y respuestas no están separadas de manera tajante, sino que hacen parte de una misma reflexión, una misma lógica y una misma situación de conversación.

4.2 Berenice. De la violencia doméstica a la *violencia colonial* de género.

Berenice es una mujer de 46 años oriunda de Tijuana que se dedica a vender periódicos en distintos puntos de la Zona Centro de la ciudad. No pertenece a ninguna organización o sindicato de vendedores ambulantes y no cuenta con permiso para vender en el espacio público. Tiene dos hijos y actualmente vive sola, pues se separó del padre de los ahora jóvenes, debido a la violencia física y psicológica que ejercía sobre ella. Antes de vender periódicos, hace 19 años, se dedicó, durante su infancia, al trabajo doméstico en distintas casas y también fue operaria en una fábrica de hilos durante su adolescencia. Una trayectoria

de actividades productivas que, en términos materiales, ha estado signada por la precariedad, pues como ya he mencionado, tanto el trabajo doméstico como el trabajo en la industria maquiladora son actividades que se caracterizan por remuneraciones bajas e irregulares, donde el primero no es valorizado y muchas veces ni siquiera reconocido.

Ella consigue los periódicos a través de un amigo que es distribuidor autorizado de prensa y revistas también en la Zona Centro, quien se los vende más baratos para que pueda revenderlos al precio establecido y con ello generar una pequeña ganancia de ocho pesos por unidad. Diariamente vende entre 30 y 35 periódicos en un nicho de mercado local, conformado por comerciantes informales y algunos empleados de establecimientos comerciales que se ubican en la zona. Su trabajo se inserta en un espacio liminal dentro de la discusión sobre la especificidad de los mercados de trabajo, pues paralelo a esta actividad también realiza diversas diligencias para otros vendedores, a través de las que recibe distintos tipos de pago, algunos en forma de dádivas sin monto fijo y otros en especie, como comida.

Ella misma explica que *“se puede decir que hago favores, voy a comprar cosas a la tienda, una soda, unas papitas, hago pagos, llevo recados de un lugar a otro, hasta a veces no’mas quieren que me sienten a platicar en la banqueta, lo que sea yo te lo hago”* (Berenice, conversación, 2021). La situación de incertidumbre continua sobre sus ingresos la ha orillado a trabajar a lo largo del día y gran parte de la noche, para asegurar su cuota diaria de venta. Trabajar bajo estas condiciones temporales son posibles desde que el menor de sus dos hijos se fue a vivir con su padre, pues el trabajo doméstico y de cuidados -sin remuneración- que recayó exclusivamente sobre ella durante muchos años la mantuvo dependiente del salario de su pareja. Esta situación, lejos de significar un remanso para sus agravadas necesidades económicas, han significado un incentivo a la autoexplotación, pues la violencia económica que provoca el abandono familiar la ha llevado a trabajar sin descanso.

Por otro lado, hay componentes subjetivos importantes de analizar que, aunque apenas emergen de las palabras de Berenice, configuran una serie de prácticas de producción de tangibles e intangibles (De la Garza, 2020) y sus significados contribuyen a aprehender realidades laborales heterogéneas. Proveer diariamente un servicio de entrega de un producto

tangible, como un periódico o de una diligencia específica, también conlleva algunas prácticas intangibles como la escucha o el acompañamiento, como interacciones o producciones simbólicas que son útiles y significativas para quien las realiza y para quien las consume.

Así, con sus actividades productivas, Berenice no solo genera beneficios económicos, sino que, por medio de recomendaciones de boca en boca sobre sus servicios, también ha logrado a través del tiempo, crear una red de apoyo; relaciones afectivas y cooperaciones, que toman la calle y la noche como escenario, ante la ausencia de relaciones familiares como ya he mencionado. Ella lo relata de la siguiente manera, *“desgraciadamente mi vida ha sido de batallar desde que tengo uso de razón, desgraciadamente no pude llevarme bien con la familia y esto [la calle] siempre fue mi hogar y hasta la fecha”* (Berenice, conversación, 2021).

La ausencia de cercanía y afecto por parte de su familia de origen ha sido una constante en la vida de Berenice. Toda su infancia y adolescencia, su padre ejerció violencia física y emocional sobre ella. Así lo recuerda, *“nosotras [Berenice y su mamá], a diferencia de mis hermanos, no podíamos dejar de trabajar, si yo no quería ir a limpiar las casas me esperaba una chinga”* (Berenice, conversación, 2021). A consecuencia de ello su hermano más pequeño, a quien Berenice tenía que cuidar como parte de sus actividades domésticas cotidianas, con el paso del tiempo aprendió y emuló la forma machista en la que su padre trataba a Berenice, discriminándola por su sobrepeso.

Desde una perspectiva interseccional, el género como una categoría de opresión histórica para las mujeres se ancla en la vida de Berenice a su condición de clase social, reforzando la opresión a través de la dependencia económica, reflejo de la estructura patriarcal y machista que ha acompañado su relato familiar y que se reproduce en la relación con sus propios hijos. Desde que se separó de su pareja, se creó un distanciamiento que ella atribuye a la estigmatización de su trabajo, *“el papá de los plebes les dice que soy una loca, que solo me gusta andar en la calle”*. Con esto Berenice se refiere al mandato patriarcal que no permite otra opción para las mujeres que ser *madresposa* (Lagarde, 1997) y a quienes no lo acatan,

el juicio masculino las señala y excluye, pues como afirma Gloria Anzaldúa (2012), “la cultura está hecha por quienes tienen el poder -los hombres- ellos hacen las normas y las mujeres las transmiten” (p. 57).

Sin embargo, este relato hegemónico puede romperse, como bien menciona la misma Anzaldúa, cuando emerge la *traición a la cultura*, esto es, una forma de resistencia y defensa ante los paradigmas dominantes y los símbolos que dan forma a las narrativas sobre los papeles rígidamente definidos que se espera que las mujeres performaticemos. Para Berenice escapar de la violencia patriarcal, y con ello traicionar a la cultura, le significó alejarse del espacio doméstico y familiar y salir a la calle a construir otro hogar:

“A mí no me van a detener 4 paredes, un cabrón o mi familia, ya me dejé que me hicieran mucho daño, por eso yo digo, qué pinche daño puedo yo recibir allá afuera, ¿que me vuelva drogadicta?, ¿que me vuelva sicaria?, ¿que me vuelva prostituta?, eso es el único peligro que puedo correr en la calle, pero más ya no, ya no puedo correr más peligro porque con mi familia ya pasé hasta lo que no” (Berenice, conversación, 2021).

Estas palabras de Berenice ilustran, a partir de la toma de conciencia de un espacio que la violenta, un acto de resistencia a la violencia experimentada en el ámbito doméstico. Una experiencia que ha sido determinante para significar el espacio público como un lugar seguro que la aleja de los peligros de la violencia doméstica. Por ello, salir a la calle y permanecer en ella realizando su trabajo, es una transgresión de género, una traición a la cultura patriarcal que signa el espacio privado para la permanencia de las mujeres, lo cual la ha alejado de ese espacio a la vez que de la violencia allí experimentada.

En Berenice, oriunda de la ciudad y con una experiencia de 19 años recorriendo las calles, la apropiación del espacio público, que implica la presencia de múltiples vínculos sociales en el contexto de sus actividades productivas, es fundamental. Ésta responde a un conocimiento profundo del espacio a lo largo del tiempo que amplía las posibilidades de concretar y afianzar relaciones sociales con otrxs actorxs que habitan y trabajan en la zona.

Caminar con Berenice, verla saludar a alguien casi en cada puesto, en cada esquina de la Avenida Revolución, escucharla conversar afectivamente con las vendedoras de dulces a

quienes les dice “*madre*” y con ello aprovechar para ir recogiendo las diligencias de la noche, ilustra los alcances que pueden tener sus capacidades de socialización. Una inventiva dirigida primordialmente a complementar sus ingresos, pero con mayor profundidad, enfocada a evadir la regulación de su trabajo por la vía estatal, la cual incluso le ha permitido evitar el permiso para la venta en espacio público ante las autoridades correspondientes, pues a su parecer cuenta con el respaldo de otrxs vendedorxs que no la acusarán por no contar con él, una práctica recurrente en el comercio ambulante. A ella le ha bastado llevar los periódicos dentro de una vieja mochila para que quienes regulan y vigilan el trabajo informal en el espacio público, no se den cuenta que vende algo.

Los vínculos que mantiene con otrxs vendedorxs se transforman en potenciales fuentes de trabajo que, aunque no están garantizadas, reducen las incertidumbres que le han acompañado a lo largo de una trayectoria de precariedad. La informalidad implícita en el trabajo de Berenice escapa a la regulación estatal pero no a la de lxs otrxs vendedores, y es en ese sentido que se puede decir que la de Berenice es una *informalidad gremialmente regulada* que depende de relaciones sociales y transaccionales que le permiten hacer su trabajo, pero que al mismo tiempo son parte fundamental de él, pues es a ellxs mismos que les vende sus periódicos. Por ello, las relaciones sociales que entabla a través de su trabajo son una forma de resistir a la precariedad que circunda sus actividades productivas, a las regulaciones estatales y a la violencia doméstica experimentadas.

En algunos momentos críticos del contexto de su trabajo que ella ha identificado, como el alza de precios de los periódicos derivado del incremento en los costos de producción o el aumento del consumo de información en internet, ha activado su inventiva y capacidad de improvisación, pues como ella cuenta, “*cuando baja la venta yo le busco, me salgo a la calle y me sale algún jale o no falta quien me invite la comida, tengo un cliente que todo le compro doble, porque lo que le llevo a él también lo compro para mí, hasta medicinas me ha dado*” (Berenice, conversación, 2021).

Así, a pesar de las condiciones precarias del trabajo de Berenice, que la hacen vivir diversas desprotecciones, de su actuar emergen formas de resistencia que eventualmente generan

posibilidades de subsistencia. Esto, sin duda, nos permite ampliar la concepción de trabajo, a una que sea capaz de captar la multidimensionalidad de las experiencias, que no solo considere la relación contractual de producción o comercialización de valores de uso, la cual conlleva una monetarización que se traduce en salario (Standing, 2014), sino que también reconozca -sobre todo para quienes realizan trabajo en condiciones de precariedad- otros modelos económicos no monetarizados de subsistencia (Federici, 2018) que son parte del trabajo y que exceden a la relación contractual monolítica del modelo capitalista neoliberal.

Berenice, es parte del grupo de las muchas personas que no pudieron sumarse al confinamiento voluntario⁵⁹ que, a causa del virus Sars Cov-2 (Covid-19), pedía a la ciudadanía quedarse en casa para poder aplanar la curva de contagio a nivel nacional. “*Gracias a Dios no paré*”, responde contundentemente a mi pregunta sobre su trabajo durante los meses del llamado al confinamiento voluntario. Moviendo las manos y haciendo una señal de negativa reafirma: “*realmente aquí no se paró, cuando empezó la pandemia y decían que nos teníamos que quedar en la casa dije ¡ah no! está muy heavy esto, mi vida cuesta \$200 si no es que \$300 pesos al día y yo tengo que conseguirlos*” (Berenice, conversación, 2021). Simplemente sus actividades no pudieron virar a una modalidad remota, sin presencialidad, una expresión de la desigualdad económica que enfrenta el sector social que vive al día, y para el cual, parar significa en lo inmediato perder los ingresos que les permite subsistir, y con ello, el quiebre de su economía personal y familiar.

Para Berenice esta situación de desprotección se agravó en el momento que ella nombra como “*la única vez que he parado*”, cuando una serie de miomas le fueron detectados de manera tardía, lo cual derivó en una intervención quirúrgica de emergencia donde le extirparon la

⁵⁹ La narrativa de prevención empleada por el Estado mexicano durante la primera ola de contagios por COVID-19 tomó como insignia la frase “Quédate en casa” la cual hace parte de la campaña mediática “Quédate en casa, el reto es no contagiar y no contagiarse” lanzada a nivel nacional el 23 de marzo de 2020 (<https://coronavirus.gob.mx/quedate-en-casa/>). Las críticas a este llamado no se hicieron esperar, pues el reiterado llamado al aislamiento domiciliario fue una rotunda omisión de realidades en nuestro país que ya no pueden permanecer invisibles, puesto que forman parte del escenario cotidiano de nuestras ciudades, me refiero al empobrecimiento cada vez más recrudecido y reflejado en el aumento de la población en situación de calle, que de acuerdo con el semanario Zeta (2021) tan solo en Tijuana, vio un incremento del 20% entre el 2018 al 2020, a las condiciones de desprotección social que viven lxs pequeñxs comerciantes, los trabajadorxs informales o las trabajadoras domésticas y por cuenta propia. Es así que a partir del mes de mayo del 2020 hasta la actualidad, la narrativa oficial cambió a la frase “No bajas la guardia y, si puedes, quédate en casa”.

matriz. Esto sucedió en marzo de 2021, justo después del llamado *invierno negro*⁶⁰, mes en el que se decía que Baja California se encontraba en descenso de ocupación hospitalaria, situación que no era del todo cierta, pues instituciones públicas como el Hospital General de Tijuana, lugar donde fue atendida de emergencia, aún registraba 80.95% de ocupación (The San Diego Union Tribune, 2021).

Una detección tardía a causa de que nunca fue derivada a un especialista, según me cuenta Berenice: “*ya mejor no hacía caso, a veces no me dolía tanto y ¿a qué hora iba yo a ir al doctor? Si apenas y tiempo tengo de bajar a vender y subir a comer y bajar otra vez*” (Berenice, conversación, 2021). La ausencia de tiempo para el cuidado de su salud apunta a un entramado de crisis y desigualdades vigentes reforzadas nuevamente por una condición de clase social, situación puede ser interpretada como una *violencia colonial de género* que despoja de las condiciones que permiten sostener una existencia digna para las mujeres, en el caso de Berenice derivada de la sobrecarga de trabajo sin remuneración.

Encontramos entonces una crisis de trabajo anclada a una crisis de tiempo y acceso a los servicios fundamentales para el cuidado de la vida, aunada a una crisis de recursos. La escasez de tiempo personal es la lógica productiva del régimen capitalista neoliberal que explota y al mismo tiempo deposita sobre las personas la responsabilidad entera de lo que les pasa, eliminando así, la responsabilidad del Estado y de la iniciativa privada en la vida de las personas. Bajo esta lógica, las posibilidades de Berenice se redujeron al seguro popular como único acceso a una atención médica, también precaria⁶¹ que, de acuerdo con su experiencia, cuando lograba tener una consulta solo le proporcionaban analgésicos de uso común para el dolor.

⁶⁰ Este periodo se refiere a los meses de diciembre de 2020, enero y febrero de 2021 en el que la curva de contagios se disparó y Tijuana representó el 36.45% de los casos activos del Estado de Baja California <https://www.sandiegouniontribune.com/en-espanol/noticias/bc/articulo/2021-03-05/este-lunes-baja-california-cambia-a-la-categoria-amarilla-en-el-semaforo-por-covid-19>.

⁶¹ Esta modalidad de acceso a servicios médicos gratuitos en México, está disponible para cualquier persona que no esté afiliada a otro tipo de servicio de salud pública como el Seguro Social o el ISSSTE. La investigación realizada por Ester Espinoza (2019) revela la sobrepoblación de usuarios en los hospitales y centros de salud donde pueden atenderse personas con seguro popular, así como las carencias de todo tipo que hacen que el servicio médico se lleve a cabo en condiciones precarias.

Si seguimos profundizando, no solo encontraremos un sistema de salud con cada vez menos recursos, lo cual redundará en una atención inadecuada, sino una lógica que no reconoce e incorpora las necesidades de las personas, diferenciadas por condiciones sociales, económicas, de género, de raza, de etnia o de vida cotidiana, las cuales se cimbran en el cuerpo e inciden sobre él. Eso explica por qué Berenice haya dejado de pedir citas médicas, pues con la saturación de hospitales le asignaban clínicas muy lejanas que le implicaban gastos de transporte difíciles de asumir, o cuando lograba ir a la cita, experimentaba la incomodidad de ser criticada por su peso y complexión robusta, ignorando completamente sus causas.

“Lo primero que me decían es que estoy muy gorda y que si no bajaba de peso no me iban a ayudar” (Berenice, conversación, 2021). Un servicio precario y además condicionado, es la *acusación biológica* a la que Quijano (2000) se refiere, al proceso de subalternización por marcadores corporales, que para la vida de Berenice apunta a su complexión física, el tamaño y forma de su cuerpo que no se ajusta a la imagen normativa de las mujeres. Estamos frente a una compleja matriz de opresión que hace parte de un discurso médico discriminatorio, y que al mismo tiempo estigmatiza y patologiza los cuerpos gordos. El control que impone la *gordofobia* se apoya de violencia física y emocional para reforzar la idea de que la gordura es “una amenaza inherentemente relacionada con el consumo excesivo de alimentos” (Espinoza, 2019, p. 89), lo cual, vale la pena recalcarlo, invisibiliza las condiciones de vida de las personas.

Investigaciones como la de Del Monte y Bautista (2021), han encontrado que las poblaciones más empobrecidas recurren a una precaria alimentación basada en una alta ingesta de carbohidratos y azúcares, principales componentes de alimentos hiperprocesados de bajo costo y fácil acceso. Desde la mirada hegemónica discriminatoria, la gordura es resultado de un “descuido” personal y por consiguiente, las personas que la viven son calificadas *a priori* de imprudentes, quitando toda la responsabilidad a las grandes corporaciones – principalmente del Norte global– que, con la anuencia de los gobiernos – del Sur global–

para incentivar su producción bajo la bandera de la generación de empleos⁶², han decidido producir alimentos nocivos altos en carbohidratos, azúcares y grasas.

En el relato de Berenice vemos cómo la *violencia colonial de género* y la precariedad se le han acumulado en el cuerpo, un cuerpo fragmentado para los fines de su explotación (Femenías y Sosa, 2009), un cuerpo que produce desde el cansancio y sin descanso, un cuerpo que no para, que no tiene horario. La colonialidad del cuerpo en pleno, pues lo que produce Berenice no es regulado por leyes laborales, sino administrado por la sobrevivencia e impulsado por la incertidumbre.

4.3 Gina. Vigilancia y *violencia patriarcal*.

Gina es una mujer de 47 años originaria del estado de Guerrero, que se dedica a la preparación y venta de tamales. En 1996, a sus 23 años, llegó por primera vez a la ciudad impulsada por la crisis económica nacional de mediados de los años 90 que, al término de la administración del presidente Carlos Salinas de Gortari, se vivió con especial crudeza en el campo mexicano, contexto en el que nació, creció y ha desempeñado la mayor parte de su trabajo productivo. En esos años se empleó en trabajos con horarios fijos: una fábrica de uniformes médicos y un restaurante. Después regresó a su estado natal, donde vivió en unión libre con el padre de sus tres hijxs hasta que él migró a los Estados Unidos. Años después, el divorcio de su hija la hizo pensar en “*darle otra oportunidad a Tijuana*” (Gina, conversación, 2021), y así, junto con ella y sus dos nietxs, empezar una vida en la ciudad. Esa fue la segunda vez que migró a la ciudad, de 2016 hasta la fecha.

Las situaciones actuales de trabajo productivo de Gina y su hija, se encuentran determinadas por estrategias de sostenimiento de la unidad doméstica y son dependientes una de la otra. Su hija se empleó en un “Oxxo”, cadena de tiendas de autoservicio cuyo modelo de negocio

⁶² Vale la pena mencionar que dicha lógica de producción, transformación y comercialización a la cual responden la mayor parte de los alimentos hiperprocesados, como ya se dijo, disponibles a bajos precios debido al subsidio y anuencia de los gobiernos de países llamados subdesarrollados, muestra a toda claridad el paradigma capitalista neoliberal de maximización de ganancias que ignora personas, medio ambiente, culturas, territorios y formas de vida. Es la lógica misma de la maquila de Sofronia móvil a la que nos referimos en el capítulo pasado.

está basado en la explotación de la fuerza de trabajo en condiciones laborales sumamente precarias: salarios bajos y turnos de trabajo con horarios que cambian a discreción de los administradores del lugar.

Las jornadas de hasta 10 horas de trabajo y el horario rotativo de las jornadas de su hija, han sido una de las causas por las que Gina ha tenido que optar por emplearse por cuenta propia. Esta forma de organización familiar les otorga un ingreso fijo y otro fluctuante que depende de la venta de tamales, lo cual les permite asumir en distintos momentos del día el trabajo doméstico y de cuidados. Así, Gina se encarga de sus nietxs y prepara los tamales durante el día, y sale a venderlos durante la noche, ya que su hija ha vuelto a casa. La única posibilidad para asegurar su ingreso económico familiar ha implicado vivir en una continua doble y hasta triple jornada de trabajo.

Así, las formas precarias que toma el trabajo de Gina no pueden deducirse ni directa ni únicamente a partir de las condiciones estructurales que caracterizan al empleo informal. Para su comprensión hay que considerar que las consecuencias de la precariedad, como una situación concreta de desvalorización e incertidumbre (Han, 2018), son contingentes y no están vinculadas únicamente con las dinámicas socioeconómicas del mercado laboral (della Porta, Hänninen, Siisiäinen, Silvasti, 2015) sino al contexto de vida de quien las experimenta.

En ese sentido, a diferencia de Berenice, Gina no tiene relación con personas dentro del gremio de vendedores ambulantes. Los compromisos económicos y morales que conlleva su adhesión y a lo que ella considera un elevado precio del permiso para vender en el espacio público, \$2,400.00 pesos de acuerdo con el tabulador publicado por la Dirección de Reglamentos del Ayuntamiento de Tijuana en 2020, la han llevado a ni siquiera plantearse la posibilidad de adquirirlo. Esta situación, aunada a que no tiene relaciones con otros vendedores de la zona, puede relacionarse con el tiempo que lleva residiendo en Tijuana, que es el mismo tiempo que lleva dedicándose a la venta de tamales. Es por ello que este tiempo se ha concentrado en hacer clientes, gente que vive en la zona o que trabajan en establecimientos de la zona, pero no vendedores como Berenice. Su único acercamiento a vendedores de la zona fue recién llegada a Tijuana para mirar qué era lo que se vendía de comida en la zona y darse cuenta que vender sus tamales tenía una posibilidad de mercado.

Estas son diferencias sustanciales en la experiencia de Gina con las cuales podemos comprender lo que considero una *informalidad auto-regulada*, que nos ayuda a explicar su experiencia de ocupación y movilidad en el espacio público que, como iremos viendo, está organizada a partir de sus propias interpretaciones sobre la lógica de organización de las actividades comerciales en la Zona Centro. Las cuales están elaboradas y determinadas por una percepción de vigilancia múltiple y permanente que proviene del saberse al margen de cualquier organización y vínculo que sostenga/legitime sus actividades productivas.

La vigilancia es un mecanismo de control característico de las sociedades del siglo XX que ha permitido la existencia y perpetuidad de relaciones de poder en su interior (Foucault, 2002). Un mecanismo que deposita en la visibilidad y el dominio, sus condiciones de posibilidad, es decir, entre más visibles sean las personas más se les puede controlar. Asimismo, mientras el poder se mantenga invisible, casi anónimo, persiste la posibilidad de ser visto ininterrumpidamente, situación que mantiene a lxs sujetxs disciplinados y sometidos. Así lo afirma Gina al referirse a la vigilancia estatal que regula el comercio informal: “*vigilan todo el tiempo, cuando menos te lo esperas te llegan y te dicen ¿su permiso? y si no lo tienes pues vas pa’ fuera*” (Gina, conversación, 2021). Por lo tanto “[la vigilancia] busca la renovación de su efecto en la resonancia de sus manifestaciones singulares; de un poder que cobra nuevo vigor al hacer que se manifieste ritualmente su realidad de sobrepoder” (Foucault, 2002, p.54).

Aunque Gina no me cuenta explícitamente sobre las interconexiones, semejanzas y diferencias de estas múltiples vigilancias que experimenta, sí que las identifica con relación a diferentes actores, nombrados en masculino, presentes en su trayectoria y jornada cotidiana de trabajo: los de reglamentos, los de la organización y los otros vendedores. Todos ellos dan forma a una experiencia de triple vigilancia, cuyo orden masculino se presenta reiteradamente protagónico, disciplinante y restrictivo. Bourdieu (2000) se refiere a este orden como *dominación masculina*, donde la vigilancia es empleada para controlar y se extiende a través de las estructuras (patriarcales) de orden social y político que históricamente han sido

conformadas por varones, como las instituciones del Estado o para el caso de Gina, los gremios sindicales.

Un elemento obviado por Foucault y Bourdieu en torno a esta vigilancia de las estructuras patriarcales, y que es problematizado por Raquel Gutiérrez, María Noel e Itandehui Reyes (2018), apunta a que también ha sido un mecanismo de control con matices de género, cuya finalidad es el sometimiento de las mujeres a través de la generación de condiciones materiales para su sujeción a los hombres. Este argumento se relaciona con la forma en la que la explotación y despojo capitalista y colonial produce condiciones de escasez y precariedad a lo largo de la vida de algunas mujeres como Gina, quien ha aprendido a resolver situaciones de sobrevivencia, siempre volteando de un lado para el otro, acechada por esa mirada vigilante.

La primera vez que Gina y yo nos encontramos fue afuera del Teorema, una cafetería en la que ella suele ofrecer tamales a las meseras. Su estrategia de venta, así como la de otras vendedoras que veía pasar mientras la esperaba dentro del establecimiento, consiste en pararse afuera en la entrada para que alguna de las chicas pueda verla, ellas se acercan cuando van a comprar o simplemente le hacen una señal de negativa con la mano cuando no van a hacerlo. Nuestra conversación inició cuando le pregunté sobre si esperaría a que alguna de las meseras que se encontraba trabajando esa noche le comprara tamales, a lo que me respondió *“ellas ya saben, yo les digo despacito, ey, voy a estar unos cinco minutos o diez porque ustedes saben que yo no puedo ponerme aquí en la esquina, en cuanto sale una yo le vendo rápido para que no me lleguen los de reglamentos o los de la organización”* (Gina, conversación, 2021).

Esto que relata de Gina ilustra una forma de auto-regulación que implica un manejo espacio-temporal que la posibilita, que si bien por un lado puede significar limitadas posibilidades para asegurar su venta de tamales por el otro, también deviene en una acción estratégica para asegurar las posibilidades de pasar inadvertida y con ello evadir la triple vigilancia que experimenta en el espacio público.

Esa noche comenzamos a caminar juntas sobre la Avenida Revolución, ella iba despacio y volteaba hacia atrás constantemente, jalaba un carrito de mandado que iba cubierto con un plástico oscuro para no revelar su interior. En el rostro de Gina no había gesto de preocupación, pero sí de atención ante la vigilancia de las autoridades que regulan las actividades comerciales y de prestación de servicios que tienen lugar en el espacio público, conocidos en el sector del comercio informal como “los de reglamentos”. Se trata de una instancia de gobierno a nivel municipal que opera a través de la inspección de establecimientos y verificación de permisos, mecanismos de una vigilancia de Estado que se hace presente no solo en las calles de la ciudad sino en el imaginario de las personas. Así lo relata Gina en uno de nuestros encuentros, *“los de reglamentos están aquí [en la Zona Centro] todo el día viendo qué sacan, porque hay mucho movimiento en la calle, te vas a dar cuenta porque traen sus credenciales colgadas”* (Gina, conversación, 2021).

La vigilancia jerárquica y continua fortalece la individualización de aquellxs sobre quienes se ejerce el poder, en la medida en que este es más anónimo y funcional, aplicando el control y el sometimiento sobre sí mismos (Foucault, 2002). La omnipresencia de la administración del poder del Estado se percibe en las palabras de Gina, pues aunque ella solo sale a vender durante la noche, sabe que la presencia de los de “los reglamentos” se extiende a lo largo del día. Y lo sabe porque se lo han dicho otras personas y a partir de ello no solo reconoce que hay un poder que la vigila, sino que refuerza su condición de “ilegalidad”, en tanto fuera de la norma, muy a pesar de que nunca ha estado en contacto con algún funcionario de reglamentos. Gina lo tiene muy claro, si alguna vez le llegan a pedir su permiso tiene dos opciones, ser detenida y multada por vender sin el permiso necesario, o pagar para no ser multada, una expresión de una cultura de corrupción y de abuso de poder característicos de las autoridades⁶³.

⁶³El 3 de mayo de 2021 solicité una entrevista con un funcionario de la Dirección de Reglamentos del Ayuntamiento de Tijuana. Me fue solicitado un oficio para evidenciar datos de corte profesional y sobre la finalidad de la entrevista, se me pidió que entregara un guion con un máximo de 10 preguntas. Los documentos fueron entregados a la asistente de la Dirección, quien me indicó que era probable que ese mismo día me dieran la entrevista. Después de esperar alrededor de una hora, la asistente me indicó que no era posible que me dieran la entrevista, pero que anotara mi teléfono y cuando el director de la oficina tuviera un espacio en su agenda se comunicarían conmigo. Pregunté los motivos por los cuales el funcionario público no podía recibirme, y simplemente me respondió que el periodo electoral en el cual habría cambio de administración de la alcaldía lo tenía muy ocupado, que lo mejor era que me esperara a que pasaran las elecciones. Regresé tres veces a la dependencia de gobierno y la entrevista nunca se concretó.

Los gremios sindicales que administran y controlan el comercio informal en la Zona Centro, la CROM y la CROC, son corporaciones surgidas a nivel nacional en la década de 1980, bajo el impulso de los gobiernos priistas (Velasco, 1996). Estos gremios sindicales han acuerpado a trabajadorxs populares consiguiendo beneficios como la apropiación de espacios públicos transitados y privilegiados para el sector comercial informal. A estos gremios Gina los llama “*la organización*” y a su parecer tienen los mejores espacios, por ejemplo, los de la calle Sexta. Se pueden identificar porque están uniformados, algunos llevan logotipos de estos gremios en sus chalecos o pegados en alguna parte de los carritos de comida, o también llevan colgadas identificaciones que los acreditan como vendedores.

La vigilancia que ejercen “*los de la organización*”, de acuerdo con Gina, busca disputar, controlar y administrar el espacio público a través del cuerpo de trabajadores que las integran. Controla que cumplan con sus horarios y sobre todo con sus funciones de trabajo, sirviendo así a los dueños de los carritos de comida, quienes ponen a trabajar a otros vendedores para que los atiendan, tal como en algunos de nuestros encuentros me habría explicado Berenice. Este tipo de vigilancia se extiende al espacio público, pues “*los de la organización*” también vigilan que no haya otros vendedores, no pertenecientes al sindicato, que les hagan competencia. Asimismo, por si no bastara, otra vigilancia que experimenta Gina es la ejercida por lxs vendedorxs que pertenecen a los sindicatos que “delatan”, frente a las autoridades municipales, a las personas que salen a vender sin permiso.

En términos de Thania Acarón (2016), podemos decir que esta triple vigilancia experimentada por Gina además limita la *portabilidad* del espacio público que transita para vender sus tamales. Es decir, su capacidad de moverse libremente por el espacio que, en su caso, responde al poder masculino que restringe su pertenencia y legitima el carácter limitado de su apropiación. A consecuencia de ello, experimenta una movilidad que deviene en trayectorias estratégicas: se detiene por corto tiempo y camina únicamente por los lugares donde se encuentran sus clientes asiduos, personas que circulan, viven o trabajan en la Zona Centro, particularmente a los alrededores de la Avenida Revolución, trabajadores de los

negocios de la vida nocturna, meserxs, empleados de seguridad de los bares, habitantes de la zona, entre otrxs.

Esta forma de *portabilidad*, además encuentra un correlato con la histórica segregación de las mujeres del espacio público (Massey, 1994) y con formas de hacer uso de este mismo diferenciadas por el género, donde persiste el imaginario de una presencia femenina temerosa o sumisa, frente a la presencia masculina (Soto, 2017). Ahora bien, este imaginario sobre nuestra sumisión también puede ser interpretada como una forma de resistencia cotidiana al poder masculino, expresión de la *violencia patriarcal*.

Por lo tanto, hablar en voz baja cuando vende sus tamales, no anunciarse, manejar estratégicamente el tiempo que emplea para su venta -entre las 7 y las 10 de la noche como un horario socialmente establecido para cenar- o caminar solo por lugares donde se encuentran sus clientes, representan estrategias para pasar lo más desapercibida posible, acciones que, como ya habíamos mencionado, expresan una *informalidad auto-regulada*, pero más importante, formas de resistencia ante la precariedad y la articulación de condiciones que se expresan en esta *violencia patriarcal*.

El incumplimiento pasivo de las normas impuestas, la evasión o sabotaje de las mismas, hacen parte de lo que James Scott (1985) nombrara como *resistencias pasivas*, una elaboración sobre *las armas de los débiles* en el contexto de las revoluciones campesinas o lo que Celsa Albert (2003) llamara *cimarronaje doméstico* en el contexto del sistema esclavista en América durante la época colonial. La noción de Albert se refiere específicamente a acciones no violentas como la desobediencia, las mentiras frecuentes, fingir enfermedad para abandonar las labores o adoptar actitudes dóciles, llevadas a cabo por las esclavas que si bien, no desafiaban la dominación masculina si la desestabilizaban, y con ello lograban pequeños pero significativos espacios de autonomía. Se trataba de dos caras de una misma estrategia: resistir la opresión mostrando, por un lado, una actitud sumisa ante la cultura blanca y, por otro lado, llevando a cabo pequeñas acciones que rechazaban el sistema (Albert, 2003).

Las acciones de Gina, interpretadas como resistencias no la eximen de la tensión que le genera la relación entre la vigilancia y la visibilidad en el espacio público. Por un lado, Gina necesita de ser visible para sus clientes y así vender sus tamales, pero, por otro lado, eso le significa el riesgo latente de ser identificada o quedar expuesta frente a “los de reglamentos”, a “los del sindicato” y a “otrxs vendedores agremiados”. Esta tensión reproduce e internaliza las estrategias de poder que efectúan y perpetúan estos actores, aunque muchas de ellas estén posicionadas en un imaginario alimentado por las experiencias de otras personas, para Gina son las referencias inmediatas de lo que podría sucederle a ella en caso de ser descubierta.

Desde que se activó el llamado al confinamiento voluntario derivado de la pandemia, las estrategias de securitización de la ciudad cobraron relevancia y se intensificaron en todos los niveles. En Tijuana, la presencia militar y de la guardia nacional en las calles se hizo visible como una normalizada forma de generar un sentido de orden y control público ante las incertidumbres e inseguridades derivadas del contexto. Asimismo, como medida para controlar y reducir la movilidad en la ciudad, se impuso el cese de las actividades que no fueran esenciales, y en el caso de los servicios los establecimientos registrados en el giro de restaurantes podrían seguir trabajando, pero sin recibir comensales. Esto en lo inmediato generó una baja significativa en las ventas, lo cual a mediano plazo implicó pérdidas de empleo.

Las vulnerabilidades e incertidumbres en torno al trabajo y a los ingresos económicos manifestadas durante la pandemia, se exponenciaron en la vida de mujeres como Gina, cuyo trabajo en condiciones de informalidad se vio afectado ante la ausencia de redes de apoyo con otrxs vendedorxs, como la red de Berenice, que le brinda otras alternativas para complementar sus ingresos. Una crisis como la vivida durante los meses de confinamiento por covid-19 aunada a la ausencia de redes, redujo los medios con los que Gina podía contar para garantizar las de por si bajas remuneraciones que genera con la venta de sus tamales, quedando más expuesta a la inestabilidad económica, pues su trabajo resulta poco valorado y hasta invisibilizado, dentro de una sociedad inclinada a favor del capital.

Este escenario evidencia la desatención por parte del Estado a las problemáticas de la población económicamente más vulnerable. Al activar dispositivos de control del tránsito en la ciudad, se fortalecieron estigmas y emergieron violencias de Estado para legitimar, con el uso de la fuerza, la exclusión de quienes necesitan salir a las calles a generar los ingresos económicos que les sostienen. En circunstancias de emergencia nacional como la suscitada por la pandemia, se evidenciaron las necesidades apremiantes con las que vive el sector de la población dedicado al trabajo informal y la falta de atención e interés del Estado por mejorar las condiciones de sus formas de trabajo y con el ello, las de sus formas de vida.

La pandemia exacerbó la precariedad ya vivida por Gina. Ella me cuenta que durante los primeros meses del confinamiento tuvo que cambiar su estrategia de venta, *"les mandaba mensajes por el celular [a sus clientes] y solo salía a entregar los pedidos, ya no hacía mi ruta y no sacaba mi carrito, solo dos bolsas grandes donde metía todo [los tamales], porque si me veían los de reglamentos me iban a agarrar"*. Una narración que refleja el carácter histórico de la fuerza coercitiva del Estado, que excluye del espacio público a quienes se encuentran fuera de su régimen y normativas.

Nuevamente la constante vigilancia hacia lxs más vulnerables, hacia quienes generan menos ingresos, hacia aquellxs que pueden extorsionar, recrudece las ya existentes prácticas de corrupción y abuso de poder estatal. De esto da cuenta Gina, al narrar cómo la ausencia de un protocolo de medidas de seguridad e higiene específico que fuera socializado dio pie a la vigilancia oportunista, es decir, a la espera de cometer la más mínima omisión para generar multas:

"En la noche es cuando más pasan los de reglamentos y hacen como que te van a comprar pero en realidad solo están viendo con qué fregarte, yo he visto que vienen a inspeccionar que no haya gente comiendo en los puestos, vinieron con el muchacho de los hot dogs y primero le pedían el gel, luego el cubrebocas, los guantes, que se tenía que ir a las 8 y luego que a las 10, todos los días es una cosa nueva y multas por todo [...] yo calladita, mejor volteaba para otro lado, o agarro mi silla, mis bolsas y mejor me voy"(Gina, conversación, 2021).

El relato de Gina además vuelve a poner sobre la mesa la interpretación sobre las formas de sumisión de género y las resistencias cotidianas al poder masculino: quedarse callada para

pasar desapercibida o irse, aunque ello le implique no vender y, por ende, no generar ingreso. Son acciones que, por un lado, validan las estructuras de dominación masculina administrada por el Estado y que enmarcan la precariedad de la vida de una mujer vulnerable ante la ausencia de un permiso, como instrumento institucional, para legitimar la presencia de los sectores populares en las calles. Así, “la distribución de la precariedad se hace a partir de la valoración diferenciada” (Berlangua, 2018, p. 74), y para el caso de Gina, la diferencia entre tener y no un permiso para vender genera carencias, limitaciones y desigualdades, al mismo tiempo que enriquecimiento de las corporaciones que controlan, dan forma y precio a la informalidad.

Pero por otro lado, han generado perspicacias en Gina, necesarias para interpretar las acciones y relaciones de control masculino en las calles y evadirlas en el momento indicado. De manera superficial la muestran temerosa y dócil, tal como lo describiría Albert, pero al mismo tiempo, esas actitudes son mecanismos de subsistencia que le han permitido pasar desapercibida y más aún, desestabilizar el sistema, trabajando sin permiso desde que volvió a Tijuana. Aunque no hay que olvidar que la *violencia patriarcal* y precariedades vividas por Gina se fortalecen bajo relaciones sociales y espaciales de dominio patriarcal, capitalista y colonial, que la vulneran y atemorizan puesto que ponen en riesgo tanto su propia seguridad como el ingreso económico.

Esto me ayuda a comprender la renuencia de Gina a que camináramos juntas durante su ruta de trabajo o hacia su casa. Aunque nunca me dijo por qué, pienso que mi presencia generaría un ritmo distinto en su andar y, por consiguiente, una sensación de visibilidad no necesaria. Por eso estableció que nuestros encuentros sucedieran afuera de una vinatería ubicada en la calle Sexta, donde termina su ruta de venta y se sienta a ofrecer los tamales que le sobran a las personas que llegan a ese establecimiento, gracias a que el dueño de la tienda le permite hacerlo. Allí platicábamos mientras veíamos la gente pasar, la acompañaba unas cuantas horas, hasta que decidiera que era el momento de volver a su casa.

4.4 Alejandra. *Violencia capitalista* del mercado de trabajo informal.

Alejandra es oriunda del estado de Nayarit y tiene 25 años. Previo al 2018, año en el que llegó a Tijuana a petición de su hermana, que había dado a luz a su primera hija, para que le “ayudara” atendiendo el carrito de *hot dogs* que tiene su esposo en la Avenida Revolución, tuvo que truncar sus estudios de gastronomía, a un año de terminar, para ayudarle a su mamá a cuidar a su papá debido a la etapa terminal de cáncer que él sufría. En aquel tiempo las condiciones precarias del trabajo que tenía como ayudante de cocina, una remuneración que se componía de un pago mínimo, un porcentaje de propinas y sin prestaciones laborales, le permitieron que fácilmente decidiera dejarlo. Así, llegó a vivir a casa de su hermana, situación que duró poco tiempo, pues a los tres meses buscó otro espacio pues no estaba de acuerdo con asumir el trabajo doméstico y de cuidados de su sobrina pequeña, a cambio de un techo y sin recibir remuneración.

Alejandra trabajaba cinco días a la semana en el puesto de *hot dogs* y su sueldo regular era de \$400 pesos al día, condiciones laborales que cambiaron al llegar la pandemia, las bajas ventas hicieron que su cuñado le redujera el sueldo a \$300 pesos por tres días de trabajo. Esto provocó que Alejandra buscara otro empleo, en turno matutino, para complementar sus ingresos. Consiguió un trabajo en un pequeño negocio que prepara comidas, menús personalizados para trabajadores de oficinas ubicadas en la Zona Río. De esta manera, su primera jornada inicia a las seis de la mañana y termina a las tres de la tarde, inmediatamente después se traslada a la Avenida Revolución para comenzar su segunda jornada, montar el carrito e iniciar la venta a las cuatro de la tarde y terminar a la una de la mañana.

Para Alejandra las experiencias de violencia que ha vivido en su trabajo las nombra como rivalidades, distintas formas de hostigamiento propinadas por otros vendedores de alimentos en los alrededores, y que le han dificultado llevar a cabo su trabajo, hasta incluso impedirselo. Esta es la expresión de una *violencia capitalista* derivada de la estructura de un mercado de trabajo informal que permite una competencia desmedida entre quienes buscan los medios de subsistencia. En muchas ocasiones ha encontrado bolsas repletas de basura que dejan justo en la esquina donde pone el carrito de *hot dogs*, o en una ocasión que llegó a la esquina a

instalar el puesto, al querer conectar la freidora se dio cuenta que uno de los cables que bajan la electricidad del poste estaba cortado. Esa noche no pudo trabajar, preguntó a los dos puestos de tacos que están cerca y en ambos solo obtuvo respuestas evasivas, hombros encogidos en señal de negativa. Sobre ello, Alejandra menciona:

“Yo no sé si creen que el negocio está aquí por ellos [los vendedores], si aquí le dieron el permiso a mi cuñado quiere decir que acá me puedo poner, entonces ¿cuál es el problema? pero te digo, se dan muchas rivalidades y aunque uno quiera llevarse bien, la gente es muy envidiosa” (Alejandra, entrevista, 2021).

Esta situación que vive Alejandra puede ser interpretada desde una noción amplia del concepto de precariedad, donde la incertidumbre, como un elemento que la caracteriza, no se reduce a las limitantes que le permitirían lograr las ventas necesarias durante el día o a que tenga la cantidad de clientes necesaria para alcanzar una cuota de venta, como en el caso de Berenice. Sino que tiene que ver con las posibilidades de realizar su trabajo, es decir, que le sea permitido por los otros vendedores. Esto cruza con matices de género y edad, pues ella al ser una mujer joven en medio de un mercado de trabajo informal representado por figuras masculinas en su mayoría, se encuentra inserta en una situación de indefensión. En ese sentido, la rivalidad que a su parecer puede representar la venta de *hot dogs* frente a los otros vendedores, coexiste con la posibilidad de ejercer distintas violencias contra ella por el hecho de ser mujer, a lo cual se le suma que no tiene mucho tiempo vendiendo en esa zona.

Estos son elementos que no están contemplados en este tipo de *informalidad regulada estatalmente*. Pues a pesar de que Alejandra cuenta con los permisos necesarios para vender, eso no es suficiente para que permanezca en el espacio, ya que no cuenta con el reconocimiento ni con el respaldo de los otros vendedores para que pueda hacer su trabajo sin problemas. Y más aún, pues su cuñado que es el dueño del negocio, la única presencia que podría significarle un apoyo, únicamente la ve como una posibilidad de tener una empleada tercerizada.

Cuando instalaron el carrito de *hot dogs* y empezaron a vender oficialmente “éramos la sensación” recuerda Alejandra, “mi cuñado empezó a hacer videos para subir promociones

en Facebook y los youtubers venían y los influencers, mucha gente venía y pues los de los tacos nos veían y yo creo que ya no vendían como antes o ya no vendían mucho o algo así, y si era como que se molestaban” (Alejandra, entrevista, 2021). Una molestia que, según Alejandra, se concretaba en actitudes de aparente curiosidad, pero con el propósito de conocer a la competencia: *“hacían como que me iban a comprar algo, pero solo me preguntaban cosas, ¿cuánto cuesta eso y aquello? o ¿qué le ponemos a las salchichas? y después ya no me hablaban”* (Alejandra, entrevista, 2021).

También recuerda las ocasiones en las que se le han acercado a pedirle favores, a pesar de que no existe una relación de convivencia cercana, ni mucho menos amable. *“A veces vienen y me piden que les venda queso y pues a mí no me gusta negarle nada a nadie, mientras tenga y si esa persona tiene la necesidad pues yo les ayudo”* (Alejandra, entrevista, 2021). Sin embargo, esto no sucede de manera recíproca, cuando ella se les ha acercado le responden cortantes o a veces la ignoran *“me ven como que bien mamones como si fuera la calle de ellos, aparte, el sol sale para todos como para que pelearse y no vendemos lo mismo, ellos venden sus tacos y yo vendo hot dogs estilo Texas. Nada que ver”* (Alejandra, entrevista, 2021).

Las veces que conversamos, Alejandra no dejaba de moverse, en todo momento estaba haciendo algo, y yo tenía que moverme a su ritmo alrededor del puesto, tratando de que la grabadora de audio pudiera captar su voz y al mismo tiempo intentando no estorbarle. *“Como no hay nadie con quien platicar, mejor me pongo que a rellenar las salsas, a hacer más agua, a limpiar, siempre hay cosas que hacer”* (Alejandra, entrevista, 2021). Esto evidencia cómo las prácticas interfieren en su percepción del tiempo, pues como ella misma lo expresa, así siente que no se aburre y que el tiempo pasa más rápido, a lo cual podríamos añadir que le ayuda a no sentir el cansancio acumulado por tener dos jornadas de trabajo al día.

El puesto siempre ha sido atendido por una persona, y las empleadas siempre han sido mujeres, su cuñado solo pasa en ocasiones a ver cómo está la venta, ni siquiera para saber si ella necesita algo, para eso le manda mensajes a su celular. *“Si mi cuñado llega a venir es porque es el jefe, pero realmente no es como que trabaja, viene muy poquito tiempo, hace*

sus videos o se lleva el dinero y se va, pero no es como que se dé cuenta de cómo está realmente el movimiento aquí” (Alejandra, entrevista, 2021). Cuando le pregunté si algunas de estas situaciones que ha vivido respecto a las actitudes de los otros vendedores las ha pasado en presencia de su cuñado, me contestó con un no rotundo. Ella se rio moviendo la cabeza y lanzando en tono sarcástico me dijo: *“él solo está pendiente de las cosas del negocio, esto es puro negocio, esas cuestiones de sentimientos no le importan y aunque yo no estoy muy de acuerdo, así es esto, mejor solo hago mi trabajo porque aquí él es el que manda”* (Alejandra, entrevista, 2021).

Para el momento en que conversamos, Alejandra mostraba consciencia de su posición subordinada, sabía que a su cuñado no le interesaba lo que le pudiera pasar en el trabajo, así como que a su hermana no le importó su sentir los tres meses en donde tuvo que asumir el trabajo doméstico, además del trabajo de la venta de *hot dogs*. Al principio no se quejaba, ya que necesitaba generar ingresos para mantenerse, pero poco a poco comenzó a experimentar disgusto y culpabilidad, pues también sabía que su hermana necesitaba de su ayuda, con la maternidad, pero no podía dejar de sentir que todo el trabajo se lo cargaban a ella.

“Llegó un punto en donde decía ¿me tienen de chacha o me están dando techo de buena onda? Yo venía de una vida donde era muy independiente, cuidaba a mi papá pero fuera de eso yo hacía mis cosas y cumplía con mi trabajo, pero aquí, era trabajar y luego llegar a la casa y a cocinar, cuidar bebé, limpiar y ni las gracias me daban, pues no” (Alejandra, entrevista, 2021).

Dejar la casa de su hermana zanjó su relación con ella, Alejandra siente que desde entonces hubo un distanciamiento que se ha reflejado en el trabajo. Así, empezaron a avisarle el mismo día que no se presentara a trabajar, o le cambiaban el turno de trabajo o peor aún, le quitaban días de trabajo y cuando le llamaba a su hermana para pedirle una explicación, no le contestaba el teléfono. Estas situaciones -violentas- vividas por Alejandra, hacen parte de un esquema de tercerización en el trabajo informal en el que no existen condiciones para el reclamo de derechos, otra forma de actuación de la *violencia capitalista*. La incertidumbre sobre la continuidad del trabajo y la inestabilidad económica, como consecuencia, son expresiones de una precariedad vivida y de una relación concreta de poder que generó inseguridades y temores en Alejandra. Esto la llevó a buscar otro trabajo con el que pudiera

complementar sus ingresos, y con ello, poder cubrir el costo de la renta del departamento que comparte con otro compañero de trabajo.

“Al principio me daba mucho miedo empezar de nuevo porque yo en la mera pandemia me salí y empecé a rentar, desde entonces tengo dos trabajos, y aunque me mato, literal, llego a mi casa a dormir cuatro horas, no hago mis tres comidas, prefiero estar estable conmigo misma, que estar dando gusto a otra gente que ni te lo agradecen” (Alejandra, entrevista, 2021).

Con el paso del tiempo los efectos de estas intensas jornadas de trabajo y las dinámicas que genera el trabajo en la calle y en la noche, le han pasado la factura al ánimo de Alejandra. Ella misma lo describe como un hartazgo que siente cuando está en el carrito de *hot dogs*, pues allí es en donde tiene que interactuar más. Cuando Alejandra atiende a lxs clientes es amable, pero con interacciones limitadas, frases directas que repite una y otra vez, el nombre de cada uno de los sabores de las salchichas, papas con queso o sin queso, los sabores de las salsas, el precio de los productos, las promociones del día. Todo esto sin mirar a las personas a la cara, quizá para no intercambiar gestos que alarguen o profundicen las interacciones.

Durante nuestras conversaciones, en ese ir y venir con la grabadora de audio, pude notar que cuando le pedían el agua de limón, que es gratuita para quienes consumen *hot dog* y que está visible en un garrafón de vidrio, ella siempre la negaba bajo pretexto de que no le habían traído los vasos. A pesar de que los vasos los tenía guardados, Alejandra me contó que la mayoría de las veces no ofrece el agua, porque a su parecer, esto hace que las personas se queden más tiempo, lo cual implica un tiempo más largo de interacción.

Esta forma distante de interactuar, también se ha convertido en estrategia para sobrellevar algunas formas de acoso que ha experimentado durante su trabajo por parte de los clientes. Alejandra las describe como *“los típicos hombres que te quieren tirar el rollo diciendo, ay que bonita oye deberíamos hacer algo cuando salgas del trabajo”* (Alejandra, entrevista, 2021) o los que se acercan a platicar y a veces no compran comida. Hasta formas de acoso más intrusivos: *“hay unos que de plano se pasan hacia mi lado, yo les digo que se quiten porque la plancha está caliente y la freidora también”* (Alejandra, entrevista, 2021).

Desde un análisis espacial, el propio carrito de *hot dogs* hace parte de la *extensibilidad* (Acarón, 2016) del espacio vivido por Alejandra, lo cual le permite reconocer un espacio que va más allá de su cuerpo, que determina las distintas interacciones, que genera distancias físicas entre ella y lxs clientes. Desde la *proxemia* (McDowell, 2000) también puede interpretarse como una forma de gestionar el espacio, que le permite establecer límites y sentirse más protegida. Asimismo, una expresión de la extensibilidad es el cubrebocas que a diario usa, es una barrera que limita las interacciones, “*como no me ven bien la cara varias veces me han dicho: quítate el cubrebocas, que te quiero ver la sonrisa o si te lo quitas te dejo más propina, cosa que no les hago caso*” (Alejandra, entrevista, 2021).

Unas situaciones más que otras le han provocado temores e inseguridades que la han llevado a desplegar una serie de formas de ser y estar en la calle, en la noche y en su trabajo. “*Contestar con respuestas muy cortas y sin sentido hacia lo que me están diciendo*” (Alejandra, entrevista, 2021), hacer gestos que indiquen su indiferencia y su molestia o actitudes más elaboradas como masculinizar su forma de vestir para no llamar la atención: “*Para el trabajo prefiero usar de estas hoodies todas flojas y me pongo el gorrito y no se me nota nada, ni me pinto, mira ni aretes me pongo*” (Alejandra, entrevista, 2021). Incluso en una ocasión tuvo que pedirle al amigo con el que comparte departamento, que fuera por ella unos días al trabajo porque había un muchacho que la esperaba a que terminara su turno, “*a veces eran la una de la mañana y aquí estaba, se quedaba parado en la esquina y en pandemia pues estaba más solo, todo por aquí cerrado, me daba miedo y se me venía esa sensación de que aquí si quiero correr ¿para donde me voy?*” (Alejandra, entrevista, 2021).

Estas son algunas estrategias de un constante y amplio trabajo de seguridad que, en menor o mayor medida, realizamos las mujeres en el espacio público y que están diferenciadas por la intersección con sistemas de opresión como el racismo, el clasismo, el etarismo o el sexismo. Son acciones de seguridad preventiva que evidencian las distintas formas de acoso y violencia que vivimos las mujeres en el espacio público, mismas que alteran nuestras dinámicas y relaciones sociales. Esto provoca una sensación de vulnerabilidad contradictoria (Soto, 2017) y agotadora, pues implica tensiones constantes derivadas del hacernos cargo de nuestra seguridad al mismo tiempo que nos permite reconocernos como agentes capaces de

actuar para resistir esa vulnerabilidad. Así, Alejandra se pregunta para donde podría correr si algo le llega a suceder, reconociendo que puede ser capaz de correr si algo pasa.

La sensación de miedo de Alejandra también la experimenta en su tránsito cotidiano de regreso a casa, sobre todo cuando hace ese trayecto caminando en la madrugada. El miedo es como una “montaña rusa” que baja rápidamente en picada cuando camina por lugares que por lo regular no están iluminados, o donde ella ha identificado que hay habitantes de calle durmiendo. Alejandra lo describe así: “*me da miedo que de repente yo llegue a pasar y entre todos me agarren, o que me den un golpe y me roben o no sé, que de repente pase un carro, me suba y ya no sé de mí* (Alejandra, entrevista, 2020).

El relato de Alejandra sobre los temores que experimenta en el espacio público, sugiere situaciones que implicarían distintos tipos de delitos, sin embargo, *la sombra de la agresión sexual* (Gray, 2020) revela un miedo que persiste y subyace: el imaginario de la violación. Este opera en las mujeres jóvenes o en edad reproductiva, tal como Alejandra, como un detonador de miedo que ensombrece, casi que eclipsa, los temores que surgen de la experiencia o el imaginario de otros delitos, una clara intersección de una opresión de género se ve reforzada con la edad. El ser “agarrada” por las personas que duermen en la calle, tal como lo expresa Alejandra, puede sugerir una experiencia de agresión sexual, diferente a ser golpeada o asaltada, que está montado en un imaginario construido sobre las formas de operación criminal características de las ciudades de la frontera norte como Tijuana, las desapariciones forzadas, crimen perpetrado sobre mujeres jóvenes también.

Este tipo de delitos pueden enmarcarse también dentro de una forma de *violencia espacial* (Gray, 2020) que deriva de las configuraciones materiales desiguales en las ciudades capitalistas, donde el equipamiento urbano, el alumbrado público y el mantenimiento de las calles y banquetas se prioriza para las zonas donde se despliegan las actividades comerciales o importantes para la reproducción del capital. Para el caso de Tijuana, se puede apreciar que ciertas partes de la Zona Centro, sobre todo las calles paralelas a la Avenida Revolución, se vuelven espacios de uso exclusivo para el comercio y los servicios. Allí, los espacios de

vivienda comienzan a escasear, y cuando estas zonas comerciales cierran se vuelven desiertos urbanos, que durante la noche cobran mayor dificultad de tránsito.

Alejandra y yo acordamos ir a comprar una rebanada de pizza cuando terminara de trabajar, cerca de las 11:30 me envió un mensaje avisando que estaba lista. Llegué a la esquina donde pone el carrito y caminamos una cuadra sobre la Av. Revolución acompañadas de la sinfonía que la caracteriza, música de distintos géneros a todo volumen en cada uno de los bares, distintas voces, risas, el ruido de los automóviles, y el de los pasos de lxs transeúntes. Nos detuvimos en la pizzería, compramos una porción para cada quien, y Alejandra me dijo que se iría “hacia abajo” sobre la calle Francisco I. Madero, le pregunté si pasaba por la calle tercera y me respondió que sí, le dije que podía acompañarla hasta la tercera y allí subiría para tomar el taxi de regreso a mi casa. Caminamos tres cuadras que sentí que eran kilómetros dentro de “la boca del lobo”, ya que solo hay luminarias grandes en las esquinas y algunas están apagadas, además todo está cerrado en apariencia con cortinas metálicas que no permiten distinguir si los espacios que están ahí son locales o son viviendas, y apenas algunos de ellos tienen anuncios. Las zonas comerciales después de la hora de cierre, entre 7 y 8 de la noche aproximadamente, se quedan vacías, el único rastro de vida que queda son las bolsas de basura que sacan los negocios antes de cerrar y las dejan en las esquinas, obstáculos que hay que rodear para seguir avanzando. Miré hacia al frente me percaté de que toda la calle estaba igual de oscura, apenas a lo lejos alcancé a mirar algunas personas que caminaban por las banquetas y otras que salen a hurgar entre la basura, es la hora de la pepena, poner un pie fuera de la Revolución es salir del “oasis” para entrar al “desierto”. Me sentía profundamente nerviosa y no quería transmitirle mis nervios y temores a Alejandra, empecé a repasar en mi cabeza ideas sobre si debía sacar mi celular o no para tomar fotografías, decidí no hacerlo y me percaté que me había quedado callada desde que empezamos a caminar las tres cuadras y Alejandra también, volteé a ver a Alejandra y luego ella a mí, nos empezamos a reír, descubrió mis nervios y me sentí más tranquila. Describo esto como una resistencia a mi propia vulnerabilidad, desde la contradicción que me produce sentir mi miedo, reconocerlo y no querer sentirlo al mismo tiempo y también desde el remanso que resulta de compartir tu miedo con alguien más (Diario de campo, abril, 2021).

4.5 Delia. La violencia patriarcal de las organizaciones criminales.

Conocí a Delia a través de una red de contactos de mujeres que tenían en común trabajos informales en diversas partes de la ciudad que fui construyendo a lo largo del trabajo de campo. Una red multisituada de actrices que, aunque no existía el común de la zona del trabajo de campo, escucharlas y hablar con ellas me abría pistas para comprender distintas vetas

temáticas, pero sobre todo me daba la posibilidad latente de acercarme, a través de ellas, a experiencias de otras mujeres con trabajos nocturnos, tal como sucedió con Delia.

Su caso es temporalmente distinto al de las otras protagonistas de esta investigación, pues actualmente no trabaja ni en la Zona Centro de la ciudad ni durante la noche. En cambio su relato se construye desde la memoria personal, un tránsito entre el presente y los recuerdos de más de una década de trabajo en ese tiempo y en ese espacio. Así lo narra ella misma:

“Cuando la gente me preguntaba que por qué trabaja en esos lugares, yo les decía que porque era un trabajo como cualquier otro trabajo, lo más difícil para mí fue la convivencia con las mismas compañeras de trabajo, en eso sí tenía yo miedo, porque yo nunca me he golpeado con nadie, nunca en mi vida. Entonces ahí sí vi y aprendí con esa lección a que yo llegaba, saludaba a todos y hasta ahí nada más. No había nada. No había amigos, tenía que cuidarme, por mis hijos” (Delia, entrevista, 2021).

Este pasaje en la vida de Delia lo recuerda muy bien porque marcó el fin de uno de sus trabajos más importantes en toda su vida, mesera en un antro (como ella lo llama) ubicado en los alrededores de la Plaza Santa Cecilia, en la Zona Centro de Tijuana, en el extremo norte de la Avenida Revolución. A sus 43 años, después de 6 años de trabajo en ese lugar, empezó a tener problemas con otra mesera compañera de trabajo. Cuando le pregunto sobre qué fue lo que inició el conflicto, simplemente me dice que no sabe, pero lo que sí recuerda es que eso desató consecuencias que eventualmente la llevaron a tomar la decisión de dejar ese espacio de trabajo.

Cuando tomó esa decisión, Delia recuerda que se encontraba en el baño del antro poniéndose el uniforme que utilizaba cuando la sorprendieron tres de sus compañeras de trabajo y la golpearon. Desconcertada por la situación se acercó al gerente para contarle lo que había sucedido, pues sabía que no podía trabajar porque su uniforme se había manchado con su propia sangre. Recuerda que esa noche simplemente salió del antro y se fue a su casa.

Una vez pasado el momento adrenalínico y al verse frente al espejo golpeada, sintió mucho miedo y soledad, sintió que no tenía nadie en quien confiar. Como lo dice ella, no había amigos que en una situación como esa le pudieran ayudar, alguien que cuidara a sus hijos si

algo le pasaba, pues tanto el papá de sus hijos como su familia eran parte del pasado que dejó en Puebla, su ciudad natal. Así que, muy a pesar de que su trabajo era complemento al ingreso familiar, que provenía de la venta de ropa y juguetes que hacía por la mañana en diversos sobre ruedas de la ciudad, esa noche decidió que no regresaría a trabajar al antro.

Sin duda, la búsqueda del ingreso le preocupaba mucho, no solo porque debía mantener a sus seis hijxs sino porque debía pagar un terreno que había conseguido a pagos y del cual debía \$1,000 USD. Con el paso de los días y bajo el pensamiento constante sobre dónde buscar otros ingresos, recordó que alguna vez una señora había llegado a su puesto en el sobre ruedas a invitarla a realizar venta de cosméticos y productos de cuidado personal por catálogo. En aquel momento dijo que no, pero recordarlo le abrió la posibilidad del trabajo que hoy por hoy, 19 años después, sigue siendo su principal fuente de ingresos.

Empezó vendiendo estos productos en los sobre ruedas, con las clientas que tenía de la venta de ropa y otras señoras vendedoras que conocía, pero necesitaba expandir sus espacios de venta para que ese negocio fuera rentable. *“Tenía que vender más, pero yo decía: es que aquí en la colonia no creo, porque la gente no creo que pueda comprar un producto así, porque yo sé que aquí las amas de casa van al día con sus gastos”* (Delia, entrevista, 2021). Delia vivía en la colonia Lomas del Rubí, uno de los tantos asentamientos urbanos al sur de Tijuana, catalogados como “zonas de riesgo” debido a los constantes deslizamientos de tierra y a las condiciones precarias en las que están construidas las casas.

Esta necesidad de vender más derivó en un chispazo para Delia, pues pensó en las personas a las que había conocido en sus años de trabajo como mesera: clientes, otrxs meserxs y sobre todo trabajadoras sexuales. Un reflejo evidente del conocimiento profundo del espacio derivado de sus 6 años de trabajo en la Zona Centro, que le hizo caer en cuenta de sus posibilidades de venta. Lo cual revela un matiz importante para la variable de temporalidad, tanto de residencia en Tijuana como de llevar a cabo el trabajo productivo. Así, las relaciones y posibilidades que le brindaron ambos elementos le fueron convenientes para el momento en el que entró en una modalidad de *informalidad auto-regulada*. Así lo cuenta:

“Se me ocurrió irme a la zona donde están las paraditas [trabajadoras sexuales] porque ellas gastan en su arreglo, necesitan este tipo de productos, yo conocía a muchas muchachas y aunque me daba pena, porque por mucho que trabajé de mesera siempre fui tímida, pues me fui a vender. Llegué con una muchacha y le dije mira traigo productos, perfumes, labiales y los vendo en pagos y me dicen ¡A ver! ¿cuánto cuestan? no pues cuestan tanto, y luego ¿cómo se lo pago? no pues depende de cuánto me vas a dar, yo les decía me puedes dar desde 50 pesos, y ellas puro dólar y dólar y me dejabas este labial y te pido este perfume y escogían. Yo llevaba una libreta. Y les anotaba su nombre, el nombre del perfume y lo que me habían dado y luego así me iba con otra, me daba pena abordarlas y ofrecerles, pero pues ni modo, tenía que vender mi producto” (Delia, entrevista, 2021).

En cuanto terminaba su venta en los sobre ruedas se trasladaba al Centro y a la Zona Norte de la ciudad, para alcanzar a las muchachas del turno del día antes de que terminaran su jornada y se quedaba a esperar a las del turno de la noche. *“Me gustó mucho esta forma de trabajar, porque a mí nunca me gustó tener un patrón, y trabajando por mi cuenta yo me di cuenta que podía ganarme lo que yo quisiera”* (Delia, entrevista, 2021). Poco a poco Delia se fue haciendo de clientas, recuerda ese tiempo como años de bonanza, pues solamente con los ingresos de esas ventas llegaba a generar hasta \$10,000 pesos mensuales, situación que resultaba contradictoria para ese 2002, año que estuvo marcado por la baja de las actividades turísticas en Tijuana, derivado del atentado terrorista al World Trade Center en la ciudad de Nueva York, que tuvo como consecuencia la securitización de la frontera.

De entre los relatos que recuerda Delia, me llama la atención su experiencia caminando por la Zona Centro. Trazando un trayecto con el dedo sobre el mantel del comedor de su casa, emerge un mapa guardado en su memoria. Le pregunto si quiere dibujarlo en una hoja de papel, pero me dice que no sabe dibujar, ella prefiere evocar oralmente la espacialidad de su trabajo. Menciona lugares como la base del taxi de ruta, la Catedral, donde daba inicio su trayectoria, una taquería en la esquina de la Avenida Constitución y el callejón de la Coahuila, donde esperaba a algunas de sus clientas para entregarles sus pedidos o para recoger sus pagos. Pero con mayor énfasis menciona a las mujeres con las que a diario interactuaba:

“[...] solamente tomaba los taxis de ruta y donde me dejaba el taxi, se puede decir que prácticamente en la base, ahí lo tomaba de regreso a mi casa, caminaba unas 6 o 7 cuadras, no era mucho pero siempre tratando de tener cuidado, porque no faltaba que se te cruzara algún loco ahí que estuviera drogado, yo caminaba con confianza,

a todas las saludaba. Hola, ¿cómo estás? Y aprendí a conocer a la gente porque había mujeres como yo que iban también a trabajar para dar estudio a sus hijos. La gente cree que esas muchachas están ahí porque quieren, pero no saben que muchas tienen necesidad de mantener a sus hijos, así como yo, digamos que estábamos en la misma situación cada una en su trabajo, pero en la misma situación. Entonces yo aprendí a entender eso, saludaba, sabía quién era quién, era amable, hacía mi trabajo y me regresaba a mi casa, pero como te digo siempre con cuidado, tratando de no llamar la atención” (Delia, entrevista, 2021).

Delia hace referencia a un itinerario cotidiano que configuró su percepción sobre su oficio. De esta manera, elaboró una visión sobre el espacio de trabajo que no se limitaba a la forma en la que esta realidad material moldeaba sus prácticas, ya fuera a través de transacciones o encuentros. Pues es cierto, como menciona Alicia Lindón (2006) lxs sujetxs también podemos moldear al espacio simbólicamente, cargándolo de significados, recuerdos, de aprendizajes y reflexiones, como las que hacía Delia sobre ella misma o sobre el acontecer cotidiano de las mujeres proveedoras del sustento familiar.

En el relato de Delia se puede identificar una intersección entre la matriz de género y la de edad que resulta conveniente mencionar. El temor que relata en torno a cruzarse con “*algún loco drogado*”, cuya ausencia de referencia a una expresión de violencia específica nos permite inferir lo alejado que se encuentra al miedo de violencia sexual que con mayor fuerza se presenta en mujeres jóvenes, puede ser interpretado en relación a una agresión física o un acto delincuenciales como un robo. Ante ello, la estrategia a la que recurre es “*no llamar la atención*”, que se traduce en una serie de prácticas en el espacio que evidencian la clara identificación de los actores masculinos que tenía Delia frente a los cuales no hay que llamar su atención, pues ella bien “sabía quién era quién” en ese espacio.

Esta última expresión hace referencia al manejo del tiempo y el espacio como “coordenadas básicas del hacer del sujeto en el mundo” (Lindón, 2006, p. 47). Ello le implicaba tener muy en cuenta los horarios de trabajo de sus clientas y sus cambios de turno. De las 7 a las 10 de la noche caminaba sobre la Avenida Revolución hasta llegar a la calle Primera, la Coahuila y su callejón, ofreciendo productos, levantando pedidos y recibiendo pagos. Entre las 10 y 11 de la noche caminaba hacia la taquería a esperar a las últimas clientas, sobre todo las que solo tenían pequeños momentos para salir porque trabajaban al interior de antros y cantinas.

Recuerda que no usaba el celular para mandar mensajes, como lo hace ahora con sus clientas, solo llamadas previas para recordarles que iba a pasar por los pagos o a entregarles productos: la vieja usanza del encuentro acordado, un día, una hora y un punto estratégico. Una logística precisa para un trabajo que se organizaba bajo una temporalidad controlada, mediada y dominada por la presencia masculina, de los cuáles además no tenía que llamar su atención. “*A las muchachas las están cuidando sus patrones, yo hacía todo muy rápido porque estando ahí les quitaba el tiempo*” (Delia, entrevista, 2021), me cuenta Delia. Esta forma de control masculino y vigilancia territorializada son características de la lógica criminal organizada, y alude a una *violencia patriarcal* en el marco de las organizaciones criminales, una forma particular de control bajo la lógica de generación de capitales para el crimen organizado a partir de las redes de trata de mujeres y de explotación sexual, efectivas para la reproducción de las lógicas criminales.

Dos consideraciones sustanciales ligadas entre sí que vale la pena mencionar sobre la lógica organizativa del trabajo de Delia. Por un lado, la precisión del uso del tiempo y de sus recorridos y estancias en su zona de venta, hacen referencia a una *informalidad auto-regulada* que en su caso era posible por su conocimiento previo de la zona. Lxs actorxs que allí convergen y las dinámicas que allí suceden, resultaban esenciales para que ella pudiera ganar más autonomía en su performance laboral sin necesidad de pasar por agremiarse a un sindicato ni buscar un permiso para trabajar en la vía pública. Y por otro lado, tal autonomía no la eximía de la vigilancia del crimen organizado que domina y territorializa el espacio a través del poder económico, comercial y bélico que detenta.

El dominio masculino ejercido como *violencia patriarcal* sobre el espacio, norma las relaciones sociales y las prácticas espaciales de las mujeres. En el caso de Delia determinaba sus formas de desplazamiento, optando por caminatas rápidas e incluso tomando decisiones sobre su arreglo personal para no convertirse en un foco de atención no deseado. Sobre esto relata:

“[...] yo nunca me supe maquillar y nunca quise intentarlo, pero tenía que estar presentable porque vendía cosméticos, solo me ponía una sombrita, mis labios, mi máscara de pestañas y ya. Yo siempre iba con mi ropa normal, mi pantalón de vestir,

mis blusas, nunca escotado, nunca me gustó el escote, ni tirantes ni nada, blusas normales de manga larga y una chamarra bonita y muy grande que me cubriera del frío y mis zapatos cómodos, nunca zapatillas” (Delia, entrevista, 2021).

Para contrarrestar las estrategias del dominio masculino, Delia elaboró y asumió todas estas formas de actuar frente a las imposiciones del poder. Resistencias que no solo le permitieron establecer un negocio y ver su bonanza a través de sus habilidades para gestionar el espacio y el tiempo de trabajo, sino que también resultaron afectivamente valiosas, pues construyó una red de apoyo y solidaridad que aún conserva. Así lo recuerda:

“Llegó un punto en donde hacía los tres turnos, mañana, tarde y noche, porque todo el tiempo hay muchachas, llegan unas y luego se van y llegaban otras al mismo lugar y así ya fui psicóloga, consejera y todo fui de las muchachas, me platicaban sus penas, sus problemas y ya las aconsejaba y ahí las consolaba con lo poquito que yo pudiera decirles, pero hacía mi esfuerzo, hasta la fecha todavía sé de algunas” (Delia, entrevista, 2021).

Como se puede leer entre líneas, la experiencia de Delia da cuenta no solo de un nicho de mercado, sino de una red de cuidados generacionales que tejió con su trabajo y presencia en ese espacio. La imagen de una mujer mayor, con las características particulares de la personalidad de Delia que ofrecía ese salto generacional en actitud y visión sobre la vida, representó para las trabajadoras sexuales un entorno familiar y de solidaridades en un espacio de profunda explotación y violencia hacia ellas, un apoyo y cobijo. Una red que a la postre fue controlada y fragmentada por la criminalidad.

Para el año 2010, como ya lo indiqué en el contexto de esta investigación, Tijuana se encontraba atravesada por la *racha de violencia* a causa de la guerra que el Estado declaró contra el narcotráfico. Delia llevaba ocho años vendiendo en la zona, la conocía como la palma de su mano y empezó a notar cambios importantes. *“Se veía más droga, así en las banquetas, en plena luz del día era una exageración, los vende droga se paraban en las esquinas y contaban fajotes de billetes allí y ya era mucho peligro” (Delia, entrevista, 2021).*

Una tarde que estaba platicando con una clienta, recepcionista de un motel de la zona, llegó un muchacho para decirle que querían hablar con ella, que esperara ahí e iba a llegar la

persona que la buscaba. Al lugar llegó otro muchacho y sin titubear le preguntó “¿qué vienes a hacer aquí? te he visto que todos los días vienes ¿qué andas haciendo? ¿qué vendes?” (Delia, entrevista, 2021). Delia explicó que vendía cosméticos y el muchacho le empezó a mencionar los lugares por donde ella pasaba y los nombres de algunas muchachas con las que platicaba, conocía sus rutinas diarias. El muchacho le dijo que si quería seguir vendiendo sus cosas en la zona, tenía que “pagar la plaza” (Delia, entrevista, 2021), un mecanismo extorsivo empleado por el crimen organizado para controlar y administrar el espacio público, cooptándolo para sus operaciones.

Delia se tuvo que enfrentar a una compleja relación sistemáticamente extractivista. Semana a semana hay que “reportarse”, es decir, cubrir una cuota estipulada por las organizaciones criminales. Una situación que además de ser profundamente arbitraria, pues depende de las necesidades de quienes controlan, condiciona y restringe el uso del espacio público a través de violencia psicológica y violencia física. Sus consecuencias no solo son de índole económica y social, sino que crean espacios colonizados por la violencia criminal que refuerzan relaciones de dominio y explotación.

Durante un año y medio Delia pagó esa plaza que comenzó teniendo un costo de \$200 pesos semanales y ascendió a los \$300 pesos cuando tomó la decisión de dejar de vender en la zona. La extorsión se vuelve un componente crucial para un negocio criminal que se sostiene con dinero en efectivo. Ella lo recuerda de esta manera:

“ya no me gustó andar ahí, sin falta tenías que reportarte, se sabía que otras personas empezaban a vender droga de esa gente, se apoderaron de la calle y a mí me dio mucho miedo. Ya nomás te andaban cuidando, te andaban siguiendo yo ya no era libre como cuando empecé a vender ahí. Fue una lástima porque eran muy buenas clientas y digo yo escogí ese lugar para venderles porque ¿dónde más iba a vender bien? solo ahí. Pero llegó el tiempo en el que yo dije ya no, ya hay mucho peligro y gracias a Dios nunca me pasó algo, mejor me fui antes de que me quedara ahí sin nada” (Delia, entrevista, 2021).

De acuerdo con lo que Delia cuenta, el pago de la plaza que sin falta le cobraban semanalmente, pudo haber escalado a la venta de narcóticos o a realizar cualquier tipo de acciones que disponga recursos económicos para estas organizaciones criminales o para

sufragar sus costos de operación. Así, la libertad que sentía Delia al realizar su trabajo fue fragmentada por la demanda de exigencias para la generación de beneficios de la criminalidad. Una compleja forma de segregación de género del espacio público, que nos exige interpretaciones más amplias sobre las experiencias espaciales y temporales de las mujeres cuyos trabajos se insertan en espacios y contextos donde sucede violencia criminal.

Con el tiempo Delia logró ser “Animadora”, una categoría dentro la empresa piramidal de cosméticos⁶⁴ que le dio la posibilidad de formar grupos de mujeres y ganar iguales porcentuales de lo vendido por otras. Hoy día sigue vendiendo en algunos sobre ruedas y ya no trabaja de noche, pues ahora vive con ella una de sus nietas, su hija se la dejó “*por irse con un hombre*” (Delia, entrevista, 2021). La noche para ella, se transformó en un tiempo de trabajo doméstico y de cuidados no remunerado que le ha implicado elaborar nuevas estrategias para conciliar el tiempo de trabajo productivo:

“Mi plan ahora es meter a la niña a la guardería, porque necesito más tiempo para trabajar y porque soy callejera, ya no salgo de noche, pero me acuerdo que cuando regresaba a mi casa en la madrugada sentía un alivio, un aire fresco en mi cara, a mí me gusta la calle, si no salgo un día a la calle no sé qué me pasa aquí adentro [pone su mano en el pecho]” (Delia, entrevista, 2021).

La historia de Delia resulta paradigmática, pues “vivió para contarla”⁶⁵ redefiniendo y disputando los códigos culturales insertos en la noche e impuestos de manera sistémica a través del entrecruce de violencias patriarcales y criminales que, para sobrevivirlas, tuvo que finalmente ceder ante ellas. Su experiencia me refleja pistas para comprender mi propia experiencia en el tránsito y convivencia dentro del circuito espacial en el que ella trabajaba. Concretamente me permitió comprender que lo que en apariencia era una ausencia de vendedoras ambulantes en esa zona, era un “no llamar la atención”, una visibilidad diluida que me llevó a buscarlas al interior de los bares, donde la presencia de vendedoras de dulces y flores era más evidente. Así, decidí acudir a un bar ubicado en la Plaza Santa Cecilia para

⁶⁴ Este esquema de trabajo se estructura conformando grupos de mujeres vendedoras que en la medida en la que aumentan se asciende en la escala del trabajo y en la percepción de los ingresos.

⁶⁵ Retomo esta expresión del Dr. Oscar Misael surgida en el diálogo y el intercambio de ideas de las reuniones de trabajo, pues su mirada perspicaz para comprender las formas en las que la violencia opera a través de las vivencias cotidianas me permitió darle sentido a los acontecimientos y reflexiones. Proceso necesario para poder recuperar mi experiencia etnográfica.

hacer trabajo de campo, hasta que una noche, a partir de la siguiente experiencia, decidí no hacerlo más.

Esa noche, como siempre, llegué sola al bar y me senté en la barra para tener mayor visibilidad del lugar. La mesera, de la que ya me había hecho amiga, se acercó y me llevó una cerveza, me dijo que un “muchacho” me la enviaba, le dije que muchas gracias pero que ya tenía una cerveza y quizá al terminarla me iría. Ella se fue y a los pocos minutos se acercó a mí un señor de entre 45 y 50 años, y me preguntó ¿no tomas otra? le dije que no, que ya tenía una cerveza que yo había comprado, me respondió con otra pregunta ¿bailas? y también le respondí con una negativa. El señor con tono molesto e irónico me dijo, “pues si no quieres tomar otra cerveza y no quieres bailar ¿a qué vienes? mejor vete”. Al principio me sentí confundida, pensé que se trataba de una broma pesada, pero el señor se mantuvo serio y parado firme a un lado de mí, entonces sentí miedo, volteé a ver a la señora que estaba atendiendo la barra del bar y ella solo observaba la escena callada.

Esa noche entendí que el no ajustarme al código cultural que determina que la permanencia en esos espacios para las mujeres es estar acompañada por un o varios varones, ni ajustarme al código de consumo de alcohol y principalmente no ajustarme al código patriarcal que me exigía comportarme complaciente con lo que el señor me pedía, significaba “estar fuera de lugar”, mis acciones no daban cuenta del performance de género esperado en esos espacios y el único recurso del que pude echar mano para poder sobrellevar el momento y “vivir para contarla” fue irme, al igual que Delia, y no volver, por lo menos no sola.

4.6 Rosa. Intersecciones entre la *violencia capitalista* y la *violencia colonial*.

Rosa, oriunda de Tijuana, tiene 65 años y trabaja desde hace 33, siempre durante la noche, vendiendo dulces y cigarros en la Avenida Revolución. Atiende su puesto de lunes a sábado y el domingo descansa para poder hacer las compras de los alimentos de la semana. Vive con su esposo, dos de sus cinco hijxs y su nuera. Uno de sus hijos trabaja en Estados Unidos como albañil y cruza la frontera diariamente, situación que aprovecha para hacerse de paquetes de cigarros de marcas que no se encuentran en México. Ventajas del comercio

transfronterizo que le permite a Rosa generar más ganancias, pues además de la venta de cigarros por unidad, también revende estos productos por paquete.

El primer trabajo que tuvo Rosa fue a los 8 años, cuando iba con su mamá a atender el puesto de dulces que tenía en la Avenida Revolución y la calle Segunda “*cerca de La Ballena*”, un espacio emblemático del turismo en Tijuana, famoso por tener “la barra más grande del mundo”, de aproximadamente 150 metros de largo. Ella recuerda que en aquellos años la vida nocturna era muy distinta, a su parecer había menos delincuencia. La situación económica de su familia propició que solo estudiara la educación primaria.

A los 16 años cruzó a Estados Unidos y después de 3 años se regresó a Tijuana a trabajar al puesto de dulces de su mamá, el cual heredó tras su fallecimiento. La herencia que recibió Rosa no se limitó a la materialidad del trabajo, sino a las condiciones en las que se organiza, pues su madre tenía un permiso afiliado a la CROC, gremio sindical de comerciantes ambulantes, el cual pasó a manos de Rosa con todos los beneficios que implican pertenecer a esa organización. Según relata, tienen acceso a las mejores esquinas de la Avenida Revolución, las calles más transitadas, y les permiten estar afuera de los bares más concurridos, como los de la calle Sexta que concentra a un considerable número de consumidores que aseguran una venta fructífera.

El esquema en el que Rosa se encuentra inserta, al igual que Alejandra, es una *informalidad estatalmente regulada*, pues cuenta con el permiso como instrumento que legitima su trabajo ante la organización estatal del espacio público. Pero no solo eso, sino que su *informalidad es gremialmente regulada* también, pues su afiliación a un sindicato de vendedores legitima su presencia y apropiación del espacio público, que muchas veces es lo que hace posible un reconocimiento de aquellxs situados al margen de la lógica del trabajo capitalista. Los beneficios de afiliación a estos gremios sindicales se extienden a la protección de los trabajadores ante los abusos de las autoridades municipales e intentos de desalojo, lo cual implica, como contraparte, apoyo político a cambio de negociar derechos para el uso del espacio público (Velasco, 1995), acuerdos que logran establecer con cada administración pública.

Esto le ha implicado a Rosa pagar mes con mes cuotas o “*cooperaciones*”, como ella lo nombra, y en algunos casos apoyar con proselitismos de calle a candidatos políticos. Esto último lo pude confirmar cuando, en uno de nuestros encuentros, Rosa estaba portando su chaleco de la CROC, la única vez que la vi usarlo, y una gorra donde podía leerse la frase “bien y de buenas”. Jorge Hank Rhon se encontraba en campaña a gobernador de Baja California, y ella sabía muy bien que “*había que apoyar*” para mantener su lugar sin tener problemas.

El acceso a beneficios e intermediaciones ante las instancias estatales que organizan el trabajo informal a través del pago de cuotas al sindicato, es una característica que da forma a este tipo de informalidad. La cual, para la trabajadora, deviene en una situación precaria en la que su trabajo depende de contar con los recursos económicos para cubrir su cuota ante el sindicato, y al mismo tiempo despliega una serie de decisiones estratégicas que le permitan resistir estas condiciones como una respuesta ante la amenaza de la privación o la indefensión que podría causarle estar fuera de un sindicato, como buscar otros espacios de venta y otras temporalidades para hacerlo.

Por un lado, el permiso de Rosa, estipulado bajo el giro específico de venta de dulces y cigarros, le permite vender a cualquier hora del día. Sin embargo, a pesar de que actualmente el horario de trabajo no es una restricción para ella, trabajar de noche siempre ha sido una mejor opción, pues cuando era más joven tenía que cuidar a sus hijxs en el día, y ahora que sus hijos son adultxs, a su parecer vende más que en la mañana. Y por el otro lado, el mismo permiso no le permite hacerlo en cualquier lugar, sino únicamente en el espacio específico y exclusivo de venta designado que, paradójicamente, no es necesariamente respetado.

A su parecer, las propinas que dejan los clientes por la noche son mejores, pues es común que interactúe con personas bajo la influencia del alcohol o de narcóticos que en algunos de los casos, no se dan cuenta de que pagan de más. Ella planea seguir trabajando los años que se pueda, porque la autonomía que ha construido a partir de su independencia económica le

genera satisfacción, o como ella lo nombra, *“me gusta tener mi propio dinero, me gusta ir al swap meet⁶⁶ y comprar lo que yo quiera”* (Rosa, conversación, 2021).

El gran flujo de personas que circulan por la Avenida Revolución y la concentración de actividades comerciales, la convierte en un espacio idóneo para que distintas formas de violencia delincuencial puedan suscitarse. Robo en la vía pública o asalto a negocios, son algunos de los delitos más recurrentes tanto en esta avenida como en la Zona Centro de Tijuana. A lo largo del 2021, ambos tipos de delitos presentaron un incremento de incidencia delictiva del 14% y 30% respectivamente, de acuerdo con la Fiscalía General de Estado de Baja California.

Rosa, identifica estas violencias como parte de un cotidiano, *“aquí [Avenida Revolución] te pasan por enfrente todos los malandros y ni cuenta te das, mira aquí pasa de todo, locos, drogados y te jalan las cosas y ni cuenta te das, a mí ya me han jalado mis cosas varias veces, pero no puedes hacer nada porque así es aquí”* (Rosa, Conversación, 2021). Su experiencia permite pensar la disputa del espacio como una práctica recurrente sobre las que, a su parecer, poco pueden hacerse salvo recurrir a estrategias también cotidianas como cuidar su dinero durante el tiempo que pasa trabajando.

Su espacio de trabajo consta primariamente de una charola de madera de aproximadamente un metro cuadrado, la cual coloca sobre un carrito de metal en el que transporta su mercancía. Dicho carrito se encuentra pegado a la cortina de metal de un local no ocupado que tiene una elevación que forma una especie de banqueta, sobre la que Rosa puede colocar sus cosas. De esta manera detrás del carrito y sobre la banqueta, sus cosas quedan protegidas y elevadas, así ella no tiene que agacharse mucho para buscar la caja de monedas que pone hasta arriba de las bolsas llenas de dulces y cajetillas de cigarros, las cuales sirven para rellenar el cajón una vez que se van vendiendo. Rosa se sienta en un pequeño banco de plástico a lado de la charola, lo que termina por cubrir sus cosas.

⁶⁶ Anglicismo empleado en Tijuana para referirse a los tianguis.

Esta especie de banqueta fue el espacio idóneo para poder sentarme cada que iba a visitar a Rosa, y así, quedarme a platicar o simplemente observar mientras ella leía religiosamente el Semanario Zeta, que todas las noches Berenice se encarga de entregárselo. La caja de monedas algunas veces está más visible que otras, depende de cómo estén las ventas de la noche, cuando hay más gente en la calle y el puesto de Rosa está siendo constantemente visitado Rosa pone la caja sobre sus piernas, así el dinero está más a su alcance.

Dicha caja tiene una división que forma un rectángulo grande que contiene una mezcla de pesos y centavos de dólar que se confunden con monedas de 50 centavos de peso mexicano, y otro rectángulo mucho más pequeño donde Rosa guarda las “coras”, monedas de cuarto de dólar. Hay que revisarlas para dar el cambio correcto, una tarea difícil de realizar en condiciones de poca luz que llega de la pequeña lámpara de mano que cuelga de un palo de madera que Rosa coloca para iluminar su mercancía. La noche que Rosa me pide que dé el cambio a sus clientes, no deja de reírse del tiempo que me tardo en encontrar las monedas indicadas tratando de ver si son pesos o son dólares. Ella me explica que no se trata de verlas sino de sentir las, pues las monedas de 10 centavos de dólar son más delgadas que las de 50 centavos de peso mexicano. Después de 33 años de trabajo en la noche, el tacto es un sentido sumamente desarrollado ante la ausencia de luz.

Cada madrugada al llegar a su casa, Rosa cuenta el dinero y separa las monedas de 1 y 10 centavos de dólar, pues las junta y se las regala a distintas personas, sobre todo varones, que llegan a buscarla a su puesto para venderle comida, perfumes, joyería de fantasía y distintos productos, todos usados, todos robados asegura Rosa. Me explica que algunos de esos varones son habitantes de calle que buscan entre la basura objetos que puedan tener algún valor y que pueden comercializar con los vendedores ambulantes. Algunos “*vienen de allá arriba, [la Zona Norte] y nomás andan jalando cosas y te las venden*”, Rosa les escucha y toma las cosas que le ofrecen, las ve, huele los perfumes y se los devuelve con un montoncito de las monedas de centavos de dólar que saca de una cangurera que siempre trae con ella. Finalmente, Rosa no les compra nada, pero les da los centavos de dólar “*para que no me molesten*” dice.

Esto que pareciera un gesto de ayuda de Rosa, es una forma de protección, pues trabajar en la calle y en la noche le ha traído una cierta exposición que ha sobrellevado a través de dádivas de mostrarse abierta a la conversación, a la escucha de las personas. Por eso cuando conversamos sobre las situaciones que le provocan miedo durante su trabajo, se queda pensativa y solo menciona el temor de que la asalten, no menciona ninguna agresión que tenga que ver con su cuerpo y en reiteradas ocasiones mencionó que *“ya está grande”*. Esto tiene que ver con la percepción sobre los cuerpos de las mujeres en edad reproductivas y su relación con la violencia sexual, como en el caso de Alejandra.

Cuando Rosa me cuenta sobre sus años pasados vendiendo dulces, siempre lo hace señalando la acera de enfrente, apuntando al que fue su lugar durante 30 años, hasta el 2018 que las cosas cambiaron. El restaurante Chiki Jai, afuera del que Rosa colocaba su puesto de dulces se quemó, a pesar del terrible suceso Rosa siguió vendiendo en la misma esquina hasta que en el 2019 los escombros del restaurante empezaron a removerse para dar paso a la construcción de un complejo de departamentos de lujo llamado Norte Ruelle Loft.

Rosa recuerda que al inicio de la construcción todavía colocaba su puesto ahí, pero con el paso del tiempo y el avance de la misma, fue sintiendo que ese espacio ya no le pertenecía. Ella lo describe como una sensación de rareza, estar frente a un espacio que desde fuera detenta modernidad en comparación con el estilo y arquitectura de los negocios que se encuentran alrededor. El lobby consta de una estructura de madera larga y rectangular que funciona como recepción, que es complementada por un anuncio iluminado con luces neón en color amarillo donde puede leerse el nombre del complejo residencial y un vigilante perfectamente uniformado que siempre está sentado en la recepción.

Cuando Rosa vio este espacio terminado, decidió irse del que durante 30 años fue su lugar de trabajo, por temor a que "alguien" le dijera "algo", y que eventualmente la corrieran de allí. Así que tomó la decisión de cruzarse a la acera de enfrente, desde donde sentadas viendo de frente al edificio me relata esta historia. Ahora ve como un logro haberse cambiado de lugar, pues en lo que va de la construcción al menos ha sabido de dos trabajadores que se han

caído, directo a la banqueta⁶⁷. Entre risas dice, “*imagínate si me caen encima*”, una expresión que detona una reflexión en torno a la responsabilidad frente al uso del espacio, es decir, Rosa está segura que si esto sucediera seguramente la empresa no se haría responsable, ni el sindicato, ni nadie.

Esta situación en la vida de Rosa muestra lo que ha venido afirmando David Harvey (2020) en sus análisis sobre las ciudades capitalistas contemporáneas, a saber, que la gentrificación como un complejo proceso de elitización de la ciudad genera apropiaciones del espacio urbano para uso exclusivo de las clases propietarias, quienes lo gestionan de manera privada y privatoria para las clases trabajadoras. La plusvalía que genera la gestión privada del espacio urbano, a través del mercado inmobiliario, ha servido para acrecentar a las élites económicas, para transformar los barrios de la ciudad en espacios elitistas generadores de exclusiones y segregaciones espaciales, tal como sucede en la Zona Centro: múltiples edificios de condominios, ya terminados o en construcción, que elevan el costo de vida de la zona.

Estamos pues, frente a una forma de *violencia capitalista* global que opera, desde una lógica colonial, ensanchando las diferencias y desigualdades de clase a través de las transformaciones urbanas, despojando y expropiando los espacios en donde la clase trabajadora puede establecerse para generar los de por sí son ingresos económicos limitados. Esto se traduce en una búsqueda constante de estrategias para resistir y subsistir.

La gentrificación también puede interpretarse como una forma de violencia colonial del espacio que genera una expulsión y exclusiones, en el caso de Rosa fue gradual, pues conforme fue avanzando la construcción se fue dando cuenta que ese ya no era su lugar y cuando aparecieron tanto el letrero con el nombre del edificio, como el guardia uniformado, se dio cuenta que era momento de irse. En Tijuana, con una exacerbada clase trabajadora, esto también genera subjetividades que se expresan en sensaciones de extrañamiento como

⁶⁷<https://www.jornadabc.mx/tijuana/11-02-2021/cae-hombre-de-octavo-piso-de-un-edificio-en-construccion-de-grupo-cosmopolitan>.

el que experimenta Rosa, con tal potencia y aceleramiento que en menos de un año fue una sensación más grande que la de pertenencia que Rosa había construido a lo largo de 30 años.

A manera de conclusiones del capítulo.

A lo largo de este capítulo se presentan los argumentos para construir un ensamblaje analítico cuyos alcances buscan evidenciar que la articulación de las violencias coloniales, capitalistas y patriarcales presentes en las experiencias cotidianas de las mujeres que toman como escenario del trabajo productivo la calle y la noche, constituye un escenario signado por vulnerabilidades, desigualdades, riesgos e incertidumbres que no solo dan forma a los procesos de precarización que caracterizan el entorno del trabajo remunerado en condiciones de informalidad, sino que, a partir de sus relatos, iluminan la comprensión sobre las formas en las que dicha precarización se extiende sobre los otros espacios, dinámicas y relaciones que garantizan la reproducción social, es decir, del sostenimiento de sus vidas.

Esta comprensión es consecuente con la necesidad planteada al inicio de la investigación en torno a pensar interpretaciones amplias del concepto de precariedad, lo cual implica mirarla dentro y fuera de los espacios del trabajo remunerado, más allá de su inestabilidad y de la ausencia de protecciones sociales. Los relatos de las mujeres nos ponen frente a una transformación y degradación continua de condiciones estructurales que provocan subsistencias resistentes, un hallazgo importante de subrayar, pues la profundidad de sus relatos revela que las contingencias de sus realidades no pueden ser comprendidas sin las estrategias de afrontamiento, es decir, sin sus acciones frente a las estructuras de dominación.

Así, estas estrategias de afrontamiento, por sus formas heterogéneas de gestionarse y llevarse a cabo las nombro como *resistencias para la subsistencia*, constituyen una comprensión profunda por parte de las mujeres sobre las lógicas de la informalidad que organiza y regula las dinámicas del trabajo remunerado, en un espacio cuyas particularidades responden a la configuración de la economía nocturna de una ciudad como Tijuana y su oferta de servicios y consumos en torno al ocio, donde estas mujeres se insertan en espacios marginales de esa economía nocturna, la producen, trabajan y sostienen en condiciones de desigualdad. Es por

ello que sus resistencias resultan fundamentales para comprender los impactos diferenciados que tienen las distintas formas de regular la informalidad y los instrumentos que la hacen posible, así como resaltar la búsqueda de alternativas y capacidades para cambiar significativamente las condiciones materiales de sus vidas como parte de un entramado de acciones y subjetividades resistentes frente a los procesos de precarización de la vida en su totalidad.

Asimismo se analizaron las diversas vigilancias que experimentan las mujeres, mecanismos de control que detenta un orden masculino. En el caso de Delia incluso por medio del pago de un derecho de piso, como mecanismo extorsivo de un mandato criminal que controla el espacio público. En el caso de Berenice gestionando las relaciones sociales al servicio del gremio de vendedorxs. Y en el caso de Rosa y Alejandra, detentando la posesión de un permiso que es el instrumento estatal de regulación, que como lo vimos, tiene sus propios límites pues resulta insuficiente si no se cuenta con el reconocimiento de los otrxs vendedorxs.

Esta última forma de vigilancia cobra una especial relevancia, pues la diferencia entre tener y no un permiso para vender genera formas diferenciadas de vivir la informalidad. Si bien el permiso funge como un instrumento de legitimación estatal para la ocupación del espacio público, también es un instrumento de institucionalización de la precariedad. El cual es limitado frente a las otras estructuras que también regulan el espacio, como las estructuras gremiales en las que necesita más que un permiso para legitimar la ocupación, redes de sociabilidad que les permitan sostener su permanencia.

Hemos podido visibilizar que tanto el trabajo de las mujeres cuya remuneración atiende exclusivamente a subsistir con profundas carencias, como el no remunerado que asumen debido a las exclusiones del mercado laboral, el cual ha derivado en su dependencia económica y creciente empobrecimiento a base de su explotación, abuso y desprecio a sus conocimientos, son formas de lo que en el capítulo teórico nombramos como *violencia colonial de género* que las despojan de posibilidades e intensifica las desigualdades de género. Una situación que no es exclusiva de las mujeres protagonistas de esta investigación,

sino que es la realidad de muchas otras que caracterizan un contexto de migración como el de Tijuana, orilladas a buscar oportunidades de subsistencia fuera de sus comunidades y territorios de origen y cercanas a espacios urbanos colonizados por los poderes económicos en donde pueden insertarse en una suerte de vertedero de subsistencias precarias revestidas de oportunidades, todas estas también formas de dominio colonial.

Estas son lógicas de despojo que no se pueden comprender sin el anclaje a las violencias de un sistema capitalista que, como hemos visto, se refuerza con la explotación de las vidas y los cuerpos de las mujeres cuyo devenir histórico las convirtió en trabajadoras no remuneradas desde muy temprana edad, como Berenice o Rosa, o que las situó en trayectorias de trabajo remunerado bajo la lógica de un sistema que acumula riqueza en tanto puede maximizar la explotación, como Alejandra o Delia. Sus cuerpos están subsumidos en un profundo agotamiento por la sobrecarga de trabajos no remunerados con los que el poder económico se fortalece y se expande. Cuerpos que no pueden parar, ni en la enfermedad como vimos con Berenice, ni en medio de una crisis sanitaria como la pandemia vivida, pues sus cuerpos además de ser sostén y soporte asumen el trabajo implícito de un proceso continuo de toma de decisiones para afrontar y resolver de la vida.

Finalmente, es relevante mencionar que las violencias patriarcales son un eslabón de una encadenada sujeción a esta triada sistémica, pues como vimos, ha sido una estructura de dominación y sublevación de las mujeres. Ya sea en los entornos familiares, como el caso de Berenice o Alejandra, o en estructuras que detentan el control de las posibilidades del trabajo y la subsistencia, como el caso de Gina o Delia, la patriarcalización de la estructuras sociales se reproduce dentro y fuera del espacio de trabajo y no permite garantizar su autonomía económica. En ese sentido, los hallazgos presentados en este capítulo nos ponen de frente a las formas de apropiación del espacio público bajo las lógicas de la informalidad vividas por cada una de estas mujeres, en las cuales el miedo es una emoción primordialmente presente en sus experiencias, que determina sus formas de ser y estar en la ciudad, pero que indudablemente también activa resistencias y formas de sobrellevar la vida.

CAPÍTULO V. 60 SEGUNDOS DE FUEGO: TEMPOS DE LA NOCTARIEDAD, SUBJETIVIDADES EN LA PRÁCTICA DEL ESPACIO PÚBLICO NOCTURNO.

“Tal vez incluso existan dos tiempos, el que observamos y el que nos transforma”.
Albert Camus, 1962.

Introducción

Tras haber planteado las primeras rutas analíticas para explicar la forma en la que actúa la *noctariedad*, como una condición particular de precariedad para las mujeres insertas en el trabajo informal y nocturno con las características del comercio ambulante y semi-fijo, presentamos un segundo momento de análisis en este capítulo, cuyo objetivo es plantear una reflexión sobre las precariedades y violencias que se viven en el espacio y tiempo de trabajo de un grupo de mujeres jóvenes, malabaristas callejeras en Tijuana, comúnmente conocidas como *fuegueras*.

Sus experiencias revelan matices generacionales que permiten particularizar las implicancias de la *noctariedad* en Tijuana, en las temporalidades y motivaciones específicas que trajeron a estas jóvenes a trabajar a esta ciudad. Al igual que en el capítulo anterior, el trabajo de campo etnográfico nos llevó a recorrer distintos puntos de la Zona Centro de Tijuana. Estos recorridos, con forma de caminatas, fueron empleados como técnicas de investigación que se nutrieron con la observación y la elaboración de mapas que en suma, me permitieron conocer sus dinámicas y relaciones socioespaciales a partir de trayectorias cotidianas a sus espacios de trabajo.

Es importante aclarar que las protagonistas de este capítulo decidieron que en sus historias se mencionaran sus nombres reales, pero juntas, a manera de cuidado colectivo y para no generar una exposición que vulnere a las colaboradoras, decidimos omitir referencias espaciales, como las ubicaciones de los semáforos donde trabajan, tanto en los mapas como en los relatos que presentamos. Pues el objetivo comunicacional de esta investigación es visibilizar historias que abonen a no criminalizar las ocupaciones que se llevan a cabo al margen de la permisividad del uso del espacio público.

En el primer apartado, narro las circunstancias de mi acercamiento y encuentro con las *fuegueras*. En el segundo apartado, presento un abordaje sobre las expresiones del trabajo en la vía pública, particularmente en los semáforos de una ciudad transfronteriza, en aras de construir una descripción profunda de sus actividades y los códigos que las configuran, considerando la perspectiva de sus protagonistas. El tercer apartado, narra el proceso del ejercicio de Cartografía Social (CS en adelante) llevado a cabo con las colaboradoras y la forma en la que sistematizamos y analizamos los mapas que realizaron y los relatos que los explican y dotan de sentido. Mapas y relatos, expresan los significados, emociones, deseos, necesidades y tensiones particulares y compartidas que surgen al situarnos y mirar el espacio de manera crítica.

En el cuarto apartado discutimos sobre los *tempos* de la *noctariedad*, como dimensiones temporales que condensan las configuraciones subjetivas del trabajo y quedan entramadas a través de percepciones y significados conferidos por las *fuegueras*. Así, abordamos el *tempo de cotidianidad* que organiza las prácticas a través de configuraciones subjetivas que dan sentido al trabajo y lo conectan a otras especialidades donde también sucede la vida diaria, el *tempo de violencias y moralidades* en el que se expresan las vulnerabilidades que enfrentan las *fuegueras* al desafiar al orden social patriarcal con su presencia en el espacio público nocturno. Finalmente, el *tempo de estigmas y criminalización* nos muestra las lógicas de exclusión que hacen parte de las dinámicas urbanas de una ciudad transfronteriza como Tijuana.

Con estas reflexiones imaginamos futuros posibles para las trayectorias laborales y vitales de las protagonistas de este capítulo, como antesala para la presentación de las conclusiones de esta investigación, que miran en dirección a comprender las complejidades de vivir en un estado permanente de precariedad y uno latente de violencia.

5.1 Conocer a las *fuegueras* entre encuentros y serendipias.

Al estilo de las sorpresas que surgen en la práctica cotidiana de la calle, como un mapa de develamientos (Reguillo, 2000), de serendipias materiales y simbólicas con las que también

vamos construyendo al objeto de estudio y a las posibilidades de conectarlo a un sistema amplio de relaciones que le dan significado (Bourgois, 2009), conocí a las *fuegueras*⁶⁸, las cinco mujeres protagonistas de este capítulo. La primera de ellas, en un semáforo ubicado en la intersección de dos de las avenidas que conforman el circuito del llamado Centro Histórico de Tijuana (Figura 3.2), caracterizado por la convergencia de múltiples actividades comerciales.

Aquella tarde me dirigía al Parque Teniente Guerrero, ubicado en los linderos de la Zona Centro, para encontrarme con una mujer vendedora de “burritos”. Después de 20 minutos de espera la sensación de que, como en otras ocasiones y con otras mujeres, no llegaría, me invadió, pero nuevamente decidí esperar a que “algo” sucediera. Después de poco más de una hora, motivada por la búsqueda activa, decidí darle la vuelta al infortunio de los encuentros que no sucedían y aproveché para seguir caminando la ciudad, seguir observando, tomando notas y fotografías. Al fin, caminé hacia el semáforo por donde pasaba el transporte público que me llevaría de regreso a casa y unas llamas de fuego apenas visibles, llamaron mi atención.

Al acercarme me percaté de que el fuego provenía de unos aros que eran lanzados al aire por una joven que se movía con fuerza y rapidez en la calle y entre los coches para recibir dinero. Una vez que salía de los carriles corría hacia la banqueta para remojar en gasolina, almacenada en un bote de plástico, las mechas de los dos aros conocidos como “hulas”, con los que ofrecía un espectáculo circense para lxs caminantes y automovilistas. Se trataba de Vanessa, una mujer de 27 años oriunda de Guadalajara.

Vanessa, sin cubrebocas en su rostro, sonreía todo el tiempo que duraba su acto, una vez que terminaba, soplabla las mechas para apagar el fuego y cubría su boca para acercarse a los automóviles en busca de su ganancia. Me quedé en la esquina del semáforo observándola

⁶⁸Para fines descriptivos de la práctica del malabar con fuego, emplearemos únicamente el término “malabarear”. Aunque sabemos que su tipología se define a partir de los objetos (comúnmente llamados “juguetes”) que son utilizados para llevar a cabo esta práctica, nombraremos la práctica tal como las protagonistas de este capítulo lo hacen, pues no es objetivo de este trabajo entrar en la discusión sobre la terminología. De igual manera, para hablar de ellas en sentido colectivo, emplearemos *fuegueras*, pues es el término a partir del cual se autonombran.

repetir esta acción, pasaron 20 minutos quizá, hasta que me animé a saludarla y hablar con ella. Después de presentarme conversamos breve e intermitentemente cada que volvía para remojar las mechas de sus hulas, pues dejar pasar el ciclo de la luz roja del semáforo sin dar su espectáculo significaba perder la oportunidad de generar un ingreso.

Encontrarla esa noche en el semáforo fue un golpe de suerte para mí, pues según su explicación en todo momento del día y la mayor parte de la noche, hay distintas personas trabajando allí: limpiaparabrisas, vendedores ambulante o malabaristas, “*es uno de los más peleados*” me explicaba, “*hay que llegar temprano para apartarlo*”. El acuerdo acostumbrado, más no siempre respetado, entre quienes practican algún tipo de malabar en los semáforos, es que quien llega primero a éste es quien tiene derecho a trabajar en él. Gracias a esto pude comprender que, así como las luces intermitentes de los semáforos, la presencia de quienes trabajan en él también lo son. Ahora bien, para que este acuerdo sea válido es importante hacerlo visible, por lo que lxs malabaristas emplean un código de identificación que consiste en colocar sus instrumentos de trabajo al pie del semáforo, el código representa al actxr, pues no es necesario que la persona esté allí para que otrxs malabaristas interpreten que ese espacio está “apartado”.

Las especificidades de esta ocupación me confirmaron que la dimensión temporal implícita en la *noctariedad*, tendría que ser abordada considerando dos formas distintas de aprehender el tiempo: una que aluda a su materialidad y otra a la forma en la que éste es experimentado. Ambas formas resultan necesarias para comprender la diversidad de significaciones que puede adquirir la *noctariedad* en su dimensión temporal, determinada por el movimiento de la vida urbana, los desplazamientos espaciales, los sucesos cotidianos.

Es a partir pues de esta distinción que entiendo el tiempo como forma abstracta de medición del mundo material, un medio para cuantificar y ordenar una sucesión de hechos (Carbonell, 2004) por un lado, y el *tempo* como un proceso subjetivo y dinámico donde el contexto en el que está inscrito determina su percepción e interviene la presencia de lxs otrxs con quienes se entreteje la rítmica de la vida cotidiana, por otro lado.

Por tanto, el *tempo* también es intersubjetivo y a partir de ello, capaz de resignificar las prácticas sociales en las que se inscribe. Una noción que se asemeja a la de *ritmos cotidianos cíclicos* (Lefebvre en Lindón, 2020) que se vinculan con el multiverso de la vida social, donde la repetición encadena los sucesos del día a día, lo cual no quiere decir que sucedan siempre de la misma manera. Es allí donde la percepción toma un lugar primordial para la interpretación de esos ritmos, pues el flujo de repeticiones también da cabida a innovaciones, subidas de velocidades, pausas que transforman el movimiento de la vida (Lindón, 2017).

Tanto la duración del trabajo de las *fuegueras* en términos de la rutina que preparan para presentar en el semáforo y su organización respecto a la duración de las distintas fases del ciclo semafórico⁶⁹, es decir, el tiempo, como las interpretaciones, subjetividades, emociones que emergen de las experiencias y expresiones que dan sentido a sus prácticas, es decir, el *tempo*, constituyen una forma de ocupación polisémica en la que se materializan precariedades en forma de situaciones que les producen incertidumbre y vulnerabilidad que toman como escenario el semáforo pero se extienden a otras espacialidades de la vida de las *fuegueras* como el espacio doméstico, o el que hace parte de sus trayectorias cotidianas de movilidad. En dichas precariedades se expresan las intersecciones del género, el sexo, la clase social y la edad, que generan en ellas profundas desigualdades y estigmas sociales derivadas de un ordenamiento patriarcal, capitalista y colonial del espacio público que disputan con su presencia y con su trabajo.

Finalmente, después de un breve intercambio de posibilidades respecto a un siguiente encuentro, Vanessa y yo acordamos vernos en su casa. Lugar que le resultaba más apropiado puesto que el trabajo de cuidados para con sus dos hijas, una de cuatro y otra de seis años, determinan el ritmo y distribución de sus actividades a lo largo del día y de la noche. Así, en la Tijuana de las serendipias y los encuentros conocí a Vanessa y a través de ella conocí a Andy, quien tiene 28 años y a Mery quien tiene 26, pues resultó que las tres vivían en la misma unidad habitacional y también salían juntas a trabajar. Posteriormente, gracias a Andy conocí a Alicia, de 25 años y Beileen, de 21.

⁶⁹ El término de ciclo semafórico representa el tiempo total en el que transcurren las tres fases que lo configuran: rojo, verde y ámbar (Webster, 1966).

Vale la pena mencionar que la unidad habitacional es un espacio habitado casi por completo por malabaristas y músicos que trabajan en los semáforos. Un lugar significativo por su ubicación cercana a la Zona Centro y a los semáforos donde se genera una concentración importante de tráfico vial, pero también por el bajo costo de la renta y su cobro en pesos mexicanos⁷⁰. Este espacio hace posible el encuentro de distintas creatividades, la conformación de colectivos emergentes de malabaristas, sinergias que permiten renovar y mejorar las rutinas, pero también de competencias y rivalidades puesto que a diario todxs disputan su lugar en el semáforo.

5.2 “Malabarear” con fuego en los semáforos de una ciudad transfronteriza.

Para el antropólogo Robin Dunbar (2014) el uso controlado del fuego fue el principio de la conquista humana de la noche, permitió el resguardo y reproducción de la vida al hacer posible la transformación de los alimentos o proteger a lxs humanxs de la intemperie y de los depredadores. Para el autor, gracias al fuego se han fortalecido los vínculos afectivos entre los miembros de una misma comunidad. Ejemplo de ello son las reuniones nocturnas alrededor de una fogata para la transmisión de historias orales o para honrar a través de la danza, los ciclos lunares que permiten regular la siembra y la cosecha. Esta celebración de ritos cosmogónicos con implicaciones cosmológicas ha sido arropada por el calor de las llamas, el fuego ha sido un testigo vivo del nacimiento de identidades culturales.

Para las protagonistas de este capítulo la presencia del fuego, en tiempo y contexto diferentes, sigue siendo un elemento constructor de identidad, pues a través de él otorgan sentidos estéticos a sus prácticas y conforman el *saber-hacer* que las distingue de otras expresiones artísticas que toman la calle como escenario⁷¹. Su relación con el fuego está permeada por la comprensión sobre un uso preciso del tiempo en sincronía con sus movimientos corporales, componentes fundamentales que organizan la ejecución del trabajo. Se trata pues, en

⁷⁰ Resulta relevante aclarar que comúnmente las rentas en Tijuana son cobradas en dólares. Esto debido a tres razones principales: 1. El alto costo de la vivienda en California, ha empujado a varios habitantes de aquella ciudad a establecer su residencia en Tijuana y optar por “cruzar la línea” diariamente a trabajar, 2. La mayor certidumbre que brinda el dólar estadounidense frente al peso mexicano y 3. La facilidad cambiaria.

⁷¹ Como la danza, el canto, el teatro u otras variantes de artes circenses como las prácticas de las estatuas humanas.

términos descriptivos, de una práctica de trabajo informal de sentidos artísticos y componentes estéticos (Feregrino, 2020).

En los semáforos donde suelen trabajar las *fuegueras* cada fase del ciclo semafórico dura 90 segundos⁷², los primeros 60 son dedicados a ejecutar la rutina de malabar y los 30 restantes para caminar entre los carriles de automóviles y recoger la ganancia, lo cual también determina la duración de las interacciones de diverso tipo con lxs espectadorxs -transportistas y peatones- quienes resultan fundamentales para que el proceso productivo pueda llevarse a cabo. Otras interacciones importantes son las que suceden con vendedores ambulantes, habitantes de calle, otrxs malabaristas o la policía, actorxs que también intervienen en la posible ejecución del trabajo a través de negociaciones y conflictos sobre la permanencia en el espacio público.

El tiempo también organiza su movilidad en la ciudad, pues al igual que la lógica que organiza las jornadas laborales en el sector formal, la estructura de las jornadas de trabajo en el malabar callejero es multifactorial y depende de los ritmos de la vida urbana. La jornada matutina en términos formales inicia entre las 7 y 8 de la mañana, cuando el flujo del tráfico urbano empieza a ser más constante, de acuerdo con las *fuegueras*, ello implica apartar el semáforo alrededor de las 5 de la mañana o antes⁷³. Esta jornada termina cerca de las 11 de la mañana, cuando el calor empieza a subir y la luz del sol es mucho más fuerte. La jornada vespertina, del medio día a las 5 de la tarde aproximadamente, es la más flexible de todas pues una mayor dependencia a las condiciones climatológicas, el calor, la intensidad de la luz del sol o la entrada de la noche la determinan.

⁷² En Tijuana las fases del ciclo semafórico varían entre 60, 90 y 120 segundos, respectivamente. Esta variación depende de las características del tráfico y del propio trazado de la intersección (Reglamento de tránsito y control vehicular del Municipio de Tijuana, 2020).

⁷³ El acto de apartar el semáforo, incluso se puede tornar un estilo de vida. Durante el trabajo de campo de esta investigación, acompañé en una ocasión a Andy y a Mery a trabajar en la jornada matutina y tuve la oportunidad de conocer a “El Chaparro”, un malabarista amigo de ellas. Según su propia palabra, ocupa de forma exclusiva uno de los semáforos de la Zona Río y para poder mantener esta exclusividad, al finalizar su jornada nocturna descansa algunas horas de la madrugada al interior de su automóvil para volver a ocupar el semáforo a las 5 de la mañana.

Ambas jornadas resultan una vía de trabajo alterna para las *fuegueras*, cuando el frío intenso y la lluvia característica de las noches de invierno en Tijuana imposibilitan el trabajo nocturno, o cuando las actividades de otros entornos de sus vidas cotidianas les demandan el tiempo de la noche. Optar por trabajar en estas jornadas implica usar otro tipo de malabares: Andy, Vanessa y Beileen usan hulas sin mechas -sin fuego-, Mery trabaja con clavas⁷⁴ y Alicia con machetes. Las cinco coinciden en que durante el día “*el fuego no luce*”, su explicación alude a una valoración estética que se refuerza con una material, pues con el calor la gasolina se consume más rápido, ello implica tener que comprar más y, por ende, una inversión mayor.

La jornada nocturna inicia alrededor de las 7 de la noche, hora considerada como pico del tráfico vehicular de las ciudades. Al igual que para la jornada matutina y vespertina es necesario llegar con anticipación a los semáforos, entre 4 y 5 de la tarde y esperar a que la ciudad se oscurezca para prender el fuego. Este tiempo de trabajo depende de percepciones sobre que “*tan buena esté la noche*”, con ello las *fuegueras* se refieren a algunos factores que van más allá de sus competencias y se relacionan con momentos específicos en los que las ganancias llegan a ser más fructíferas (fines de semana, días festivos, mediados o finales de mes). Esos días sus actividades se prolongan hasta pasada la medianoche, los demás días terminan entre 10 y 11 de la noche.

Optar por esta jornada tiene diversas significaciones, a decir, la motivación que surge de explorar trucos que implican mayor riesgo, la percepción de que a lxs espectadores les resulta más llamativo el fuego y eso se traduce en más y mejores ganancias, disponer de este tiempo para actividades productivas que les generen ingresos económicos pues tanto Vanessa como Alicia y Beileen, emplean la mayor parte de su día en el trabajo doméstico y de cuidado de sus hijxs. Pero el significado más importante para ellas tiene que ver con aspectos intersubjetivos que apuntan a la posibilidad de trabajar juntas, pues ese encuentro les permite compartir experiencias, crear relaciones afectivas, solidarias y de mutuo reconocimiento, así lo comparte Beileen:

⁷⁴ Las clavav o mazas son objetos de plástico muy ligero, su técnica consiste en lanzarlos al aire simultáneamente sin dejarlos caer, su forma es muy parecida a la de un pino de boliche.

“Lo que más me causa alegría de cuando trabajo es estar con mis amigas, escucharlas, platicar con ellas, el ver que no solamente yo la paso mal, es como un círculo de apoyo que me distrae de cosas que a veces pasan en mi casa o de problemas, hay algo seguro ahí” (Beileen, entrevista, 2021).

A diferencia de otros trabajos, el sentido de acompañamiento es importante, quizá hasta fundamental, para trabajos que implican un nivel considerable de exposición física. La evidente flexibilización de las jornadas de trabajo de las *fuegueras*, si bien es parte de la inserción de su oficio a las dinámicas de los entornos en donde se llevan a cabo, en este caso, urbanos, también puede interpretarse como una forma de responder ante un escenario dependiente de dichas lógicas y dinámicas, un estado constante de inventiva y toma de decisiones cotidiana, inmediata, que día tras día se lleva a cabo, pues la incertidumbre característica de los procesos de precarización de la vida en su totalidad y el trabajo como una dimensión que la sostiene, lo demanda. En ese sentido, se puede identificar un claro entrecruce entre las múltiples y diversas motivaciones que le dan sentido al “ganarse la vida”, en donde no todo pasa por una valoración económica, sino también por dar respuesta a otras necesidades que intervienen en el sostenimiento de la vida, como las relaciones y tareas de reproducción, de autocuidado o de mutuo cuidado, que significan alternativas para hacer frente a la precariedad vivida.

Asimismo, “malabarear” en las intersecciones viales es una práctica performática⁷⁵ en la que el cuerpo y la calle, como escalas espaciales, están profundamente articuladas y temporalizadas. Las dotes histriónicas o la destreza con la que hay que realizar las rutinas, se concibe como un continuo movimiento corporal en sincronía con el tiempo que transcurre durante la luz roja indicativa del alto para los distintos medios de transporte. Otra forma de articulación es a través de la *proxemia* (McDowell, 2000), una sensibilidad espacial que las orienta y sitúa en la calle tomando en cuenta la distancia respecto a los automóviles. Ambos aspectos son ilustradores de las habilidades que las *fuegueras* han llegado a desarrollar a través de un constante entrenamiento físico y comprensión profunda del espacio de trabajo.

⁷⁵ Entendemos la noción de performance como acciones con características teatrales, circenses o de espectáculo (Taylor, 2011).

Tanto los códigos de identificación como las respuestas a las condiciones exógenas en torno al trabajo que performatizan las *fuegueras*, configuran saberes tácitos propios que, vistos en conjunto, se revelan ante el *saber-hacer* y lo complejizan. Se hace presente entonces una configuración paralela a los aprendizajes que reclama su oficio, que les permite ejecutar sus rutinas en entornos cuyas dinámicas y ritmos resultan impredecibles como la calle, en contraste y muy a pesar de que el trabajo esté determinado por la continuidad temporal de un semáforo. La importancia de dichos saberes es tal, que son capaces de otorgar significados a acciones concretas llevadas a cabo en determinadas espacialidades y temporalidades, es lo que sucede, por ejemplo, cuando colocan sus herramientas de trabajo a la vista de quienes comparten el código de la apropiación del espacio de trabajo.

En ese sentido, un conjunto de saberes que también puede interpretarse como una comprensión amplia de lo que implica la disputa por el espacio público, que moviliza símbolos y significados que con regularidad responden a experiencias compartidas o son transmitidos en el curso del aprendizaje de su oficio y que van modificándose o ajustándose de acuerdo al contexto en el que se activan. Saberes que intervienen en el momento en el que trabajadoras como la *fuegueras* deciden, negocian o disputan las condiciones implicadas en la viabilidad del proceso productivo.

Pero al mismo tiempo, son una forma de guiarse en la ciudad, de construirla simbólicamente a partir de la demarcación de pertenencias a ese espacio y de conformar una especie de estructura organizativa que permite que las actividades productivas que toman lugar en el espacio público y el reconocimiento de esa apropiación, tengan sentido. Aquí es que se vuelve relevante nuevamente la condición colectiva que puede acompañar la ejecución de estos trabajos, pues de ella depende una efectiva transmisión de esos saberes tácitos que abren paso a la apropiación, sobre todo cuando se llega a ciudades nuevas y no se conocen las dinámicas de la calle.

Ahora bien, pensar en esta modalidad de trabajos informales en una ciudad como Tijuana, un circuito transfronterizo imbricado a dinámicas de globalización económica (Sassen, 2003)

significa un desafío. La relación directamente proporcional entre explotación y rentabilidad que caracteriza a dichos circuitos, aunada a la formación de mercados globales en condiciones estructurales permisivas y precarizantes, es posible y sostenida por el flujo de una clase trabajadora -siempre disponible y en gran parte migrante- cuyas condiciones de desventaja son aprovechadas por dichos mercados.

En ese sentido, los procesos de precarización en los mercados de trabajo de los circuitos transfronterizos se fortalecen de desigualdades recalcitrantes, con esto me refiero a relaciones laborales desreguladas, permanentemente informales e incluso la mayor parte de las veces en condiciones de ilegalidad, en términos de salarios y tiempos de jornadas laborales, donde los números simplemente no dan. Esta inequidad se presenta como una virtud de estos circuitos, como una afluencia de posibilidades de subsistencia que no es otra cosa que el legado histórico colonial y capitalista representado en un interminable ciclo de acumulación y despojo que ha subsumido a las mujeres en posiciones precarizadas estructurales y materiales -endeudamientos sociales y morales y carencias económicas, afectivas, de descanso, de bienestar- que se corresponden con posiciones precarizadas en lo amplio de lo vital (Cavallero y Gago, 2019).

Una de las múltiples implicaciones de este circuito transfronterizo, que impacta directamente en la práctica del malabar en los semáforos, apunta a la circulación de dinero en efectivo de acceso inmediato. La concentración y flujo de personas y la posibilidad de recibir dólares hace que Tijuana sea imaginada como idónea para trabajar en las calles. Una implicación que además tiene interpretaciones espaciales, pues los semáforos que están en las entradas y salidas de las rutas hacia el cruce fronterizo con Estados Unidos, son los más cotizados para el gremio de malabaristas y vendedores ambulantes. Así es que se insertan en estas modalidades de trabajo informal poblaciones jóvenes que migran a Tijuana para encontrar alternativas de trabajo para “ganarse la vida”. Andy nos explica que:

“desde hace varios años sabía que en Tijuana había una posibilidad de dinero más eficiente que en Ciudad de México trabajando en los semáforos, me lo habían contado amigos que llegaban aquí [Tijuana] a malabarear y se quedaban un tiempo porque hay buen flujo de dinero” (Andy, entrevista, 2021).

En el relato de Andy hay expresiones temporales que resulta importante destacar. La primera de ellas tiene que ver con la historicidad de las experiencias del malabar callejero, pues decir “*desde hace varios años*”, es indicativo de una práctica que reafirma su rentabilidad a lo largo del tiempo y que por lo tanto, produce narrativas e imaginarios sobre los espacios en donde se realiza. Lo que nos lleva al apunte que hace Sassen (2003) en torno a la intensificación de las redes transnacionales y translocales como otra de las características de los circuitos transfronterizos. Para el caso del malabar esto tiene que ver con el uso de redes sociodigitales que conforman comunidades virtuales donde se comparte información sobre las ciudades y los puntos específicos en donde es posible hacer malabar y donde “*se puede hacer buen dinero*” (Andy, entrevista, 2021).

La segunda expresión temporal tiene que ver con la rentabilidad del trabajo en los semáforos. El hecho de que “*se quedaban [los malabaristas] un tiempo porque hay buen flujo de dinero*” hace referencia a la narrativa histórica de Tijuana como la ciudad de oportunidades y posibilidades donde la movilidad es el factor determinante de su desarrollo. Sin embargo, no es aquella de la década de los años 70 y 80 donde la explosión de las economías industriales, en detrimento de la economía agrícola, provocaron un fuerte abandono del campo y una gran migración a las ciudades. Sino que hace referencia a una fuerte emigración a causa de las lógicas de explotación del sistema laboral capitalista fallido, en una versión de acumulación voraz generador de profundas precariedades que no ofrece posibilidades de vida digna para la población, particularmente para las juventudes en busca de experiencias laborales significativas.

Las experiencias de trabajo previas al malabar de las cinco colaboradoras en sus ciudades de origen, se sitúan dentro de un esquema de trabajos formales altamente precarizados, caracterizados por largas jornadas laborales, salarios bajos y sin garantías sociales. Vanessa, proveniente de Guadalajara, Andy de la Ciudad de México y Mery del Estado de México, orientadas por ese “norte” simbólico, no solo como indicador de una mejor vida sino de acceso a un flujo de dinero inmediato para subsistir, vieron en la migración interna el escape de ese sistema laboral. Alicia y Beileen, aunque nacidas en Tijuana, tienen madres y padres migrantes internos, por quienes conocen y han vivido el fenómeno de la explotación laboral.

“Ganaba muy poco y eran muchas horas” menciona Vanessa, al contarme que trabajaba como operadora en una fábrica de componentes electrónicos. Andy, en 2018, era empleada de una tienda transnacional de ropa y al respecto, menciona *“aguanté muchísimos abusos [...] como que me cambiaran el horario cada que se les antojaba sólo porque tenía esa facilidad de estudiar y trabajar al mismo tiempo”*. El mismo año dejó ese empleo pues le ofrecieron ser encargada de un proyecto de construcción con bambú en una finca en Veracruz, ella es la única de las cinco que cuenta con estudios en Arquitectura a nivel licenciatura. Esa experiencia laboral duró hasta marzo del 2020 porque la llegada de la pandemia detuvo la construcción *“pero también lo dejé [el trabajo] porque hubo pues... acoso sexual y entonces dije: no quiero esto, mejor me voy. Tenía dinero ahorrado y ya sabía que aquí [Tijuana] se podía hacer buen dinero en los semáforos, así que me vine”* (Andy, entrevista, 2021).

Mery trabajaba en su ciudad natal en una cadena mexicana de salas de cine y una transnacional de comida rápida antes de llegar a Tijuana a malabarear. Ella afirma que: *“lo que nunca me gustaba de esos trabajos era que a pesar de que había un horario, en cualquier momento era así de: no, te ocupamos aquí, necesitamos horas extras, como que ese forzar de ellos hacia ti que ya no les importa que ya cumpliste y quieren más y si dices que no, pues te dicen que ya no regreses”* (Mery, entrevista, 2021). Alicia al recordar su empleo como agente bilingüe en un *Call Center* menciona: *“soñaba con tener un trabajo donde pudiera sentir más libertad, porque nada más estaba sentada y hablando, era muy enfadoso”* (Alicia, entrevista, 2021). Beileen, sobre su trabajo en una fábrica de playeras agrega, *“yo no podía disponer de mi tiempo además era un trabajo tan tedioso, como un robot hacer lo mismo, etiquetar y embolsar las camisas, no había nada divertido ahí”* (Beileen, entrevista, 2021).

En los relatos de Vanessa, Andy, Mery, Alicia y Beileen se expresan las especificidades de un sistema laboral que produce trabajos altamente precarios, en ellos encontramos distintas expresiones temporales donde se plasma la explotación característica del capitalismo transnacional que se fortalece en tanto es capaz de obtener ganancias y acumulación a costa de quienes tienen menos. Es por ello que su decisión de trabajar en el malabar está montada

sobre la base de una renuencia a pertenecer a la precariedad del sistema laboral formal, aunada a la búsqueda de sus sueños y guiada por una añoranza de libertad que se expresa en el deseo legítimo de hacer lo que te gusta.

Pero más aún, la precariedad de los trabajos producidos se inserta en una fase económica transfronteriza que no es neutral en relación al género (Sassen, 2003). Pues son esquemas de trabajo que ven en las mujeres “fuentes significativas de producción de beneficios” (2003, p.53) y se traducen en formas de obtener ganancias a su costa. Eso se expresa en las mujeres jóvenes quienes desde hace casi dos décadas ya eran consideradas “un grupo mayoritario en la migración derivada por la búsqueda de empleo” (Sassen, 2003, p.53), y con más fuerza en las mujeres que estudian y trabajan de manera simultánea. De acuerdo con cifras de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (INEGI, 2020) a nivel nacional, más de 2.7 millones de mujeres jóvenes estudiantes activas de entre 15 y 29 años, se encuentran empleadas en un mercado laboral del que al menos el 48% percibe ingresos equivalentes a dos salarios mínimos.

En los relatos de las cinco *fuegueras* la relación tiempo-beneficio generaba fuertes desigualdades, la duración de las jornadas laborales, incluso su extensión en forma de “horas extras” sin beneficios económicos ni siquiera la posibilidad de decisión sobre hacerlas o no, es un mecanismo de desposesión característica del capitalismo transnacional que impone su hegemonía en el cuerpo, reduciéndolo a una mera fuerza de trabajo, subrayando así su sentido mecanicista, lo cual evoca formas de percibir el tiempo a través del hartazgo, el tedio o el enfado.

Hasta este momento hemos mencionado componentes que permiten comprender algunas características que adquiere la informalidad de las *fuegueras*, y en ella los procesos de precarización que implican. Una *informalidad auto-regulada* que en primera instancia podemos identificar se presenta con características similares a las que he discutido en el capítulo anterior, en el sentido de que las actoras adaptan y adoptan dinámicas, relaciones sociales y actitudes y condiciones materiales que les permiten gestionar y transformar su trabajo de acuerdo a sus necesidades y a los contextos en donde tienen cabida. Pero a

diferencia de la auto-regulación que se presenta en el caso de las vendedoras como Gina o Delia, la de las *fuegueras* responde a las necesidades del colectivo y a la reciprocidad que se construye a partir de modos de vida que resultan comunes.

Estos trabajos informales, a diferencia del sector comercial, se sitúan al margen institucional ya que no son reconocidos como actividades productivas, un aspecto que si bien los hace escapar de la regulación del Estado, no así de su criminalización, como discutiremos más adelante. Este es un aspecto radicalmente diferente al de la *informalidad auto-regulada* de las vendedoras, pues a pesar de que no están exentas de una acción punitiva por parte del Estado por no contar con un permiso, pueden manejar esa situación “matizando” su visibilidad tal como lo hace Gina, controlando las interacciones con sus clientes, siendo ella la que les encuentra para propiciar la venta.

En el caso de las *fuegueras* esto no es posible, pues dependen completamente de su visibilidad, un aspecto necesario para su proceso productivo y el consecuente intercambio económico que al mismo tiempo las coloca en situaciones de vulnerabilidad frente a las autoridades que regulan las actividades en el espacio público. Una visibilidad que moldea este tipo de informalidad con carentes condiciones de protección o derechos sociales, mismas que son afrontadas por las *fuegueras*, en el intento de garantizar su reproducción social, a partir de la toma de espacios públicos para llevar a cabo con inmediatez el *saber-hacer* artístico movilizado por las satisfacciones de *ganarse la vida*⁷⁶ a través de recursos de subsistencia que no necesariamente responden a valorizaciones mercantilizadas (Narotzky y Besnier, 2014), sino que se sitúan en una subjetividad sobre el hacer lo que te gusta, más allá de las valorizaciones económicas que si bien son vitales más no únicas para el sostenimiento de la vida.

En este tipo de informalidad resulta importante destacar la valoración subjetiva que responde al modo de vida particular dada por la condición de movilidad, un modo de vida errante que

⁷⁶ Retomo esta expresión de lo que Susana Narotzky y Niko Besnier (2014) nombran como “making a living” sobre las formas en las que las personas ponen sus esfuerzos para construir un proyecto de vida que merezca la pena vivir, no solo desde lo que provee el trabajo productivo, sino desde las relaciones sociales, de mutuo cuidado, de acompañamiento y otras formas de acción social frente al modelo económico capitalista.

encuentra satisfacciones en el desplazamiento. Esta especie de nomadismo que viven jóvenes como las *fuegueras* se sustenta en la búsqueda de experiencias de vida como una forma de darle sentido a la vida misma. El viajar de ciudad en ciudad, establecerse temporalmente y encontrar espacios para llevar a cabo su oficio son características compartidas, por las cuales su informalidad es señalada y estigmatizada por un sistema de clase donde el imaginario de la estabilidad adquiere una fuerte valoración moral. Lo cual significa, sin más, una afrenta a la estabilidad económica representada por un modelo de trabajo capitalista que se vale de mecanismos de opresión y explotación como el endeudamiento para mantener a las personas “estables”, inmóviles, disciplinadas, y dependientes.

Es en ese sentido que los efectos de la precarización en estos modos de vida se ven atravesados por lo que simbólicamente se disputa en un contexto de constante movilidad, lo cual no significa en lo absoluto romantizar aquellos que sistémicamente han devenido en un estado permanente de incertidumbre y de “colonización de la vida por las fuerzas del mercado, ya sea en forma de mercado de mercancías, mercados financieros, mercados de trabajo, mercados inmobiliarios, mercados agrícolas, mercados jurídicos o mercados académicos” (della Porta et al, 2015, p.15). Entonces, las satisfacciones son un componente fundamental para resistir la precariedad, pues en la medida en la que somos precarios estamos en un constante movernos para resolver la vida (ibidem). Retomo las palabras de la antropóloga Valeria Mata (2020) para acompañar esta reflexión: “la vida errante desafía los cierres, no intenta volver al origen sino trazar nuevos recorridos y encuentros; está abierta a formar redes, comunidades y otros modos de socialización no estatal” (p. 23).

Ahora bien, resulta importante abordar algunos aspectos de la vivencia de la pandemia por Covid-19 en el contexto de los trabajos artísticos y performativos como el que realizan las *fuegueras*, el cual tuvo evidentes impactos como la disminución de su presencia debido al llamado al confinamiento voluntario como medida de mitigación del virus. Aunque no hubo una prohibición explícita sobre la presencia de este tipo de actividades en el espacio público, por no ser consideradas esenciales, sí que enfrentaron una mayor complicación para generar sus ingresos económicos a causa de un menguado flujo de movilidad en las calles de la ciudad y de un creciente estigma hacia la población que tenía que salir a trabajar a las calles.

Aunque cada una vivió bajo distintas circunstancias esta situación de pandemia, todas coinciden en que fue un tiempo sumamente complicado. No solo dejaron de trabajar por las noches a causa de la transformación del paisaje urbano, sino que las calles solitarias del centro de la ciudad y el poco flujo vehicular las hacían sentir más inseguras y temerosas sobre la evolución de una enfermedad que no tenía manifestaciones físicas visibles. Beileen, tuvo que parar por completo sus salidas al semáforo y vivir durante dos meses del ingreso también disminuido que su madre genera vendiendo comida en la colonia donde viven, esto debido al temor que le generaba enfermar a su hijo, quien sufre de una condición delicada en los pulmones desde su nacimiento prematuro.

Vanessa, Mery y Andy, priorizaron su autocuidado y tomaron la decisión de salir juntas a trabajar solo durante las mañanas, *“si en las mañanas era complicado generar [ganancias] por la noche peor”* recuerda Mery agregando que para ellas no tenía caso salir si la movilidad había disminuido aún más en esa temporalidad, también recuerda que tuvo que aumentar las horas que trabajaba durante el día intercalando salidas con las chicas y al término de esa jornada salía con su novio a tocar tambores y bailar. Esta decisión tuvo repercusiones más grandes para Andy, pues las clases que tenía que tomar para aprobar las últimas materias de su carrera de arquitectura se dictaban por la mañana, el único tiempo disponible para generar sus ingresos económicos.

Andy recuerda entre risas “los malabares” que tuvo que hacer para conjugar ambas actividades, mientras trabajaba escuchaba sus clases conectada desde su celular, trataba de poner la mayor atención posible pero era difícil estando en la calle. Tuvo que apoyarse en sus compañerxs de escuela para hacer los trabajos colectivos en otros horarios y el tiempo que no trabajaba en las calles se lo dedicaba a sus estudios y a tejer collares para venderlos y generar otro ingreso, una intensificación de jornadas de trabajo para quienes viven de por sí con limitados ingresos. Todas coinciden en que usar el cubrebocas fue uno de los mayores cambios a los que se tuvo de adaptar su trabajo en los semáforos, cubrir parte de su rostro, sobre todo la boca, donde anida la expresión de la sonrisa, su forma directa de interacción con lxs automovilistas, causó una cierta distancia que se reflejaba en las ganancias.

Esta distancia se vio reforzada en el hecho de que muchxs automovilistas no bajan la ventanilla del automóvil, para ellas esto se debía al riesgo de contagio que veían expresado en la gente. Una actitud que interpreto como una evidente discriminación de clase, pues en el imaginario social aquellos que no podían dejar de estar en el espacio público y quienes no podían parar sus actividades productivas estaban más expuestos al contagio y por lo tanto, a esparcirlo. Mantener los vidrios arriba, poner una barrera física de por medio entre quienes imaginaban como posibles transmisores del virus, pero más allá de eso, entre las realidades que se consideran ajenas y responsabilidad exclusiva de quien las vive es una grave consecuencia de un distanciamiento social provocado por desigualdades de clase de largo aliento, presentes desde antes de la pandemia y que este contexto las fortaleció.

5.3 Cartografías del semáforo

La puerta de acceso a la elaboración de las cartografías que me permitieron conocer y a las colaboradoras reconocer, la espacialidad de sus prácticas cotidianas y su convergencia a los *tempos*⁷⁷ que conforman la experiencia del trabajo y de la movilidad nocturna. Está ligada a mi acompañamiento en distintos momentos y actividades de su día a día y de su noche a noche. Caminar juntas hacia los semáforos y de vuelta a su casa, acompañarlas durante sus jornadas de trabajo o compartir momentos de ocio y descanso, detonó posibilidades reflexivas e interpretativas, pero sobre todo, empatías, reconocimiento sobre las similitudes en capítulos de nuestras historias de vida y diferencias en las mismas, complicidades y resonancias que hicieron posible implicarnos en un proceso de creación colectiva.

Para ampliar la reflexión, considero necesario mencionar la importancia que adquieren las formas de implicarnos en las investigaciones. Ser consciente de que mi presencia en su espacio de trabajo únicamente como investigadora podría generar una relación distante, poco empática e incluso jerárquica, me hizo preguntarme sobre cómo construir una convivencia más horizontal y que mi “estar allí” etnográfico no se limitara a la observación. Decidí entonces echar mano de otros saberes que me han acompañado en mi trabajo como

⁷⁷ Me refiero a las subjetividades e interpretaciones implicadas en ambas experiencias.

comunicadora, me valí del lenguaje que a lo largo del tiempo se ha vuelto parte fundamental de mi forma de expresión: la fotografía.

Así, después de haberlas acompañado un par de veces al semáforo durante su jornada nocturna, les propuse hacerles retratos mientras malabareaban, accedieron emocionadas y fue así que me convertí en la fotógrafa de las *fuegueras*. Eso transformó mi experiencia en el campo de manera particular, y de investigación de manera general, me sentía, desde mi rol, parte del espacio y de una experiencia colectiva. Aprendí de ellas a “entrar y salir del sema⁷⁸”, con su ayuda poco a poco fui encontrando mi propio lugar para no interferir en el que ellas ocupaban al realizar su rutina, aprendí a “escuchar” el semáforo e identificar que el sonido que emite para indicar el paso del tiempo es mucho más rápido y fuerte cuando faltan 10 segundos para que la luz roja cambie a verde.

Pude darles sentido a muchas de mis experiencias “dentro” del semáforo, gracias a compartirlas y escuchar sus interpretaciones. Como lo que implica en el cuerpo y en las emociones, sentir en la espalda el ruido del motor de los automóviles cada que me colocaba agachada hasta el frente para no bloquear la visibilidad de lxs espectadorxs y poder fotografiarlas, o la molestia que me ocasionaba las veces que los automovilistas que estaban detrás de mí “jugaran” pisando de a poco el acelerador, para que el auto emitiera el sonido de arranque, voltear a verlos y descubrir risas burlonas. Reconocer la sorpresa que causaba las personas mi presencia con una cámara fotográfica, la cual algunas veces iba acompañada de comentarios invasivos por parte de algunos varones: “ey amiga tómate una foto a mí”, “¿a qué hora venimos por ustedes?”, “¡este [billete] es para la fotógrafa!”.

Otras veces nuestras miradas se encontraban y me compartían sus impresiones “se rifan las morras”, “qué curada [bonito] lo que hacen” o me entregaban comida o dinero. Constantemente las chicas y yo hacíamos bromas sobre que si algún varón las acosaba yo

⁷⁸ “*Entrar al sema*” no solo se refiere al momento en el que ocupas la vía pública una vez que se pone el alto, sino que implica también contar aproximadamente tres segundos para cerciorarte de que los autos se hayan detenido por completo, pues no falta algún automovilista que se pase el alto y que cause un accidente. “*Salir del sema*” implica moverse con agilidad entre los carriles para llegar a la banqueta y muchas veces hacer señas levantando las manos para que los automovilistas no aceleren.

iría a donde estuvieran para tomarle fotos y evidenciarlo. También entre bromas había una cierta impresión de que la presencia de la cámara hacía que la gente se sintiera obligada a darles dinero, pues podría registrar sus reacciones de indiferencia.

Tomando en cuenta lo anterior y trasladado a nuestro ejercicio cartográfico, reveló un lugar de enunciación con posiciones comunes y diferenciadas al hablar de nuestras experiencias y de los *sentipensares* con los que hemos recorrido y co-habitado la ciudad. Dichas posiciones además son móviles pues transitan entre la voz colectiva con la que nos pronunciamos como mujeres, como caminantes, como colaboradoras y como intérpretes de una trama urbana densa y heterogénea; y la voz individual y situada con la que cada una de nosotras decimos quiénes somos y lo que particularmente nos convoca, en mi caso una voz con la que he intentado expresar de manera honesta mis intereses y reflexiones como investigadora, con la que nombro los límites de mis prácticas y también me cuestiono sobre ellas.

En ese sentido, mi voz situada -como una mujer cuya movilidad nocturna no es obligatoria y además, es diversa en posibilidades y medios de transporte- me permitió reconocer mi otredad, no solo en el sentido de que las experiencias y el trabajo de las *fuegueras* eran una realidad desconocida para mí, sino reconociendo que mi interpretación sobre dicha realidad sería parcial por más receptiva y empática que quisiera mantenerme, pues hay privilegios de clase social que están impregnados en mi experiencia. Reconocer esto fue un elemento importante para seguir reflexionando sobre los límites y posibilidades de la colaboración de las *fuegueras* en esta investigación, pues ello significó una constante negociación de formas, tiempos y necesidades sentidas.

Ahora bien, la propuesta de elaboración de mapas, tal como se propuso en el segundo capítulo de esta tesis, fue llevada a cabo en dos modalidades: una colectiva, trabajada con Andy, Mery y Vanessa y otra individual, con Beileen y Alicia. Iniciamos el proceso con un taller de CS⁷⁹,

⁷⁹ El taller se llevó a cabo en dos sesiones de tres horas aproximadamente. La primera, estuvo enfocada en que conocieran las nociones básicas sobre la Cartografía Social y las posibilidades de reflexión que se abren con el ejercicio del mapeo. Este bagaje introductorio nos permitió discutir mi interés por esta particular metodología y escuchar las impresiones de las colaboradoras al respecto de emplearla. Una vez que decidieron que querían realizar el ejercicio de mapeo hicimos una lluvia de ideas sobre la temática que posiblemente abordarían. La segunda sesión estuvo enfocada en profundizar en la temática elegida por cada una a través de una descripción

en el cual les compartí nociones básicas sobre esta metodología y cada colaboradora tomó la decisión sobre la temática que quería abordar en su mapa, Beileen, Mery y Andy, optaron por centrarse en mapear la trayectoria cotidiana de su casa al semáforo y viceversa, incluyendo algunos elementos que espacializan el semáforo donde trabajan. Vanessa y Alicia, por su parte, mapearon el semáforo y la forma en la que organizan sus actividades cotidianas en él. En los cinco mapas emergen espacialidades interconectadas, donde lo productivo (el trabajo) y lo reproductivo (la casa) se entrelazan y desafían el binarismo sobre la noción del espacio público y el privado, pues son escenarios espaciales que se necesitan uno a otro para producirse.

El ejercicio de CS puesto en marcha significa una vía posible para acceder a las representaciones y experiencias socioespaciales y temporales de las colaboradoras donde se implican identidades, prácticas, itinerarios, subjetividades, formas de ser y estar en la ciudad y la noche urbana, las cuales actúan como fuente de conocimiento que nos permite reflexionar sobre los significados que otorgamos a los distintos acontecimientos de la vida cotidiana, al mismo tiempo que explicar de manera profunda los procesos socioculturales que la conforman. Los mapas que aquí presentamos son representaciones de una realidad que no es neutral, sino producida desde la mirada crítica de las colaboradoras, a través de reflexiones y cuestionamientos sobre las manifestaciones de la violencia y precariedad que circundan su trabajo productivo en el semáforo, sus formas de experimentarla y también de disputarlas y resistirlas.

Cuando sistemáticamente se ha omitido la perspectiva de las mujeres de las lógicas de ordenamiento del espacio público, la CS se vuelve necesaria para desentrañar las opresiones que develan la producción colonial, patriarcal y capitalista del espacio y tiempo social. Opresiones derivadas de la estigmatización del trabajo informal y de los estereotipos de género, de clase social y de edad, que se sitúan por encima de cualquiera de sus capacidades y cualidades y que significan un costo social muy alto por la decisión de trabajar en lo que les gusta, costos que nos permiten comprender el lugar social que disputan las colaboradoras.

del espacio a mapear, elaboré una especie de guion cartográfico con preguntas detonadoras que orientaron a las jóvenes en la elaboración de sus mapas. El guion trabajado se puede consultar en el Anexo 4 de este documento.

Cada mapa que presentamos en este apartado está intrínsecamente ligado al relato no lineal que lo acompaña y complementa, pues el lenguaje -oral, al momento de explicar el mapa, y escrito para presentarlo en esta tesis- crea otras representaciones y refuerza las que han sido creadas con la iconografía plasmada en el mapa. Integrar múltiples lenguajes en la puesta en marcha de la CS nos permite problematizar nuestro propio régimen de visualidad ya que el objetivo está puesto en “hacer emerger” a través de un entramado narrativo, más que totalizar la complejidad del espacio en una imagen (Iconoclasistas, 2013).

Para nosotras, las *fuegueras* y yo, los mapas también son lienzos que necesitan de nuestras subjetividades, presentes a través de las diversas emociones que se enuncian y quedan literalmente fijas en el tiempo y el espacio donde se teje la vida cotidiana. En ese sentido, podemos ver cómo las emociones nos invitan a extender la interpretación de los mapas, pues nos lanzan preguntas sobre el porqué se detonan y cómo se modulan, lo que hace posible colocarlas en contextos de interacciones más amplias donde cobra sentido hablar desde lo individual para así poder explicar lo general. Así, con las emociones vertidas en los mapas, las colaboradoras refuerzan la disputa a las narrativas hegemónicas instaladas en la tradición cartográfica, que han dejado fuera de análisis del espacio a las subjetividades que le dan sentido.

La enunciación de las emociones que surgen a través de la experiencia, permitió recorrer sus tránsitos cotidianos y estar en sus espacios de trabajo desde la imaginación y la memoria, un ejercicio de reflexión sobre sus realidades, es en ese sentido que sus mapas son más que dibujos, pues atestiguan la experiencia de un cuerpo sintiente. Para poder conectar experiencias y emociones trabajamos con un mazo de tarjetas con 12 familias de emociones, cada una con 5 niveles de intensidad marcados con números del 1 al 5, en donde la intensidad de la emoción va subiendo del número menor al mayor. Las tarjetas estuvieron a su disposición para emplearlas si así lo deseaban, pegándolas en sus mapas para relacionarlas con los espacios en donde se generan esas emociones.

Durante el ejercicio la única que no empleó las tarjetas fue Vanessa, sin embargo en su relato ella nombra distintas emociones que, interpreto, el ejercicio cartográfico le permitió nombrar. Así, su mapa muestra un nivel de detalle en el dibujo que es interesante de resaltar, líneas trazadas con detalle y precisión, que revela que aunque su creación haya sido colectiva, las imaginaciones y creatividades en tanto actos individuales revelan mapas singulares que, lejos de buscar objetividad, destacan la potencia de la subjetividad, la sensibilidad y la imaginación.

De este modo, a partir de las calles caminadas y las noches vividas, emerge de los mapas un entramado de relaciones que dan forma a un espaciotemporal lleno de contrastes que se produce a través de una doble reflexión, una en el momento en el que se elabora el mapa y otra en el que se relata lo que allí se evocó. Pues como sintetiza Mery, *“viendo mi mapa y volviendo a pensar en todo eso, se siente diferente porque ya lo ves como en realidad es. Como que ya ves los riesgos que están en la calle y todos esos peligros en los que no estás pensando todos los días, pero están ahí”* (taller de cartografía, 2021). Reflexión que además se extiende entre quienes participan del proceso y da cabida a nuevas posibilidades de interpretación.

Recuerdo la noche en que Andy, Mery, Vanessa y yo elaboramos los mapas del semáforo, justo en el momento en el que Mery nos compartía su resultado entró en la habitación donde nos encontrábamos el “Sopas”, como es conocido su novio. Se acercó a nosotras y se quedó parado escuchando lo que ella decía, cuando terminó de hablar, recuerdo voltear a verlo y descubrir un rostro completamente sorprendido, sus ojos estaban totalmente abiertos. Se quedó viendo fijamente a Mery y le dijo *“no sabía que todo esto te pasaba, cuando quieras te puedo acompañar al sema”*, ella sonrió tímidamente y todas nos quedamos calladas.

La reacción del “Sopas”, un músico que también trabaja en los semáforos, revela una experiencia del espacio urbano que no es neutral, pues las lógicas estructurales -y patriarcales- de la ciudad, al estar mediadas por el género, crean diferenciaciones y valores simbólicos que influyen en nuestra experiencia cotidiana. Por otro lado, su respuesta también me confirma que para salir del efecto normalizador que se produce al considerar como

privadas las vulnerabilidades cotidianas que vivimos las mujeres, es necesario nombrarlas en voz alta, y más aún, implicarnos todxs en una escucha radical y empática, capaz de interpelarnos y de convertir eso que se dice y se escucha, en nuestras dignas exigencias. No recuerdo cuanto tiempo estuvimos calladas, lo que sí recuerdo es que el “Sopas” rompió ese silencio diciendo *“te quedó bien bonita tu tarea”* e inmediatamente después, todas comenzamos a reír.

Así, los mapas dan forma y visibilidad a la realidad que viven las *fuegueras*, lo que está en ellos es la representación de lo que es percibido por quien lo elabora (Marchese y Fenner, 2019). Como lo afirma Andy, *“puedes notar todo lo que hay alrededor de ese espacio en el que estamos, es ver que sí existe y sí está ahí y que cuando ves todas estas cosas juntas sí te das cuenta de que son muchas y que tienes que tomar tus precauciones porque todo pasa en un ratito”* (Andy, Taller de cartografía, 2021).

5.3.1 Andy. “The high life en Tijuana”



Fuente: Andy, 2021.

Este mapa se trata de mi transcurso y de mis días, de mi trabajo, de mis sentimientos a la hora de estar trabajando y en el transcurso del trabajo a la casa. En el trabajo, siento a veces disgusto por la gente que pasa y dice cosas como no tan agradables. Buen humor, cuando las personas valoran tu trabajo, cuando te dicen ¡Ah qué bonito! Aunque no te den tanto dinero, no nada más por dinero es por lo que estamos ahí, también es para agradecerle el día a algunas personas. El estima, es porque hay personas que cuando admiran tu trabajo o les gusta, te desean un bonito día o hasta te bendicen, ¡que Dios te bendiga! O cosas así, aunque yo no soy tan religiosa, pero hay veces que cuando vienen de señoras siento como si me lo dijera mi mamá, o alguna tía, o mi abuelita, ¡Cuidate mucho hija! Y cosas así, pues se me hace un afecto bonito o unas palabras bonitas.

Una cosa que me disgusta y lo puse aquí es lo de la gasolinera [sic], porque hay sectores, por ejemplo en playas [de Tijuana], donde no nos venden gasolina a nosotros porque saben que vamos a trabajar ahí a los semáforos y no quieren que les ensuciemos su colonia con nuestra presencia. Puse algunos lugares emblemáticos de esta zona como el Calimax [supermercado], es importante para mí porque es el único lugar donde puedo ir al baño. En otros lugares como el Starbucks no me gusta ir, me siento incómoda, no porque me hayan dicho algo, sino porque me han mirado mal, hasta cuando he ido a comprar algo, como me ven mugrosa, no sé, te hacen sentir mal.

Los otros lugares como el centro comercial son importantes porque gracias a esos lugares hay una afluencia grande de carros o de gente y eso me conviene porque digamos que son posibles clientes. Del transcurso del trabajo a la casa, siento a veces miedo sobre todo cuando llego a las escaleras que forzosamente tengo que subir. Hay una parte que me gusta, es la que dibujé aquí, me gusta por los mensajes que tienen escritos los escalones, pero solo me gusta por eso no por el espacio y la parte que no me gusta es que siento miedo, porque siempre está muy solo, o muy oscuro, y asco porque huele a orín y hay mucha mugre y los escalones siempre están manchados de orines y el olor está muy impregnado en todos lados, no creo que lavando se quite, aunque hubiera una buena higiene creo que ya sería muy difícil quitar ese olor. Y pues bueno, no sé si debería decir esto, pero esta parte oscura la dibujé porque es una parte por la que no me gusta pasar, porque digamos que es sabido por aquí que es un “punto” [lugar de venta de drogas] y pues siempre hay personas muy alteradas, se escucha que se pelean y se les nota también en la cara que son bien “cricos” [que consumen crack].

Bueno, después de cruzar todo eso, con el miedo y todo, pero pues tienes que seguir subiendo, por fin llego a mi casa y me siento tranquila, me siento serena y satisfecha por haber salido a trabajar y regresar con bien a la casa (Andy, taller de cartografía, 2021).

5.3.2 Mery. “Mis ulas y yo”



Fuente: Mery, 2021.

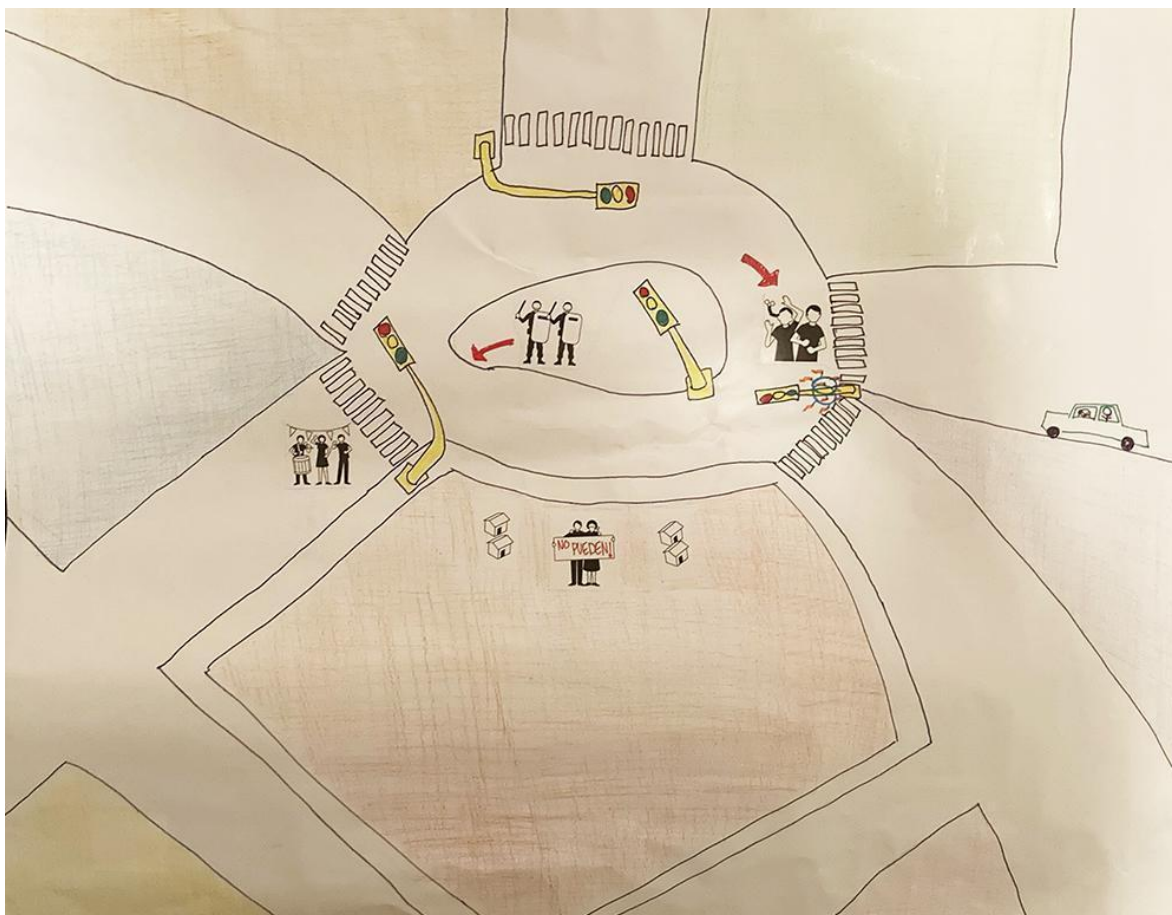
En el mapa, en la parte de en medio, estoy yo y están mis emociones. Lo que siento al estar trabajando en el semáforo, me siento aparte de entusiasta porque puedo explorar mis trucos o porque es un espacio donde siento que puedo jugar y que me divierte estar ahí, me siento feliz porque aparte de lo que yo me estoy dando a mí misma, como el poder crecer de esa forma en el malabar pues es un beneficio también para mí y ver que a la gente le gusta me hace sentir feliz.

En el semáforo también hay ciertas cosas que me enfadan, como el que llegue la policía y me quiera correr sin que haya un porqué o el que quieran revisar tus pertenencias para saber si traes algo o si estás o no estás bien. También en el espacio donde yo trabajo hay un cierto lugar, una cabinita que me causa curiosidad porque entra mucha gente ahí, entran muchas mujeres que por su aspecto sabes que viven en la calle, se quedan ahí un rato y luego salen y a veces el señor que vive ahí cuando sale con ellas, sale muy nervioso y se muestra muy intenso y con varias ideas en la cabeza que pues no es de una gente normal o que esté en sus cinco sentidos. Pero me da curiosidad saber, pero sé que dentro de esa curiosidad no está bien que yo esté ahí mirando o volteando, porque la gente puede reaccionar de cierta forma que me va a causar miedo, que yo me llegue a enterar de cosas que yo no quiera saber sobre de lo que pasa ahí.

En la parte del transcurso del semáforo a mi hogar, hay calles como la calle Séptima que por lo regular hay demasiadas personas en la calle, a mi esas personas me dan miedo por varias cuestiones que yo he sentido hacia mí y hacia personas que están conmigo, como insultos o palabras vulgares. He llegado a ver muchas cosas que hacen las personas que están en la calle y pues si me causan demasiado temor, tanto ellas, como personas que pasan en sus carros o que se nos queden viendo, o que nos quieran quitar nuestras pertenencias. Como es un lugar solo y son varias calles tratamos de no sacar el celular, de guardar el dinero, de caminar lo más rápido posible, y ya cuando llegamos a la Revolución pues ya es un poquito más de seguridad, ya sentimos la paz, la paz regresa a nosotras.

Lo que me hace sentir segura de la Revo [Avenida Revolución] es que hay más gente y que hay más diversidad de gente, hay gente que está en los bares y que se está emborrachando, pero también hay familias, eso nos hace sentir un poquito más seguras. Y de la Revolución al hogar por lo regular caminamos, si te vas por la Tercera es tranquilo y hay luz en la calle, ahí sale un taxi que nos puede acercar al hogar, pero no siempre lo podemos tomar o más bien no siempre nos quieren subir, entonces caminamos otra vez hasta el hogar y pues ya al llegar me siento feliz porque ahí está mi amor (Mery, taller de cartografía, 2021).

5.3.3 Vanessa. “Mi arte callejero”



Fuente: Vanessa, 2021.

En este mapa yo dibujé cómo es mi trabajo en el sema, hay cosas que me pasan aquí que no me pasan en otros lugares a donde voy a trabajar. Lo primero es que si quiero ganarme el sema tengo que llegar temprano, a eso de las 3 o 4 [de la tarde] para empezar a las 7 [de la noche], entonces lo primero que hago es llegar y amarrar mi hula, que significa que ya llegué. Luego me voy a buscar un lugar cerca para estacionar mi camioneta, tiene que ser algo que yo pueda estar viendo porque ahí se quedan mis hijas, no me gusta tenerlas en la calle conmigo porque es peligroso, me da miedo que algo les pueda pasar, o que me las puedan jalar, o luego no falta quien te diga ¡ah qué irresponsable como tienes a tus hijas ahí! por eso no me gusta que las vean en la calle y mejor les llevo cosas para que se entretengan ahí en la camioneta, mientras yo trabajo ellas me esperan ahí y pues les compré un pintarrón y crayolas, libros para colorear y todo para que estén entretenidas, cierro con seguro y les dejo un poquito abajo el vidrio y las estoy viendo desde lejos.

Nos turnamos a las niñas con mi esposo para que no todas las noches tengan que estar saliendo, se me hace que es cansado para las niñas y enfadado también de que anden todo el día en la calle o que la mayor parte de su día se la viven en la camioneta y así no es, pues también hasta digo, ay no pobrecitas. Aquí dibujé unos locales donde a la gente no le gusta que estemos tocando con los tambores, les molesta la música y ellos le hablan a la policía y la policía llega y nos mueve, o en pocas ocasiones si nos ha pasado de que han llegado y así a la mala, no te dicen nada, simplemente es que no puedes tocar aquí, ya sabes que no puedes trabajar aquí, súbete y te vamos a llevar o pues saca todo el dinero que hayas chambeado. Eso pocas veces nos ha pasado, casi siempre llegan y te dicen oye, nos pasaron un reporte y no pueden trabajar aquí para que mejor se muevan. Eso es más con la música, porque ya con los malabares pasa menos, los locales están cerrados, pero de todas formas la policía te quiere quitar.

Aquí dibujé unos vendedores que también trabajan en el sema con ellos a veces hay conflicto porque no respetan que si tú llegas primero a trabajar los primeros carros que se forman en el sema son tuyos y yo siempre les digo: si yo llego primero, del tercer carro para atrás tu vendes, pero no siempre respetan eso, cuando yo llego al sema y ya hay vendedores me espero o me busco otro sema, o les digo que yo voy a pedir del tercer carro para atrás. También dibujé a otros malabaristas, porque también con ellos hay conflicto, aunque los conozcas, porque todos los que andamos trabajando en la calle nos conocemos, pero una cosa es que los conozcas y otra cosa es decir que es mi compa o es mi amigo y si nos ha pasado, de hecho hace poco, con un chico que trabaja en el semáforo también, desde que yo lo conocí, me dijo que él era el primero que empezó a malabarear aquí en Tijuana y que el saca las chambas aquí en Tijuana y así ¿no?, pues yo lo escuché simplemente ese día y como no me perjudicó ni nada pues ya le di el avión, pero ahora lo hemos estado viendo mucho y en ese semáforo, porque hemos estado yendo ahí mucho porque nos va bien.

Entonces como le ganamos, llegamos más temprano que él, como que se molestó y nos dijo: “ya van varios días que no me han dejado trabajar aquí” y ya llegó ahora sí a la mala. Yo estaba con mis amigas con las que trabajo, entonces llegó y nos dijo que “ya no nos quería ver ahí”, y que “nomás porque son morras, si no también les suelto uno”, Ay no sé cuánto, ¿no? Que según quería llevar a su novia para que nos golpeará y empezó a amenazarlos. Y pues le hemos dicho: “la calle que no es de nadie, tú sabes que es quien llega primero”. Si

yo llego y te veo, yo te respeto y mejor me voy, así ha sido siempre. Y no puedes decir que es tu semáforo porque es público, ¿no?

5.3.4 Beileen. “Mi vida en un mapa”



Fuente: Beileen, 2021.

Este mapa trata de mi vida, realmente tú puedes ver un día de mi vida diaria aquí, me levanto, y estoy con mi hijo, veo qué cosas necesita y lo hago, dejo todo listo para irme a trabajar. Por la tarde salgo de mi casa para ir rumbo al sema y ya estando en la calle empiezo a ver cosas que no me gustan.

Por ejemplo, por aquí tengo que pasar un cerro que está por mi casa pero aquí hay muchos malandros y drogadictos, hay puntos de venta de droga y todo eso y todas las veces que paso, me dicen cosas que me incomodan y aunque yo paso por largo como que ya no voy segura y siempre voy pensando: “Ay ya quiero salir del callejón”. Ya llegando aquí es donde ya me siento segura, es una tienda donde hay un montón de cámaras ya es una calle principal donde pasan taxis, carros y hay gente que yo conozco, además la tienda está abierta todo el tiempo, aunque ya sea de noche y esté cerrada la gente está atenta y si les tocas te abren rápido. Además, también por aquí está la casa de una amiga y también tiene cámaras.

Ya aquí me toca bajarme para ir al sema, aquí es un parquecito donde también se toman calafías⁸⁰ y taxis, aquí no hay cámaras, pero hay muchas tiendas, hay un Oxxo [cadena de tiendas de conveniencia] en el que puedo pedir ayuda en dado caso. Esta calle ya está un poquito sola, si hay gente, pero también son adictos y vagabundos caminando y te causa incomodidad como de que “ah otra vez se me va a cercar” o algo, la sensación no es de miedo es de incomodidad, a diferencia de lo que pasa aquí, aquí si es miedo, porque estos si están con esa malicia de hacer algo, son de estas personas que están bien, pero maliciados. Y pues ya, aquí tomo el taxi que me lleva al centro y ya sé que ya empieza mi día de trabajo y voy con entusiasmo y con alegría y ya puedo estar enfocada en otras cosas.

De regreso a mi casa es distinto porque vuelvo de noche y todo está más solo me da temor otra vez pasar por el cerro y de tanta basura que tiran, a veces es difícil caminar por ahí, te puedes tropezar con lo que te encuentras en la calle y tienes que ir alerta, ese ha sido un problema de toda la vida. Donde viven los malandros la policía va pero nunca los saca, me gustaría que hubiera más seguridad, más cámaras, que se penalice a la gente que tira basura y que no hace caso, a los malandros que se los lleven y que pongan arbolitos.

Pero la verdad es que a mí me gusta mucho la noche. No te sé decir por qué, pero realmente yo disfruto la noche. Es algo que me llena de tantas cosas, de tanto sentimiento, como que la noche me pone melancólica. Porque por ponerte un ejemplo, cuando vengo de regreso hay veces que no escuchas nada, ni los perros, nada, solo un vacío... el silencio... y ahí es cuando uno disfruta de ese pequeño placer de la noche, de ver la noche, ver la luna, las estrellas. De ir caminando y te quedas tripeandote al cielo y lo ves desde otra perspectiva, sin ruido, no ves problemas, ya es de noche. Como que tu cerebro dice bueno ya me voy a dormir, ya mañana lo que sea, pero ya es de noche.

Uno piensa más de noche, piensa mejor las cosas de noche y es una de las cosas que uno disfruta cuando regreso en la noche a mi casa, sigo caminando y me imagino que no hay calor. Está fresca la noche, voy a gusto y disfrutas esos pequeños momentos, aunque sean cortos, pero uno lo disfruta. Me gusta porque es el tiempo donde me puedo poner a pensar ¡Ay güey tengo un hijo! y de tres años, y ya pasaron tres años de mi vida, y yo no lo puedo creer, porque en el día es cuando empieza la chinga de que hay que levantarse, hacer cosas en la casa y andar de arriba pa' abajo, de arriba pa' abajo. Pero de noche no, todo a gusto. (Beileen, taller de cartografía, 2021).

⁸⁰ Nombre que reciben las unidades de transporte público, adaptaciones de camionetas tipo *van* para uso colectivo, características de la ciudad de Tijuana. Dicho nombre se hizo popular durante el periodo 1971-1977 en el que el gobernador de Baja California Milton Castellanos Everardo, le dio notable proyección al personaje de la reina Calafia, elaborado por Garci Ordóñez de Montalvo en su novela caballeresca *Las Selgran de Esplandrián* 1492. (Piñera, 1999)

Bueno, estando aquí parados, en este semáforo en específico, me da terror y ansiedad, cuando pasan los... ah y enfado también, pasan los carros en friega, por el lugar en sí. Como es un lugar muy abierto y cuando vienen muchos carros, muchísimos, muy rápido como que ya no sabes en qué momento va a ocurrir algo, porque cuando este semáforo está en verde, por ejemplo, que vienen así en la curva de arriba, al llegar aquí ya se puso en rojo y frenan muy feo, o se pasan para acá y provocan muchos accidentes, todos los días es lo mismo, lo que me da terror es que puede rebotar algún carro hacia acá. También disgusto, porque aquí se hace como una fila muy larga. Entonces se pasan el semáforo y no respetan, entonces constantemente se está viendo en este semáforo muchas faltas de tránsito que están poniendo en peligro, o sea, no solamente nuestras vidas, que estamos ahí en medio del todo en el guateque, sino de los mismos que están en los carros y me da mucha, mucha ansiedad, porque también pasa mucho el viento y es como un ruido constante, entonces todo eso te hace estar alterado.

Pienso que si fuera un gato estaría así con los pelos parados, tengo que estar muy atenta todo el tiempo. Pasión, autoconfianza, entusiasmo, alegría y satisfacción, todas estas las siento aquí cruzando la calle, porque es donde me toca hacer lo que me gusta. Entonces me da entusiasmo porque sé que al final del día estoy haciendo lo que me gusta y me da una remuneración, en donde puedo sustentar mi vida y la de los míos. Autoconfianza, porque sé que en ese momento es como si tuviera, no tanto así como el control de la situación, pero en ese momento es como si se detuviera el tiempo y lo único que importa es lo que tengo en el aire. Entonces es como si estuviera en control de la atención de las personas que están aquí también, donde si pongo una cara contenta, si estoy sonriendo, me van a regresar la sonrisa si es que me enoja, también, porque sucede como este efecto espejo en las emociones que experimento aquí a los que me están viendo.

Satisfacción por lo mismo, por el entusiasmo, porque estoy haciendo lo que lo que me gusta y cuando me sale una rutina limpia, así que no se me cae nada digo ¡sí!, alegría y pasión es todo lo mismo. Luego todas estas aquí, el asombro, el bochorno, remordimiento y aversión por lo que les toca a las personas que están en los carros. Aversión por algunos, porque me ha tocado acosadores que se bajan, por ejemplo, la bragueta del pantalón y me ponen así la mano [estiran la mano fuera de la ventanilla] para que me acerque y cuando están en la ventana como que bajan la mano con el dinero para que yo entre para poner atención y que los vea con todo de fuera y pues guácala, qué feo que hagan eso, me da mucho asco que hagan eso. El acoso en general pues, yo siento que es más en la noche, como está más oscuro y de lejos no puedes ver cómo está la gente adentro del carro, yo pienso que aprovechan eso para sentir el valor de hacer esas porquerías, es raro, porque es algo muy molesto pero también luego me llegan esos pensamientos de “te hubieras ido antes”, “para qué te expones”.

Asombro cuando los niños que me están viendo se ponen bien contentos y se ponen a aplaudir. Eso me da mucho gusto y mucha satisfacción, me sorprende que todavía no tienen ese juicio, como de los padres, de juzgar nuestra presencia. Remordimiento siento cuando me dicen ¡deberías de estar haciendo otras cosas!, ¿qué no piensas en el niño?, ¿por qué lo expones? [risas] muchas veces me han dicho “oye estás bien bonita o qué bonitos ojos tienes, deberías de trabajar en otra cosa” y yo les digo ¿qué tiene que ver una cosa con la otra? pero sí me toca experimentar ese remordimiento terrible, porque me hace pensar y ¿si estoy

haciendo mal en llevar a mi niño? Pero tampoco tengo mucha opción porque mi familia no me lo va a cuidar. Viéndolo bien, en este mismo espacio en donde siento estas emociones también siento estas otras, todo en un mismo lugar. Y sin importar que ya le vi los “huevillos” a un güey, tengo que salir o seguir, así como si nada hubiera pasado (Alicia, taller de cartografía, 2022).

5.4 *Tempos* de la *noctariedad*.

Los mapas y los relatos antes presentados nos muestran las coordenadas básicas del hacer de las *fuegueras*, en ellos quedan plasmadas representaciones que significan al trasfondo espacial y temporal de su trabajo, el cual además está entrelazado a otros ámbitos de su día a día y de su noche a noche. Tal como las líneas que serpentean en el mapa de Andy, que conectan espacios públicos con su casa, su espacio privado, a través de un contraste de emociones que tocan partes específicas de su cuerpo, la vida cotidiana es un todo interconectado, una totalidad que “constituye un escenario amplio dentro del cual el trabajo solo es una pieza que no toma sentido en sí misma sino en relación con todo el resto de la vida cotidiana del sujeto” (Lindón, 2009, p.47).

A través de los mapas y sus relatos, podemos comprender que los *tempos* de la *noctariedad*, en tanto formas de significar las dimensiones temporales de la precariedad del trabajo se construyen durante la noche pero sin quedar supeditados a ella. Pues las condiciones de incertidumbre y vulnerabilidad que los caracterizan se expresan a través de una sucesión de espacios -entre el semáforo y la casa- y de tiempos -entre el día y la noche-. Por ello, pensar en estos *tempos* implica considerarlos como una totalidad que da cuenta de cómo se reproducen las relaciones de explotación, las relaciones sociales machistas, los privilegios patriarcales en el acceso y uso del espacio público y las concentraciones de poder que colonizan el espacio.

Dicho así, la *noctariedad* como una condición particular de precariedad enlazada a las configuraciones estructurales antes nombradas, deviene en un orden social que se inscribe en los cuerpos y subjetividades (Lorey, 2016) cuya imbricación a otros dispositivos de opresión, produce experiencias y efectos diferenciados que deben ser analizados. Pues es en el encuentro con el género, la clase social, la edad e incluso con la maternidad como una

condición que produce señalamientos y estigmas sociales, que podemos comprender cómo este orden es cuestionado y disputado por las *fuegueras*, a través de prácticas que subvierten los usos hegemónicos que se imponen en la materialidad del espacio público.

Estas prácticas, vistas en conjunto y localizadas en los mapas en tiempos y espacios específicos, evocan formas de abstraer la realidad configuradas por códigos que las identifican, como amarrar el hula al poste del semáforo, por subjetividades y emociones como valoraciones que le otorgan al entorno, a sus prácticas y a las interacciones que se producen a partir de ellas. Este conjunto de elementos permite explicar los significados que le otorgan a su acción (De la Garza, 2018) y trascienden la dimensión económica que circunda al trabajo, pues “*no nada más por dinero es por lo que estamos ahí, también es para agradecerle el día a algunas personas*” (Andy, taller de cartografía, 2021), tal como lo comparte Andy en el relato de su mapa.

Por lo tanto, es a partir de los elementos mencionados que organizamos los *tempos* de la *noctariedad* en tres dimensiones: el *tempo de cotidianidad*, el *tempo de violencias y moralidades* y el *tempo de estigmas y criminalización*. En ellos, las configuraciones subjetivas del trabajo quedan entramadas a través de percepciones y significados que le son conferidos, los cuales están en estrecha relación con otras prácticas con las que reproducen su fuerza de trabajo, como las domésticas, de cuidados y autocuidados o las lúdicas, expresadas en la posibilidad de que el tiempo en el que se lleva a cabo el trabajo también puede ser un momento para explorar nuevas habilidades y trucos malabarísticos que las hagan divertirse.

Tempo de cotidianidad. “Realmente tú puedes ver un día de mi vida diaria aquí”.

La vida cotidiana, como lo ha reflexionado Rossana Reguillo (2000), es un lugar estratégico para pensarnos como sociedad, no solo porque es el espacio donde se encuentran las prácticas y las estructuras de los escenarios de la vida social, sino porque en ella es posible palpar la pluralidad de símbolos e interacciones que con su posible repetición abren paso a la innovación. La cotidianidad es pues, ante todo, “el tejido de tiempos y espacios que organizan

para los practicantes los innumerables rituales que garantizan la existencia del orden construido” (2000, p. 77) y al que es posible conferir sentidos con los que podemos explicar nuestra propia existencia.

Pensar en dichos rituales y en su carga simbólica, nos pone de frente al conocimiento incorporado y a las acciones que son fruto de un proceso reflexivo y dinámico sobre el mundo social constituido por el tiempo y el espacio, pues organizan el despliegue de las prácticas de lxs actorxs sociales. Es por ello que, para Vanessa llegar al semáforo “*a eso de las 3 o 4 [de la tarde] para empezar a las 7 [de la noche]*” (Vanessa, taller de cartografía, 2021), constituye una ritual aprendido y marcado por una certeza condicionada, pues llegar en un tiempo específico al espacio de trabajo no asegura que este no se encuentre ocupado por otrx malabaristas, así como “*ganarse el sema*” no significa acceso automático a una ganancia económica. Esto ilustra una condición de incertidumbre que constituye el primer aspecto característico que queremos resaltar de este *tempo de cotidianidad*.

A diferencia de las mujeres que se dedican al comercio informal, como Rosa o Alejandra, (historias que analizo en el Capítulo 4) cuya permanencia en los espacios de trabajo es fija, la apropiación del semáforo que viven las *fuegueras* implica una movilidad obligada por su búsqueda. Es por ello que, detrás del ritual que efectúa Vanessa, hay una comprensión profunda de las dinámicas y los ritmos del espacio que pueden aminorar la incertidumbre. Ese horario, por un lado, no es considerado “hora pico” en términos de flujo vial e implica la disminución de las actividades productivas como el malabar, y por el otro lado implica, en términos climatológicos, una dificultad debido a que los rayos del sol son más intensos y eso repercute en la energía corporal y en la visibilidad en el momento de efectuar las rutinas. Tener en cuenta estas reflexiones hacen que Vanessa vea en este horario altas posibilidades de encontrar un semáforo libre para trabajar.

En una jornada de trabajo, incluyendo la movilidad emprendida de la casa al semáforo y viceversa, se presentan una serie de configuraciones subjetivas a través de diversos sentidos, emociones y sensaciones que no se pueden separar del desplazamiento físico en el espacio (Lindón, 2006) y que además adquieren matices temporales pues suceden en un momento

específico de la vida urbana: la noche. Este es el segundo aspecto característico del *tempo de cotidianidad*, que subraya el contraste de subjetividades por las que las cinco *fuegueras* transitan en sus mapas y relatos. En ese sentido, Andy reconoce que pasa desde el disgusto hasta el buen humor y la estima como resultado de las interacciones⁸¹ que se producen con lxs automovilistas, motociclistas, ciclistas o transeúntes que hacen uso de las intersecciones viales, quienes en términos concretos, son lxs que otorgan diferentes ganancias, principalmente dinero o comida y ropa en algunas ocasiones.

Al acercarnos a estas emociones contrastantes entre sí, descubrimos que además son intersubjetivas. Alicia lo nombra en su relato como un “*efecto espejo*” propiciado por un intercambio de miradas y reacciones a partir del performance del malabar, de su despliegue estético y de su presencia en el espacio público. Ella asegura que “*si estoy sonriendo me van a regresar la sonrisa, si es que me enoja, también*” (Alicia, taller de cartografía, 2021). Las interacciones, articuladas por la intersubjetividad, potencializan la emotividad y funcionan como una forma de persuadir a lxs espectadorxs, lo cual es relevante para las *fuegueras*, pues de ello dependen las ganancias económicas que pueden recibir. Así, el reconocimiento a su trabajo a través de un gesto o una palabra afectiva, también funciona como un incentivo para ellas, pues como lo expresa Mery “*ver que a la gente le gusta me hace sentir feliz*” (Mery, taller de cartografía, 2021).

Las emociones nos orientan en el espacio, nos indican cómo recorrerlo y se quedan allí como una marca subjetiva que da cuenta de una experiencia vivida. En ese contexto, el contraste de emociones que sucede en el espacio de trabajo de las *fuegueras* complejiza sus formas de significarlo y de practicarlo. Así, el terror y la ansiedad que siente Alicia por la velocidad a la que pasan los automóviles, aunado a las constantes faltas de tránsito que ella identifica que ponen en peligro su vida y la de lxs mismos automovilistas, convive con su satisfacción y entusiasmo por estar haciendo lo que le gusta. “*Viéndolo bien, en este mismo espacio en*

⁸¹ Para comprender las diversas modalidades de las interacciones que se producen entre las *fuegueras* y otrxs actorxs sociales recurrimos a las reflexiones de Goffman (2006). Para el autor el encuentro social “cara a cara” define los sentidos de las situaciones en la que se encuentran insertas las personas en la vida cotidiana. De esta manera, tanto la mutua presencia y la mutua visibilidad como condiciones indispensables para la interacción según el autor, orienta nuestra reflexión sobre las relaciones sociales que emergen entre las miradas, los gestos o los acercamientos físicos en el espacio público urbano.

donde siento estas emociones también siento estas otras, todo en un mismo lugar” (Alicia, taller de cartografía, 2022), afirma Alicia.

Las tarjetas de las emociones que emplean Andy, Mery y Alicia refuerzan la condición contrastante del *tempo de cotidianidad* con una mayor presencia de emociones negativas con altos niveles de intensidad (entre 3 y 4, de acuerdo con los valores de las tarjetas), también hay presencia de emociones positivas lo cual permite ver como esta constelación de emociones está vinculada a la espacialidad del semáforo en donde la única constante es la disputa por su presencia en él.

Trabajar “*en medio de todo ese guateque*” (Alicia, taller de cartografía, 2022), como ella lo dice, significa entonces una cotidianidad caótica que la hace mantenerse en un estado de alerta. “*Ya no sabes en qué momento va a ocurrir algo*” (Alicia, taller de cartografía, 2022), una expresión temporal que hace referencia a una percepción alterada del tiempo, que además, es cotidiana pues “*todos los días es lo mismo*”, como ella misma lo menciona. Con ello, podemos inferir que el tiempo, es decir, los 90 segundos que dura la fase del “*sig*” -luz verde- del ciclo semaforico, es significado como peligroso, provoca un estado constante de inseguridad que responde a las condiciones que configuran el espacio e impactan en las actividades que realiza, en el marco de un trabajo carente de derechos y de protecciones sociales frente a los accidentes.

Asimismo, en el relato y en el mapa de Beileen podemos ver que su experiencia de movilidad genera emociones también ambivalentes, pues en un mismo trayecto experimenta temores y disfrute. Las primeras emociones mencionadas, derivan de un entorno urbano descuidado y sucio por el exceso de basura en las calles que además dificulta el tránsito, estas condiciones del espacio inciden en el imaginario de las mujeres relacionado con los riesgos de experimentar algún tipo de violencia en él, pues provoca sensaciones de atrapamiento o de movilidad restringida (Soto, 2014, 2017). Sus temores están temporalizados y denotan cotidianidad pues afirma que “*ese ha sido un problema de toda la vida*” (Beileen, taller de cartografía, 2021) con ello se refiere a una experiencia prolongada a partir de la cual ha aprendido a transitar en el espacio.

La segunda emoción, derivada de la temporalidad empleada para la movilidad, se presenta para Beileen como una posibilidad para la introspección pues siente que es un tiempo para ella misma donde hasta le es posible disfrutar de un cielo estrellado, esto revela otras especificidades de la noche como *espaciotemporal* cuyos usos no se reducen a lo festivo y distan de las representaciones vinculadas con el ocio y el entretenimiento. Lejos de considerar la noche como una temporalidad lineal y homogénea, la ambivalencia entre las emociones experimentadas por las *fuegueras* nos permite comprender las distinciones que pueden existir entre los diferentes momentos y espacios de la noche.

Es en ese momento de tránsito e introspección relatado por Beileen, que se puede observar la interconexión a otras espacialidades, lo cual constituye un tercer aspecto en torno al *tempo de cotidianidad*. En el caso de Beileen este *tempo* conecta al semáforo, donde experimenta entusiasmo y alegría, con su casa, donde experimenta “*la chinga*” (Beileen, taller de cartografía, 2021) del trabajo doméstico y de cuidados que le ha implicado vivir una maternidad agravada por la edad, pues conformar una familia monoparental desde la adolescencia ha significado asumir todo el peso de su manutención y la de su hijo. Así, el día significa “*andar de arriba pa’ abajo*” (Beileen, taller de cartografía, 2021) y la noche, a pesar de sus complejidades, una calma necesaria, un respiro, un momento contemplativo que además resignifica el espacio público.

Para Vanessa, la interconexión entre lo productivo y lo reproductivo, se da a partir de una espacialidad móvil, una camioneta que se vuelve el espacio de cuidados para sus hijas, cuando la negociación con su esposo sobre la distribución de ese trabajo recae sobre ella, y que regularmente estaciona en un lugar visible desde el semáforo donde trabaja. Más allá del aspecto de la maternidad, que abordaremos más adelante con relación al *tempo de estigmas*, podemos ver que esta interconexión responde, a una estrategia para alejar a sus hijas de los peligros de la calle que revela una condición de precariedad donde intersecciona el género y la clase social. Pues el trabajo de cuidados, como una tarea asociada con lo femenino, al ser asumida por mujeres trabajadoras que no cuentan con recursos económicos ni redes de apoyo que les permitan gestionar estrategias para aligerar la carga, tienen que optar por “hacer

malabares” para llevar a cabo actividades productivas al mismo tiempo que las reproductivas, lo que significa una compleja doble jornada simultánea.

En el relato de Vanessa también se expresa la disputa por la apropiación del espacio público en relación con una serie de códigos que hacen funcionar la calle, último aspecto a resaltar sobre el *tempo de cotidianidad*. Esta disputa se da principalmente con lxs vendedorxs ambulantes, quienes de acuerdo con las *fuegueras* permanecen por jornadas más largas en el semáforo y está orientada por el código que dicta que quien llega primero, tiene derecho a acercarse a recoger la ganancia de los carros más cercanos al semáforo. A pesar de que en el relato de Vanessa se entiende un código socializado, la disputa se genera por mantenerlo vigente y por reconocer, como Vanessa le explica a uno de los vendedores, que “*la calle no es de nadie, es [de] quien llega primero*” (Vanessa, taller de cartografía, 2021).

Dicha disputa, extendida a otros malabaristas adquiere matices sexistas y machistas que son parte de un *régimen patriarcal urbano* (Soto, 2014), se trata de un orden ideológico y espacial que organiza el espacio público a partir de desigualdades de género y exclusión para las mujeres. Vanessa ilustra esta dinámica en el encuentro que tuvo con un malabarista, que se refiere a sí mismo como “*el primero que empezó a malabarear aquí en Tijuana*” (Vanessa, taller de cartografía, 2021), el cual reclamó su autoridad y apropiación del espacio público por la vía de la antigüedad, una especie de derecho de pertenencia en relación al tiempo, que se vio desafiada por Vanessa al “ganar” el semáforo repetidas veces de la manera acostumbrada. La amenaza y la violencia física se hicieron vigentes, como un recurso histórico del dominio masculino para ordenar y administrar el espacio público.

Tempo de violencias y moralidades. “Tengo que seguir, así como si nada hubiera pasado”.

Una noche mientras caminaba por la ciudad, llamó a mi atención un mural que muestra parcialmente el rostro de una niña. La fuerza de la imagen está contenida en su mirada, pues sus grandes ojos resaltan una expresión de temor que lo confirman las dos pistolas que están apuntándole, cada una de un lado de su cabeza, y que tienen escrito en el cañón la palabra “violencia”. Un atardecer en tonos naranjas y el arco que se encuentra en la Avenida

Revolución se aprecia al fondo, cualquier año, cualquier día, cualquier hora en Tijuana. El patriarcado está en todos lados, no solo ha tomado las calles sino también los muros de la ciudad⁸².

Para esta parte del análisis, en torno al *tempo de violencias y moralidades*, retomamos la categoría de *régimen patriarcal urbano* (Soto, 2014) para temporalizarla, es decir, articularla a la noche como un tiempo específico -más no exclusivo- en el que este régimen se manifiesta en los espacios públicos urbanos. Esto con el fin de identificar las maneras en las que se impone el mandato de dominio masculino y con ello comprender las subjetividades que atraviesan este *tempo* en los modos de ser y estar en la ciudad que para las *fuegueras*, se corresponde con diversas condiciones de precariedad, inseguridad y vulnerabilidad.

El miedo a la violencia en el espacio público, es una amenaza latente en la que hemos sido socializadas las mujeres. Dicha emoción incide en las prácticas de movilidad y se entrelaza a la experiencia subjetiva del espacio. Se diluye en las diversas situaciones que las *fuegueras* narran y mapean sobre las particularidades de sus condiciones de vida y se potencializa con la intersección del género y otras categorías de opresión como la clase social, la edad y como ya habíamos mencionado, la maternidad. Esta última, consideramos no representa una forma de opresión *per se*, sin embargo, bajo la lógica del *régimen patriarcal urbano* (Soto, 2014) y nocturno, deviene en relación de dependencia vital de lxs otrxs (Lagarde, 1997) en condiciones marginales que modifican la experiencia de las mujeres en el espacio.

Así, las representaciones del miedo a la violencia se pueden observar a través de la iconografía vertida en los mapas. Por ejemplo, Mery dibuja repetidas veces el ícono que está plasmado en la tarjeta indicativa de “temor” para expresar cómo esta emoción no se queda fija en el espacio, sino que va con ella en una parte de su trayecto. Una experiencia de temor que resulta compleja, pues conjunta una serie de elementos que configuran el escenario urbano. La presencia de habitantes de calle, que se concentran en algunas zonas del centro de la ciudad, o la de automovilistas que circulan por donde ella camina cotidianamente, con prácticas de acoso, delictivas y miradas amenazantes que la hacen sentir en un riesgo

⁸² La fotografía se encuentra en este enlace <https://nocturnariofronterizo.mx/bitacoras01/>

constante. En su relato se puede percibir que actorxs y prácticas están profundamente articulados entre sí.

Andy, representa con una mancha negra la oscuridad de los espacios que hacen parte de su trayecto cotidiano y con la silueta de una persona un elemento amenazante, una representación del género en el espacio urbano pues emplea una referencia masculina para expresar aquello que causa temor. Por su parte, Beileen localiza el miedo en los espacios solitarios por donde camina en la noche, lugares donde existe la posibilidad de encontrarse con los “malandros” que viven en su colonia, actorxs masculinos vinculados con el consumo de drogas y alcohol que considera posibles agresores. Ella percibe que la presencia de dichos actorxs está revestida de una permisividad que emplean para regular el uso del espacio público, que incluso trasciende a la instrumentalizada por los cuerpos de seguridad pública, pues como ella misma lo indica, *“la policía va, pero no los saca”* (Beileen, taller de cartografía, 2021).

Para Vanessa el miedo está representado por el riesgo que pueden correr sus hijas a ser víctimas de la delincuencia, evoca al robo de infantes, niñas particularmente, susceptibles a ser privadas de su libertad, una práctica delictiva que, situada en Tijuana, históricamente se ha empleado para fortalecer las redes de trata con fines de explotación sexual (Azaola, 2000). Condiciones que demuestran la vigencia del *régimen patriarcal urbano* (Soto, 2014) que estructurado en tiempo -noche-, espacio -calle-, actorxs -masculinos- y prácticas -violentas-, son elementos configurativos de un escenario urbano sistemáticamente inseguro para las mujeres y las niñas.

De manera particular en mujeres jóvenes como Andy, Mery, Beileen, Vanessa y Alicia, se alberga de manera persistente el temor de experimentar algún tipo de violencia sexual. Género y edad intersectan en la experiencia del temor que el patriarcado emplea para disciplinar los cuerpos de las mujeres en el espacio público (Madriz, 2001, Soto, 2014) o en el privado, como una forma de control, además, genera una vulnerabilidad extrema. Asimismo, modela nuestra subjetividad pues nos mantiene en un estado de alerta que exige

de nosotras mayor atención a las condiciones materiales del entorno⁸³ sobre todo cuando la caminata es la forma de movilidad. La falta de iluminación en las calles y su estado de deterioro, la presencia de olores desagradables o el exceso de basura, como lo mencionaba Beileen, conforma un paisaje urbano precario que incrementa las sensaciones de inseguridad, atrapamiento y temor.

Ahora bien, las significaciones que las mujeres hemos atribuido a la noche han estado vinculadas a este y otros temores derivados de la presencia de actividades ilícitas y delitos de alto impacto en las ciudades (Massolo, 2005, Ortiz, 2014, Zúñiga, 2014). Esto situado en Tijuana, una ciudad en donde las mujeres de entre 12 y 17 años de edad constituyen más del 50% de personas desaparecidas (Desaparecer en Baja California, 2022) y que como hemos mencionado en el capítulo contextual, los últimos dos años ha ocupado las primeras posiciones de las 10 ciudades con mayor presencia de violencia feminicida, nos confirma que para las mujeres, la experiencia de la noche en la ciudad es un acto de riesgo total que responde a la persistencia y recrudecimiento de violencias machistas extremas, que además, articuladas a desigualdades de -género, sexo, edad y clase social-, generan un estado también de extrema vulnerabilidad.

La experiencia de Alicia en torno a diversos tipos de violencia sexual, como el acoso o el exhibicionismo, presentes en su relato, nos ayuda a profundizar la reflexión sobre el estado permanente de vulnerabilidad en el que se encuentra. La violencia sexual particularmente instrumentaliza -en los cuerpos de las mujeres- de maneras profundamente crueles, las normas sociales dictadas desde el sistema patriarcal (Asakura, 2019). La manera sistemática en la que esta forma particular de violencia ha sido perpetrada contra las mujeres se puede explicar mediante la idea del cuerpo como un territorio (Segato, 2014, Asakura, 2019, Cruz,

⁸³ Una vez terminada la jornada de las *fuegueras*, hacia la medianoche, el regreso a casa lo hacen cotidianamente a través de una caminata que toma alrededor de 40 minutos. Esta experiencia me resultaba abrumadora las primeras veces debido a la poca iluminación en algunos tramos del trayecto, el estado deteriorado de las banquetas -cuando las había- que nos hacía caminar sobre la calle en una sola fila para evitar estar cerca de los autos. Caminar bajo estas condiciones me implicaban, de manera simultánea, bajar la vista hacia el piso para sortear los baches, bolsas de basura y otros obstáculos que nos encontrábamos en el trayecto, voltear de lado a lado para mantenerme atenta a los automóviles y para reconocer por donde caminaba, y seguir el hilo de nuestras conversaciones, todo esto aunado al cansancio por estar parada cinco o seis horas. El mapa de las trayectorias de ida y vuelta al semáforo se encuentra en este enlace <https://nocturnariofronterizo.mx/taller/>

2016) situado en la tríada sistémica patriarcal, capitalista y colonial. Así, el cuerpo como territorio es susceptible a un ensamblaje de poder que “a través de la violencia ejecutada por medios sexuales” (Asakura, 2019, p. 116) es conquistado, cooptado y despojado. Una forma de sometimiento sexualizado que se transforma en condición necesaria para la reproducción de la triada mencionada.

La subjetividad de Alicia está atravesada por la exposición cotidiana a la violencia sexual, donde la noche para ella resulta un tiempo posibilitador a través de la permisividad que evoca la oscuridad, pues incentiva y legitima el poder y control masculino. Por lo tanto, no solo se crea un halo de normalización sobre la experiencia de esta forma de violencia, sino también sobre su percepción y sus consecuencias emocionales y psicológicas. El remordimiento que experimenta Alicia y las preguntas que le lanzan sobre su presencia en la calle y en la noche son consecuencia de la violencia de género estructural (Asakura, 2019, p. 118), que deviene en culpabilidad. Un mecanismo de control impuesto de manera efectiva que además les quita por completo la responsabilidad a los agresores.

La experiencia de la violencia sexual en el tiempo del trabajo también ha llevado a Alicia a que con sus propias herramientas de trabajo genere estrategias para aminorar estas violencias y sus efectos en ella. Desde que empezó a hacer malabares con machetes percibió que “*se acabaron las obscenidades que los hombres me decían en las calles, ahora si me respetan*”⁸⁴ (Alicia, entrevista, 2021). A los tres machetes que usa para trabajar les quitó el filo con un esmeril para no correr el riesgo de cortarse o cortar a alguien mientras trabaja, para ella, es suficiente con que sus herramientas de trabajo sean visibles para sentirse segura.

Trabajar con los machetes también le ha implicado tener conflictos con la policía, incluso la han reprimido arrestándola, con el argumento de que portar armas blancas en el espacio público es un delito y aunque ella siempre contrargumenta que no tienen filo y que son sus herramientas de trabajo, el desafiar un orden simbólico mayor representado en los cuerpos de seguridad, que tienden de facto al dominio a través de su ejercicio de poder, la ponen

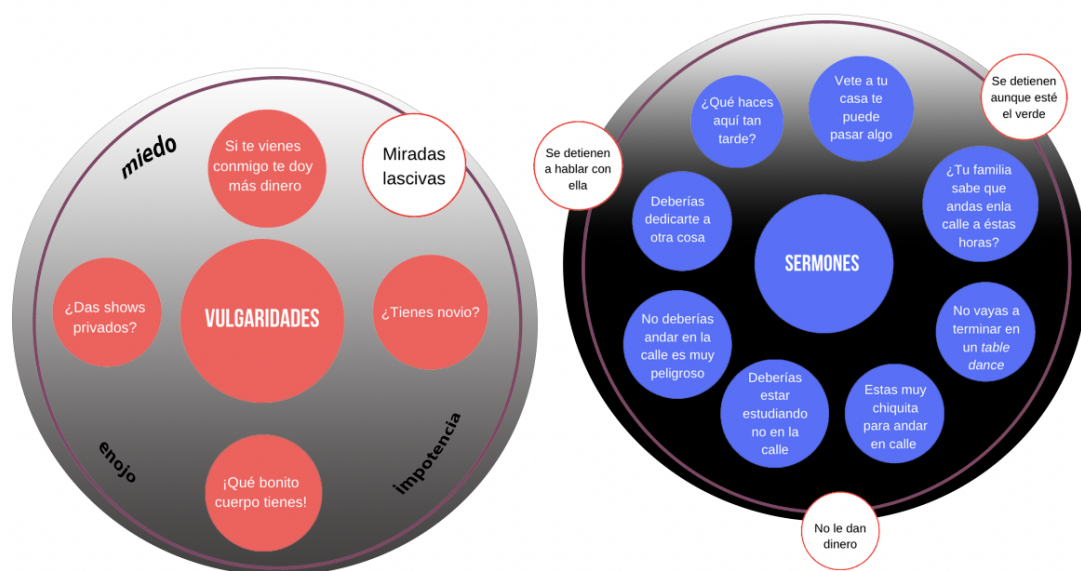
⁸⁴ Estas reflexiones surgieron a partir de un ejercicio fotográfico sobre los objetos que las *fuegueras* emplean para trabajar el cual puede verse en el siguiente enlace <https://nocturnariofronterizo.mx/inventarios/>

nuevamente en desventaja. Este desafío no solo se expresa a nivel de reclamo contra la policía por no consentir la represión que han llegado a ejercer sobre ella, sino que se da a través de la visibilidad que adquiere Alicia con sus armas blancas -tres viejos machetes sin filo- no solo portándolos sino usándolos con destreza, con ello desafía al poderío masculino y su postura viril (Connell, 2003) exhibida a través del uso exclusivo de las armas. Para ella, es una forma simbólica de defenderse de una parte del machismo y del sexismo que impera en las calles.

El experimento social de Andy

Ahora bien, Una noche, mientras caminaba con Andy de vuelta a su casa después de una jornada en el semáforo, me compartió que a raíz de nuestras conversaciones se le ocurrió hacer lo que ella llama un “*experimento social*”, que consistió en registrar los distintos comentarios que recibía en torno a su presencia en el semáforo. Ella identificó dos tipos: las “vulgaridades”, expresiones sexualizantes y de acoso y los “*sermones*”, expresiones que moralizan su presencia en el semáforo durante la noche. Sus registros, plasmados en el Esquema 1, integran variables como el horario en el que se presentan estos comentarios y los momentos específicos, el sexo de las personas que los dicen, las interacciones que los acompañan y las emociones que ella experimenta al escucharlos.

Figura 5.1. Comentarios en el espacio público



Fuente. Andy y Agnes, 2021.

Respecto a los comentarios, Andy ha identificado que las “vulgaridades” se presentan a lo largo de la jornada sin ninguna intensidad particular respecto al horario de trabajo, específicamente en el tiempo -30 segundos- en el que se acerca a los automóviles a recoger sus ganancias. Los “sermones” se presentan de manera ocasional durante las primeras horas de su jornada de trabajo, pero se intensifican conforme la noche avanza incluso las “vulgaridades” pueden llegar a desaparecer, pero “los sermones” persisten.

Estos comentarios también suceden durante los 30 segundos arriba mencionados, pero llegan a extenderse a los 90 segundos que dura la luz verde, pues es el momento en el que Andy se encuentra estática en el semáforo. En muchas ocasiones, mientras se prepara para ejecutar nuevamente su rutina, ha sucedido que las automovilistas se detienen a la par de ella exclusivamente para cuestionar su presencia en el espacio público. Según identifica Andy, la intensificación de los “sermones” se da a partir de las 9 de la noche y viene acompañada de una disminución en las ganancias. Una variable que revela el mecanismo de exclusión que, a través del control económico, representa una forma de obligarla a dejar el semáforo ya que su presencia llega a ser transgresora para la norma patriarcal.

Los “sermones”, recibidos mayoritariamente por parte de mujeres, expresan comentarios explícitos sobre la socialización del género a través del comportamiento y el lugar social que debería ocupar Andy. Las emociones que le provocan son de preocupación y temor, reflejo de cómo las mujeres introyectamos las normas y valores del sistema de género y los reproducimos a manera de cuestionamientos. Asimismo, es una forma de reconocer la gravedad del estado actual de la violencia de género que vivimos las mujeres de manera generalizada, y de manera particular, la extrema vulnerabilidad que viven las mujeres jóvenes como Andy en el espacio público nocturno. Pues los feminicidios y desapariciones de mujeres jóvenes no solo son una constante, son una vorágine de violencia legitimada por un Estado indolente e indiferente ante la ausencia de mecanismos y recursos efectivos que permitan hacer frente a esta insostenible situación.

Las “vulgaridades”, recibidas exclusivamente por parte de varones, responden al imaginario social que asocia la presencia de las mujeres en el espacio público nocturno con una disponibilidad que tiene fuertes connotaciones sexuales (McDowell, 2000, Wright, 2005, Soto 2014, Gray, 2019) y que le hacen sentir miedo, enojo e impotencia. Esto se agrava para mujeres que llevan a cabo trabajos que son visibles en la calle durante la noche, pues bajo una lógica patriarcal y machista esto se asocia al trabajo sexual y es condición suficiente para que sus cuerpos sean leídos como objeto de control y dominio (Segato, 2014) situación que como ya hemos venido diciendo, coloca a las mujeres en un “fuera de lugar”.

Tanto las “vulgaridades” como los “sermones”, responden a la narrativa histórica contextual desde donde emerge Tijuana-Zobeida (Valenzuela, 2012) y permanece activa en las noches de esta ciudad. En dicha narrativa centrada en la representación de los vicios y placeres al alcance de aquellos -hombres- que pueden pagar para obtenerlos, subyace una permisividad patriarcal que desde entonces ha fortalecido el estigma de la *mujer pública* (Wright, 2005) a cuya visibilidad en el espacio público le es conferida una percepción de accesibilidad bajo la cual su cuerpo es objetivado, sobre todo si no se hacen acompañar de un varón. Este mecanismo de control es lo que mantiene a Andy y a muchas otras mujeres, en una permanente lucha por legitimar su presencia en el espacio público y justifica la apropiación vedada para quienes lo ocupan desde el trabajo en las calles.

La dinámica de las relaciones analizadas confirma en primera instancia, que el patriarcado está en las calles e instrumentaliza la violencia, así como lo prefiguraba el mural de la niña con las pistolas en su cabeza. Pero más profundamente revela las formas en las que opera la lógica temporal del “*régimen patriarcal urbano*” (Soto, 2014), a partir de un *tempo de violencias y moralidades* configurado por el miedo, la inseguridad y la vulnerabilidad, el cual justifica violencias que ponen de manifiesto la jerarquización por género en el uso del espacio público y al mismo tiempo, refuerza juicios sociales que excluyen a las mujeres.

Tempo de estigmas y criminalización. “*Simplemente [...] ya sabes que no puedes trabajar aquí*”.

Como ya hemos planteado, los trabajos informales en el espacio público en tanto estrategias de autoempleo, se ven afectados por la falta de claridad sobre su regulación⁸⁵ y por la ausencia de políticas públicas laborales y de urbanización que contemplen garantías de acceso a seguridades sociales. El componente de precarización que los caracteriza complejiza su significación, pues el ser una opción viable para resistir las condiciones económicas que se viven en el entorno individual y familiar, también trae consigo una serie de disputas de apropiación de los espacios en donde son llevados a cabo. Conflictos derivados de interacciones que muchas veces no son deseadas, así como la heterogeneidad de códigos, símbolos y subjetividades que se entretajan en estos espacios en función del género y el trabajo (Solís, 2011).

⁸⁵ Particularmente para el caso del malabar callejero, la situación se torna aún más ambigua. Pues por un lado el Reglamento que regula el funcionamiento de giros comerciales, industriales y de prestación de servicios para el municipio de Tijuana, no lo reconoce como una actividad económica que tiene presencia en el espacio público. Pero por otro lado, en el artículo 82 del Bando de Policía y Gobierno para el Municipio de Tijuana lo prohíbe bajo el concepto de “espectáculos” equiparándolo a otras actividades económicas o privativas de la tranquilidad urbana. Así, queda prohibido “*asear, vender y ofrecer servicios, espectáculos o reparar vehículos en la vía pública, así como el ejercicio de cualquier oficio, profesión o actividad en la misma que cause molestias a los hombres o mujeres y el deterioro de la imagen urbana. De igual forma poner obstáculos en las banquetas, calles o lugares públicos para el desempeño de trabajos particulares o exhibición de mercancías sin la licencia que establece el reglamento correspondiente*” (Ayuntamiento de Tijuana, 2019, p.18). Consideramos que la dificultad de ubicar al malabar callejero como un trabajo es debido a que no hay una remuneración obligatoria y que al mismo tiempo no es una forma de pedir dinero.

El trabajo en estas condiciones particulares de informalidad y precariedad, deviene en un mecanismo de localización social y simbólica (Feregrino, 2020) que complejiza la presencia de ocupaciones como la de las *fuegueras*, ubicándolas en la periferia de la noche capitalista. Pues las políticas de desarrollo económico y turísticas, que conciben el desarrollo urbano a partir del mejoramiento de la vida nocturna desde las prácticas del ocio y el consumo formalmente establecido (Becerra, 2018, Jeanmougin y Giordano, 2020), no consideran prácticas como las del malabar callejero contribuyan en la generación de impuestos para el Estado, como lo hace el comercio informal regulado. Por lo tanto, son localizadas como actividades marginales sobre las que se legitiman discursos excluyentes del espacio público y su consecuente persecución y hasta criminalización (Vega, Del Valle y Saltzmann, 2019).

“Las personas creen que porque trabajamos en la calle y no en una oficina no tienes sueños ni aspiraciones”, enfatiza Andy sobre el aspecto de no estar dentro de un esquema de trabajo asalariado. Existe un estigma atribuido a los trabajos informales que tienen presencia en el espacio público, el cual además está fuertemente relacionado con los procesos de modernización de las ciudades latinoamericanas iniciados a finales del siglo XIX (Barbosa en Feregrino, 2020) cuyas concepciones racistas y clasistas se fundieron en la configuración urbana bajo discursos ideológicos que apuntaron a una higienización del espacio público (Benería y Roldán, 1992, Barbosa 2008, Delgado, 2011, Feregrino, 2020). Fue desde entonces que se legitimó la regulación del espacio, desplazando así de los Centros Históricos, hacia los barrios periféricos, a las poblaciones empobrecidas y racializadas (Vega, Del Valle y Saltzmann, 2019).

En Tijuana, los procesos de higienización del espacio público tienen que ver con políticas de desarrollo urbano y políticas migratorias que han moldeado la historia y la imagen de esta ciudad (Pintor y Bojórquez, 2021). Sus proyectos de expansión han favorecido el asentamiento del sector industrial a costa de engrosar los cinturones de miseria, un proceso de urbanización transfronterizo (Solís, 2011) que va de la mano a las formas de intervención turística -vía la expulsión de poblaciones migrantes con grandes carencias y necesidades- como la que hoy da forma a la Zona Río, antes conocida con el peyorativo “Cartolandia” y a los grandes proyectos de modernización urbana como las obras de canalización del Río

Tijuana⁸⁶. Dichos proyectos se realizaron bajo la idea de que cuando la pobreza se exhibe, provoca una posición -moral- generalizada sobre la degradación de la imagen urbana (Valenzuela, 1991, 2012).

En los relatos de la *fuegueras* se puede constatar esta situación, las constantes extorsiones y amenazas por parte de la policía dan cuenta de un agente perpetrador de la colonización del espacio público, pues su actuar responde a los intereses de quienes lo administran. Así, en las zonas donde hay una gran proliferación de establecimientos comerciales y de servicios, restaurantes, hoteles, oficinas, entre otros, la policía es la encargada de quitar a estos actores a demanda de los empresarios para mantener el orden e higiene urbana necesarias. Para ello, en muchas ocasiones emplean el arresto, una lógica represiva que actúa a través del “reporte ciudadano”, un argumento ambiguo, racista y tajante “*Simplemente [...] ya sabes que no puedes trabajar aquí*” (Vanessa, taller de cartografía, 2021), tal como lo explica Vanessa en su relato.

Ahora bien, esta colonización del espacio público se presenta en el tiempo de trabajo a través del control del acceso a las materias primas que lo posibilitan, lo cual a su vez controla la presencia de quienes lo llevan a cabo. Andy representa esta reflexión en su mapa con el ícono de un recipiente para guardar gasolina y su referente espacial “Gas Playas”, acompañado de una frase que bien podría ser la toponimia de ese espacio: “*No venta de gasolina a malabaristas*” (Andy, taller de cartografía, 2021). La prohibición de la venta de gasolina, responde a un estigma ya no solo hacia el trabajo que realiza sino a su identidad, pues de acuerdo con Goffman (2006), en determinadas interacciones sociales el estigma define a lxs actorxs sociales en su totalidad a partir de ciertas características que son visibles.

⁸⁶ Valenzuela (2012) nombra a Tijuana-Leonia para recordar una tragedia provocada por las sociedades de consumo y su hiper generación de desechos en las ciudades. En Tijuana estos desechos son empleados por las poblaciones empobrecidas para reconstruir sus viviendas a partir de lo que otrxs desperdician. La ciudad a la que evoca el autor es aquella que se asentó en condiciones precarias a la orilla del Río Tijuana y que fue destruida con la apertura de la presa. “En Tijuana pasado y presente nos confrontan, pues las ciudades se impregnan de emociones, tristezas y alegrías. Al transitar por la Zona Río, los noctámbulos tijuanenses escuchan ruidos agolpados de aguas turbulentas mezcladas con lastimeros gritos humanos que lanzan estridentes ayerres dolorosos. Son recuerdos de gente inocente arteramente asesinado con la apertura de las puertas de la presa la madrugada del 30 de enero de 1980” (Valenzuela, 2012, p. 28)

Andy me explicaba que ser una mujer joven con su ropa manchada de tizne, lo cual la hace verse “*mugrosa*”, es una marca que se revela su identidad y a partir de la cual ha experimentado que la “*han mirado mal*”. Esta es uno de los atributos que, en términos de Goffman, actúan como formas de inferiorización a partir de la diferencia y su posterior anulación (Goffman, 2006). A Andy no le venden gasolina porque su imagen está asociada a “lo sucio”, “lo que debe ser controlado” y expulsado so pretexto de privatización de lo público. Así, clasismo y discriminación en el espacio público, sobre todo en sectores de clase media y alta como al que se refiere Andy, convierten las calles en posesiones particulares⁸⁷ supeditadas al “buen uso” asociado a lo limpio y ordenado como normas sociales de las clases privilegiadas.

“*No quieren que les ensuciemos su colonia con nuestra presencia*” (Andy, taller de cartografía, 2021) agrega Andy en el relato de su mapa. Ella lo vincula a una sensación que describe como “disgusto”, y sus palabras me resuenan, pues conozco el lugar del que habla. Playas de Tijuana, donde he vivido desde que llegué a esta ciudad, es una delegación ubicada al noroeste de Tijuana que colinda con el Océano Pacífico, y por lo tanto conocida por su oferta turística. Una zona de clase media y alta en cuya dinámica urbana se pueden ver expresados profundos racismos y clasismos, pues no son bienvenidas presencias como lxs vendedores ambulantes, personas migrantes racializadas que caminan por las calles en busca de algún trabajo o ayuda. Presencias en las calles que resultan extrañas y hasta peligrosas⁸⁸.

⁸⁷ Alicia en una ocasión que estaba trabajando en un semáforo en Playas de Tijuana, fue abordada por un policía que después de una serie de preguntas sobre qué se encontraba haciendo allí, le pidió una identificación oficial. Alicia le mostró su credencial de elector, el policía al ver su domicilio le dijo que no correspondía a una dirección de Playas y que por lo tanto no tenía nada que estar haciendo en ese lugar y que se fuera.

⁸⁸ Para ilustrar el racismo y clasismo que se vive en Playas de Tijuana, vale la pena traer a colación un par de ejemplos. El primero a través de un grupo de WhatsApp de vecinos que viven en la misma sección donde yo vivo. Los mensajes que allí se comparten son en su mayoría para alertar sobre la presencia de personas “extrañas” en las calles y se comparten grabaciones de las cámaras de seguridad particulares para poder identificarlas. La mayoría de las veces solo se ven personas caminando por la calle, pero el extrañamiento se produce por la forma en la que están vestidos o hasta por rasgos físicos como el color de su piel. En una ocasión solicité ayuda para pedir una patrulla de policía porque estaban golpeando a una mujer afuera de mi casa, la respuesta de ayuda llegó casi media hora después de que envié el mensaje diciendo que, “enviarían una unidad [patrulla]” que nunca llegó. El segundo ejemplo sucedió durante la campaña para elección de gubernatura del estado de Baja California y de alcaldía del municipio de Tijuana la presencia de propaganda electoral estaba por todos lados. Una tarde dejaron en la puerta de mi casa un panfleto con la invitación a una reunión de vecinos para conversar con Jorge Ramos, el candidato a la presidencia municipal por la alianza de los partidos PRI, PAN y PRD, Va por Baja California. Los temas por tratar versaban entre el mejoramiento urbano y algunas cuestiones ambientales, pero de manera particular llamó mi atención un tema a discutir: “personas deambulando en las calles (migrantes)”. Cuando lo leí me quedé pensando en que en términos muy prácticos eso nos aplicaría

El estigma que viven las *fuegueras* es resultado de procesos complejos que están atravesados por exclusiones sociales por razón de género, de clase, de edad y de raza. Un ejemplo de ello se expresa en el relato de Alicia, una mujer espigada, de piel blanca y grandes ojos de color verde, en el que comparte algunos de los comentarios que recibe de la gente cuando está trabajando, los cuales afirman que, a partir de estos atributos físicos, su presencia no corresponde a la imagen recurrente de las personas que trabajan en las calles y los semáforos. Así, una mujer percibida como bonita, subraya ese imaginario -xenofóbico- que las personas construyen con otro rostro y otro color de piel, un imaginario que en Tijuana tiene fuertes vínculos con las comunidades migrantes racializadas.

Otra expresión de este *tempo de estigmas* está presente en sus prácticas de movilidad, el cual, a pesar apenas estar mencionado en el relato de Mery, es una constante en la cotidianidad de todas. En un inicio pensé que optar por la caminata tenía que ver con la poca disponibilidad de rutas de transporte público en horario nocturno o por la dificultad de asumir el costo de un taxi, pero después descubrí que no se trataba de eso, sino de que la mayoría de las veces los transportistas se niegan a subirlas debido al fuerte olor a gasolina que despiden su ropa y sus manos manchadas del tizne que deja la gasolina y el fuego en los hulas. La movilidad al ser una constante interrogante, devienen en desigualdad condicionada por el acceso a servicios públicos y además las obliga a ser visibles en las calles, lo cual también les genera riesgos de vivir algún tipo de violencia en sus trayectos⁸⁹.

Este *tempo de estigmas* se vale de dispositivos detonadores, como el género, que designan pautas de comportamiento para quienes son identificadas dentro del colectivo mujeres a

a muchos de lxs que vivimos allí cada que salimos a caminar sin motivo, pues Playas al igual que muchas otras zonas en Tijuana, emergió de la migración interna, pero lo que está de fondo es el empuje político que tienen ese tipo de discursos racistas y clasistas que estigmatizan la pobreza, para que la diferencia y la otredad sean vistas como una amenaza.

⁸⁹ Después de un par de ocasiones en que regresamos a casa de Vanessa, Andy y Mery caminando les ofrecí que cada que fuera al semáforo con ellas podía llevarlas y regresarlas en mi automóvil, ellas aceptaron con mucho gusto e incluso se ofrecieron a “cooperarme” para la gasolina. Mi intención con este ofrecimiento fue poder aminorar, aunque fuera momentáneamente, las interrogantes que les provoca pensar en su movilidad. Creo que el ejercicio de la investigación también nos debe implicar preguntarnos sobre lo que podemos hacer, en términos inmediatos, para que nuestras vidas y las de las personas que nos abren las puertas de las suyas puedan tener momentos más llevaderos, en mi caso, sentir que cada noche que regresábamos juntas y seguras a casa, me dio pistas para esta reflexión.

través de ideas preconcebidas y generalizadas sobre sus roles que contribuyen a la creación de estereotipos. Dichos estigmas se hacen presentes en distintos planos de la interacción social, en el que la visibilidad que adquieren y la forma en la que son percibidas tiene que ver con su eventual fortalecimiento. Esta reflexión nos lleva a un último aspecto discutido a profundidad con Alicia y Vanessa, y que nos parece importante resaltar: la maternidad.

La estigmatización de la maternidad que viven Alicia y Vanessa se encuentra ligada a una serie de atribuciones, relatos descriptivos de aspectos, conductas o circunstancias que se esperan de una mujer. Ésta funciona como un dispositivo comunicativo donde la “maternidad” vivida en el espacio público, es vista a través de la discriminación, rechazo y exclusión. Para Vanessa, la estigmatización se presenta a través de comentarios que le son conferidos por la presencia de sus hijas en el espacio público, señalamientos que hacen que Vanessa recurra a protegerlas dentro de su camioneta, es decir, sacarlas de la visibilidad de quien las estigmatiza.

Para Alicia el estigma de la maternidad está cargado de conflictos y contradicciones. Durante el tiempo de su embarazo percibió que su presencia en el semáforo generaba cuestionamientos sobre el cuidado que debía tener con su cuerpo, así que dejó de trabajar con fuego y, por lo tanto, dejó de salir en la noche a trabajar, pero aún con 8 meses de embarazo seguía haciendo malabares con machetes. Su presencia generaba ciertas compasiones que se traducían en mayores ganancias económicas, a tal grado que a veces tan solo con trabajar dos horas, recibía las mismas o más ganancias que en una jornada más larga cuando no estaba embarazada.

A los tres meses del nacimiento de su bebé, retomó el malabar en el semáforo. Ya no con machetes ni tampoco con fuego, sino con clavos, se montó a su bebé en un canguro en el pecho para mantenerlo sostenido, mientras ella hacía malabares. Alicia expresa que se siente tan segura de lo que sabe hacer, que considera que su bebé no corre riesgo de que una clava pueda caerle en la cara. Nuevamente su maternidad genera cuestionamientos sobre la exposición de su hijo en el espacio público y el riesgo que puede correr en él, pero al mismo

tiempo compasiones, pues constantemente recibe desamparos, comida y ofrecimientos de ayuda para ella y su hijo.

Alicia es consciente de que su embarazo y su hijo fueron disipadores de incertidumbres económicas con los que ha resistido en un entorno urbano patriarcal y hostil que, por un lado, no es indiferente a su presencia si se trata de estigmatizarla y cuestionarla, pero que por otro lado sí lo es ante las necesidades de mujeres que como ella, en contextos de maternidades que se viven en las calles, tienen que sobrellevar para realizar el trabajo de cuidados. Es la doble moral de una sociedad que pone la carga y la culpa en las mujeres y que genera remordimientos, los cuales para Alicia vienen acompañados de un trago amargo de realidad, puesto que como ella misma relata “*tampoco tengo mucha opción porque mi familia no me lo va a cuidar [a su hijo]*” (Alicia, taller de cartografía, 2022).

A manera de conclusiones del capítulo.

Este segundo capítulo analítico también busca identificar el entramado de violencias y precariedades que circundan las experiencias de las mujeres en el tiempo y espacio de trabajo. Los contextos de vida de las *fuegueras* arrojan importantes elementos que permiten mirar cómo actúan dichas violencias y precariedades en sus realidades y cómo esto afianza una forma de vivir la informalidad. Un elemento diferenciador respecto al contexto de las vendedoras informales que resalta en todo el capítulo apunta a lo generacional, pues las *fuegueras* son mujeres, jóvenes, en su mayoría migrantes y madres, que a partir de clasificadores sociales -género, edad, clase social- están inmersas en sistemas de dominación que se entrelazan y producen realidades particulares y repercuten no solo en su experiencia inmediata del tipo de trabajo que realizan, sino en la informalidad y su consecuente precariedad vivida.

Hemos podido percatarnos, a partir de los trabajos previos al malabar en el semáforo de cada una de las *fuegueras*, que la informalidad vivida por ellas tiene un correlato a la realidad del mercado laboral carente no solo de condiciones para llevar una vida digna, sino de retribuciones simbólicas que posibiliten mínimas satisfacciones personales. De allí que cobre

sentido reflexionar sobre aquello que va más allá de las características materiales y precarias del trabajo en los semáforos, para acercarse a lo que para este grupo de mujeres significa configurar un modo de “ganarse la vida” que trasciende las actividades que producen sustento y que son trabajo, que producen redes de apoyo, acompañamiento, amistades, solidaridades y procesos de identificación que amortiguan las incertidumbres económicas.

Así, las violencias y precariedades vividas en el tiempo y espacio de trabajo no son exclusivas de la informalidad vivida, pero sí responden a sus particularidades. En ese sentido, los conflictos y las tensiones que surgen en el momento de disputar la presencia y apropiación del semáforo frente a otrxs malabaristas o vendedorxs con los que se generan los acuerdos, permiten la auto-regulación o auto-organización de la informalidad. Esto implica para las *fuegueras* una acumulación de saberes sobre su oficio que van más allá de las habilidades artísticas y se posiciona sobre saberes para organizarse en las calles de la ciudad.

Para el caso específico de las *fuegueras* no podemos hablar de una regulación en los mismos términos en los que sucede la del trabajo de las vendedoras de la Avenida Revolución. El que sus actividades ni siquiera estén reconocidas como una modalidad de trabajo informal ni por el estado y muchas veces ni por la sociedad misma, las pone en una situación de vulnerabilidad que, como ya vimos, provoca estigmatizaciones y persecuciones por parte de la policía y potencializa la precariedad, pues la propia configuración de la retribución económica no se da en términos transaccionales como el caso del comercio, sino que depende de las interacciones con el público.

La participación del sector de trabajadores artistas callejeros despliega una serie de códigos y mecanismos de gestión del espacio público que depende de las dinámicas propias de organización de la ciudad. Como hemos podido resaltar en el capítulo, se trata de procesos de precarización que si bien pueden verse con particular expresión en el lugar de trabajo, responden a un esquema de vida y modelo económico capitalista que en la juventudes particularmente actúa con particular fuerza, arrojándolas a buscar sus propias formas de generar sustento económico.

Se trata de un trabajo que además está implícitamente vinculado a un momento de la trayectoria de vida de estas mujeres y que por lo tanto, tiene una especie de vigencia. El periodo de juventud permite insertarse en estos trabajos y en esas dinámicas que muy difícilmente podrían verse como una actividad perdurable en el tiempo. Pues como vemos en el caso de las *fuegueras* que además son madres desde muy temprana edad, las complicaciones de sostener un trabajo en esas condiciones se complejizan y entra en tensión con la decisión de seguirlos llevando a cabo como una forma de hacer la vida, de hacer lo que les gusta y, con ello, darle un significado más profundo al trabajo, como una práctica que no solo les genera los ingresos económicos sino que despliega un abanico de pertenencias que son altamente valoradas en términos identitarios.

Sus *resistencias para la subsistencia* son distintas a las de las vendedoras informales en tanto que el entrecruce de matrices de opresiones presentes en sus vidas exige formas particulares de afrontamiento pues las violencias coloniales, patriarcales y capitalistas así como las precariedades vividas actúan en función de percepciones estigmatizadas sobre las *fuegueras* y sus identidades. Sus resistencias se expresan a través de prácticas colectivas que despliegan a partir de un entendimiento generalizado de la calle y de las condiciones en las que se llevan a cabo su oficio y sus forma de organizarse en él.

Finalmente, el análisis de los *tempos* de la *nocturnidad* para el caso específico de las *fuegueras*, permite profundizar en las implicancias de los procesos de precarización que se ven fortalecidos a través de violencias, estigmas, incertidumbres, e incluso una latente criminalización de las actividades artísticas callejeras. La precariedad vivida en el entorno del trabajo remunerado es mucho más compleja.

A manera de cierre. De las contribuciones, oportunidades y posibilidades de esta investigación.

Con base en los hallazgos y las reflexiones planteadas a lo largo de la investigación, en este último apartado esbozo tres ejes que me permiten guiar las conclusiones. El primer eje se centra en retomar los argumentos de la discusión teórica planteada para señalar las contribuciones, específicamente de la categoría *noctariedad* al debate amplio sobre los procesos imbricados de precarización y violencia vividos en las inmediaciones del trabajo informal nocturno. En el segundo eje, abordo algunas reflexiones sobre las resistencias o las estrategias de afrontamiento para constatar las formas diferenciadas de acción de las mujeres frente a las distintas modalidades de violencia y precariedad que experimentan. Y en el tercer eje, planteo algunas ideas sobre las oportunidades metodológicas que surgieron para esta investigación y los caminos que se abren para continuar la reflexión.

Primer eje. El entramado de perspectivas teóricas y posicionamientos políticos que esta investigación recuperó sobre la articulación entre las violencias de género que son ejercidas contra las mujeres y los procesos de precarización vividos como una degradación cotidiana de las condiciones materiales y simbólicas de la vida en toda su extensión, permitió comprender que las categorías violencia y precariedad, a pesar su amplitud y polisemia, encontraban un relato de mutua implicación. Es decir, son condiciones de posibilidad de una estructura sistémica colonial-capitalista-patriarcal cuyo engranaje opera en el ámbito productivo y reproductivo de la vida de las mujeres.

De manera particular, los hallazgos buscan contribuir a la visibilización de la organización del trabajo productivo de las mujeres aún vigente, pero en condiciones de desigualdad. No solo con relación a la brecha salarial o de oportunidades de inserción en mercados laborales con remuneraciones y condiciones de trabajo injustas, sino también en torno a los cuidados y tareas “invisibles” que siguen siendo depositados a su cargo exclusivo sin remuneración y sostienen al espacio doméstico y a sus entornos familiares. Esto corresponde a una sobreexplotación de su fuerza de trabajo que, aunada a un contexto, como el de las mujeres que protagonizan esta investigación, caracterizado por profundas carencias económicas, falta

de oportunidades para estudiar y migraciones como forma de contrarrestarlas, ha sido causante de su integración a un mercado laboral informal cuya temporalidad nocturna también se encuentra en un entorno de desigualdades estructurales. Lo anterior permitió problematizar la noche como el espacio posible para las actividades productivas de algunas mujeres.

Así, a pesar de que las múltiples motivaciones que empujan a optar a estas mujeres por los trabajos informales nocturnos provienen de distintos lugares, vemos reforzada la presencia de una triple jornada laboral en donde la noche, como temporalidad productiva, extiende la posibilidad de generar los ingresos económicos o de completar los ingresos necesarios para la subsistencia diaria muy a pesar de los riesgos inherentes a la vulnerabilidad. Es en ese sentido que la categoría de *noctariedad* permite problematizar, a partir de este contexto y sus condiciones de precariedad dentro y fuera del espacio de trabajo remunerado, cómo las tareas de estas jornadas llegan a traslaparse de tal manera que es difícil saber cuándo inicia y cuándo termina cada jornada, a consecuencia también de las condiciones en las que se llevan a cabo.

Esta es parte la realidad de las jóvenes madres que cuidan a sus hijxs en sus espacios de trabajo, en la que lo reproductivo y lo productivo suceden de manera simultánea y donde no solo se pone en juego la posibilidad de producir ingresos económicos, sino donde además viven la estigmatización por los cuidados que realizan en el espacio público. Una situación que normaliza la sobrecarga de trabajo para las mujeres con mayores necesidades económicas y que los trabajos esenciales para la reproducción de la vida se tengan que llevar a cabo con tan escasos recursos. Esto evidencia una relación paradójica para estas mujeres, pues a mayor carga de trabajo menor cantidad de ingresos.

Asimismo, la *noctariedad* permite desentrañar y evidenciar el estado actual de incertidumbre sobre la provisión de los medios para una vida digna de las mujeres, el cual deriva de una trayectoria donde violencias de diversa índole han estado presentes y concatenadas. Este es un aporte que dicha categoría hace al análisis del continuo de violencia que transcurre a lo largo y ancho de la vida de las mujeres, pues amplía la comprensión sobre cómo se reproduce la lógica de dicha violencia y las precariedades en los ámbitos productivos y sus conexiones

a otros ámbitos de la vida de las mujeres cuya presencia transforma y resignifica el espacio público y la noche de una ciudad como Tijuana. Así, ha sido posible reconocer manifestaciones de la *violencia colonial*, a través del despojo de recursos materiales y simbólicos, tiempos y medios para su subsistencia y la consecuente infravaloración social de sus capacidades. *Violencia capitalista*, a través de la explotación de sus vidas, cuerpos y fuerza de trabajo sin reconocimiento económico ni social. Y *violencia patriarcal*, a través de la desvalorización de su trabajo y de todas las formas de opresión que se ejercen para la subordinación de las mujeres al dominio masculino.

Estas formas de violencia, articuladas a la condición de género y a categorías de opresión y desigualdad por edad, por clase social y por una condición migratoria determinada por los tiempos de residencia en Tijuana y de trabajo, se expresan en los relatos de las mujeres, con sus particularidades en los espacios doméstico y de trabajo productivo. En algunos de ellos podemos atestiguar que cuando salen a trabajar dejan una casa donde viven explotación, humillaciones y agresiones como en el caso Berenice y la violencia doméstica que vivió con su familia de origen o el caso de Alejandra con los abusos que vivió con su hermana, para llegar a las calles donde viven exclusiones, abusos, criminalizaciones y hostigamientos. Una lógica de trabajo más latente en la vida de las vendedoras informales, mujeres mayores que son cabeza de familia y que en muchos de los casos tienen a su cargo la manutención de otros integrantes de su familia.

Esto nos lleva a comprender la evidente dificultad de gestionar una vida cotidiana bajo esas condiciones y el modo en cómo se relativizan las violencias vividas, pues es notorio que para las mujeres el entorno del trabajo remunerado es sumamente importante porque allí están los medios para generar el sustento diario. Se podría decir que el impacto de no conseguir los medios que requiere su subsistencia y la de su entorno familiar, es tan fuerte que puede llegar a desdibujar el impacto de las violencias en sus vidas cotidianas, y en ello la latencia subjetiva de los efectos de la precariedad que hace que se ponga la atención en conseguir los ingresos a pesar de la violencia. En ese sentido, la *noctariedad* nos permite ver la articulación de las estructuras de un *sistema-mundo* que mantiene subsumidas a las mujeres en ciclos de violencia permanentes, de empobrecimiento, de endeudamiento, de agotamiento y de

explotación, como condición para seguir generando riqueza a costa de sus vidas y del trabajo doméstico y de cuidados que sostienen sin remuneración. Esto también es un aporte importante que intenta hacer esta categoría al desentrañamiento de los ciclos de violencia que viven las mujeres, que permite además poner puntual atención en las lógicas de actuación de la violencia en temporalidades específicas como la noche.

Esta investigación también contribuye a ampliar los estudios de la noche desde una perspectiva que si bien tiene un interés claro en un uso particular de esta temporalidad, a través de las actividades productivas que suceden en condiciones de informalidad, también considera otros usos como los lúdicos o del descanso, que intersectan y complejizan la comprensión sobre las formas en las que los viven las mujeres que protagonizan esta investigación, quienes en muchos momentos de sus relatos compartidos, expresan las dificultades a las que se enfrentan para acceder a estos otros usos. Por ello fue muy importante, desde los planteamientos iniciales, posicionar el estudio de la noche distanciado de sus usos exclusivamente sociales en relación al ocio y sus consumos. Esto permitió visibilizar y reflexionar sobre qué noches son posibles para las mujeres trabajadoras, las migrantes, las jóvenes o las adultas mayores, las que viven en los márgenes, no solo urbanos, sino económicos y sociales, pero sobre todo ver, como he venido insistiendo, qué noches ellas hacen posible con su fuerza de trabajo.

Ello también abre la posibilidad de pensar y estudiar la noche más allá de la dicotomía que implica su definición, pues como hemos visto tanto en el caso de las *fuegueras* como en el de las vendedoras, la noche no está desligada del día, sino que es parte de un continuo espacio-temporal donde sucede la vida. Gina necesita el día para conseguir los insumos para preparar los tamales y hacerse cargo de sus nietos, Alejandra para cuidar a su sobrina para que su hermana le siga dando trabajo en la noche, Rosa para hacerse cargo del trabajo doméstico y conseguir al por mayor los paquetes de cigarros que le llegan “del otro lado” o las *fuegueras* para ensayar trucos y salir a “apartar” el semáforo. Todos estos trabajos impactan en las posibilidades de que la noche suceda para las mujeres.

La noche adquiere significados diversos y controversiales para todas ellas, de ahí la importancia de analizar su *tempo* a través de las subjetividades que influyen en su percepción, así como del contexto que la determina. Por ello, al igual que la noche puede significar el campo de disputas por los recursos materiales y simbólicos que hacen posible el trabajo productivo o por la ocupación del espacio público, en otros momentos puede ser un espacio que potencia el riesgo y los temores derivados de la ausencia de seguridad en las calles de la ciudad, o también un espacio de remanso, de la inspiración, la introspección o la creatividad. La continuidad en la cotidianidad de la noche de estas mujeres, es que todas las noches son distintas.

A la luz de las experiencias de las vendedoras y de las *fuegueras*, a pesar de sus diferencias generacionales, oficios y trayectorias de vida, se identificaron elementos en común donde se cruzan violencia, precariedad, espacio-tiempo y género en torno a la esfera productiva. Es por ello que el abordaje de la *noctariedad* permitió ir más allá de los análisis que han puesto la mira a esta esfera productiva como el entorno representativo para entender la precariedad, y así abrir paso a la idea de que la situación vital no puede entenderse sin el impacto en la esfera reproductiva, en las decisiones cotidianas de las personas y en sus subjetividades.

Por ello fue necesario rearticular el abordaje teórico para ampliar el concepto de precariedad, poniendo al centro no solo la perspectiva de quien la vive, sino incluyendo sus formas de actuación frente a ella. Con ello reafirmamos que considerar cuestiones como el género, el cuerpo, la casa, las relaciones afectivas y todo aquello que permite sostener nuestra vida, permite integrar una mirada multidimensional al análisis de la precariedad. Pues si bien en estos espacios tan importantes la precariedad va siendo el común, de igual manera se pueden afirmar como espacios de lucha y de reclamo de derechos.

En ese sentido, las formas de afrontamiento de la violencia y la precariedad que cada una de estas mujeres despliega, y sobre las cuales profundizaré en el segundo eje, se presentan como un hallazgo fundamental para esta investigación. Pues por un lado, dan cuenta de las identidades y subjetividades configuradas en una precariedad cotidiana y, por otro lado, dan cuenta también del trabajo añadido que resulta para estas mujeres. Ellas, además de lidiar

con las complejas intersecciones entre violencia-precariedad-género-edad-clase social, tienen que estar todo el tiempo afrontando, es decir, actuando frente a cómo sobrellevar sus efectos y las formas en las que se instalan en sus vidas.

Esta idea en torno a lo que despliega el afrontamiento, se conecta, y toma una particular expresión, con las emociones que experimentan las mujeres en el espacio público nocturno, derivado de sus jornadas de trabajo productivo, de sus movilidades o de la configuración de sus contextos de vida cotidiana. Es por ello que esta investigación da un lugar importante a la expresión de repertorios emocionales.

Entre las vendedoras, emociones como el miedo y las sensaciones de vigilancia y riesgo, están vinculadas con una forma autorregulada de su informalidad, mientras que el enojo y sensaciones de control e inseguridad son consecuencia del mandato de quienes regulan su informalidad. Entre las *fuegueras*, emociones relacionadas con los mecanismos de control que regulan su oficio y su presencia en el espacio público, es decir con el acoso policiaco en las calles, son de enojo, frustración y miedo. Las emociones vinculadas a las interacciones que, como parte de su performance, tienen con lxs transeúntes o automovilistas son molestia, vergüenza, enojo y miedo cuando éstas las violentan o las estigmatizan, y alegría, entusiasmo y satisfacción cuando su trabajo es reconocido; un entramado de emociones ambivalentes.

Para cerrar este primer eje, vale la pena hacer mención al interés por pensar la noche desde su condición de frontera. En relación al género y a las identidades femeninas y feminizadas la noche aún significa una frontera para pensar un uso pleno del espacio público. La noche a pesar de la ausencia de luz que detenta, descubre visibilidades no deseadas sobre sus cuerpos o sus prácticas, pero al mismo tiempo visibilidades necesitadas para generar sus ingresos, para desplegar su potencial artístico más allá de un oficio. Entonces en la noche no todo es anonimato o un transcurrir permisivo, ideas predominantes de las también fronteras del género que se discuten en esta investigación. Estos argumentos también son aportes al estudio de la noche desde el abordaje de una categoría como la *noctariedad* para pensar en las condiciones que dificultan la presencia de las mujeres en el espacio público nocturno e implicaciones para nuestra seguridad.

La noche fincó para Tijuana el mito de una ciudad implacable e insaciable de placeres donde las violencias más agudas que vivimos como sociedad, narcoviolencias, violencias de género, violencias sexuales, feminicidios y desapariciones forzadas, cruzan con interacciones fundadas en desigualdades y abuso de poder por parte de la autoridad y sus cuerpos de seguridad, así como las propias dinámicas de la “ley del más fuerte” que ya no permanecen ocultas, sino que se ostentan.

Segundo eje. En miras al objetivo de esta investigación, no solo de evidenciar o visibilizar las violencias y precariedades vividas por las mujeres que la protagonizan, sino sus múltiples interrelaciones y manifestaciones para profundizar en su comprensión, me vi en la necesidad de incluir las estrategias de afrontamiento que llamo *resistencias para la subsistencia*, fuerzas reactivas en consecuencia del ejercicio de poder o de las relaciones desiguales de poder como respuesta que pondera sus medios de subsistencia las cuales constituyen una comprensión profunda por parte de las mujeres sobre las lógicas de la informalidad que organiza y regula las dinámicas del trabajo remunerado, en un espacio cuyas particularidades responden a la configuración de la economía nocturna de una ciudad transfronteriza y su oferta de servicios y consumos en torno al ocio, donde estas mujeres se insertan en espacios marginales de dicha economía nocturna, la producen, trabajan y sostienen en condiciones de desigualdad.

La importancia de dichas resistencias radica entonces en que hacen posible constatar las formas diferenciadas de acción de las mujeres frente a las distintas modalidades de violencia y precariedad que experimentan, diferencias que para las mujeres que acompañaron esta investigación tienen que ver con su contexto de vida y de trabajo y las relaciones y alianzas que han podido o no, construir a lo largo de su trayectoria de trabajo o con el conocimiento de la ciudad y sus dinámicas organizativas.

La inclusión de estas resistencias ha sido importante en aras de ampliar el panorama reflexivo de esta investigación, pues permite ver las distintas escalas de afectación y lo que posibilita que las mujeres podamos, aún en condiciones de vulnerabilidad, empobrecimiento, discriminación o despojo, afrontar nuestra subsistencia y cómo se materializa esa posibilidad.

Pero también para problematizar la propia comprensión sobre fenómenos tan complejos como las violencias ejercidas contra las mujeres y las precariedades que se concatenan en su vidas, para no caer en el equívoco de que las resistencias tienen también un carácter y responsabilidad individual y privada.

Por ello es necesario entender que las mujeres emplean las resistencias para su subsistencia en la inmediatez de la vida cotidiana, allí donde buscan alternativas para una vida mejor. Sin embargo no son suficientes, pues en muchos de los casos salir de casa, que puede significar la resistencia a la violencia doméstica, al mismo tiempo implica la exposición a otras violencias estructurales en condiciones de vulnerabilidad, pero a partir de una experiencia multisituada y acumulada que les permite enfrentarlas. Costos en sus vidas que en definitiva no deberían asumir solas.

Las resistencias que surgen en los relatos de las mujeres se gestan principalmente para afrontar las condiciones desfavorables del trabajo informal nocturno que llevan a cabo y las complicaciones de su ocupación y movilidad por el espacio público, como lo vimos con las vendedoras; pasando desapercibidas y manteniendo un papel en apariencia sumiso o no confrontativo frente a otros actorxs, su silencio como forma de mantenerse a salvo y vivas. Estas acciones también responden a una forma de socialización del género que tiene matices generacionales, formas aprendidas de vivir una feminidad en una etapa madura de la vida, una imagen materna que las hace sentir menos expuestas a la violencia. Asimismo, las relaciones con otrxs vendedorxs son otra forma de resistencia a la informalidad y al peso que tiene en ellas su regulación. Estas relaciones llegan a ser tan importantes que incluso otorgan mayor legitimidad a la ocupación del espacio público que al instrumento regulatorio o permiso de trabajo.

El esquema de trabajo colectivo de las *fuegueras*, por ejemplo, les ha permitido hacer un reconocimiento mutuo de necesidades y de resistencias necesarias para enfrentarlas, incluso en momentos en donde cada una tiene que trabajar por su propia cuenta. Como muestran sus relatos, y a diferencia de las vendedoras, sus resistencias son más confrontativas, lo cual está intrínsecamente ligado a la visibilidad de su oficio para producir el espacio de trabajo. Éste,

al no estar reconocido como un trabajo, las sitúa en un espacio más cercano a la ilegalidad, lo que las lleva constantemente a dinámicas tensas con la policía y a su vez les ha implicado estar informadas sobre sus derechos de ocupación de la vía pública y el modo en cómo defenderlos en medio de esas tensiones institucionales.

La *fuegueras* también viven resistencias frente a otrxs malabaristas, con quienes, además de disputar el espacio, se enfrentan constantemente para que los códigos y las reglas de apropiación se respeten. Una tensión que no se presenta en las dinámicas de las vendedoras, sobre todo con las que cuentan con permiso de trabajo, pues es una forma de regulación que les asegura su espacio de venta, les da consistencia a su ocupación y con ello una mayor estabilidad y protección, aunque esto no las exime de las violencias que pueden suceder si no se cuenta con una relación sólida con otros vendedores, como vimos en el caso de Alejandra. Así puedo afirmar que las formas de resistencia de las *fuegueras* y de las vendedoras responden a su experiencia, a sus diferentes modalidades de informalidad y a cómo esta misma es regulada.

Las resistencias de las *fuegueras* y de las vendedoras también responden a la intersección de matrices de opresión como la edad y la clase social. En el caso de las *fuegeras* se fortalecen estigmas ligados al hecho de que sean mujeres jóvenes con trabajos precarios y visibles en el espacio público nocturno. Estigmas que intersectan opresiones de género, edad y clase social que detonan violencias que además inciden en las percepciones sobre ellas mismas, sobre su vida, sobre la vida de sus hijxs, sobre su futuro al cuestionarse su decisión de “ganarse la vida” trabajando por una convicción en algo que las motiva. Estigmas que no reconocen su trabajo como tal y lo señalan discriminatoriamente como un “libertinaje” adjudicado a las juventudes carentes de aspiraciones, como ellas mismas afirman.

Este último aspecto generacional se relaciona con su contexto de vida, un elemento que da cuenta de las diferencias en la apropiación del espacio público entre *fuegueras* y vendedoras. Las *fuegueras* han experimentado dinámicas de movilidad que son parte de un estilo de vida en una etapa de juventud que las impulsa a la búsqueda de posibilidades de subsistencia, pero también de experiencias de vida, que el viajar de ciudad en ciudad les ha brindado. Sus

decisiones sobre salir a las calles a generar un sustento, se cruzan con sus búsquedas de libertad, de alcanzar metas y sueños, a pesar de un contexto de precariedades, carencias económicas en medio de una ausencia grave de oportunidades sólidas para que las juventudes puedan acceder a un buen trabajo. Este mismo argumento, desde su sentido estructural, nos permite ver el disciplinamiento de los cuerpos a través de un sistema que ve en la inmovilidad una forma de controlarlos, que condena lo nómada, que busca contener la movilidad.

En ese sentido, hay una conciencia en ellas sobre la vigencia de esta forma de trabajo, que quizá solo sea posible durante la juventud, pues los impactos en la organización de la vida cotidiana, en los trabajos de cuidados y reproductivos, difícilmente pueden armonizar ambos mundos y ser sostenidos a lo largo del curso de vida, como vimos en el caso de las jóvenes que también son madres. Así, la feminidad que se disputa también es un detonante de resistencias.

La presencia de las mujeres vendedoras, en su gran mayoría mayores, no resulta tan transgresora como la de las *fuegueras*, en cuyos relatos pudimos ver cómo están expuestas a estigmas relacionados a violencias sexuales. A diferencia de las vendedoras, quienes se hacen acompañar de sus hijxs o nietxs y con lo cual se refuerza la idea del trabajo de cuidados que también tienen que asumir, la maternidad de las *fuegueras* es estigmatizada y aumenta los riesgos de ser violentadas. Esto también genera estrategias de afrontamiento y sobre todo complejiza la armonización de los trabajos productivos y reproductivos, donde contar con una red de amistades y apoyos les permite sobrellevar estas adversidades.

Estas formas de resistencia nos llevan necesariamente a hablar de las emociones experimentadas en el espacio público. Por ello, la noche, en los términos estudiados y analizados, representa un tiempo y un espacio donde los poderes estructurales tienen formas de actuación que dificultan las posibilidades de subsistencia para unas más que otras. Mientras que para unas la noche es el tiempo de descanso y del ocio, para otras es el tiempo en el que la subsistencia despliega resistencias específicas para resistir las violencias en la ciudad.

Entonces, a partir de lo hallado en esta investigación, puedo afirmar que la categoría *noctariedad* no puede ser entendida sin su correlato de resistencias. Pues la *noctariedad* genera identidades resistentes, que resuelven y que todo el tiempo están haciendo frente, y en ese sentido, el despliegue de emociones y subjetividades en torno a este afrontar dan cuenta de ello. La resistencia da forma a lxs actorxs, pero ello no debe hacernos perder de vista la fuerza de las estructuras que lo oprimen.

Tercer eje. En este último eje quiero hacer mención de lo que, en retrospectiva a todo el proceso y trabajo que ha implicado esta investigación, enuncio como oportunidades metodológicas que surgen como manera de afrontar algunos impedimentos que abrieron acciones y reflexiones fundamentales para nutrirla.

Me gustaría comenzar mencionando como un impedimento que, aunque el diseño metodológico preveía que la aproximación con la cartografía social se llevara a cabo con ambos grupos de mujeres, no fue posible. Esto tiene que ver con un aprendizaje importante que pasa por reconocer que, sin perjuicio a las buenas intenciones que se tengan al investigar, hay necesidades prioritarias para la vida de las personas, que están ordenadas a resolver la subsistencia en circunstancias de desigualdad, lo cual se refleja en la ausencia de tiempo y de medios para reflexionar sobre la vida misma.

Asimismo, no poder contar con otros espacios de escucha e intercambio de ideas con las vendedoras más que el de trabajo, en la mayoría de los casos responde en primera instancia a las complicaciones de la gestión de los espacios de la vida privada, a las dinámicas de la vida en los espacios domésticos, al tiempo que se necesita para crear relaciones de confianza y de respeto, pero también responde al deseo sentido de querer involucrarse y permitir que otras personas entren a nuestros mundos de vida. Ahora bien, las oportunidades metodológicas que surgieron a partir de este impedimento y las creatividades que se despertaron son parte de una reflexión en retrospectiva que me permiten considerarlas como formas de enfrentar las vicisitudes del oficio de la investigación.

Así, la oportunidad metodológica surgida por contar solo con el tiempo laboral de las vendedoras fue mirar reforzadamente la importancia de darle un lugar protagónico a sus voces a través de sus relatos, pues representan el caminar con ellas a través de las historias de sus vidas, un andar en espacios distintos al que compartimos físicamente, un andar en tiempos pasados que permiten comprender el tiempo presente. Gracias a lo que nombro como un límite pude comprender la profunda falta de tiempos y espacios para hablar de la vida y reflexionar sobre ella en ese compartir, pero también, pude comprobar cómo se pueden desdibujar las delimitaciones rígidas sobre el tiempo del trabajo donde solo sucede el trabajo, pues la calle y la noche compartida también fueron espacio y tiempo para recordar las trayectorias de vida donde fuimos encontrando formas de alargar esos momentos.

También me es importante añadir que reflexionar sobre este impedimento afianzó mi compromiso planteado desde el principio de la investigación: buscar necesariamente que las voces de las mujeres estuvieran presentes, de manera protagónica en la comprensión sobre las violencias y precariedades vividas, para dejar constancia de esas voces, para hablar con ellas y no por ellas, de los que les sucede, de sus necesidades y en lo que humanamente es posible hacer desde los contextos académicos que funcionan como puertas abiertas de par en par y donde la conclusión de las investigaciones son en realidad el inicio de un camino de reflexiones.

Ahora comprendo, que el impedimento metodológico enunciado abre la posibilidad de asumir que muchas veces la profundidad de las reflexiones no lo da un repertorio amplio de datos o de los tiempos prolongados haciendo trabajo de campo o, inclusive, de meternos “hasta la cocina” de la vida de personas, sino que estará dada en relación a la sensibilidad, apertura, perspicacia, compromiso con la realidad estudiada y el afectarnos con ella, para relacionar los datos a los que accedemos, para interpretar no solo lo sucedido sino lo no sucedido. Las empatías y complicidades que posibilita una escucha y tiempo compartido comprometido, incluyen el reconocer nuestros propios límites como investigadorxs, ser compasivos con nuestros procesos de trabajo y nuestros esfuerzos, reconocer la influencia que tienen nuestras implicaciones personales en el proceso de la investigación y los efectos

que nuestras búsquedas pueden provocar sobre la comprensión que las personas hacen de sus propias vidas.

Otro de los impedimentos que quiero enunciar hace referencia al que necesariamente surge a partir de un contexto de pandemia y en relación a ser una estudiante de tiempo completo, cuestión que tampoco fue tarea fácil. Nuestros procesos de trabajo y dinámicas de vida personal se transformaron por completo, vivimos limitaciones en los recursos materiales que podíamos destinar a nuestras investigaciones, el desánimo y un excesivo agotamiento derivado de la hiperconectividad también estuvo presente. Pero también despertamos otras creatividades y nuestras resistencias estuvieron allí para continuar con nuestras investigaciones siendo congruentes con el momento histórico que vivimos. La pandemia también nos trajo nuevas incertidumbres sobre el futuro, sobre la salud, sobre si contamos con los medios para sobrellevar una crisis de este tamaño, sobre cuáles son esos medios, sobre la finitud de esos medios, sobre todo lo que no estamos haciendo para generar otros medios de subsistencia, otras formas de consumo y de relaciones.

Presenciar esta crisis en una ciudad como Tijuana, me lleva a pensar en las afectaciones que arrojó para una ciudad con tan altos indicadores de informalidad, pero al mismo tiempo ser testigo de su resiliencia, descubrir cómo se activaron ayudas, solidaridades en la gente, preocupaciones y acciones que pudieran, si no contrarrestar, por lo menos hacer que el día a día de las personas con más grandes carencias y precariedades fuera menos agrestes. Una pandemia que mantuvo cerrada, al menos para lxs ciudadanxs no estadounidenses, por más de un año la “frontera más cruzada del mundo” transformó por completo el paisaje urbano, calles solitarias y una noche en una calma imaginada pues sabemos por las vendedoras, que hubo personas que como ellas siguieron saliendo a buscar el sustento económico que la noche les da. Esta oportunidad metodológica que de manera personal me implicó desde el momento en que no pude regresar a mi casa, con mi familia, en el periodo más álgido de contagios pues la cancelación de vuelos se volvió una constante que provocó que me quedara en la ciudad, pero ello me permitió comprender de primera mano la forma de reorganización de los circuitos económicos de Tijuana y pude salir a buscar a mujeres en medio de esa incertidumbre social y a escuchar ese murmullo social sobre cómo muchas habían vuelto a

la maquila porque en la calle no había trabajo o que ahora estaban trabajando en los espacios privados a los que se trasladaron algunos circuitos de la economía criminal, como los de la explotación sexual, que buscaron otras formas, espacios y tiempos para continuar operando.

Ahora bien, quisiera plantear algunas ideas que considero caminos posibles que abre esta investigación a partir de los hallazgos en la misma. El primero sería profundizar en la crítica a la sobrecarga de trabajo de las mujeres y, sobre todo, de las que realizan trabajos remunerados y no remunerados de manera simultánea, es decir, que salen a las calles con sus hijxs a trabajar. Abordar estas vivencias, permitiría profundizar en una de las críticas más incisivas que hoy por hoy aborda el feminismo: la desproporcionada relación entre el tiempo que las mujeres dedican al trabajo no pagado y el poco tiempo que queda para un trabajo pagado con remuneraciones precarias. En definitiva no hay balance en esta relación, y esto se debe a una estructura laboral discriminatoria y machista que se ha preocupado por la generación de empleos, con ingresos precarios para las mujeres obreras, las trabajadoras en las calles y las trabajadoras sin derecho, a pesar de la intensificación del trabajo reproductivo a costas.

En ese contexto, las tareas reproductivas se resuelven informalmente, en las calles, en donde también de manera informal se buscan los medios económicos para subsistir. Las opresiones y violencias ejercidas sobre esos cuerpos de por sí cansados, explotados, desgastados que están en las calles, maternando y trabajando al mismo tiempo, se recrudecen. Y, las infancias que crecen en las calles, que acompañan y las que también terminan cargando con la distribución de los trabajos productivos, no han sido consideradas en cómo viven la noche, cómo perciben las calles, cómo viven la ciudad o cómo la recorren.

El segundo camino tiene que ver específicamente con la realidad transfronteriza de Tijuana y su organización urbana. Se podrían mirar otros espacios de producción de la noche y de los capitales que detona el comercio informal, sobre todo pensando en el corredor de trabajos informales que se distribuyen a lo largo de la ruta urbana hacia el cruce fronterizo. Avenidas como la Vía Rápida, la Calle Segunda o el Paseo de los Héroes, vías de acceso a la garita San Ysidro, son escenarios productivos que no paran; día y noche concentran a trabajadores que

han construido un modelo de negocios de comercios y servicios que suceden en la prolongada, rara vez inmediata, estancia de espera del cruce por parte de lxs automovilistas que hace posible que una economía informal tenga un lugar importante en ese sector.

Un tercer camino posible sería explorar las noches productivas, reproductivas, cotidianas de otras ciudades fronterizas, un mapeo de ciudades de frontera y sus noches, ocupaciones nocturnas particulares que se despliegan en ciudades particulares donde también se han construido imaginarios sobre la noche. Y allí, con el Nocturnario Fronterizo se abre la posibilidad de contar con un espacio de documentación y comunicación de las dinámicas urbanas nocturnas.

Finalmente, resulta imperante reafirmar que la perspectiva de las mujeres que han hecho parte de esta investigación y de muchas otras mujeres con realidades y contextos de vida similares, es también reflejo y representación de una violencia sistémica y sistemática que nos ha silenciado, que ha subestimado nuestras necesidades y naturalizado las opresiones que vivimos y que se ejercen sobre nuestros cuerpos y nuestras vidas y que nos arrebatan las posibilidades de vivir una vida en dignidad. De allí la necesidad de reivindicar el papel de las mujeres y sus trabajos, sus conocimientos y las formas en las que los adaptan para poder vivir la ciudad, disputarla, trabajar en ella y apropiarse de ella, aun en condiciones de desventaja y desigualdad.

La exigencia de que nuestras voces, las de las mujeres, sean escuchadas y nuestras experiencias reconocidas debe ser irrenunciable si es que queremos avanzar en la construcción de ciudades inclusivas y formas de habitarla que no solo evidencien, sino que analicen e interpelen críticamente asimetrías de género, raza, clase o edad, en su configuración y en los discursos hegemónicos que ha dictado la norma sobre quiénes pueden, quiénes no y de qué formas, hacer uso pleno de la ciudad.

Que las mujeres salgamos a las calles, que seamos visibles, que podamos encontrarnos y reconocernos en espacios que den cabida a nuestras necesidades y en nuestros propios términos, es una reafirmación sobre nuestro derecho de ocupación. Pero de manera más

profunda, nuestro derecho a vivir libres de la sombra de la violencia, es una reafirmación sobre la vida misma que estamos disputando y que enfatiza la exigencia de que nos dejen vivir bajo condiciones que aseguren nuestro bienestar, porque la calle y la noche también son y seguirán siendo nuestras.

Bibliografía

- Acarón, T. (2016). Shape-in(g) Space: Body, Boundaries, and Violence. *Space and Culture* 2016, Vol. 19(2) 139–149
- Aguilar, Y. (2020). *Manifiestos sobre la diversidad lingüística*. Almadía
- Agoff, C., Casique, I. y Castro, R. (2013). *Visible en todas partes. Estudios sobre violencias contra las mujeres en múltiples ámbitos*. Miguel Ángel Porrúa.
- Albert, C. (2003). *Mujer y esclavitud en Santo Domingo*. Instituto Dominicano de Estudios Africanos y Asiáticos Sebastián Lemba
- Alegria, T. (1992) *Desarrollo urbano en la frontera norte de México Estados Unidos*. CONACULTA.
- Amao, M. (2019). Cuerpos semantizados: formas de habitar la ciudad de sujetxs feminizadx en Tijuana. Tesis doctoral. El Colegio de la Frontera Norte. México
- Anzaldúa, G. (2015). *Borderlands. La Frontera*. Madrid: Capitan Swing.
- Arendt, H. (2001). *La condición humana*. Paidós: Barcelona.
- Ariza, M. y Oliveira, de O. (2002). *Cambios y continuidades en el trabajo, la familia y la condición de las mujeres*. En Urrutia, E. (Ed.). *Estudios sobre las mujeres y las relaciones de género en México: aportes desde diversas disciplinas* (pp. 43-86). México: El Colegio de México.
- Asakura, H. (2019). Cuerpos femeninos y control territorial: el continuo de la violencia sexual contra las mujeres migrantes centroamericanas. En, *Entre dos fuegos. Naturalización e invisibilidad de la violencia de género contra migrantes en territorio mexicano*. Hiroko Asakura y Marta Torres (Coords). Publicaciones de la Casa Chata, pp.107-140.
- Ayuntamiento de Tijuana, Baja California. (2017). *Reglamento para regular las actividades que realizan los comerciantes ambulantes, de puestos fijos y semi-fijos, y los de mercados sobre ruedas para el municipio de Tijuana* [Archivo PDF]. http://www.tijuana.gob.mx/reglamentos/Municipales/RM_RegularlasActividadesqueRealizanlosComerciantes_TJ-BC_06012017.pdf
- Azaola, E. (2000). *Infancia robada. Niñas y niños víctimas de explotación sexual en México*. UNICEF – DIF – CIESAS.
- Barbosa, M. (2008). *El trabajo en las calles*. El Colegio de México. Universidad Autónoma Metropolitana Cuajimalpa.
- Bautista, M. (2016). *El murmullo social de la violencia en México. La experiencia de los sujetos afectados por la guerra contra el narcotráfico*. Universidad Autónoma Metropolitana.
- Becerra, J. (2018). Productores y productoras de nocturnidad: subjetividad y diferencia de género en la práctica, requerimientos y riesgos del trabajo realizado en bares de la Ciudad de México. *Revista Latinoamericana de Antropología del Trabajo*, No. 4, pp.1-29.
- Benería, L. y Roldán, M. (1992). *Las encrucijadas de clase y género: Trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de la unidad doméstica en la ciudad de México*. México, D. F.: El Colegio de México.
- Berger, J y Mohr, J. (2007). *Otra manera de contar*. Editorial GG

- Berlanga, M. (2018). *Una mirada al feminicidio*. Universidad Autónoma de México. Ed. Itaca.
- Berumen, F. (2003). *Tijuana la horrible. Entre la historia y el mito*. El Colegio de la Frontera Norte.
- _____. (2019). *Tijuana de papel*. Instituto Municipal de Arte y Cultura.
- _____. (2021). *Tijuana: vivir en la desmotheridad*. Fondo Editorial La Rumorosa. Gobierno del Estado de Baja California.
- Bianchini, F. (1995). Night cultures, night economies. *Planning Practice and Research*, 10(2), pp. 121-126.
- Boivin, R. R. (2011). De la ambigüedad del clóset a la cultura del gueto gay: género y homosexualidad en París, Madrid y México. *La Ventana Revista De Estudios De Género*, vol 4 (34), pp. 146–190.
- Bolaños, J. y Ariza, L. (2017). Nocturnidad, ciudades 24 horas y sus efectos socioambientales. *Revista Bitácora*, vol. 27 (3) pp. 143-148. Universidad Nacional de Colombia.
- Bonnell, V. y Hunt, L. (1999) *Beyond the Cultural Turn: New Directions in the Study of Society and Culture*. Berkeley: University of California Press, 1999, pp.1-31
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Editorial Anagrama
- Bourgois, P. y Schonberg, J. (2009). *Righteous Dopefiend*. University of California Press.
- Bringas, N. (1991). Diagnóstico del sector turístico en Tijuana. En Bringas, Nora y Carrillo, Jorge (Coords.). *Grupos de visitantes y actividades turísticas en Tijuana* (pp. 17-46). El Colegio de la Frontera Norte.
- Bringas, N. y Gaxiola, Ruth. (2012). Los espacios de la prostitución en Tijuana: turismo sexual entre varones. *Región y Sociedad*, vol. 24 (55), pp. 81-130.
- Briones, C. (2020). La horizontalidad como horizonte de trabajo. En Inés Cornejo y Mario Rufer (Eds) *Horizontalidad hacia una crítica de la metodología*, pp. 59-92. CLACSO-CALAS.
- Briseño, L. (2008). Candil de la calle, oscuridad de su casa. La iluminación en la ciudad de México durante el porfiriato. ITESM, Instituto Mora. Miguel Ángel Porrua.
- Calvino, I. (2007). *Las ciudades invisibles*. Siruela Biblioteca Calvino.
- Camus, A. (1962). *Carnets*. v. 2, Enero 1942-marzo. Alianza Editorial.
- Carbonell, E. (2004). *Debates acerca de la antropología del tiempo*. Departamento d'Antropologia Cultural i Historia d'Amèrica i Àfrica. Universitat de Barcelona.
- Burke, P. (2005). *Lo visto y lo no visto. El uso de la imagen como documento histórico*. Crítica. Biblioteca de bolsillo.
- Castel, R. (2006). *La metamorfosis social de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires, Paidós Ibérica.
- _____. (2010). *El ascenso de las incertidumbres: trabajo, protecciones, estatuto del individuo*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Castells, M., Portes, A. (1989). *World Underneath: The Origins, Dynamics, and Effects of the Informal Economy*. John Hopkins University Press.
- Castillo, D. (2006). Violencia y trabajadores sexuales travestis y transgénero en Tijuana. *Debate Feminista* 33, pp. 7-20.
- Cavallero, L. y Gago, V. (2019). *Un lectura feminista de la deuda. Vivas, libres y desenredadas nos queremos*. Rosa Luxemburg Foundation.

- Chanampa, M. y Diez, J. (2016). *Perspectivas de la cartografía social: experiencias entre extensión, investigación e intervención social*. En Revista +E (6), (pp.84-94). Santa Fe: Ediciones UNL.
- Cielo, C. y Vega, C. (2015). *Reproducción, mujeres y comunes. Leer a Silvia Federici desde el Ecuador*. Revista Nueva Sociedad, (256), 132-144.
- Cnossen, B., de Vaujany, F-X y Haefliger, S. (2020). The Street and Organization Studies. Organization Studies. City, University of London, pp. 1-29.
- Colectivo miradas críticas del territorio desde el feminismo (2017). *Mapeando el cuerpo territorio: guía metodológica para mujeres que defienden sus territorios*. Quito, Ecuador.
- Comandanta Yesica (2019) Discurso de clausura del Segundo Encuentro de Mujeres que Luchan en enlaczapatista.com. Consultado en febrero del 2021.
- Comelli, C. (2018) Ambivalence et complexité des nuits urbaines contemporaines: le cas de Bordeaux. *Bollettino della Società Geografica Italiana*, serie 14, 1(2): 85-97. doi:10.13128/bsgi.v1i2.522 <https://riviste.fupress.net/index.php/bsgi/article/view/522/231>
- Connell, R. (2003). *Masculinidades*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Cosacov, N. y Perelman, M. (2015). Struggles over the use of public space: exploring moralities and narratives of inequality. *Cartoneros and Vecinos in Buenos Aires*. Journal Latinoamerican Studies, vol, 24, pp. 521-542. Cambridge University Press.
- Crenshaw, K. (1995). Mapping the margins: Intersectionality, Identity Politics, and Violence Against Women of Color. New York: The New Press.
- Cruz, T. (2016.) Una mirada muy otra a los territorios-cuerpos femeninos. *Solar*. año 13, volumen 1, Lima, pp. 35-46.
- Cufre, L. y Duering, E. (2015). *Los imaginarios del riesgo en los espacios públicos herramientas teórico conceptuales para pensar las prácticas sociales violentas*. Revista Las Ciencias sociales y la Agenda Nacional, Vol. 8. 211-231
- Cumes, A. (2012). Mujeres Indígenas, Patriarcado y Colonialismo: un desafío a la segregación comprensiva de las formas de dominio. Anuario Hojas de Warimi Vol. 17, pp. 1-17.
- Curiel, O. (2007). Crítica poscolonial desde las prácticas políticas del feminismo antirracista Nómadas (Col), núm. 26, 2007, pp. 92-101. Bogotá, Colombia: Universidad Central.
- _____. (2018). *Construyendo metodologías desde el feminismo decolonial en Feminismo decolonial. Nuevos aportes teórico-metodológicos a más de una década*. Yuderkis Espinosa (coord.), Quito-Ecuador: Ediciones Abya-Yala. pp. 63-81.
- Das, V. (2016). *Violencia, cuerpo y lenguaje*. Fondo de Cultura Económica.
- Delgado, M. (2011). *El espacio público como ideología*. Madrid: Los libros de la Catarata.
- De Certeau, Michelle, (1997). *La invención de lo cotidiano. Vol I*. México: Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- Del Monte, J. (2018). *El vórtice de la precarización. El proceso de Indigencia en una ciudad fronteriza del norte de México*. Tesis de doctorado. El Colegio de México
- Del Monte, J. y Bautista, A. (2021). La persistencia de la precarización en la vida callejera después de la deportación en Tijuana. Un análisis durante la contingencia mundial por Covid-19. *Segunda época*. 12, julio-diciembre 2021, pp. 15-45
- De la Garza, E. (2020). *Trabajo y crisis de los modelos productivos en América Latina*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO, Argentina.

- <https://www.latimes.com/espanol/mexico/articulo/2020-04-11/una-zona-de-guerra-los-hospitales-de-tijuana-abrumados-por-los-pacientes-con-coronavirus> (Los Ángeles Times, 2020).
- De la O, M. (2006). Geografía del trabajo femenino en las maquiladoras de México. *Revista Papeles de Población*, 49, 91-126.
- De la O, M. y Medina, N. (2008). La precariedad como trayectoria laboral. Las mujeres de la industria maquiladora en México. *Carta Económica Regional*, año 19, núm. 100, septiembre-diciembre, 49-72. ISSN: 0187-7674.
- Della Porta, D., Hänninen, S., Siisiäinen, M., y Silvasti, T. (2015). The precarization effect. En, *The New Social Division. Making and Unmaking Precariousness*, Della Porta Donatella (et al) (Editors). Palgrave McMillan, pp. 1-24.
- Diez, J. y Escudero, B. (2012). Cartografía Social. Investigación e intervención desde las ciencias sociales, métodos y experiencias de aplicación. Comodoro Rivadavia, Argentina: Universidad de la Patagonia.
- Dunbar, R. (2014). How conversations around campfires came to be. *PNAS*, vol. 39, núm. 111. Disponible en <https://www.pnas.org/content/111/39/14013>
- Durkheim, E. (1995[1912]). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Ciudad de México Ediciones Coyoacán.
- Dussel, E. (1994). *El encubrimiento del otro. Hacia el origen del mito de la modernidad*. Ediciones Abya-Yala.
- _____. (2004). *Modernity, European Empires, Colonialism and Capitalism towards and understanding of the trans-modernity process*. Theologies and Cultures. Rethinking Globalization. Vol, 1 (1), Tainan, pp. 24-50.
- El Colegio de México. (2018). *Informe de Desigualdades en México/2018*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- Emirbayer, M. (2009). Manifiesto en pro de una sociología relacional. *Revista CS*, No, 4 julio-diciembre, pp.285-329. Universidad ICESI.
- Encinas, M. (2018). *El crecimiento urbano de Tijuana desde la perspectiva del espacio relacional* [Tesis doctoral]. El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana.
- Escobar, A. (2007). *Post-development as Concept and Social Practice* en *Exploring Post-development*. Aram Ziai (Ed.), Londres: Zed Books. pp 18-32.
- Espinosa, Y. (2013). Una crítica descolonial a la epistemología feminista crítica. *Revista El Cotidiano* No 184, pp. 7-12. Recuperado el 10 de mayo de 2020, de <http://www.elcotidianoenlinea.com.mx/pdf/18402.pdf>
- _____. (2018). Hacer genealogía de la experiencia: El método hacia una crítica a la colonialidad de la razón feminista desde la experiencia histórica en América Latina. En Yuderkis Espinosa Miñoso (Coord.), *Feminismo descolonial. Nuevos aportes teórico-metodológicos a más de una década* pp. 39-61. Quito-Ecuador: Ediciones Abya-Yala.
- _____. (2021). Sobre el arte de aprender y el oficio de educar como política. En, *Las cómplices. Narrativas feministas de aprendizaje en movimiento*. El Rebozo, Palapa editorial, pp. 87-97.
- Espinoza, E. (2019). *Descolonizar el útero: experiencias y agencia frente a la violencia obstétrica en Tijuana, México*. Tesis de Doctorado en Estudios Culturales. El Colegio de la Frontera Norte.
- Fals Borda, O., Bonilla, V. y Castillo, G. (1972). *Causa popular, ciencia popular*. Bogotá: Publicaciones de La Rosca.

- Fals Borda, O. (1987) "The application of participatory action-research in Latin America", en *International Sociology*, 2, pp. 329-347.
- Falú, A. (2012). Profundizando en los derechos y las autonomías: las mujeres en las ciudades. En Equipo Latinoamericano de Justicia de Género. *Autonomía y Feminismo siglo XXI*. Buenos Aires: Biblos.
- Federici, S. (2010). *Calibán y la bruja: Mujeres, cuerpo y acumulación orginaria*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- _____. (2018). *El Patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Femenías, M. y Soza, P. (2009). *Poder y violencia sobre el cuerpo de las mujeres*. Sociologías, Porto Alegre, año 11, No.21, pp.42-65. Recuperado el 15 de mayo de 2020, de <https://www.scielo.br/pdf/soc/n21/04.pdf>
- Feregrino, M. (2020). Configuraciones de Sentidos Artísticos de los Trabajadores "estatuas humanas" y Botargas en la Ciudad de México. En *Configuraciones Productivas y Circulatorias en los Servicios y Trabajo no Clásico*, De la Garza, E. y Hernández, M. (Coords) Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa Pp. 253-278.
- Fierro, J. (2021) Noches oscuras para disfrutar las estrellas. En, *La noche*. Revista de la Universidad de México, No. 873 pp. 30-36.
- Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Siglo veintiuno editores Argentina. Buenos Aires.
- Freire, P. (1970). *Pedagogía de los oprimidos*. México: Siglo XXI.
- Galeano, E. (1998). *Patas arriba, la escuela del mundo al revés*. Madrid, España: Editorial siglo XXI.
- Gallo, G. (2014). Tener noche y hacer amigos bailando: Transformaciones sociales en la cultura de la noche urbana. VIII Jornadas de Sociología de la UNLP, 3 al 5 de diciembre de 2014, Ensenada, Argentina. En *Memoria Académica*. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.4734/ev.4734.pdf
- García, L. (17 de mayo de 2021) *¿Por qué insistimos?* La pluma abominable. Recuperado el 15 de marzo de 2022 en <https://www.laplumaabominable.com/leer/por-qu-insistimos>
- Gargallo, F. (2006). *Ideas feministas latinoamericanas*. Editorial Historia de las ideas.
- Gargallo, F. (2014). *Feminismo desde Abya Yala. Ideas y proposiciones de las mujeres de 607 pueblos en Nuestra América*. Corte y Confección: México.
- Geertz, C. (1995[1973]). *La interpretación de las culturas*. Barcelona Gedisa
- Giordano, E. (2020). Turismo y noche una relación por explorar. Ponencia presentada en el Seminario Estudios sobre la Noche, 13 mayo de 2020, CISAN UNAM-Center of Interdisciplinary Research of Montreal-Institute of Géographie-IDA-Brest.
- Glynn, M. (2019). *Speaking data and telling stories. Data Verbalization for Researchers*. Routledge.
- Goffman, E. (2006). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gómez, G (2001). *Diccionario breve de mexicanismos*. Fondo de Cultura Económica.
- González, C. (2020). *Violencia de Género en tiempos de COVID-19 – Coronavirus*. CIDE Centro de Investigación y Docencia Económicas. <https://www.cide.edu/coronavirus/2020/05/11/violencia-de-genero-en-tiempos-de-covid-19/>
- Gray, V. (2020). *The right amount of panic. How women trade freedom for safety*. The University of Chicago Press.

- Grosfoguel, R. (2018). La compleja relación entre modernidad y capitalismo: una visión descolonial. *Pléyade Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, No. 21, pp. 29-47.
- Guardia Estatal de Seguridad e Investigación (GESI) (15 de julio de 2021) *Resultados* <https://www.seguridadbc.gob.mx/contenidos/resultados.php>
- Gutiérrez, R., Noel, M. y Reyes, I. (2018). El entre mujeres como negación de las formas de interdependencia impuestas por el patriarcado capitalista y colonial. Reflexiones en torno a la violencia y lamentación patriarcal. *Revista Heterotopías del Área de Estudios del Discurso de FFyH*. Vol 1, N° 1. Pp. 1-15.
- Guber, R. (2001). *La etnografía: método, campo y reflexividad*. Bogotá, Norma.
- Gwiazdzinski, L., Straw, L. y Maggioli, M. (2018). Géographies de la nuit / Geographies of the night / Geografie della notte. *Bollettino della Società Geografica Italiana serie* 14, 1(2): 9-22. doi: 10.13128/bsgi.v1i2.515
- Gwiazdzinski, L. (2005). La nuit dernière frontière de la ville. La Tour d'Aigues, L'Aube.
- Hall, S. (1997). *The Work of Representation* en Stuart Hall (comp.), *Representation: Cultural Representations and Signifying Practices*. London: Sage Publications, pp.13-74
- Han, C. (2018). Precarity, Precariousness and Vulnerability. *Annual Review of Anthropology*. 47 pp. 331-343.
- Harding, S. (1996). *Ciencia y Feminismo*. Ediciones Morata.
- Harvey, D. (2014). Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo. Ecuador: Instituto de Altos Estudios Nacionales del Ecuador.
- _____. (2020). *The Anti-capitalist Chronicles*. Pluto Press.
- Hernández, E. y Guérin, F. (2016). La experiencia de la caminata urbana durante la noche. *Revista Alteridades* [online] Vol. 26, No. 52 pp. 35-50 Disponible en <https://www.scielo.org.mx/pdf/alte/v26n52/0188-7017-alte-26-52-00035.pdf>
- Hernández, A. (2003). Hijos de la madrugada: antros y vida nocturna en Tijuana. *Revista Ciudades* 58, pp. 14-24.
- Hernández, O. (2020). Riesgos etnográficos. Migración, crimen organizado y trabajo de campo en la frontera de Tamaulipas. En Juan Manuel Sarricolea y Gustavo Herón (Coords.), *Otros exploradores del abismo. Estudios culturales sobre la violencia en México*, pp. 45-64. Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Hernández, T. (2004). Los empresarios tijuanenses: evolución y vínculo con el poder político. *Revista mexicana de sociología*, 6(1), 99-141.
- Hill, P. (2000). La política del pensamiento feminista negro. En Marysa Navarro y Catharine R. Stimpson (Coords.) *¿Qué son los estudios de mujeres?*, pp.253-312. México: Fondo de Cultura Económica.
- _____. (2000). *Distinguishing features of black feminist thought, Black Feminist Thought*. Nueva York, Routledge
- Iconoclasistas (2013), *Manual de mapeo colectivo. Recursos cartográficos críticos para procesos territoriales de creación colaborativa*, Buenos Aires, Tinta Limón.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2016) *Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares* [Archivo PDF]. https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/endireh/2016/doc/endireh2016_presentacion_ejecutiva.pdf
- _____. (2019). *Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública* [Archivo PDF]. <https://www.inegi.org.mx/programas/envipe/2021/>
- _____. (2020). *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo*. Disponible en <https://www.inegi.org.mx/programas/enoe/15ymas/>

- Iñiguez, P. (2020). *La heterotopía fronteriza: Un análisis [auto]etnográfico del espacio urbano y las prácticas sociales de consumo estigmatizado en la Zona Norte de Tijuana*. Tesis de Maestría en Estudios Culturales. El Colegio de la Frontera Norte.
- Jeanmoungin, H. y Giordano, E. (2020). La noche urbana, un espacio-tiempo complejo entre oportunidades y desigualdades. *Emulaciones Revista de Ciencias sociales*. Num, 33, pp-7-18.
- Koslofsky, C. (2011). *Evening's Empire*. Cambridge University Press.
- Lagarde, M. (1997). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Laguada, R. (2012). La calle de Amberes: gay street de la ciudad de México. Secuencia Revista de Historia y Ciencias Sociales. No. 84. Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades UNAM, Instituto Mora.
- Leach, E. (1963). *Rethinking Anthropology*. University of London
- Lebeer, G. y Martinez, E. (2012). Trabajadoras del sector de la limpieza: precariedad en el empleo, desigualdades temporales y división sexual del trabajo. *Revista Laboreal*, vol. 8 (1), pp. 1-21.
- Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia. Última consulta 16 de mayo de 2020. Disponible en: https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/209278/Ley_General_de_Acceso_de_las_Mujeres_a_una_Vida_Libre_de_Violencia.pdf
- Leyva Solano, X. y Speed, S. (2008). Hacia la investigación descolonizada: nuestra experiencia de co-labor. En Xochitl Leyva, Araceli Burguete y Shannon Speed (Coords.), *Gobernar (en) la diversidad: experiencias indígenas desde América Latina*. Hacia la investigación de co-labor (pp. 65-107). México: CIESAS, FLACSO.
- Lindón, A. y Hiernaux, D. (2006). De la espacialidad, el lugar y los imaginarios urbanos: a modo de introducción. En A. Lindón, M. A. Aguilar & D. Hiernaux (Coords.), *Lugares e imaginarios en la metrópoli* (pp. 9-26). Barcelona: Anthropos-UAM-I.
- Lindón, A. (2003). *La precariedad laboral como experiencia a través de la narrativa de vida*. Gaceta Laboral, Vol. 9 (3), pp. 333-352.
- _____. (2006). Cotidianidad y especialidad: la experiencia de la precariedad laboral. En, *La experiencia de la ciudad y el trabajo como espacios de vida*, Contreras, C. y Narváez, A. (Coords). El colegio de la Frontera Norte. Universidad Autónoma de Nuevo León. Plaza y Valdés, pp.45-77.
- _____. (2009). La construcción socioespacial de la ciudad: el sujeto cuerpo y el sujeto sentimiento. *Cuerpos, Emociones y Sociedad*. Núm, 1, Año 1, pp-06-20.
- _____. (2017). La ciudad movimiento: cotidianidades, afectividades corporizadas y redes topológicas. *Inmediaciones de la comunicación 2017*. Vol. 12 no.1 pp.107-126
- Longo, M. E. (2011). Heterogeneidad de trayectorias laborales y temporalidades juveniles. *Cuestiones de Sociología* (7), 54-77. En *Memoria Académica*. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5520/pr.5520.pdf
- López, S. (1998). *Women, urban life and city images in Tijuana, Mexico, Historical Geography*, Vol. 26, pp. 5-26.
- _____. (2013). Medios de Comunicación y Violencia Social en Tijuana. En Silvia López (Coord). *La realidad social y las violencias*. Zona metropolitana de Tijuana, pp. 367-406. El Colegio de la Frontera Norte.
- Lorey, I. (2016). *Estado de inseguridad. Gobernar la precariedad*. Traficantes de sueños.

- Lugones, M. (2008). Colonialidad y género. *Tabula Rasa*. Bogotá - Colombia, No.9: 73-101, julio-diciembre 2008. Recuperado el 20 de mayo de 2020, en <https://www.revistatabularasa.org/numero-9/05lugones.pdf>
- _____. (2011). Hacia un feminismo descolonial. *Revista La Manzana de la Discordia* 6, núm. 2: 105–119. https://hum.unne.edu.ar/generoysex/seminario1/s1_18.pdf.
- _____. (2018). Pasos hacia un feminismo decolonial en Feminismo descolonial. Nuevos aportes teórico-metodológicos a más de una década. En Yuderkis Espinosa Miñoso (Coord.), *Feminismo descolonial. Nuevos aportes teórico-metodológicos a más de una década* pp. 25-37. Quito-Ecuador: Ediciones Abya-Yala.
- Macías, Y. (2020). *The Domestic Night: Transformations, Relevance and Continuity. Voices of Mexico*. CISAN-UNAM. Issue 111, pp. 85-88. Disponible en <https://issuu.com/cisan.unam/docs/vom111>
- Maier, E. (2006). Tránsitos territoriales e identidad de las mujeres indígenas migrantes. *Pap. poblac [online]*. 2006, vol. 12, n. 47, pp. 201-225. ISSN 2448-7147.
- Madriz, E. (2001). *A las niñas buenas no les pasa nada malo*. Siglo veintiuno.
- Maldonado-Torres, N. (2007). Sobre la colonialidad del ser: contribuciones al desarrollo de un concepto. En Santiago Castro-Gómez y Ramón Grosfoguel (Coords.), *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global* pp. 127-167. Bogotá: Iesco-Pensar-Siglo del Hombre Editores.
- Marcus, G. (2001). From rapport under erasure to theaters of complicit reflexivity. *Qualitative Inquiry*, 7(4): 519-528.
- Margulis, M. et. al, (1994) *La cultura de la noche: La vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires*. Biblos: Buenos Aires.
- Martínez, O. y López, C. (2018). La Cartografía Social como Herramienta Educativa. *Revista Scientific*, vol. 3 (10), pp. 232-247.
- Massolo, A. (1992) *Introducción. Las mujeres son sujetos de la investigación urbana Mujeres y Ciudades. Participación social, vivienda y vida cotidiana*. PIEM, El Colegio de México, México.
- _____. (2004). *Una mirada de género a la Ciudad de México*. Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, Red Nacional de Investigación Urbana
- Massey, D. (1994). *Space, Place and Gender*. Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Mata, V. (2020). *Todo lo que se mueve*
- McDowell, L. (2000). *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*. Madrid: Cátedra.
- Medina, F. (1 de junio de 2020). *Rápido y furioso: con la complicidad del gobierno de Calderón*. *Revista Proceso*. Recuperado el 22 de julio de 2021 <https://www.proceso.com.mx/reportajes/2020/6/1/rapido-furioso-con-la-complicidad-del-gobierno-de-calderon-243794.html>
- Mercado-Celis, A. y Hernández, E. (2020). *Estudios de la noche urbana y la economía nocturna en las ciudades de México, Estados Unidos y Canadá*. CISAN-UNAM
- Mercado-Celis, A. (2018). Gobernanza de la economía nocturna en la ciudad de México. En Patrick Le Galès y Vicente Ugalde (Coords). *Gobernando la Ciudad de México. Lo que se gobierna y lo que no se gobierna en una gran metrópoli*. El Colegio de México.
- Mignolo, W. (2003). "Unsettling the Coloniality of Being/Power/Truth/Freedom: Towards the Human, After Man, Its Overrepresentation-An Argument". *The New Centennial Review* Vol. 3 (3) 257-337.

- _____. (2010). Desobediencia epistémica: Retórica de la Modernidad, Lógica de la Colonialidad y Gramática de la Descolonialidad. Colecc. Razón Política. Buenos Aires: Ediciones del signo.
- Mitchell, W. (2005). *What do pictures want?* The University of Chicago Press Chicago and London.
- Mohanty, Ch. (2008 [1986]). Bajo los ojos de Occidente. Academia feminista y discurso colonial. En Rosalva Aída Hernández Castillo y Liliana Suárez Navaz (Coord.), *Descolonizar el feminismo: teorías y prácticas desde las márgenes*, pp. 404-468. España: Cátedra.
- Monárrez, J. (2013). Ciudad Juárez, tiradero nacional de muertos: entre el discurso del guerrero y el caballero. *Debate Feminista*, 47. [https://doi.org/https://doi.org/10.1016/S0188-9478\(16\)30074-3](https://doi.org/https://doi.org/10.1016/S0188-9478(16)30074-3)
- Monsiváis, C. (1998). La noche popular: paseos, riesgos, júbilos, necesidades orgánicas, tensiones, especies antiguas y recientes, descargas anímicas en forma de coreografías. *Debate Feminista*. No. 18, pp. 55-73.
- Moore, M. (2016). Nightlife as Form, *Theater* 46 (1), 49-63.
- Mora, M. (2010). *Ajuste y empleo: la precarización del trabajo asalariado en la era de la globalización*. México D. F. Centro de Estudios Sociológicos y El Colegio de México.
- Mummert, G. (2012). Pensando las familias transnacionales desde los relatos de vida: análisis longitudinal de la convivencia intergeneracional”, en Marina Ariza y Laura Velasco (eds.), *Métodos cualitativos y migración internacional*, México D.F.: IIS-UNAM, 2012, pp. 151-184.
- Narotzky, S., y Besnier, N. (2014). Crisis, Value, and Hope: Rethinking the Economy. *Current Anthropology*, Volume 55, Supplement 9, pp.4-16.
- Nicholls, E. (2021). I don't like to feel out of control: Young women negotiations of risk, safekeeping and femininity in the Night Time Economy. Ponencia presentada en el Seminario Estudios sobre la Noche, 18 febrero de 2020, CISAN UNAM-Center of Interdisciplinary Research of Montreal-Institute of Géographie-IDA-Brest.
- Nofre, J. (2021). La turistificación del ocio nocturno: Nuevos retos y desafíos en el estudio de la ciudad turística. *Cuadernos Geográficos*, 60 (1), pp. 80-94.
- Novo, S. (1980) Los pasos de la Ciudad de México. Fondo de Cultura Económica.
- Ochoa, N. (2009). Cuerpos y consumo en la noche. Las formaciones discursivas sobre el cuerpo de los jóvenes. V Jornada de Jóvenes Investigadores. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires.
- Organización de las Naciones Unidas (1994). Asamblea general A/RES/48/104. Declaración sobre la eliminación de la violencia contra la mujer. Disponible en: <http://www.un.org/es/comun/docs/?symbol=A/RES/48/104&Lang=S>.
- Osorno, G. (2014). Tengo que morir todas las noches: Una crónica de los ochenta, el underground y la cultura gay. Editorial Debate.
- Ospina, W. (2012) ¿Dónde está la franja amarilla? Bogotá: Literatura Random House
- Ortiz, S. (2017). *El lado nocturno de la vida cotidiana: un análisis feminista de la planificación urbana nocturna*. Ágora Vol,4 (7) 55-78.
- Padilla, A. (2006). *Inicio urbanos del norte de Baja California. Influencias e ideas, 1821-1906*. Instituto de Investigaciones Históricas UABC.
- Pateman, C. (1996). *Críticas feministas a la dicotomía público/privado*. Paidós, Barcelona

- Patrón, M. (2020). Las horas del mantenimiento: trabajo nocturno e higienismo en la Ciudad de México. Ponencia presentada en el Seminario Estudios sobre la Noche, 30 septiembre de 2020, CISAN UNAM-Center of Interdisciplinary Research of Montreal-Institute of Géographie-IDA-Brest.
- Paugam, S. (2007). *Las formas elementales de la pobreza*. Alianza Editorial
- Perelman, M. (2014). Viviendo el trabajo. Transformaciones sociales, cirujero y venta ambulante. *Revista Trabajo y Sociedad*. Núm. 23, pp. 45-65.
- Pink, S. (2006). *Doing Visual Ethnography*. SAGE.
- Pintor-Sandoval, R., y Bojorquéz-Luque, J. (2021). *El impacto económico de las remesas en el ingreso de las familias mexicanas en la encrucijada del COVID-19*. *Huellas De La Migración*, 5(10), 9-30
- Piñera, D. (1999). *¿Por qué Calafia?... Treinta años después*. Calafia, IX(2)
- Portes, A. (1995). *En torno a la informalidad: ensayos sobre teoría y medición de la economía no regulada*. FLACSO
- Portes, A. y Haller, W. (2004). *La economía informal. División de desarrollo social*. CEPAL
- Quijano, A. (2000). *Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina*, en La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales, CLACSO, Buenos Aires.
- Ramírez, M. (2013). Inseguridad pública en Tijuana. La paradoja del miedo y los delitos violentos. En Silvia López (Coord). *La realidad social y las violencias*. Zona metropolitana de Tijuana, pp. 443-478. El Colegio de la Frontera Norte.
- Rappaport, J. y Ramos, A. (2005). Una historia colaborativa: retos para el diálogo indígena académico. *Historia Crítica*. Num, 29 pp.39-62.
- Redacción Zeta (19 de septiembre de 2016) Ambulantes invaden Centro de Tijuana. *Zeta Tijuana*. <https://zetatijuana.com/2016/09/ambulantes-invaden-centro-de-tijuana/>
- Reguillo, R. (2000). La clandestina centralidad de la vida cotidiana. *Causas y azares*, Vol. 5, N°. 7, 1998, págs. 98-110
- Rivera, M. (2018). *Mujeres, Casas y Ciudades*. Editorial DPR-Barcelona
- Rivera, S. (2020). *Blanquitud. Una lectura desde la literatura y el feminismo descolonial*. Editorial en La Frontera.
- Robledo, C. (2017). Violencias en Baja California: discusiones en torno a una cultura de paz. En Enciso, F. (Ed). *Violencia y Paz. Diagnósticos y propuestas para México* (pp.143-238) COLMEX/CNDH/Insituto Belisario Domínguez/Senado de la República.
- Rose, G. (2012). *Visual methodologies. An introduction to researching with visual methods*. SAGE, London.
- Rosset, P. (2011). "The Campesino-to-Campesino agroecology movement of ANAP in Cuba: Social process methodology in the construction of sustainable peasant agriculture and food sovereignty" *Journal of Peasant Studies*. Vol. 38, núm. 1, junio 2011, pp. 161-191.
- Rowe, D. y Bavinton, N. (2011). Tender for the night. After-dark cultural complexities in the night-time economy. Vol 25 (6), pp. 811-825.
- Rubin, G. (1998 [1975]). El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo. En Marysa Navarro y Catharine R. Stimpson (Coords.) *¿Qué son los estudios de mujeres?*, pp.15-74. México: Fondo de Cultura Económica.
- Saavedra, R. (2012). *Border pop: texturas, interferencias y diálogos*. Instituto de Cultura de Baja California
- Sánchez, V. (2009) Cultura de la legalidad en Tijuana. Una aproximación a sus expresiones más evidentes. En López, Silvia (Coord) *Diagnóstico sobre la realidad social*,

- económica y cultural de los entornos locales para el diseño de intervenciones en materia de prevención y erradicación de la violencia en la región norte: el caso de Tijuana, Baja California* (pp. 336-364) Comisión Nacional para Prevenir y Erradicar la Violencia contra las Mujeres.
- Sagot, M. (2006). La paz comienza en casa: las luchas de las mujeres contra la violencia y la acción estatal en Costa Rica. En Lebon, Nathalie y Maier, Elizabeth (Coords.). *De lo privado a lo público: 30 años de lucha ciudadana de las mujeres en América Latina*. México: Siglo XXI, pp. 273-289.
- Santos, M. (2000). *La naturaleza del espacio*. Ariel, España
- Saraví, G. (2020). Acumulación de desventajas en América Latina: aportes y desafíos para el estudio de la desigualdad. *Revista Lationamericana de Población*, vol. 14 (27) pp. 228-256.
- Sarlo, B. (2009). *La ciudad vista: mercancías y cultura urbana*. Siglo XXI Editores.
- Sassen, S. (2003). *Contrageografías de la globalización. Género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos*. Traficantes de Sueños.
- Scott, J. (1985) *Weapons of the weak. Everyday forms of Peasant Resistance*. Yale University Press.
- _____. (2001). *Experiencia*. Revista La Ventana. Vol, 2 (13) México: Universidad de Guadalajara pp. 42-73.
- Scheper-Hughes, N. (1992), *Death without Weeping: The Violence of Everyday Ufe in Brazil*, Berkeley: University of California Press (Muerte sin llanto, Barcelona: Ariel, 1997).
- _____. (1995). The primacy of the ethical: propositions for a militant anthropology, en *Current Anthropology*, 36 (3), pp. 409-420.
- _____. (2000). Demografía sin números. El contexto económico y cultural de la mortalidad infantil en Brasil. En, Viola, Andreu (Coord). *Antropología del desarrollo. Teorías y estudios etnográficos en América Latina* (pp. 201-222). Paidós.
- Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública. (20 de julio de 2021). Estadística Nacional del Número de Atención de Llamadas de Emergencia 911 <https://www.gob.mx/911/documentos/estadistica-nacional-del-numero-de-atencion-de-llamadas-de-emergencia-9-1-1-111029>
- Segato, R. (2014). *El sexo y la norma: frente estatal, patriarcado, desposesión, colonialidad*. Revista Estudios Feministas. Vol, 22 (2) pp. 593-616. Brasil: Universidade Federal de Santa Catarina.
- Shaw, R. (2016). Night as fragmenting frontier. Understanding the night that remains in an era of 24/7. Newcastle University Press.
- Skewes, J. (2004). Conocimiento científico y conocimiento local. Revista Cinta Moebio, núm. 19, pp. 22-37.
- Solís, M. (2009). *Trabajar y vivir en la frontera. Identidades laborales en las maquiladoras de Tijuana*. Miguel Ángel Porrúa/Colef.
- _____. (2011). El género, la fábrica y la vida urbana en la frontera. *Estudios demográficos y urbanos*, 26(3), 535-561.
- _____. (2014). La precarización del trabajo desde una perspectiva sociocultural en un contexto fronterizo. *Región y sociedad*. Núm. 59, pp. 81-112.
- Soto, P. (2012). El miedo de las mujeres a la violencia en la ciudad de México. Una cuestión de justicia espacial. *Revista Invi*, vol. 27 (75), pp. 145-169.
- _____. (2013). “Entre los espacios del miedo y los espacios de la violencia: Discursos y prácticas sobre la corporalidad y las emociones” en *Cuerpos, espacios y emociones*:

- aproximaciones desde las ciencias sociales.* Miguel Ángel Aguilar y Paula Soto (Coords.) M. Á. Porrúa/UAM-Iztapalapa, pp. 183-215.
- _____. (2014). Patriarcado y orden urbano. Nuevas y viejas formas de dominación de género en la ciudad. *Revista venezolana de estudios de la mujer*, vol. 19 (42), pp. 199-214.
- Soto, P., Aguilar, A., Gutiérrez, E. y Castro, C. (2017). *Evaluación del Impacto del Programa “Viajemos Seguras en el Transporte Público en la Ciudad de México”* [Archivo PDF]. Banco Interamericano de Desarrollo (BID). <https://publications.iadb.org/bitstream/handle/11319/8503/Evaluacion-de-impacto-del-programa-viajemos-seguras-en-el-transporte-publico-en-la-Ciudad-de-Mexico.PDF?sequence=1&isAllowed=y>.
- Sosteric, M. (1996). Subjectivity and the Labour Process: A Case Study in the Restaurant Industry. *Work Employment & Society*. 10 (2).
- Spivak, G. ([1983]2003). ¿Puede hablar el subalterno? *Revista Colombiana de Antropología*, 39, 297-364. Recuperado el 10 de junio de 2020, de http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0486-65252003000100010&lng=en&tlng=es.
- _____. (2009). *Especulaciones dispersas en torno a lo subalterno y lo popular*. Prosopopeya: revista de crítica contemporánea. No. 6, pp. 11-28.
- Standing, G. (2011). *The precariat: the new dangerous class*. Londres y Nueva York, Bloomsbury Academic.
- _____. (2014). *Precariado. Una carta de derechos*. Madrid, Capitán Swing Libros.
- Straw, W. (2002). Scenes and night sensibilities. *Public*, 22/23, 245–257.
- _____. (2015), Media and the Urban Night. *Journal of Urban Research*, no.11.
- Straw, W., Gwiazdzinski, L. y Maggioli, M. (2020). “The emerging field of “Night Studies” steps towards a genealogy” version en inglés en *Night Studies: Regards croisés sur les nouveaux visages de la nuit*. Grenoble: Editions Elya.
- Talbot, D. (2007). *Regulating the Night. Race, Culture and Exclusion in the Making of the Night-time Economy*. Open University, London.
- Taylor, D. (2011). Introducción. Performance, teoría y práctica en: Taylor, D., y Fuentes, M. (Coords.) *Estudios avanzados de performance*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Trevilla, D. y Peña, I. (2019). Neoliberalismo y mujeres campesinas: la defensa de los comunes en el sur de México. *O Público E O Privado* No. 35. Pp 43-65
- Torres, M. (2010). El nuevo rostro de un viejo fenómeno: la trata de personas con fines de explotación sexual y los derechos humanos. *Sociológica*, vol. 31, núm. 89, septiembre-diciembre, 2016, pp. 95-129 Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco. Distrito Federal, México Disponible en <https://www.redalyc.org/pdf/3050/305046937004.pdf>
- Tuhiwai, L. (1999). *Decolonizing methodologies. Research and indigenous peoples*. Nueva York: Zed Books.
- Unhabitat (2021). *Her city. A guide for cities to sustainable and inclusive urban planning and design together with girls* [Archivo PDF]. https://unhabitat.org/sites/default/files/2021/03/02032021_her_city_publication_low.pdf
- Valcárcel, A. (1997). *La política de las mujeres*. Ediciones Cátedra.

- Valencia, S. (2015). Capitalismo gore: narcomáquina y performance de género. *E-Misférica*, 8.2 <http://archive.hemisphericinstitute.org/hemi/es/e-misferica-82/triana>
- Valenzuela, J. (a) (2012). *Sed de mal: Feminicidio, jóvenes y exclusión social*. El Colegio de la Frontera Norte.
- _____. (b) (2012). *Tijuana Invisibles. De sueños, miedos y deseos*, Tijuana Baja California. El colegio de la Frontera Norte.
- _____. (2014). *Transfronteras. Fronteras del mundo y procesos culturales*. El Colegio de la Frontera Norte.
- Vargas Valencia, Fabiola T., (2009) “La trata de personas: mujeres, niñas, niños en la frontera norte de México. El caso de Baja California”, en López Estrada, Silvia, 2009, *Violencia de Género y Políticas Públicas*, México, El Colegio de la Frontera Norte– Juan Pablo Editores, pp. 110-130.
- Vega, C. (2019). *Reproducción social y cuidados en la reinención de lo común. Aportes conceptuales y analíticos desde los feminismos*. Revista de estudios sociales (70), 49-63.
- Vega, C. y Bermúdez, H. (2019). *Informalidad, emprendimiento y empoderamiento femenino. Economía popular y paradojas de la venta directa en el sur de Quito (Ecuador)*. Revista de Antropología Social (28), 345-370.
- Vega, C., Del Valle, M. y Saltzmann, L. (2019). *Apropiación del espacio en la ocupación. Las comerciantes minoristas de la Asociación Martha Buracam en la ciudad de Quito en Apropiaciones de la ciudad. Género y producción urbana*. María Gabriela Navas y Muna Makhoulf (Coords), Barcelona: Pol.len Ediciones.
- Vega, C., Martínez, R. y Paredes, M. (2018). *Cuidado, comunidad y común. Experiencias cooperativas en el sostenimiento de la vida*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Velasco, L. (1996). La conquista de la frontera norte: vendedoras ambulantes indígenas. En Lazos, Elena y Godínez, Lourdes (Eds.) *Estudiar la familia, comprender a la sociedad*. PUEG/DIF/UNICEF/UAM Azcapotzalco.
- Vélez, I., Rátiva, S. y Varela, D. (2012). Cartografía social como metodología participativa y colaborativa de investigación en el territorio afrodescendiente de la cuenca alta del río Cauca. Cuadernos de Geografía, 21(2), 59-73.
- Veloz, A. (2019). *Las retóricas de la moralidad en la frontera. Un análisis histórico de la sexualidad en Tijuana*. Centro Cultural Tijuana.
- Vizcaíno, R. (1964). *Calle Revolución*. Editorial Artificios.
- Wacquant, L. (2002). *Merodeando las calles. La pobreza, la moral y las trampas de la etnografía urbana*. GEDISA.
- Walsh, C. (2001). *Interculturalidad, crítica y (de)colonialidad: Ensayos desde Abya-Yala*. Editorial ABYA-YALA.
- Webster, F.V. (1966). *Traffic Signals. Road research technical paper N° 56*. Road Research Laboratory, London. Trad. Luis Domínguez Pommerencke. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Wright, M. (2005). El lucro, la democracia y la mujer pública: estableciendo las conexiones. En, *Bordeando la violencia contra las mujeres en la frontera norte de México*, Julia Monárrez y María Tabuenca (Coords), El Colegio de la Frontera Norte, pp.46-77.
- Yeh, R. (2015). Deslices del “mestizo” en la frontera norte. En Gleiser, D. y López, P. (Coords.). *Nación y alteridad. Mestizos, indígenas y extranjeros en el proceso de formación nacional* (pp. 405-436). Universidad Autónoma Metropolitana.

- _____. (2017). La Racha. Speed and violence in Tijuana. Signs and Society. Semiosis Research Center at Hankuk University of Foreign Studies. Vol. 5, No. S1, pp. 53-76.
- Yépez, H. (2006). *Tijuanologías*. Universidad Autónoma de Baja California.
- Zamudio, O. (2020). *La transformación urbana de la zona centro de Tijuana, 2010-2019. Una aproximación desde el espacio vivido de sus habitantes* [Tesis de maestría]. El Colegio de la Frontera Norte.
- Zenteno, R. (1995). Del Rancho de la Tía Juana a Tijuana: una breve historia de desarrollo y población en la frontera norte de México. *Estudios Demográficos y Urbanos*. Vol. 10. Núm. 1. pp. 105-132.
- Zizek, S. (2009). *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Paidós.
- Zúñiga, C. (2016). *Zona Centro de Tijuana. Paisaje e imaginario urbano*. Universidad Autónoma de Baja California.
- Zúñiga M. (2014) Las mujeres en los espacios públicos: entre la violencia y la búsqueda de libertad. *Región y Sociedad*, 4, 77-100.

ANEXO 1

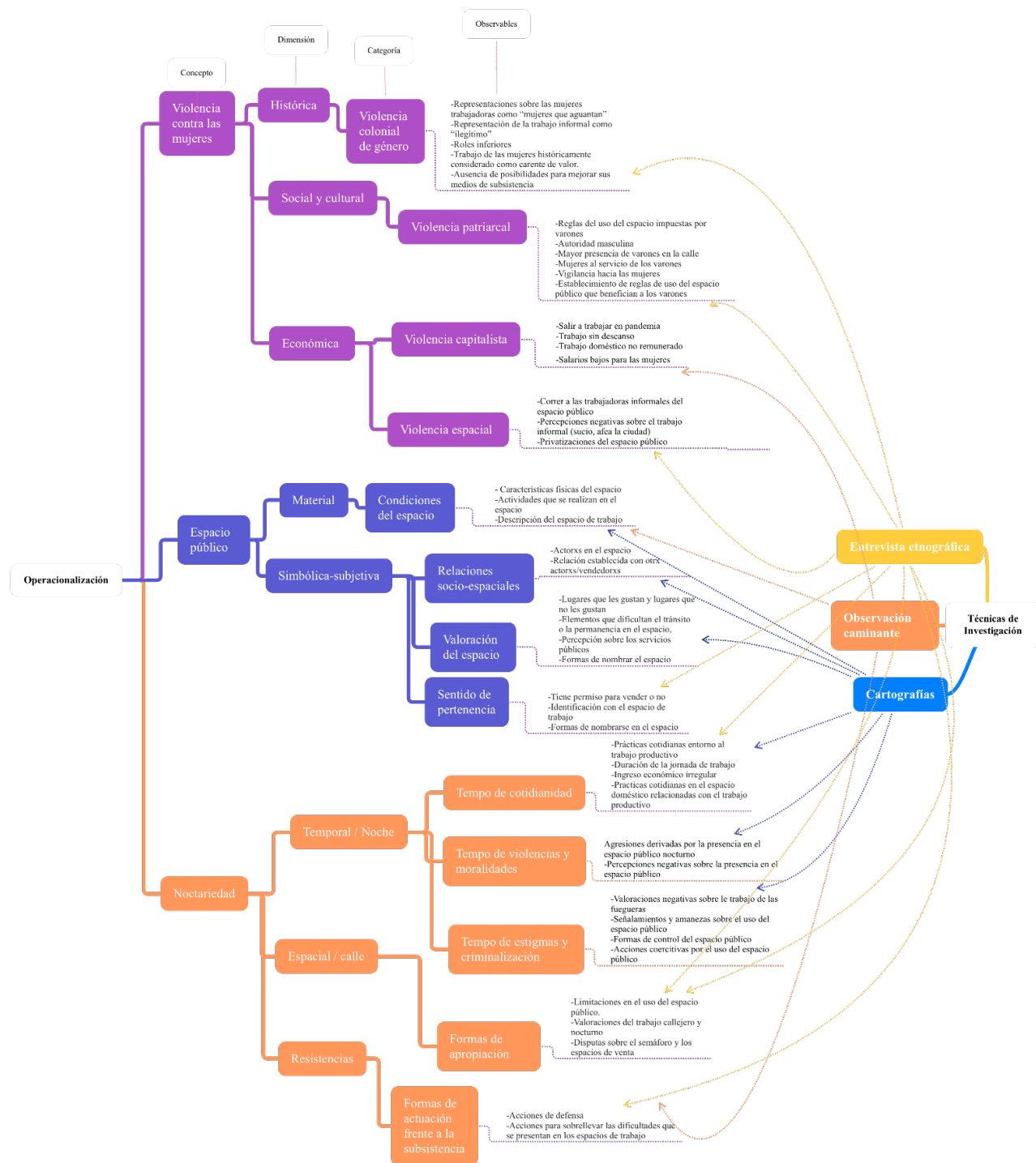
Cuadro 2.1. Características sociodemográficas de las trabajadoras informales del comercio y entretenimiento callejero y nocturno

<i>Nombre</i>	<i>Edad</i>	<i>Estado civil</i>	<i>Hijos</i>	<i>Educación</i>	<i>Tipo de actividad productiva</i>	<i>Actividad específica</i>	<i>Antigüedad de trabajo</i>	<i>Permiso para trabajar en la vía pública</i>
Berenice	46	Separada	2	Primaria trunca	Comercio informal	Vendedora de periódicos	19 años	No
Gina	47	Separada	3	Primaria trunca	Comercio informal	Vendedora de tamales	5 años	No
Delia	62	Separada	6	Primaria trunca	Comercio informal	Vendedora de cosméticos	19 años	No
Alejandra	25	Soltera		Licenciatura trunca	Comercio informal	Vendedora de hot dogs	3 años	Si
Rosa	65	Casada	5	Primaria trunca	Comercio informal	Vendedora de dulces y cigarros	33 años	Si
Andrea	28	Soltera		Licenciatura Arquitectura	Malabarista	“fueguera” y malabar con hulas sin fuego	10 años	No
Vanessa	27	Casada	2	Secundaria	Malabarista	“fueguera” y percusionista	8 años	No
Mery	26	Soltera		Licenciatura Trabajo Social	Malabarista	“fueguera” y malabar con clavos	7 años	No
Alicia	25	Soltera	1	Preparatoria	Malabarista	“fueguera” y malabar con machetes	6 años	No
Beileen	21	Soltera	1	Preparatoria	Malabarista	“fueguera” malabar con hulas sin fuego	4 años	No

Fuente. Elaboración propia con base a entrevistas, marzo a septiembre 2021

ANEXO 2

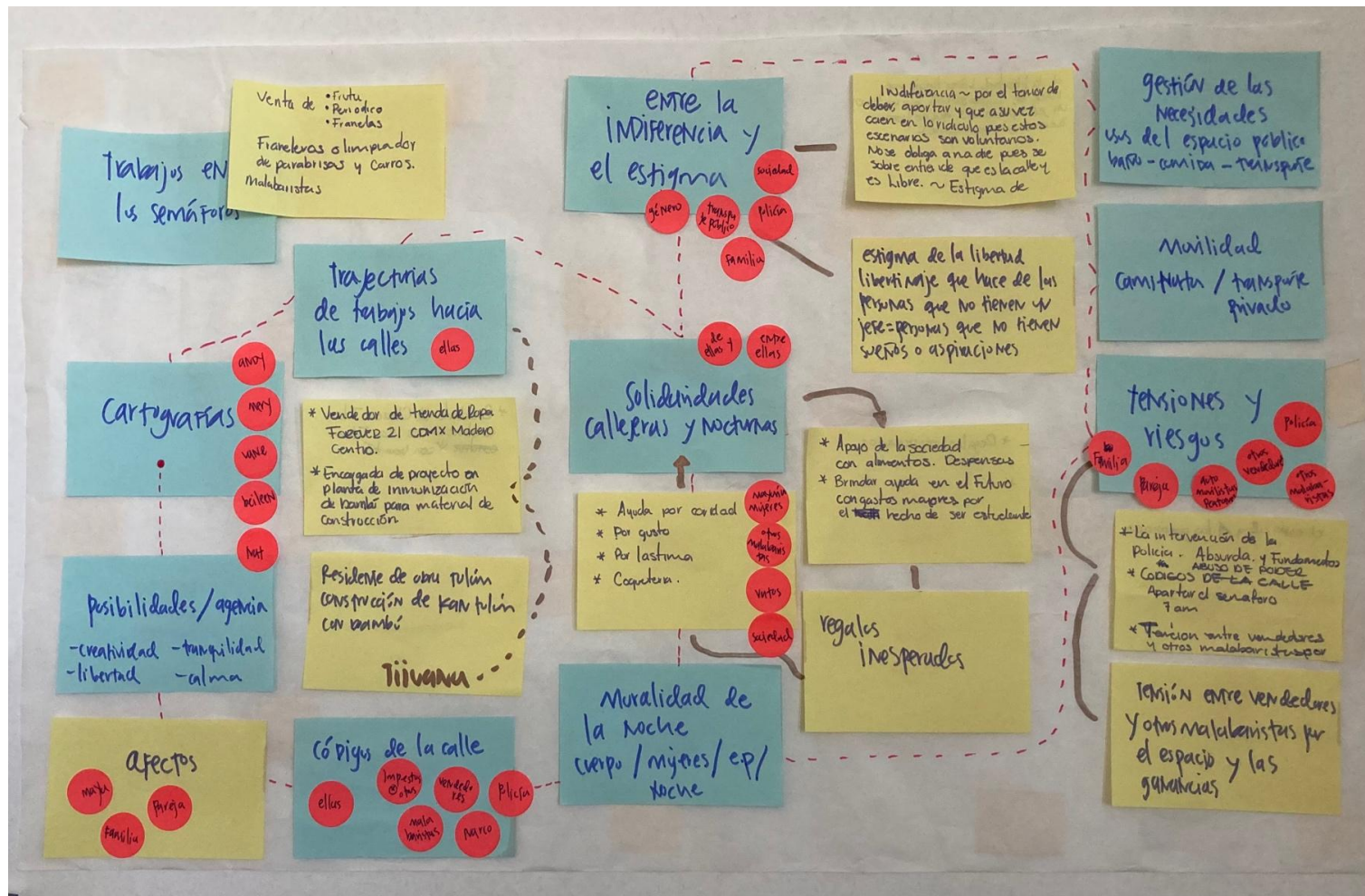
Cuadro 2.2 Operacionalización de conceptos



Fuente: Elaboración propia

ANEXO 3

Sistematización y creación de categorías analíticas



Fuente: Elaboración propia

ANEXO 4

Guiones Cartográficos

Taller de Cartografía Social.

Guión cartográfico

Mapa del espacio donde trabajo.

Nombre de la cartógrafa:

Descripción física y significativa del espacio donde trabajo (grande, pequeño, bonito, feo, qué me gusta, qué no me gusta ¿por qué?)				
Elementos que conforman el espacio, ¿qué lugares hay alrededor? ¿cómo son? ¿por qué me llaman la atención son?	¿Cómo definirías ese lugar en una frase?	Actorxs ¿quiénes están en el espacio donde trabajo? ¿qué actividades realizan?	Acciones y situaciones que suceden en el espacio donde trabajo	Sensaciones y/o emociones que experimento en el espacio donde trabajo

Fuente: Elaboración propia

Taller de Cartografía Social.
Guión cartográfico
Mapa de un trayecto cotidiano.
Nombre de la cartógrafa:

Descripción física y significativa del trayecto ¿de dónde a dónde? ¿qué uso le doy a este trayecto? ¿qué me gusta, qué no me gusta ¿por qué?					
Elementos que conforman el trayecto ¿qué lugares hay alrededor? ¿cómo son? ¿cómo es el paisaje? ¿qué me llama la atención y por qué?	¿Cómo recorro ese trayecto? Describe las características de tu caminata	Actorxs ¿quiénes están en ese trayecto?	Acciones y situaciones ¿qué hago durante ese trayecto? ¿qué pasa a mi alrededor?	¿Qué dificulta mi trayectoria? ¿Qué la hace más fácil?	Sensaciones y emociones que experimento en ese trayecto

